

El secreto
del gazpacho
GERVASIO POSADAS

Siruela

**GERVASIO
POSADAS**

**El secreto
del gazpacho**

 **Siruela**

Gervasio Posadas

El secreto del gazpacho

Siruela Nuevos Tiempos

A mis amigos, por los que empecé
a escribir un libro que no era éste,
y en especial a David, Olivier, Palen,
Juan, Illana, Paco y Javier González.

«Ordinariamente las dichas han venido sin desearse, ordinariamente las desgracias han venido sin temerse.»

Francisco Quevedo

Gazpacho (uso coloquial): mescolanza, confusión, batiburrillo, revoltijo.

Índice

El secreto del gazpacho

Ajo, sal y pimiento y lo demás es cuento

Pregonar vino y vender vinagre

Agua del pozo y mujer desnuda mandan al hombre a la sepultura

Al pan pan, al vino vino y al gazpacho buen pepino

Déjate de tanto refrán y empieza a buscar el pan

Al mejor cocinero el tomate se le va entero

Epílogo. Úntate con aceite, que si no sanares te pondrá reluciente

Créditos

El secreto del gazpacho

**Ajo, sal y pimiento
y lo demás es cuento**

1

Tap, tap, tap, tap. Unas molestas gotas de agua le caían por la nariz. Dentro de su cabeza sonaba aquella estúpida cancioncilla: *It's raining men, alleluia, it's raining men*. Miró hacia abajo. A pesar de lo cerrado de la noche, se adivinaba el descomunal abismo que se abría bajo sus pies. «Cuidado con las alturas», le habían dicho. Ahora aquel agujero negro sin fin era su única escapatoria. A lo lejos se vislumbraban las miles de luces de la playa de Levante, donde seguramente una multitud comía, bailaba y se emborrachaba sin importarle un pito lo que pudiera pasarle. Como en una pesadilla podía oír los golpazos que sus perseguidores propinaban a la puerta de la habitación. En unos instantes la tumbarían y todo habría acabado. Sin embargo, Rodrigo era incapaz de moverse. Se sentía hipnotizado por esa inmensa oscuridad que le esperaba con los brazos abiertos, llamándole con sus cantos de sirena, como diciendo «salta, salta que te vas a enterar de lo que es bueno». Su compañero lo zarandó, gritándole e intentando levantarlo, pero su cuerpo no respondió. A pesar de estar empapado de pies a cabeza no sentía frío, no sentía nada de nada. Por no sentir no sentía ni miedo. Los insultos y amenazas que le llegaban desde el otro lado de la puerta eran para él el hilo musical de una escena absurda. Sólo podía pensar en qué cuerno hacía allí, en cómo se había metido en ese follón. Él tenía una vida estupenda. ¿Qué había pasado? ¿Cuándo había empezado todo aquello?

Probablemente, el origen de aquella noche negra que prometía ser la última de su vida, el polvo que había traído estos lodos que se lo iban a comer crudo, estaba en un episodio en principio banal, en una tarde de verano como otra cualquiera. Debían de ser las ocho cuando Rodrigo llegó a casa del trabajo particularmente harto. Resoplando, tiró de mala manera la chaqueta y la carpeta llena de *briefings*, *contrabriefings*, *consumer insights* y morralla publicitaria variada. Ya llevaba una buena temporada en que el rollo de la agencia en la que trabajaba le tenía aburrido, pero ese día era para enmarcarlo: le habían tirado dos campañas (una de ellas ya rodada y en posproducción), habían perdido el

concurso para la adjudicación de la cuenta de un importante fabricante de coches y su presidente le había llamado al despacho para comunicarle que, por imperativos de la central de Nueva York («Ya sabes que a mí nunca se me ocurriría algo semejante, como siempre es cosa de los putos financieros»), su generoso bonus como director creativo quedaba reducido en un 33%. Para colmo de los colmos, el retrasado del director general se había presentado pegando gritos como un descosido porque no estaba lista la propuesta para la nueva película de Caja Boina, como llamaban en la agencia a aquella caja de ahorros de no se sabe qué provincia perdida de la mano de Dios. Rodrigo no tuvo más remedio que recomendarle que volviera a sus sesudos cálculos de cómo ahorrar papel en las fotocopadoras y dejara el trabajo serio a los que sabían.

«¡Menuda pandilla de capullos!», masculló entre dientes, mientras se ponía un gin tonic para bajar el sofocón. Se quitó los pantalones y se sentó en calzoncillos en una de las tumbonas de su amplia terraza a saborear el pelletazo, más bien cargado y en vaso bajo como siempre. Encendió un cigarrillo. La gran mancha de nacimiento color café con leche de su pierna derecha le picaba terriblemente. Era un claro síntoma de cabreo mayúsculo. Se rascó con saña.

La luz anaranjada del atardecer de plomo líquido iluminaba los tejados del Madrid de los Austrias. A mediodía habían caído más de 35 grados y media España estaba ardiendo como una tea con los incendios forestales veraniegos. Ahora la temperatura era sólo ligeramente más tolerable y allí arriba soplaba una brisa que parecía más salida de un secador de pelo que de la sierra.

Intentó relajarse y disfrutar del panorama mientras sorbía su copa. La vista desde la casa de Rodrigo era difícil de igualar. A la derecha el Teatro Real y detrás el Palacio. A la izquierda las torres de la Almudena, de San Pedro el Viejo y San Miguel. Con un poco de buena voluntad y obviando la presencia de siete u ocho grúas, desde allí uno podía pensar que Madrid tampoco había cambiado tanto en los últimos cuatrocientos años.

Todo muy bonito e idílico pero Rodrigo se revolvió sin tregua en su tumbona *Alice's legs* (lo último de lo último, según el *Wallpaper*, oráculo del Diseño) sin acabar de encontrar una postura cómoda. Tardó un rato en darse cuenta de que la culpa no era del diseño del aparato sino de su propio coco y tripas en ebullición. Le pegó un buen trago a su *tonjohnny*, como decía su tía Dolores, con la esperanza de ahogar la ansiedad, pero su mente seguía a doscientas mil revoluciones por minuto. Otro trago. Encendió un pitillo. No había tenido tiempo material para comer nada desde la tostada con mermelada del desayuno. El siguiente chute de ginebra empezó a cumplir su papel de sedante paliativo.

Cuarenta y tres años ya, soltero, toda la vida trabajando en publicidad, siempre corriendo para llegar a tiempo con una campaña de televisión, una página de prensa o una puta cuña de radio que al cabo de unos meses nadie recordaría. Aguantando a la mayor pléyade de pelmazos bajo las más variadas formas de clientes, jefes, subordinados y proveedores. ¿Era eso la vida? ¿Para eso había nacido? ¿Para esperar que le cayese la pedrea de los premios de Cannes y le subieran el sueldo? ¿Para que le fichase otra agencia que pagase más pero donde se encontraría con los mismos idiotas con distintas caras? ¿Qué había pasado con sus sueños de infancia de hacer algo importante? ¿No

había nada más?

Se levantó con ganas de ir a mear. Había ido al cuarto de baño justo antes de salir de la agencia. Debía ser de la ansiedad porque llevaba tiempo sin noticias de aquel problemilla de próstata. En el camino se detuvo a mirar el mueble zapatero de su vestidor: escaarpines para bucear, botas para pescar, zapatillas de trekking, de tenis, de futbito, náuticos. ¿Para qué coño tenía toda esa mierda? Los usaba un tiempo hasta que encontraba una nueva chorrada a la que aficionarse y quedaban allí colgados como exvotos de su inconstancia. Le parecía que durante los últimos años había luchado patéticamente por encontrar algo que le apasionase, que le hiciera sentirse vivo otra vez. Había fracasado. De vuelta en el salón se puso otra copa, algo inusual porque no solía beber mucho en casa. Cuando se sentó de nuevo estaba más tranquilo. Se quedó embobado mirando el horizonte, flotando en una nube de irrealidad.

Le invadió una profunda pesadez y un gran cansancio. Se sentía como si hubiese estado en una fiesta muy divertida en la que, cuando se había querido dar cuenta, hacía tiempo que habían quitado la música, las chicas guapas se habían ido y sólo quedaban los borrachos coñazos de siempre contándote sus batallitas. Aquello tenía toda la pinta de un final de trayecto. Había sido una fiesta por todo lo alto, lo había pasado muy bien todos esos años, pero el cachondeo había acabado y él no se había dado cuenta. O no había querido darse cuenta. Ahora podía quedarse a recoger los platos rotos o moverse en otra dirección.

Rodrigo se quedó un poco desconcertado por la claridad con que veía todo de repente. Se acabó lo que se daba, a otra cosa mariposa, *game over*, nueva partida, pero ¿qué le esperaba ahora?

Sí, Rodrigo se había divertido mucho, quizá porque había estado en el mejor sitio en el mejor momento. En el mejor sitio para él. Le habían pagado (y muy bien) por hacer lo que le había apasionado desde que estudiaba en el Liceo francés, casi desde antes de saber qué era la publicidad. La manipulación le había enganchado igual que a otros niños el fútbol, los cromos o los tebeos. Manipulación. Puede parecer una palabra gruesa y desagradable pero no se puede negar que es un arte desde que el mundo es mundo, y si no que se lo pregunten a Maquiavelo, al Lazarillo de Tormes, a Madame Pompadour o a cualquiera de sus más ilustres practicantes. Y qué mejor terreno para desarrollar estas habilidades que el patio de un colegio. Ya lo decía san Agustín en sus *Confesiones*: «Lo único inocente de los niños es la debilidad de sus miembros». En esta asignatura Rodrigo era un auténtico empollón, un as en la práctica y un analista meticuloso de la teoría: desde los más variados trucos para conseguir que sus compañeros de clase pringasen con las tareas desagradables que le correspondían a él sin rechistar al estudio de cómo unos anónimos y misteriosos genios conseguían que todos los niños del colegio se pusieran a jugar al yoyó a la vez y cómo, cuando uno conseguía dominar el dichoso aparatito, de repente cambiaban la moda y lo que se llevaba era el hula hop. Aquello era Poder, mucho más contundente la mayoría de las veces que un buen puñetazo en los morros.

Y había tenido el privilegio de vivir el mejor momento, los gloriosos años en los que una agencia de publicidad era EL trabajo para cualquiera que fuera joven, con ganas de pasarlo bien y algo de imaginación.

Rodrigo comenzó a trabajar en publicidad sin haber acabado todavía la carrera. Desde el principio le hizo destacar esa facilidad innata para encontrar el argumento vendedor para cada producto y transmitirlo con un lenguaje propio y diferente. Eso y, probablemente, el pasotismo de su primer director creativo para colgarse las medallas, que suele ser lo más normal. Pronto adquirió la que sería la principal de sus armas profesionales: una insuperable habilidad para hacer creer a los clientes que la idea que les

estaba presentando en realidad se les había ocurrido a ellos y por otro que no pudieran vivir sin él. «Con este chaval nos vamos a forrar», decía el presidente de la pequeña agencia que lo había fichado en prácticas. «Ya veo a los Procter & Gamble, a Coca Cola, a Nike, a Volkswagen, rogándonos que hagamos sus campañas, a la Schiffer, a Naomi Campbell pidiéndome de rodillas salir en nuestros spots». Aquel gran megalómano de poco más de 1,50 de estatura, cejijunto, siempre embutido en su traje de Armani negro, su camisa blanca y sus zapatitos de punta con grandes tacones, hubiese sido un perfecto dictador balcánico de los años treinta. Al pobre no le iba a durar nada el subidón. Poco después, una gran multinacional se llevaba a su diamante en bruto, para meses después perderlo a manos de otra agencia y así sucesivamente. Eran los años en los que, en publicidad, si te quedabas quieto estabas muerto.

Para Rodrigo aquello era como jugar al fútbol y fichar por el Real Madrid o el Barça, la leche, la vida perfecta. Ahora tenía todos los medios a su alcance, la televisión, la radio, los periódicos, grandes vallas de 8 x 3 en la calle para jugar a su juego preferido y si podía divertirse y experimentar con el dinero de otros, mejor que mejor. Ver, por ejemplo, cuál era el efecto que se causaba si la modelo de una campaña de helados chupaba el Frigopie con aire perverso o si por el contrario se utilizaba un adorable niño de rubios bucles que inflamara el sentimiento maternal. Sexo, ambición, vanidad, envidia, ternura, orgullo, codicia... Tantas teclas para tocar... Pero para Rodrigo era sobre todo diversión. Se conformaba con esa pequeña sensación de poder, ese cosquilleo que sentía en el estómago cuando la canción que había elegido para su último spot llegaba al número uno, cuando oía que la gente comentaba un anuncio suyo en un restaurante o cuando veía a una chica vestida con la misma camiseta de la última campaña internacional que había creado para Boss Woman.

Aquellos locos años ochenta, la fiesta permanente... Como dice el tango, a más de un publicitario se le «panta un lagrimón» al recordarlos. Los anunciantes aún creían que los publicitarios eran semidioses, mentes preclaras que veían más allá que el resto de los mortales, y estaban dispuestos a pagar lo que hiciera falta para que su campaña la pariera una de las estrellas del momento. ¡Qué tiempos aquellos en los que nadie discutía una factura! El dinero corría por los pasillos de las lujosas oficinas de las multinacionales. Grandes rodajes en sitios exóticos sin reparar en gastos. Viajes para toda la empresa con gastos pagados para celebrar que ese año había sido el doble de bueno que el anterior. Los directores creativos menos escrupulosos no escatimaban las mejores drogas para hacer llevaderas las largas noches previas a la presentación de una campaña importante. Y chicas, montones de chicas dispuestas a bajarse las bragas ante el creativo del momento. Desde recepcionistas a ejecutivas de cuentas pasando por las mismas clientas. Daba igual que se tratase de las agencias tradicionalmente serias como J. Walter Thompson o Lintas o de los chiringuitos más desmadrados del momento.

Una época alucinante, la década de oro, y Rodrigo Alonso, con sus veintipocos años, reinaba en ese mundo que adora la juventud como al becerro de oro. No era como otros creativos que se especializaban en coches, en gran consumo, en moda y no había quien los sacara de eso. Él era un todoterreno, uno de esos jugadores polivalentes que tanto les

gusta tener a los entrenadores de fútbol. Él se atrevía con todo, desde los productos con más glamour a categorías normalmente repudiadas por otros astros de la galaxia como los detergentes o la alimentación. Daba igual: salía de las presentaciones a los clientes por la puerta grande un día sí y otro también. Además, hablaba bastante decentemente inglés y francés, algo sumamente inusual entre sus pares, lo cual le hacía indispensable para los grandes anunciantes multinacionales, y es que, aunque pueda parecer raro por el bombardeo de palabrejas en inglés que uno puede ver en cualquier campaña publicitaria, los idiomas siguen siendo, a día de hoy, la gran asignatura pendiente de nuestra clase creativa.

Pronto empezaron a llegar los premios. Los viajes al festival de Cannes, las fiestas a todo trapo en el hotel Martínez, con las familias reales publicitarias de toda Europa presentes. Las agencias, los anunciantes, las productoras, todos en un alegre *totum revolutum*. Si no estabas allí no eras nadie. Casi una semana sin parar, aprovechando las proyecciones de los anuncios del concurso para echar las pocas cabezadas que permitía el programa de festejos. Modelos, cataratas de champán, largas noches de farra con los colegas de otras agencias... Cuando Rodrigo recogió su primer León casi lo tuvieron que llevar en andas hasta el estrado. Ahora el animal descansaba en la estantería de su despacho en compañía de otros cinco hermanitos suyos, añorando la llegada de ese Gran Premio del Festival que nunca llegó.

Y de repente, en medio de todo este caos, surge el amor. O lo que fuera. Rodrigo no era dado a sentimentalismos pero, como suele pasar en las películas, en cuanto vio a Elena con aquel vestido plateado con aberturas por todas partes y un tanto provocativo para una boda, pensó: «Con esta mujer me voy a casar». Y así fue. Elena Suárez-Doscastillas no sólo era una «chica bien» de esas que tanto le gustaban a Angustias, la muy devota madre de Rodrigo («Hijo, todo eso de la publicidad está muy bien pero, a la hora de casarte, siempre con gente como uno»). Además era preciosa. Rubia, con unos dulcísimos ojos verdes, piernas espectaculares y pechines pequeños, ajenos a la gravedad, como le gustaban a él. La serenidad que transmitía era para Rodrigo como un largo baño caliente después de una larga jornada en la agencia. Con ella estaba realmente relajado, su olor a ropa recién planchada (pronto supo que era una colonia de Carolina Herrera) le hacía sentirse en casa. Para redondear la felicidad, su familia tenía un patrimonio considerable y ella trabajaba como analista bursátil en Banif, con un buen sueldo.

Fue una boda por todo lo alto, con reportaje en el *¡Hola!*, bendición papal y todas esas cosas. Su madre casi estuvo a punto de echar una lagrimita, lo que hubiese sido un auténtico hito histórico, e incluso le dijo que por primera vez se sentía orgullosa de él, mientras miraba con la nariz arrugada los atuendos de los publicitarios asistentes. Su padre estaba algo más circunspecto y sólo después de que Rodrigo insistiese acabó dando su opinión: «Hijo, ya sabes que esto de las bodas no es lo mío, pero para mí que esta chica es, cómo te diría, demasiado buenecita para ti. A ti te hace falta un poco más de caña».

Los primeros meses fueron un remanso de paz y amor con música de violines de

fondo, comidas los domingos en casa de los Suárez-Doscastillas y vacaciones de verano en la casa solariega de Santander con sus cuñadas y sus maridos. Se compraron un ático dúplex en una de las mejores calles de Madrid y parecían destinados a una vida apacible, con sus futuros niños en un colegio privado, un todoterreno aparcado en el garaje y los domingos en el Club de La Moraleja.

Pero, como ya anticipara la voz de la experiencia paterna, al cabo de un año Rodrigo empezó a sufrir extrañas indisposiciones justo antes de salir a comer a casa de sus suegros, a desarrollar una alergia a unas plantas que sólo se dan en la región de Solares y, en definitiva, a aburrirle soberanamente toda esa serenidad que transmitía su señora. Casi sin darse cuenta volvió a picotear con las «gallinitas» de la oficina, para las cuales era el colmo del morbazo que el creativo estrella estuviera encima casado. Las jornadas de trabajo se hicieron cada vez más largas y los descuidos de Rodrigo en sus *Home Positioning Statements*, como él llamaba a sus excusas para llegar tarde en homenaje a la jerga anglo-publicitaria, eran cada vez más evidentes. Al principio, Elena siguió imperturbable: las mismas conversaciones amables e intrascendentes, pero poco a poco la máscara de la educación de las clarisas fue agrietándose. La serenidad y tranquilidad se transformó en crispación, tensión y reproches, aunque todo dentro de un tono que no hacía presagiar lo que vendría. Un día, a la vuelta de un rodaje de dos semanas en el Caribe para Iberia, Rodrigo abrió la puerta de su casa para encontrarla completamente vacía, sin un mueble. Sólo un marco con la foto del día de su boda en el suelo del salón y una nota de Elena: «Me tienes hasta los huevos. Me largo con Nacho, el de Corporate Finance. Ya te llamará mi abogado. Tus libros y discos los tienes junto a tu ropa en el contenedor de la esquina».

«Vaya con la mosquita muerta... Para que luego crea uno que conoce a las mujeres. A saber lo que les enseñan ahora en los colegios de monjas en vez de resignación cristiana», comentó su padre al enterarse.

Rodrigo nunca había sido muy ambicioso. Y tampoco pretendía matarse trabajando. Le metía horas porque le divertía aquel mundillo absurdo de la publicidad, pero le aburrían soberanamente los tejemanejes político-personales que siempre se cuecen en los pasillos de las agencias. Que si el director creativo se alía con el director de planificación estratégica para cargarse al director de servicios al cliente. Que si la directora de investigación se trabaja al director general para que despida al director de producción audiovisual que le echó tres polvos y luego la dejó plantada, etc., etc., etc. Rodrigo estaba, o le gustaba creer que lo estaba, por encima de aquellas miserias. Siempre le pareció que los aficionados a estas conjuras debían tener una vida personal bastante cutre fuera de la agencia para andar todo el día maquina que te maquina. Este distanciamiento del resto de los mortales y algunos aires de gran creativo que, inevitablemente, acabó dándose, le proporcionaron una cierta reputación de estirado entre sus congéneres pero a él aquello le traía sin cuidado. Él se dedicaba a lo suyo e intentaba que le tocaran las pelotas lo menos posible. Era una estrella, podía permitírselo.

El primer cambio en este mundo ideal se produjo a finales de 1992. Como suele pasar, las vacas flacas se acaban comiendo con patatas a las gordas. La resaca de la Expo de Sevilla y de las Olimpiadas junto con la recesión internacional llevaron a la primera crisis de la publicidad: recortes drásticos de presupuestos, despidos masivos. Aunque aquello no le afectó directamente, ya nada volvería a ser lo mismo, ya no se gastaría nunca más con la misma alegría: adiós a los sueldos millonarios, adiós a las ofertas constantes de otras agencias, al desmadre, a los clientes en babilonia. Las agencias empezaron a ser manejadas por oscuros directores financieros en Londres o Nueva York y poco a poco se perdió ese espíritu de aventura y un poco bucanero que había caracterizado a la publicidad patria.

Aunque se había sembrado la semilla del desencanto, Rodrigo seguía divirtiéndose con lo que hacía y pasándolo bastante bien en la vida. Sus campañitas, sus gallinitas y su

independencia. La República de Rodrigo. Una, grande y libre. Ya había probado lo que era el compromiso. Ya había cumplido. Y aquello no era para él. Poco antes de su boda, la agencia había contratado a una pitonisa para amenizar una cena de directores creativos de otros países. Cuando le tocó su turno, la adivina le preguntó si quería conocer lo que le pasaría en su trabajo o prefería que le hablara del corazón. Eligió el amor. La mujer le cogió la mano y mirándole fijamente le dijo:

–Tengo una mala noticia que dartte: las películas de Disney son mentira –Rodrigo la miró divertido y la pitonisa añadió–: En el fondo del alma, tú crees que vas a encontrar una mujer que cambiará tu vida, que hará que todo sea maravilloso, y que seréis felices y comeréis perdices. Eso no va a pasar nunca. Tú tienes el cambio metido en las entrañas, mi niño, y nunca vas a poder quedarte con una sola, ni habrá en tu vida cosa permanente. Tendrás relaciones pero ninguna durará.

Por una vez había que darle la razón a la quiromancia. Unas mujeres sucedían a otras. Con el tiempo se fue cansando de los rolletes del trabajo. Sólo traían problemas y cuando el tema se acababa había que verles la cara de mala leche todos los días. Exploró otros caminos y empezó a aficionarse a las frikis, tías raras que se salían de su mundo habitual, que le divertían por lo insólito: una policía antidisturbios, una contorsionista, una cantante del Orfeón donostiarra, una suicida frustrada, una diseñadora de ropa interior, una actriz porno. Por lo menos podía hablar de otras cosas que no fueran la campaña del nuevo Golf o el cambio de peluquín del director general tras su lío con la recepcionista. Se hizo tan adicto a esta nueva cantera que sus amigos se reían diciéndole que pronto se iba a especializar en las chepudas y las albinas. Así iban pasando dulcemente los días, los meses y los años.

La insatisfacción laboral, sin embargo, se iba larvando. El ambiente funcional que se estaba instaurando en las agencias le estaba empezando a pesar en las sienas. Para empeorar las cosas a los clientes les dio por profesionalizarse y por creer que sabían de publicidad. Los departamentos de márketing empezaron a poblarse de jovenzuelos atacados de vejez prematura y cara de póquer, con una imaginación y una capacidad de visualización más adecuadas para el departamento de auditoría de Peat Marwick o de Arthur Andersen que para intentar penetrar en la psique de las amas de casa de Elche consumidoras de suavizante. Aquello empezaba a ir por muy mal camino.

Los años de profesión eran como losas que se iban acumulando. Los días se parecían fastidiosamente unos a otros, como en aquella película del día de la marmota. Las mismas prisas. La campaña que tiene que estar para mañana o, una vez más, se hunde el mundo. La bronca porque el logo no sale suficientemente grande. Esas cuñas de radio que se nos han olvidado para la presentación y sólo nos quedan cinco minutos... Además, los cuarenta comienzan a ser una edad peligrosa en una agencia. Si las cosas se tuercen un poco, si por hache o por be no se llega a cumplir el bendito presupuesto, palabra de Nueva York, te alabamos Señor, la primera idea que se le ocurre al presidente de turno es desprenderse del director creativo «que está un poco pasadito», contratar a un jovenzuelo que «traiga aire nuevo» y, por supuesto, equilibrar las cuentas con una nómina la mitad de abultada. No importan los leones que se tengan, ni los grandes

premios del Festival de San Sebastián, ni la madre que los parió. Y lo peor es que la mayoría de las veces el truco funciona.

Rodrigo llevaba fantaseando con mandar todo a la mierda desde hacía algún tiempo. Desde que en el último momento se frustró su fichaje multimillonario por una *.com* (que cerró pocos meses después en medio del habitual escándalo) su nivel de motivación era muy bajito, pero, hasta esa tarde de verano en la terraza de su casa, no había sido consciente de lo próximo que estaba el final. No le solían pasar cosas así. No era de esa gente que se levanta un día y decide dejar de fumar, irse de casa o mudarse al extranjero, pero esta vez lo veía muy claro, nítido. Era el momento de cambiar de piel como los lagartos.

El problema era el de siempre, la pasta. Tenía algo de dinero pero se lo había pasado bien. Había viajado, se había comprado buenos coches, motos, un buen piso y sus chicas le habían costado lo suyo («Las mujeres caras son siempre las más baratas, hijo mío», le solía decir su padre). No se había privado de nada. Con los ahorros que tenía le daba para vivir un par de años sin demasiadas estrecheces pero no para mucho más. Por otro lado, no se le ocurría otra cosa a la que dedicarse. Siempre había hecho lo mismo y nunca, hasta entonces, había pensado en hacer nada distinto.

Varios de sus compañeros habían optado por una digna retirada a tiempo. Aunque a una parte importante de la población les parezcan seres privilegiados, los creativos publicitarios tienden a ser eternos insatisfechos que sueñan con aplicar su talento en temas menos banales. Unos tienen una novela en la cabeza que dejaría en pañales al ex redactor de FCB Salman Rushdie, otros están firmemente convencidos de que harían mejores películas que el director de *Amelie*, también del gremio. El destino, sin embargo, suele ser menos glamouroso. Los amigos de Rodrigo que habían ahorrado dinero montaban un pequeño hotelito rural, lo cual era muy agradable pero no excesivamente creativo. El 90% de los hotelitos rurales deben ser de ex publicitarios. Los que no habían guardado nada para el invierno (la mayoría), a llevar la mercería de la familia, a montar una tienda de golosinas o algo parecido. Algunos pocos afortunados conseguían colocarse

de consultores externos de grandes corporaciones y se dedicaban a hacer la puñeta a sus antiguos colegas.

Él le había estado dando infinidad de vueltas a qué podía hacer cuando dejara la publicidad. Tenía que ser algo viable, sin fantasías imposibles ni romanticismos, que diera pasta, que le permitiera vivir tan bien como antes y que además le divirtiera. Aquello no parecía la cuadratura del círculo sino una paradoja matemática aún más imposible pero, de repente, la lucecita se encendió, de la forma más tonta, como suele pasar en estos casos.

Un día, volviendo de otra aburridísima reunión internacional en Londres sobre el posicionamiento paneuropeo del maíz en grano, entró a comprar una revista en la librería del aeropuerto de Heathrow para matar la clásica espera de dos horas de cuando uno ya llega de mal café. Estaba realmente hasta el último pelo de la cabeza. Dos días encerrado a cal y canto en un hotel para reflexionar sobre cómo se alían las ensaladas en los distintos países del continente. Como tantas veces en los últimos tiempos, había estado a punto de levantarse, pegar un corte de mangas a todo el personal y salir dignamente de la sala. Como otras tantas no había hecho nada.

«El problema es que te has hecho un burgués, Rodrigo», pensaba mientras buscaba entre las revistas. No encontró nada. Últimamente nada le interesaba, nada le distraía. Se detuvo a ojear los libros.

«Menuda mierda, aquí sólo hay novelones rosas de esos de Barbara Cartland, Harry Potters y libros de autoayuda», murmuró con el optimismo que le embargaba. Ciertamente aquello estaba lleno de libros de autoayuda. A él nunca le había interesado demasiado el tema, le parecía que eran vulgares cometas para gente sin problemas reales. Lo que le llamó la atención eran las fajillas de los libros: «Más de no sé cuántos millones de ejemplares vendidos», «Número uno en todo el mundo mundial». Aquello picó su dormida curiosidad de publicitario. ¿Qué les vería la gente a esos librecitos? Él ni siquiera le había echado un vistazo a uno. Con la espera que tenía por delante, tiempo era lo que le sobraba. Sería cuestión de ver qué tiene el agua si tanto la bendicen.

Desechó los teóricos y sesudos. Había otros que parecían más asequibles, con forma de cuento, letra más gorda y, en algunos casos, hasta con ilustraciones que ocupaban una página entera. Eligió dos de los aparentemente más exitosos: *Fish! for life* (1.500.000 ejemplares vendidos en todo el mundo) y *El alquimista*. De este último libro y de su autor, Paulo Coelho, algo había oído hablar. Le impresionó leer que llevaba 35 millones de libros vendidos y 14 de esa obra en concreto.

Se leyó los dos durante la espera y el viaje de vuelta a Madrid. Al cerrar la última página sonrió. Eran exactamente lo que había sospechado, una parida. *Fish! for life* parecía ser la secuela de otro libro de motivación empresarial llamado, obviamente, *Fish!* Escrito por un sietemesino al cual no le habría confiado las cuñas de radio de la mercería de la esquina, con un enfoque rabiosamente yanqui, era la historia de la feliz familia de un pescadero que resolvía sus problemas hablando y utilizando cuatro principios: ser alegre en la vida, alegrar el día a los demás, estando presente y eligiendo la actitud. Difícil encontrar mayor número de verdades de Perogrullo y tópicos juntos. Parecía escrito por

Ned Flanders, el vecino de los Simpson. «No me extraña que tantos americanos acaben en sectas», pensó. *El alquimista* le pareció un cuento de hadas, mejor escrito que el otro pero un cuento al fin y al cabo. Partiendo de una idea central (cada uno tiene que vivir su historia personal), utilizaba un montón de palabras y conceptos aparentemente místicos («el lenguaje universal», «el alma del mundo») para estirar el argumento y hacer un libro «bonito». Claramente un intento de hacer un *Principito* moderno y lleno de misterio. Y la verdad es que nunca le había gustado *El principito*.

Llegó a su casa. Como solía ser habitual en esos días en los que todo empezaba torcido, era necesario un broche final y en este caso lo ponía Gladys, su asistenta, que no había venido durante su ausencia. Aquello era una leonera, con ropa que había dejado fuera de la maleta en el último momento regada por todas partes y un criadero de hormigas en el fregadero. «¿De dónde vendrá tanta hormiga? ¿No viven en el campo? ¿Cómo coño llegan hasta la Cava de San Miguel?», se preguntó. «Seguro que la culpa es de las dichosas obras del metro.» Se quitó los pantalones y zapeó un rato sin mucho convencimiento. Con suavidad se acarició la pierna derecha. De tanto rascarse últimamente, la mancha de nacimiento se la estaba dejando en carne viva. Con el cambio de hora con Inglaterra se había hecho ya bastante tarde. Le pegó un vistazo a su agenda para ver qué tenía al día siguiente. Otro jueves lleno de reuniones absurdas. Se fue a su cuarto y por un momento estuvo a punto de quitarse el resto de la ropa y meterse directamente en la cama sin limpiarse los dientes. Era un acto de rebeldía absurdo que ponía en práctica cuando se sentía apaleado por la vida. Estoy cabreado y que se lave los dientes la tía Rita, que se joda el coronel que no como rancho. Cosas de solterones maniáticos.

Finalmente recapacitó, afeándose malhumorado su vena infantil. Revolió la bolsa de viaje en busca del neceser. En su lugar se encontró la fajilla de uno de los libros de autoayuda. «EL LIBRO QUE HA CAMBIADO LA VIDA DE MILLONES DE PERSONAS.» «Menuda idiotez, hasta yo podría escribir algo con más sentido que aquello», pensó.

Empezó a lavarse los dientes, algo que le aburría soberanamente desde su más tierna infancia. Dos minutos por lo menos, decían en el internado veraniego de los desechos estudiantiles. Arriba, abajo, abajo, arriba. Se miraba en el espejo mientras agitaba desganadamente el antebrazo. De repente le llegó la idea como el flash de una cámara. ¡ÉL PODÍA ESCRIBIR ALGO MUCHO MEJOR! Esto sí era una auténtica iluminación.

«¡Eres un puto genio, Alonso!», gritó con la boca todavía llena de dentífrico. Y sentenció: «Debería lavarme los dientes veinte veces al día».

Se dirigió precipitadamente a su ordenador. De los nervios, no sabía ni por dónde empezar. Metió «autoayuda» en Google. 2.330.000 referencias. Se preparó un buen café.

Para las seis de la mañana tenía ya una idea bastante aproximada de las obras cumbre del subgénero de estas fábulas y de sus autores: Mitch Albom, Stephen C. Lundin, John Christensen, Harry Paul, Spencer Johnson, Joan Brady, Robert Fisher. Tal como sospechaba la mayoría de ellos no tenía ninguna relación con la Filosofía, la religión ni

nada parecido. Eran gente corriente y moliente, sin acceso aparente a las fuentes del saber eterno. La autora de *Dios llegó en una Harley* había sido enfermera toda su vida hasta que el éxito la llevó a mudarse a Beverly Hills o donde fuera que estaba el palacete donde recibía a los lectores de harpersbazaar.com. Otro era comentarista deportivo hasta que pegó el pelotazo con un libro sobre sus supuestas conversaciones con un viejo que le trasmitía su sabiduría cuando iba a cuidarle entre partido y partido. Una especie de José María García, en plan buen samaritano, al que los dioses habían tocado con su manto. Otro era abogado, otro maestro de escuela...

Esta tribu lo había hecho. Se habían convertido en auténticos referentes mundiales saliendo de la nada. Ahora tenían su página web, cobraban un dineral por dar charlas y seminarios a Microsoft, Oracle o American Express, vendían millones de libros y además tenían un merchandising que despachaban como pollos asados un domingo: agendas, calendarios, vídeos, diarios, libros de arte (¿?), videojuegos, etc. Por si fuera poco, muchos de estos libros habían sido llevados al cine, la televisión o tenían a los estudios desesperados por comprar los derechos. Una mina de oro.

Sintió que se le erizaban los pelos de la nuca, esa misma sensación que experimentaba en las buenas épocas, cuando daba con una idea para una campaña que sabía que era ganadora, que era de premio. Acababa de dar en el clavo. En esto podía destacar. Podía ser el mejor. En eso sí podía utilizar sus armas de siempre y, además, forrarse. Sabiendo lo que sabía de publicidad escribiría el mejor cuento de autoayuda, un best-seller de traca. La seducción y la manipulación al servicio de la humanidad. Adiós a la oficina, adiós al presi, a los clientes, al coordinador internacional, al aburrimiento, al hastío, a la churrería en la que temía acabar. Hola a su nuevo yo, al escritor de fama mundial, al Gurú.

Realmente genial la idea de convertirse en gurú. El problema era que incluso para convertirse en un impostor de la autoayuda había que currárselo y Rodrigo era la inconstancia con patas. Al principio estaba emocionadísimo, se lo contaba a todo el mundo, estaba todo el día tomando notas de cualquier cosa que se le ocurría al respecto en una Palm Pilot que se compró específicamente para la ocasión. Incluso se pasó un puente, retirado en una casa en Mallorca que le prestó un amigo suyo alemán, leyendo libros de autoayuda en vez de irse a esquiar. Pero, poco a poco, el entusiasmo inicial se fue enfriando. El día a día acabó por sepultarlo. Rodrigo tenía mucho jaleo en la agencia y nunca encontraba el momento para dedicarle a su nuevo proyecto. En la oficina era imposible porque estaban en una época fatal de trabajo y de presentaciones a nuevos clientes, y cuando llegaba a casa lo que menos le apetecía era ponerse a elucubrar fantasías para almas desamparadas. Siempre encontraba una excusa para no hincarle el diente a su tarea: tomarse una cerveza con un amigo que estaba de paso por Madrid, ir a ver esa película que tanto le apetecía y que iban a quitar de la cartelera... Los meses fueron pasando y la sola idea del maldito libro de autoayuda le ponía de mala leche, le hacía sentirse culpable por no ser capaz de poner un poco de voluntad en algo por una vez en la vida.

El gusano del aburrimiento que le ahogaba desde hacía tiempo empezaba a comérselo por dentro. Rodrigo se transformó en un tío perfectamente insoportable que pasaba sin parar de un humor de perros a una melancolía de poeta del XIX. No sólo era su trabajo, aquello había desteñido otras facetas de su vida. Le parecía que estaba metido en un tubo del que era imposible salir. Le aburrían sus rolletes ocasionales. Le aburrían las cenas con sus amigos casados y sus parejas, todo el día hablando de pañales, del cole de los niños y de los problemas con la asistenta. Le aburrían las comidas con sus colegas de otras agencias, forrarse a pacharanes poniendo verde a todo el mundo y llorando tiempos mejores. Le aburrían sus mejores amigos, esos con los que siempre se había reído, aun

en los peores momentos. Se aburría a sí mismo.

Si no era el libro de autoayuda tendría que ser otra cosa. Barajó sus opciones. Tardó poco porque no se le ocurría ninguna. No parecía que hubiese una alternativa fácil a esa vida muelle que le tenía cogido por sus partes. Siempre quedaba la vieja y muy respetable institución del braguetazo. Seguía siendo un tío con buena planta, atractivo, o eso le gustaba pensar, tirando a alto, con menos michelines que la media de su edad, ojos grises azulados por los que había renunciado a las arquetípicas gafas de pasta negra de su profesión, con una caída de párpados que le había dado muchos triunfos y una melena morena leonina que, aunque empezaba a ralea peligrosamente, todavía mantenía una cierta dignidad. Estaban algo lejos los días en que su buena facha y su labia le hacían salir indemne de muchas de las más peliagudas presentaciones con clientes malintencionados («al fin y al cabo –pensaba– se ha demostrado a través de concienzudos estudios que los delincuentes con aspecto agradable tenían condenas un 70% inferiores a los feos por el mismo delito»), pero aún podía tener acceso a algunos muy buenos partidos. Seguro que su madre incluso le podía hacer una lista de solteras en edad de merecer con más de equis millones en la cuenta corriente. Era capaz de pedírsela a su banco, como si se tratara del último extracto de movimientos, y exigir la información con foto y todo. El problema era que ese tipo de transacciones imponían ciertas servidumbres que la República libre de Rodrigo no estaba dispuesta a aceptar. El dinero nunca sale gratis.

Quizá su karma era crear manías, modas perecederas, convencer a la gente de que Ariel lava más blanco, que Carlsberg es, probablemente, la mejor cerveza del mundo, que los congelados Findus son mejores que una comida casera recién hecha por su madre. Y, ya puestos, no iba a rebajarse, no señor. Él se creía un *superclase* en lo suyo y no se iba a poner a despachar churros o algo por el estilo. Pero ¿qué hacer? ¿Aguantar hasta que se deshagan de uno como de un trapo sucio? Ya había tomado la decisión. No, no moriría con las botas puestas. Pero era incapaz de cortar con el cordón umbilical que le ataba a la madre publicidad. Mientras tanto, los días se sucedían unos a otros a toda piña.

6

Sonó el teléfono. Mientras le daba un mordisco a una tostada Victoria alargó la mano para cogerlo y vio que era una llamada de Rodrigo. Estuvo a punto de no atenderla. Por las mañanas se levantaba de un humor pésimo y escasamente comunicativo. Sin embargo, le intrigó qué tripa se le podía haber roto a su amigo a las 8 de la mañana, sabiendo que nunca abría un ojo antes de las 10.

–Hola guapo. ¿Qué se te ofrece? –Victoria era la amiga de cabecera de Rodrigo desde hacía años y hablaban varias veces al día para consultarse cualquier tontería.

–Hola *dear*, llamo para que me felicites.

–¡Coño!, ¡es verdad!, se me olvidaba. Pensaba llamarte más tarde.

–Tranquila, que en realidad mi cumpleaños es mañana, pero quería solicitar tu presencia para una cena en mi casa. Celebraremos que este año es capicúa, que 44 años no es nada y esas cosas.

–Genial, me parece una idea buenísima –a Victoria no le pareció oportuno decirle que le parecía una fecha bastante mala para organizar algo porque era el jueves previo a un largo fin de semana. Con lo raro que estaba Rodrigo últimamente igual le daba un grito o se quedaba mustio como un lirio y no era cuestión de desanimarle más de lo que estaba.

–Es idea de mi hermana, dice que así a lo mejor se me pasa un poco el muerdo. Bueno, en cualquier caso nos tomamos unas copas y nos reímos un rato.

–Sí, genial, genial. ¿Quiénes vamos?

–Poca gente. Unos doce.

–¿Quieres que te lleve algo?

–Nada, no te preocupes. Va a venir Gladys a organizarlo todo. No pienso mover un dedo.

–Menuda joya de asistente tienes.

–Quita, quita, que la dominicana esta tiene un genio que no veas. Cuando le he pedido

que venga mañana por la noche me ha montado un pollo de pelotas: que ella no era una esclava, que es negra pero no idiota, que conoce sus derechos...

–Ya, pero al final va a estar allí. Parecéis pareja de hecho. Para mí que no podéis vivir el uno sin el otro.

–Debe ser eso. Bueno, nos vemos a las nueve y media, ¿ok?

Victoria Zalba conocía a Rodrigo desde hacía 20 años, casi desde que ella llegó de San Sebastián, poco después de que él empezase a trabajar en aquella pequeña agencia de sus comienzos. Ella era ayudante de Julio Moya, el fotógrafo al que contrataron para una campaña de chicles Cheiw. Se enrollaron esa misma noche, después de la sesión, y durante seis meses estuvieron tirándose los trastos a la cabeza (así al menos lo recordaba ella). Probablemente eran demasiado parecidos, con las mismas manías y los mismos arranques de mala leche. Finalmente las vacaciones ajusticiaron la relación. Ante la sola idea de irse con él al cabo de Gata, a perderse mano a mano en la inmensidad del desierto almeriense, Victoria prefirió liarse con Pedro, el de producción de Bassat, Ogilvy y su madre.

Después de aquello estuvieron algún tiempo sin verse pero retomaron el contacto al cabo de un par de años y aquello, poco a poco, se transformó en una amistad. Quizá fue porque nunca habían vivido juntos y no hubo que pelearse por los discos, libros y demás restos del naufragio.

Quizá porque él se consoló con aquella espectacular modelo danesa de la campaña de Ricard a los pocos días de ser abandonado. Quién sabe, pero el caso es que desde hacía siglos hablaban por teléfono diariamente y cada dos o tres semanas cenaban en algún lado para reírse de sus miserias. Ésa era una extraña virtud de Rodrigo, conseguía mantener una excelente relación con todas las mujeres que él consideraba importantes en su vida, con la única y honrosa excepción de Elena Suárez-Doscastillas.

Ahora Victoria era una conocida fotógrafa de moda, posfeminista militante, viajaba constantemente, seguía soltera, ligaba mucho, le gustaba alardear de ello y era la persona con los pies más en la tierra que conocía su amigo. Era buena escuchando y muy amiga de llamar a las cosas por su nombre. Si quería un consejo sincero ella era la persona. Con el pelo corto, los rasgos angulosos y unos vivísimos ojos marrones, últimamente había mucha gente que la encontraba muy parecida a Bebe, la de aquella canción sobre los malos tratos.

También solía ser muy puntual, pero esa noche fue una excepción a la regla. La casa de su amigo, en pleno centro de los centros de Madrid, se había convertido en una fortaleza inexpugnable rodeada de gigantescos fosos. Las obras del metro, de Fomento, de la última alucinación del alcalde, hacían de una excursión a esa zona un auténtico París-Dakar. Llegó casi tres cuartos de hora tarde después de dejar el coche medio metido en una zanja.

–¡Muchas felicidades, amiguito que Dios te bendiga! Perdona por la tardanza pero lo de las obras de tu barrio es auténticamente de coña. Toma, te he traído algo, son unas maracas y una colección completa de CDs de Carlinhos Brown para ver si alegras esa

cara –dijo entregándole un paquete a su Rodrigo–. Por cierto, ¿a quién tienes en el piso de abajo? Parece que están los Rolling tocando en la salita.

–Ya están en casa las italianas de los huevos –dijo Rodrigo, y empezó a aporrear con brío la pared medianera. La música bajó casi imperceptiblemente. Nuevo aporreo. Y añadió–: Son cuatro chavalitas milanesas de familia bien y de unos veinte años a las que han mandado aquí a aprender español. Han alquilado el piso de al lado. No sé si estarán aprendiendo mucho pero, de momento, se están zumbando a todos los guiris de la comunidad de Madrid y partes cercanas. Este follón no es nada, tienes que ver la que montan cuando organizan fiestas de verdad. Además de la música, los cabrones de sus amigos se confunden de telefonillo y me despiertan a las tantas. Lo más deprimente es que hacen que tenga complejo de parecerme al japonés de *Desayuno con diamantes*, el que vivía encima del piso de Audrey Hepburn y estaba siempre quejándose. Me veo como el típico anciano coñazo y joderrollos.

–Eso será porque seguro que están buenas, si fueran unos callos seguro que llamabas a los geos para que las gasearan. ¿Ha llegado ya todo el mundo?

–Bueno, hemos sufrido algunas bajas.

Victoria pasó al salón y se encontró con que sólo estaban Curra, la hermana de Rodrigo, y otro tío que creía recordar que se llamaba Luis Javier.

–Hola a todos. Parece que vamos a estar en familia. ¿Qué ha pasado con los demás?

–Los Figueras y los Ferré se han quedados atrapados en un atasco en Moncloa, y después de una hora de espera han decidido volverse a Pozuelo. David e Isabel están desaparecidos. A Mercedes, Luis y Sara les ha salido en el último momento un plan de fin de semana de esos que, según ellos, no se pueden dejar pasar. Por último, Bosco, el marido de Curra, se ha tenido que quedar en casa con los niños porque uno de ellos estaba malo. Total, un éxito sin precedentes de convocatoria.

«Menudo panorama», pensó Victoria, «no sé si este plan va a levantarle la moral a nadie». La hermana de Rodrigo se había convertido en la típica ama de casa pero seguía siendo una tía adorable, su antítesis en muchas cosas pero con la que se llevaba fenomenal. Muchas veces quedaban para tomar un café o ir de compras, ya que Curra siempre solicitaba sus consejos de asesora de imagen para recuperarse de sus sucesivos embarazos, que la habían dejado algo desfondada. A pesar de esto, Curra seguía siendo una mujer bastante atractiva, bajita pero muy bien proporcionada y con los bonitos ojos azules de la familia Alonso. El que tenía pinta de ser un purete considerable era el tal Luis Javier. Creía recordar que era abogado matrimonialista o algo así. Habían coincidido bastantes veces en fiestas, cenas y cosas de ese tipo pero nunca habían hablado demasiado. Bueno, él no había hablado demasiado. Se limitaba a observar el paisaje con sus ojos de batracio, sujetando su copa con las dos manos como si fuera a salir volando. Victoria sabía que ellos eran íntimos desde que estaban en el colegio, pero era de ese grupo de amistades pijo/yuppie/carcas de Rodrigo que a ella le producían urticaria aguda e intentaba evitar. Muchas veces se preguntaba qué tenía en común aquel tío con su amigo. Eso de compartir clases de F. E. N. debía unir mucho pero habían pasado seis cruzadas desde entonces y sus mundos eran muy distintos. Además, y sin ánimo de

regalarle el oído a su amigo, físicamente Luis Javier parecía de otra generación, estaba hecho una pena: fondón, grandes bolsas debajo de los ojos, siempre congestionado, sudando y calvo pero con mala leche, con una extraña isleta de pelos de espumillón en la frente rodeada por un erial de intrascendente pelusilla. Varias veces se lo había cruzado por la calle porque debía vivir por su barrio pero el tío parecía hacer auténticos esfuerzos para no saludarla. Debía ser o muy tímido o completamente idiota, una de dos.

En ese momento hizo su entrada Gladys, la asistenta, con una bandeja de canapés. A ella también se le descompuso la cara cuando vio a la concurrencia.

–Señor Rodrigo, ¿podría hablar con usted un momento?

Los dos se retiraron a la puerta de la cocina pero la conversación se podía oír perfectamente.

–¿Para esto me tiene usted toda la tarde trabajando como una estúpida? Si al final sólo iban a ser cuatro podía haber comprado un par de bolsas de papas fritas y fin de la historia. ¿Qué vamos a hacer con toda la comida que va a sobrar?

–No me dé usted más guerra que suficiente tengo ya... –y con un gruñido Rodrigo la despachó hacia el fondo.

Se sentaron todos en el salón, desechando la mesa de comedor. El ambiente era algo tenso. Los invitados sobrevivientes no tenían mucho en común y la presencia de Luis Javier no parecía contribuir a que las chicas se sintieran muy a gusto. Rodrigo intentó sacar algunos temas de conversación pero todos parecían naufragar a los pocos minutos. Ni siquiera las socorridas referencias al mundo rosa o a los últimos programas de la tele ayudaron a desatascar la situación. Las copas de vino iban cayendo y el lubricante social en vez de arreglar las cosas llevó la charla al tema de la política. Victoria y Luis Javier se enzarzaron en una acalorada y aburridísima discusión sobre las últimas medidas del gobierno, cada uno atrincherado en su barricada correspondiente. Cuando ya estaban llegando a la Guerra Civil y la lista de agravios de cada bando, Curra, viendo la cara de ajo de su hermano, intentó cambiar de tercio.

–Bueno chicos, que esto es un cumpleaños y el homenajeado se aburre. Por cierto Rodrigo, ¿qué tal va tu historia esa del libro de autoayuda?

En otro momento, él se hubiese escabullido con tal de no enfrentarse a sus asignaturas pendientes pero cualquier cosa era mejor que seguir escuchando los horrores de la matanza de Badajoz o los fusilamientos de Paracuellos.

–Bien, bien, estoy avanzando mucho. Tengo muchas ideas.

–O sea, que no has hecho nada.

–Hombre, nada, nada...

–Mira que eres vago. Después de la lata que nos diste cuando se te ocurrió... –dijo Victoria, saliendo de su trinchera libertaria.

–De verdad, que pienso empezar pronto. El problema es que ahora tengo mucho lío.

–Sí, sí. Ahora es el trabajo, mañana que se te ha estropeado el coche y pasado que tu abuela se ha puesto mala. Si no estás contento con tu vida deberías hacer algo, lo que sea. No puedes pasarte el día amargado. Por otro lado, no entiendo por qué tienes que estar amargado. El problema es que estás todo el día mirándote el ombligo –remachó

Curra.

–Joder, ya empezamos... Ya habéis encontrado la conversación perfecta: despiezarme
–Rodrigo se frotaba la cara.

–Dejad al pobre en paz, que es su cumpleaños –dijo Luis Javier acudiendo al rescate. Y comentó–: La verdad es que lo del libro de autoayuda yo no lo acababa de ver muy claro. A lo mejor tu trabajo no es perfecto y estás aburrido pero yo creo que es una pájara sin más, la dichosa crisis de los cuarenta. Se te pasará pronto.

–Sí, seguro. Cuando cumpla los setenta –dijo Victoria algo molesta porque Luis Javier no paraba de mirarla aunque se estuviera dirigiendo a otro–. Mira Rodrigo –sentenció–, búscate un proyecto que te haga ilusión, todos necesitamos uno. El libro ese mismamente te puede valer. A lo mejor das en la tecla y te forras. La gente está muy loca y busca desesperada que alguien les diga en qué dirección hay que ir. Compran cantidades industriales de cosméticos, perfumes y libros de autoayuda con una sola idea: ser o, al menos, parecer alguien distinto. Además si hay alguien que pueda perpetrar un timo emocional de ese calibre eres tú. Por otro lado no estás casado, no tienes niños, no tienes obligaciones de ningún tipo. Si al final no te comes un rosco siempre puedes volver a la agencia o colocarte en la tienda de artículos religiosos del tío Ramón.

Rodrigo dedicó una mirada asesina a su hermana. En ese momento, Gladys hizo su aparición con el postre y lo puso encima de una tabla de madera. Mirando al personal con aire fiero, reparó en que Victoria estaba dejando un chicle en un cenicero.

–¡Así que usted es la que deja los chicles mascados en los ceniceros! –rugió la dominicana–. Claro, da igual porque luego viene la esclava y lo recoge. ¿Qué pensaría usted si yo me pusiera a hacer estas porquerías en su casa?

La fotógrafa se quedó paralizada. Y eso que no era persona que se sorprendiera con facilidad.

–¡Gladys! ¡A la cocina ahora mismo!

–Pero señor Rodrigo...

–¡Ahora mismo! Esta mujer siempre igual. ¡Dios, qué carácter tiene! No hay quien pueda con ella.

–La dictadura del proletariado –sentenció Luis Javier.

–No lo sabes tú bien. Lo malo es que estoy vendido con esta mujer. Como se vaya no voy a ser capaz de encontrar nada en esta casa. Bueno Vic, sirve tú que eres la que has montado todo el follón.

Después de algunas anécdotas sobre el servicio doméstico, inevitablemente la conversación volvió al mismo tema.

–Puestos a escribir un libro, ¿por qué no escribes una versión española del libro aquel del publicitario francés que tuvo tanto éxito? ¿Cómo se llamaba? –Curra se frotó enérgicamente la frente, como queriendo extraer el dato de una de sus meninges.

–13,99 o 14,99 euros o algo así.

–Ese mismo. Algo así. Sexo, ambición e intrigas en una agencia de publicidad. El tío ese se forró con algo parecido y el libro era muy finito. Tampoco tendrías que matarte a escribir. Algo perfecto para alguien tan vago como tú.

–A mí, y sin ánimo de ofender, me parece una vulgaridad y una falta de imaginación. Parece que todos los que tienen la crisis de los cuarenta quieren escribir un libro o un guión sobre algo que se parece sospechosamente a su vida –intervino Victoria–. Ya puestos en el tema autoayuda, yo creo que deberías escribir algo sobre hombres y mujeres y las relaciones humanas. Eso siempre vende mucho.

–Es un poco lo que yo había estado pensando. Se me había ocurrido que en vez de escribir para las mujeres, que es lo que hacen la mayoría de los escritores de autoayuda, podía hacer algo dirigido a los hombres –las numerosas copas de vino que llevaba en el cuerpo habían conseguido que Rodrigo se viera de nuevo capaz de escribir ese libro y varios más.

–Me parece una idea genial. Incluso podías escribir un libro para autoayudarte a ti mismo que eres hombre y tienes un cacao mental de campeonato –rió su hermana.

–Yo veo a los tíos superdespistados hoy en día. Las mujeres hemos cambiado mucho, conocemos nuestros derechos, tenemos aspiraciones profesionales. ¿Sabéis qué es lo que pasa? Los hombres siguen buscando una mujer que ha muerto, no entienden a la que encuentran en su lugar: decidida, que sabe lo que quiere. Por eso surge la violencia y todos esos problemas, por el desconcierto. ¡Desconcertados, que estáis desconcertados! No hay más que ver aquí al amigo Luis Javier, que me mira con cara de «¿De que coño estará hablando esta tronca?» –Victoria también había bebido lo suyo y empezaba a meterse en la película.

–Tranquilos... no empecemos a personalizar –medió el anfitrión–. La idea no me parece de las peores, probablemente haya bastante desconcierto por ahí porque a las mujeres no os reconoce ni la madre que os parió, pero a mí me da que este tema no les quita mucho el sueño a los hombres. ¿A ti qué te parece, Luis Javier?

–Es posible que tengas razón, aunque la verdad es que les debería importar –contestó mirando a Victoria sin atisbo de rencor–. Como sabéis, estoy especializado en divorcios, separaciones, nulidades, en derecho de familia, vamos. Estoy harto de ver llegar clientes al bufete a los que les ha dejado su mujer y no saben ni siquiera por qué. Les quitan hasta la camisa y al cabo de unos pocos años, aparece el mismo tío con el mismo problema pero con su nueva mujer. No aprenden ni a tiros. Quizá un libro de ese tipo podría ayudar a muchos.

El tono de un móvil interrumpió este sesudo intercambio de pareceres. Rodrigo puso cara de fastidio al ver el nombre en la pantalla.

–Vaya, Blanca. Blanche, sí, ¿qué tal? Ya sé que habíamos quedado para cenar por mi cumpleaños pero ha sucedido una emergencia y se me ha olvidado completamente llamarte. Sí, algo de trabajo, una presentación de último minuto. Aquí estoy con el equipo creativo trabajando. Que sí mujer, que es cierto. Perdóname. Siento que hayas estado con la mesa puesta toda la noche y que ya sean más de las dos. Te llamo la semana que viene. Sí, seguro, te lo prometo. No, no, no te pongas pesaaaaada. Hablamos. Un beso.

Blanca era, como decían sus amigos, el fondo de armario de Rodrigo, la eterna sufridora que siempre estaba allí, sin importar cuántas patadas en la boca, infidelidades,

plantones, faenas y disgustos le propinara él. Tan buena chica, tan dulce, tan sumisa, tan vegetariana.

–Un perfecto ejemplo de un cabronazo en acción –sentenció Victoria.

–Se me parte el corazón de ver cómo tratas a esta pobre –continuó Curra–. ¿Cuántos años llevas torturándola? ¿Dos, tres?

–Ya estamos con la solidaridad femenina. Yo le he dejado las cosas muy claritas desde el principio, siempre le he dicho lo que había pero ella sigue erre que erre empeñada en que soy el padre de sus hijos.

–No lo entiendo, a mí me parece estupenda, guapa, simpática, siempre de buen humor –intervino Luis Javier.

–Es cierto que es un poco coñazo pero no sé a qué aspiras a estas alturas de la vida, tío, que tienes más años que un bosque –remató Victoria.

Las chicas estuvieron otro buen rato despiezando a Rodrigo hasta que la fotógrafa se puso de pie.

–Chicos, ha sido un placer. Yo me voy a ir yendo porque mañana tengo una producción. Sí, ya sé que soy una pringada pero el mundo de la moda es así.

–Yo también me voy. También tengo que trabajar mañana. Por cierto Victoria, creo que vives cerca de mi casa, ¿no? ¿Te importaría acercarme? –dijo Luis Javier que también se había puesto de pie.

–Bueno, yo, esto...

–No te preocupes que no te voy a seguir hablando de los rojos. Me harías un gran favor porque ahora no voy a encontrar taxi ni de broma.

–Yo también me voy. Mi santo esposo debe creer que me he echado un amante, que me tiene atada al cabecero de la cama de cualquier motel y no me deja escapar. Son más de las dos, ¿no?

–Tener amigos para esto –dijo Rodrigo bostezando risueño y desperezándose.

–Es que a los ancianitos como tú hay que dejarles descansar para que aguanten, al menos, un par de años más. Muchas felicidades, oh gran gurú –dijo Victoria plantándole un beso y recogiendo su enorme bolso–. Si tienes ganas de marcha siempre te puedes ir a casa de tus nuevas vecinas italianas que parecen estar en full *swing*.

En efecto, en el piso de al lado se oían risas, ruido de copas y música de Nek a todo trapo.

Rodrigo se sintió como si tuviera un millón de años.

–¿Falta mucho? –la voz de su hermana le resultó particularmente desagradable a Rodrigo. La cabeza le retumbaba como si llevara dentro un grupo de senegaleses tocando sus djembés.

–Es acojonante, llevas años viniendo aquí y todavía no tienes ni idea de cómo se va –gruñó malhumorado.

La «fiesta» de cumpleaños había acabado bastante pronto y tampoco habían caído tantas botellas de Riscal. Estas resacas tontas eran las que más le molestaban a Rodrigo, las que le recordaban que ya no tenía los 25 años que él inconscientemente creía tener. Antes las resacas se sufrían después de dos días de marcha enloquecida, no por una cenita en casa con cuatro colegas y tres vasitos de vino. Era realmente deprimente.

Ese sábado les tocaba a los dos hermanos ir a ver a su padre a la sierra. «Menuda lata ir a ver al viejo», pensó, más llevado por la mala leche mañanera que por otra cosa. A pesar de los pesares, aunque no había sido un padre al uso o precisamente por eso, Rodrigo le tenía un gran cariño a Augusto, como él le llamaba, siempre habían mantenido una sintonía especial. Era todo un personaje, un tótem de otra época.

Augusto Alonso no se había aburrido. Dejó pronto los estudios de Derecho y, con el dinero de un papá enriquecido con el contrabando de tabaco y muerto prematuramente, se dedicó al automovilismo («En la época en que los que corrían eran los señores y no los hijos de los mecánicos como ahora», le gustaba decir a su santa esposa las poquísimas veces que se dignaba hablar con él). Aún se vanagloriaba de haber hecho mejor tiempo que el mítico Jim Clark en el no menos mítico tramo del Col de Turini en el Rally de Montecarlo. Una juventud por todo lo alto. Su simpatía, su labia (la misma que heredaría Rodrigo) y, sobre todo, su forma de derrochar a manos llenas, le abrieron las puertas de las mejores fiestas, de las mejores casas de la Riviera, Portofino, Capri, de noches de whisky y rosas con Gunther Sachs, Brigitte Bardot, Romy Schneider, Porfirio Rubirosa, Gina Lollobrigida.

Como es lógico, la gasolina para todo aquel dispendio empezó a agotarse al cabo de pocos años y volvió a España con la firme intención de asentar la cabeza «de una manera española», es decir, «casarse con una doncella de gran fortuna», como escribió don Antonio Machado. Y fue a casarse con Angustias, cuya conservadora familia, después del clásico periodo de oposición, acabó por hacer la vista gorda a la mala reputación y el turbio origen de la casi difunta fortuna de los Alonso. Ya se encargaban ellos de domesticarle. Augusto pareció acostumbrarse a la vida muelle de señorito. Por las mañanas el trabajo de enchufado en la empresa de su suegro. Por las tardes las partidas de mus con los amigos. Y de cuando en cuando una visita a aquel refugio del pecado que, en aquel Madrid tan gris, era Alazán. Nacieron Rodrigo y Curra. Angustias y Augusto eran una más de esas parejas burguesas acomodadas de principios de los sesenta.

Sin embargo, las tornas cambiaron de repente. Los negocios de su suegro, abandonados durante los últimos años en manos de los administradores, empezaron a tener muy mala cara y la cómoda situación de la familia explotó cuando, a la muerte del patriarca, comprobaron que el último de ellos, en una hábil maniobra, se había apropiado legalmente de casi todo.

Augusto intentó buscar algún trabajo pero su currículum no se lo ponía fácil. Finalmente un acaudalado indiano le contrató para que controlara sus negocios en América.

—¿Tú recuerdas a papá de pequeña? —preguntó Rodrigo a su hermana, mientras la carretera empezaba a mojarse con una suave llovizna otoñal.

—De cosas sueltas: alguna Navidad que venía, de cuando me trajo aquella muñeca rubia que me encantaba, de las historias que nos contaba sobre los indios reductores de cabezas, de las pirañas, ese tipo de cosas. ¿A qué viene eso ahora? —Curra recordó el olor a Old Spice de la ropa de su padre cuando volvía de viaje.

Colombia, Argentina, Brasil. Su padre se fue con la idea de que su familia le siguiera poco después, pero pasaron los meses, y las llamadas y las cartas se espaciaban cada vez más. Angustias viajó a buscarlo y volvió sola. A partir de aquel momento se acabaron las conversaciones sobre lo que iban a hacer cuando llegaran a esa ciudad de enormes avenidas, a aquel país donde regalaban la carne porque había miles de vacas por habitante. Nunca se separaron formalmente pero ella se negó a volverlo a ver nunca más.

—A ver si te acuerdas para la próxima vez, hermanita. Es por este camino, el del muro de piedra y luego a la derecha. ¿Cómo haces cuando no te traigo yo?

—Pues me trae mi señor esposo, como debe ser.

El 4x4 ascendió el estrecho camino de tierra flanqueado de encinas hasta llegar a una casita de piedra, de las que solían ser típicas de la sierra madrileña. El jardín estaba sumido en el caos habitual, con hierbajos de todo tipo invadiendo el camino de piedras. Aparcaron junto al destartado 4 latas, medio desteñido. Al bajar del coche, Rodrigo aspiró profundamente con la vana esperanza de que el olor a tierra mojada le ayudase a despejar la cabeza.

La puerta estaba abierta. «Pasad, pasad. Llegáis tarde», se oyó desde el fondo.

Entraron en el salón medio en penumbra. La colección de máscaras indígenas que colgaba de la pared le daba el toque tétrico de costumbre, ese que hacía que el hijo mayor de Curra se pusiera malo con sólo oír hablar de visitar al abuelo. Por todas partes había pilas de libros y papeles, papeles sobre el suelo de barro cocido, sobre las mesas, sobre el sofá.

Augusto estaba sentado junto a un viejo aparato de radio de los años cincuenta, jugueteando con el dial.

–Hijos, qué alegría veros.

–Lo de vernos lo dirás en sentido figurado, aquí no se ve ni un pijo –dijo Rodrigo plantándole un beso en la barba blanca. Augusto se puso de pie. Como casi siempre, fuera invierno o verano, llevaba una guayabera, pantalón corto militar y sandalias. Se alisó el poco pelo que le quedaba con ambas manos.

–Hija, ¿no has traído a los niños? ¡Qué pena! ¡Con lo bien que lo pasé la última vez contándoles historias de fantasmas! ¿Con quién los has dejado?, ¿con el calzonazos de tu marido?

–Esta vida de ermitaño te está mejorando el carácter por momentos. ¿Tú has visto cómo tienes el jardín de porquerías? ¿Se puede saber qué estás haciendo con ese trasto? –replicó Curra un poco alterada.

–Paz, haya paz –dijo el viejo levantando las manos–. Perdona hija, aquí se me oxidan los modales. ¿Esto? –preguntó volviéndose hacia la radio–. Leí un artículo sobre la utilización de este tipo de radios de los años cincuenta para comunicarse con el más allá, escribí al autor y me explicó el procedimiento. Es increíble, funcionan hasta sin válvulas. Le vas dando al dial y van apareciendo voces de espíritus que quieren manifestarse, y les puedes preguntar y te contestan. Fascinante, ¿no?

–Jefe, estás como una regadera. ¿Me podrías dar un vaso de agua? –Rodrigo se tiró sobre el descascarillado sofá chéster con un lastimero suspiro, sin molestarse en apartar siquiera los tomos y papeles variopintos que había encima.

Augusto se había aficionado al estudio de los fenómenos paranormales durante sus años en Brasil. Cuando volvió a España, ya mayor, su situación financiera no le daba para muchos caprichos de ese tipo (en esa época sobrevivía dando clases de bridge a viejas cacatúas), pero después de que la inesperada herencia de Esthercita, su antigua amante colombiana, le permitiera comprar esta casita en donde retirarse y le asegurase una pequeña renta, había retomado su antigua afición que combinaba con una desordenada pasión por la lectura y un misticismo algo particular.

–Hijo, no se puede ser tan escéptico con todo. Mira, os voy a enseñar cómo funciona, voy a sintonizar alguna de esas voces. Últimamente andan muy revueltos los espíritus. Debe estarse cociendo una gorda.

Se hizo un silencio mientras esperaban a las voces de ultratumba. En ese momento se abrió la puerta que daba a la cocina y Curra pegó un escalofriante grito, tirando el vaso de agua que tenía en la mano. Una siniestra figura iluminada de abajo arriba por la lámpara y con la cara vendada por completo les miraba desde el quicio de la puerta. Rodrigo se puso de pie de un respingo.

–Ja, ja, ja, no os pongáis nerviosos –Augusto se tronchaba de risa–. No hemos contactado con la momia de Ramsés II. Es mi amigo Chema, que se ha hecho una de esas operaciones de cirugía estética y está pasando unos días aquí, ocultándose del mundanal ruido, hasta que tenga un aspecto presentable y pueda mostrarse con su nuevo rostro aniñado ante esa chavalita de 40 con la que ha ligado.

–Hola, perdonad por el susto. Hoy me ha tocado cocinar. Podéis pasar a comer –dijo la momia abriendo la puerta del comedor.

–Con razón no traigo a los niños a verte, que, aunque sean pequeñitos, luego los tengo con pesadillas dos semanas.

Rodrigo se apartó de la mesa para poder estirar las piernas. Se limpió la boca con la servilleta y la dejó sobre el mantel de hule.

–Buenísimo este cordero, Chema. Estaba en su punto. Y eso que yo no soy mucho de cordero.

–Y las natillas espectaculares. No puedo creer que las hayas hecho tú –dijo Curra mientras se servía un poco más.

–Es que aquí hay poca cosa que hacer, con tu padre todo el día leyendo y con sus cachivaches.

–Tontadas, tú que quieres pulir tus dotes culinarias para impresionar a tu Gisella o Marianella o como se llame. No me habéis contado nada de vuestra madre. ¿Cómo anda?

–La verdad es que no hemos ido a verla mucho últimamente. Por Gladys, mi asistente, que va a limpiar algunos días a su casa, sé que anda bastante liada con la canonización de Carlos de Habsburgo.

–Me alegro de que al final haya encontrado un santo a su medida. Gente bien, como a ella le gusta, rey nada menos. ¿Y tú, hijo? Después de pasarte toda la comida poniendo a parir a la familia no has comentado nada sobre tu vida. ¿Cómo vas con el libro ese que me contaste que querías escribir?

Rodrigo maldijo para sus adentros el momento en que le había contado su proyecto a todo el mundo.

–Ya te contaré otro día. Hoy tengo un punto de resaca y...

–Uy, ha hecho grandes avances –Curra miró a su hermano con una sonrisa maliciosa.

Rodrigo puso cara de cuerno y se revolvió incómodo en la silla.

–¿Ah, sí? ¿Ya sabes de qué va a tratar? –su padre encendió uno de sus Romeo y Julieta y el aroma empezó a invadir el pequeño comedor lleno de manchas de humedad.

–De los hombres y las mujeres –respondió Curra.

–*L'amour!* –suspiró Augusto elevando el mentón con aire soñador mientras expulsaba el humo hacia el techo–. Ese eterno insatisfecho. ¿O sea que a estas alturas te has puesto a escribir una novela rosa? Ya lo dice el dicho rioplatense: «Soltero maduro, puto seguro».

–Estaba pensando en un relato de autoayuda sobre los hombres frente a las mujeres actuales, una cosa sencillita, que lo entienda todo el mundo. ¿Pero es sólo una de las posibilidades, todavía no hay nada definitivo.

–Deberías escribir sobre las mujeres. Son los seres más fascinantes de la creación, hijo. Contradictorias, difíciles, caprichosas pero divertidas, originales, creativas. La sal de la tierra. El mundo sería aburridísimo sin ellas. Mi vida hubiese sido aburridísima sin ellas. Tendría más dinero, eso sí, pero que me quiten lo bailado. Las garotas de Río, las porteñas tan divinas y arregladas, las limeñas tan cariñosas. La verdad es que las echo de menos en este retiro que me han impuesto mis años... –los ojos del anciano se iluminaban recordando.

–Como decía Oscar Wilde: «Las mujeres están hechas para ser amadas, no para ser comprendidas» –intervino la momia mientras recogía los platos. Curra se levantó para ayudarlo.

–Una cosa es que te gusten las mujeres y otra muy distinta es estar enamorado del amor, que es lo que te pasa a ti, querido amigo. Puestos a meternos en citas, hay una de Lord Byron que te viene a ti como anillo al dedo: «Como las paperas, el amor es realmente peligroso cuando llega tarde en la vida». Pero siguiendo con el tema, las mujeres son un gran asunto para un libro, para cualquier libro. La mujer es el origen de la vida, la que aseguraba la continuidad del grupo. Como dice Freud, lo más probable es que el matriarcado haya sido el estadio inicial de todas las culturas primitivas. Ellas proveían, ellas mandaban, ellas heredaban. Ellas eran el nexo con los dioses. Los dioses eran mujeres: la tierra, la luna e incluso la madre sol. El hombre ocupaba una posición de inferioridad social hasta que se rebela y somete a su pareja durante milenios. Ahora, las mujeres vuelven a tomar conciencia colectiva de su papel en el mundo y el problema surge porque los hombres no saben cómo reaccionar ante la amenaza. O se convierten en felpudos operados que quieren ser más mujeres que las mujeres como aquí mi amigo o se lían a tortas con ellas.

–Augusto, se te está yendo mucho la pinza de tanto leer cosas de esas. Quizá deberías buscarte tú también una buena novia –rió Rodrigo poniéndose de pie–. Además, podrías cambiar estas sillas rústicas castellanas que dejan el culo hecho un trapo. Volvamos al salón.

–Bueno, vale, quizá me he ido un poco por las ramas pero la licencia para divagar es uno de los privilegios de mi edad, ¿no creéis? –dijo sonriendo el patriarca. Se levantaron todos de la mesa y, después de despejar de la mejor manera posible el tresillo de papeles, se sentaron a tomar el café que les traía Chema.

–De todas maneras, con respecto al tema del libro... –intentó retomar el invitado.

–Chema, de verdad, no estoy pensando hacer un libro sobre las mujeres. Hoy tengo la cabeza como un bombo y preferiría no hablar sobre el tema.

–Deja de ser tan cascarrabias, hijo. A mí me parece una idea bastante divertida, puedes pasarlo en grande escribiendo esas chorradas. No sólo porque puedas hacer algo de dinero, que esas cosas nunca se saben. Te permitirán olvidarte un poco de todas tus paranoias de eterno insatisfecho. Lo único malo es que me parece que te falta bagaje intelectual para hablar del tema. Una cosa es hacer anuncios para marujas y otra conocer los misterios del alma humana.

–Te agradezco el apoyo moral, Augusto.

–No te preocupes, para eso está la familia. Pero como dentro de todas las tonterías que se te ocurren no me parece de las peores, te voy a echar una mano... A mí me parece que tu libro necesita un poco de la sabiduría de nuestros clásicos. Si he entendido bien, lo que quieres es hacer una fábula con recado, que aporte soluciones a los problemas del hombre pero en un formato fácilmente digerible. A ver qué tengo por aquí... –dijo Augusto revolviendo en una pila de libros que tenía en el suelo junto a su sillón. Eligió unos cuantos y los dejó en la mesa que estaba al lado de Rodrigo, que cogió uno al azar.

–*El conde Lucanor*... Este creo que lo leí en el colegio.

–Ya, y seguro que no te acuerdas de nada. A mí siempre me ha parecido que era un ilustre antecesor nacional de *El príncipe* de Maquiavelo. Son consejos que da Patronio, su fiel valido, al conde sobre los más variados aspectos de la vida. Hay bastantes destinados al gobernante pero muchos se dirigen también al hombre. Además son cuentos cortos con una moraleja resumen al final. Yo creo que puede estar en la línea de lo que buscas. Es como un libro de autoayuda escrito hace setecientos años.

–Humm, parece interesante –dijo Rodrigo ojeando el libro–. Y esta parte de aquí, ¿qué es? *Sendebar* o *Libro de los engaños de las mujeres*.

–Es una colección de historias árabes y judías de origen muy antiguo que en algunas ediciones antiguas como esta se incluye por error dentro de *El conde Lucanor*. Algunos incluso creen que pueda proceder de la escuela de Pitágoras. No creo que te sirva de nada a menos que quieras escribir un tratado de misoginia.

–¿Pitágoras, el del teorema?

–Hijos míos, ¡qué asilvestrados estáis! Pitágoras, además de matemático, fue un notable filósofo y no sé cuántas cosas más, aunque no nos han llegado escritos suyos de forma directa y algunos incluso dudan de su existencia real. En cualquier caso, un tío fascinante que introdujo en el pensamiento occidental conceptos orientales como la reencarnación. Está claro, Rodrigo, que si vas a sacar adelante ese librito voy a tener que echarte una mano porque no tienes ni un mal barniz de cultura. No te preocupes, seguiré buscándote cosas.

–Hombre, gracias. La verdad es que no te voy a decir que no. Siempre me podrán valer para algo.

–Nada, nada, no me lo agradezcas. Ya te digo que me divierte bastante. Me viene bien para distraerme un rato del trabajo sobre la materialización de objetos en las casas con «presencias» extrañas que estoy escribiendo. ¿Sabéis que hace unas semanas se materializó de la nada en Bolonia una máquina de origen desconocido de más de doce toneladas durante la investigación del doctor Vaconi y hubo que llamar a las autoridades

para retirarla? Ya os he dicho que los espíritus están muy alborotados últimamente.

–Bueno, bien mirado –rió Curra– hay padres que se van de pesca con sus hijos, otros que los llevan al fútbol o a museos. Quizá vosotros, después de tantos años, habéis encontrado algo que hacer juntos.

Estuvieron un rato más tomando café y divagando sobre lo divino y lo humano. Chema parecía inquieto y miraba constantemente el reloj.

–Augusto, ¿no crees que deberíamos...? No quiero que se les haga tarde y se tengan que ir.

–Ah, sí, perdona, se me había olvidado completamente. Hijos, me gustaría pedirlos un favor: necesito vuestra ayuda para una sesión de espiritismo.

–Joe, papá. Ya sabes que yo no puedo entretenerme mucho porque se ha quedado Bosco solo con los niños. ¿Por qué no ponéis la radio esa con la que estabas jugando antes y sintonizáis espíritus vosotros dos juntitos?

–La radio sólo sirve para recibir, no para dialogar. Será sólo un ratito, te lo prometo, hija. Necesitamos al menos cuatro personas para una sesión en condiciones y a Chema le hace mucha ilusión porque el otro día se quedó a medias. El martes vinieron un par de conocidos del pueblo y nos salió un espíritu que estaba dispuesto a contarle todo su futuro sentimental, pero nuestros amigos se cagaron encima y tuvimos que dejarlo.

–Es que era Espartero –subrayó Chema con cara grave.

–Y ese, ¿quién es?

–Un general muy famoso del siglo XIX.

–¿Y ahora se dedica a la consultoría sentimental? –dijo Curra soltando una gran carcajada.

–Niños, no empecéis con el cachondeo. Qué más os da si es uno u otro si es por hacerle un favor a Chema.

–¿No podríamos jugar al mus como todas las familias normales después de comer? –protestó Rodrigo levantándose de su asiento.

En contra de lo que se podía esperar, Augusto no tenía una ouija profesional, por así decirlo. Tuvieron que conformarse con poner sobre una mesa redonda que había al

fondo del salón, y que también tuvieron que liberar de toneladas de papeles, un mantel de papel donde estaban escritas a rotulador las letras del alfabeto, los números del 1 al 9, una casilla para el «sí» y otra para el «no».

A pesar de los gustos esotéricos de su padre, Rodrigo y Curra no habían participado muchas veces en sesiones de este tipo. Augusto sacó una de sus copas de cristal del bueno del aparador y encendió una vela.

–Bueno chicos, haced un pequeño esfuerzo y concentraos. No quiero risitas ni comentarios jocosos, que ya sois mayorcitos.

–La verdad es que no entiendo cómo te tragas estas supercherías. ¿No está demostradísimo desde hace años que la copa dichosa la mueve el poder de la mente o algo parecido?

–Hijo, sobre este tema no se ha conseguido demostrar ni que sí ni que no ni todo lo contrario, pero te aseguro que no la mueve el poder de la mente. Pasan cosas demasiado raras e imprevisibles en estas sesiones. Quizá no sean los espíritus pero en cualquier caso es un buen *divertissement*. Bueno, ahora todos serios. Concentraos y poned el dedo en la copa –dijo el viejo apagando la luz de la habitación. Aún era de día pero la oscuridad de la casa y el cielo cubierto hicieron que quedaran en una semipenumbra.

Permanecieron en silencio durante un rato. Augusto, que había asumido los mandos, preguntó un par de veces si había alguien allí, pero la copa no se movió. Rodrigo iba a soltar el típico sarcasmo cuando su padre le golpeó en el brazo.

–Calla, parece que he sentido algo. ¿Hay alguien?

La copa se desplazó al sí.

–¿Quién eres?

–N-A-D-I-E deletreó.

–¿Quién eres?

–N-A-D-I-E.

–A veces se enroscan en esta parte y es un poco trabajoso hacerles seguir –dijo Chema, que tenía toda la pinta de estar enganchado al juegucito.

–¿Qué edad tienes?

–N-I-N-G-U-N-A.

–Ya hemos dado con el típico niño nonato que sale en todas las sesiones –Augusto estaba algo contrariado–. A ver si conseguimos que se vaya. Son muy pesados, no suelen tener ni idea de nada de lo que les preguntas y sólo marean la perdiz.

–¿Eres un niño no nacido?

–Sí.

–Anda niño, mira a ver si hay algún mayor por ahí que se pueda poner y no te preocupes que ya rezaremos un par de salves a las ánimas del limbo –intervino Rodrigo.

Permanecieron un rato más en silencio con la esperanza de que el intruso desapareciera.

–Me parece que hay alguien.

En efecto, la copa contestó afirmativamente a la pregunta de rigor.

–Cuando estabas vivo, ¿eras mayor de edad?

–SÍ.

–¿Es usted, General?

–Diantre, Chema –rezongó el padre convertido en médium–. No seas tan ansioso, deja que vayamos poco a poco.

–E-R-A-U-N-A-M-U-J-E-R.

–Dile que si puede ir a buscar a Espartero –Chema se rascaba nerviosamente los vendajes de la cara.

–¡Que no seas ansioso, te digo! ¿Quieres dar un mensaje para alguien? ¿Para quién?

–G-U-S-T-I-N-H-O.

–¡Coño! No puede ser...

A pesar de la poca luz reinante, los demás pudieron ver que Augusto estaba estupefacto.

–S-O-Y-R-O-S-I-N-H-A.

–No puede ser...

–Pero ¿quién es Rosinha, papá?

–Una amante que tuve cuando vivía en Río a principios de los setenta. Una mujer colosal, una auténtica diosa de ébano de Barra de Tijuca. Sólo ella me llamaba así. ¡Dios mío, cuántos años han pasado!

–P-O-R-Q-U-É.

–¿Por qué qué? Querida, cuánto siento que hayas muerto, ¿hace mucho?

–P-O-R-Q-U-É-V-O-C-E-N-O-V-I-N-O-A-L-A-C-I-T-A.

–¡Rosinha querida! No sabes cómo lo siento. Fue por aquella deudilla de juego que tenía con José Souza. La cosa se empezó a poner peligrosa y no tuve más remedio que poner tierra de por medio. Siento no haber podido llamarte ni mandarte recado pero tuve que salir para Buenos Aires. Desde allí tampoco pude escribirte para que no siguieran el rastro.

–Y-O-A-Ú-N-T-E-A-M-O.

–El viejo las debía matar al vuelo –murmuró Rodrigo a su hermana–. Mira que venir sólo de ultratumba para decirle esto.

–Querida mía, yo también te amo y te recuerdo siempre. Incluso, hablo a menudo de ti, se lo puedes preguntar a este amigo que tengo a la derecha, pero ya no deberías preocuparte de esas cosas. Intenta descansar, que es lo que se supone que hay que hacer en estos casos.

–T-I-E-N-E-S-U-N-F-I-L-H-O.

–Sí, dos hijos. ¿Te acuerdas que estaban en España en aquella época? Precisamente están aquí mismo. Son Rodrigo y Curra, los que también tienen el dedo en la copa, además de mi amigo.

–R-O-D-R-I-G-O.

–Sí, sí, Rodrigo. Es un buen chico –contestó Augusto tocando la cabeza de su hijo mientras este torcía los morros.

–P-E-L-I-G-R-O.

El interfecto estaba cada vez más incómodo.

–¿Peligro? ¿Qué tipo de peligro?

–C-U-I-D-A-D-O-C-O-M-A-A-L-T-U-R-A.

–¿Cuidado con la altura? ¿Qué quieres decir con eso? ¿No debe montar en avión?

¿Tiene que tener cuidado con los tipos altos?

–C-U-I-D-A-D-O-C-O-M-A-A-L-T-U-R-A.

–Eso ya nos lo has dicho, ¿podrías especificar un poco más?

–C-U-I-D-A-D-O-C-O-M-A-A-L-T-U-R-A.

–Rosinha querida: siempre tuviste una cierta tendencia a repetirte pero intenta centrarte.

–P-O-R-Q-U-É-V-O-C-E-N-O-V-I-N-O-A-L-A-C-I-T-A.

–Esto es una auténtica mamarrachada y lo único que vamos a conseguir es que tenga pesadillas esta noche –dijo Rodrigo, quitando el dedo de la copa y levantándose de la silla–. Yo ve voy a ir bajando para Madrid, ¿te vienes Curra?

–Esperad chicos, esto parece importante...

–Venga Augusto, ¿no te irás a creer esta chorrada? Esta es tu mala conciencia que te persigue por haber dejado a la diosa de ébano tirada como un trapo. Hala, vámonos que mañana será otro día.

Sus hijos recogieron sus cosas, le dieron un beso y se fueron, acompañados por Chema, a por el coche. Augusto se quedó en su silla, ensimismado y dándole vueltas a la copa que tenía en las manos.

Como para casi toda la humanidad, también para Rodrigo el despertar de los lunes por la mañana era uno de los momentos más detestables de la vida. Uno se pregunta por qué castigo divino hay que levantarse, meterse en un tremendo atasco o en un tren repleto, ir a trabajar a esa oficina horrible, aguantar a ese jefe insoportable con halitosis, hacer esos informes que no va a leer nadie, comer ese sándwich de plástico enfrente del ordenador. Todos esos lúgubres pensamientos pasan por nuestra mente mientras seguimos tumbados en la cama, como esas escenas de nuestra vida que dicen que pasan delante de nuestros ojos cuando vamos a morir. Quizá era un poco incomprensible que esto mismo lo pensara Rodrigo, que difícilmente llegaba a la oficina antes de las 11, tenía una secretaria que le pasaba todos los informes y solía comer en buenos restaurantes con sus clientes, pero el caso es que lo pensaba. La semana se le antojaba un oscuro y largo túnel con la lucecita del viernes al fondo, muy al fondo. Se levantó y, sin ducharse, se vistió. Mientras se calzaba los botines de ante, le pareció que se estaba poniendo unas botas de buzo antiguo, de esas que utilizaba Tintín para explorar el fondo del mar en busca del tesoro de Rackham el Rojo. Para colmo, la hernia de hiato le estaba recordando la poca tolerancia que tenía ya a los abusos del vino tinto del fin de semana.

Después del clásico atasco, en el ascensor del edificio de veinte plantas donde estaba su oficina, se encontró con uno de los directores de cuentas, un viejo dinosaurio (para lo que se estilaba en el ramo) de casi 50 años, conocido por su buen carácter y por tener un diámetro que convertía en una experiencia angustiosa cualquier cruce con él en el pasillo. Hacía tiempo que no coincidían y, por ser simpático, le comentó que le veía mucho más delgado.

–Bueno –dijo el hombre con evidente alegría–, estoy yendo a un médico fenomenal.

–Ah –masculló Rodrigo con evidentísimo desinterés. Para qué habría preguntado, ahora le caería la charla sobre las maravillas de la nueva endocrinología.

Se abrió la puerta del ascensor en un piso intermedio y entró una riada humana que los separó, dejando a cada uno en un extremo.

–Pues sí –alzó la voz por encima de las cabezas el ex obeso, que no estaba dispuesto a dejar escapar a su presa fácilmente–, me ha dado unas pastillas y en tres semanas he perdido 35 kilos.

–Oh, vaya –dijo Rodrigo mientras pensaba en que luego tenía que pasar por la tintorería.

–Y sin dejar de comer.

–Ya –el trayecto se estaba haciendo eterno.

–Lo único raro es que me dijo que guardase las pastillas siempre en la nevera, pero ayer se me olvidó y hoy salían unos gusanitos blancos de las cápsulas. A lo mejor es que están caducadas o algo así.

Todos los ocupantes del ascensor se giraron para mirar a aquella incubadora andante de solitarias y se apartaron instintivamente.

Por fin se abrió la puerta en la planta de Rodrigo. La historieta le había dejado las tripas como una lavadora. Pensar en la existencia de una colonia de tenias salvajes haciendo prácticas de submarinismo en los cuartos de baño de la oficina no era el mejor aliciente para empezar el día.

Arrastrando sus botas de buzo llegó hasta su despacho, una amplia oficina haciendo esquina, con buenas vistas sobre la plaza del complejo de oficinas de Azca. Últimamente este panorama le daba una incómoda sensación de *déjà-vu*. En una época la mayoría de las agencias estaban en esa zona y Rodrigo había trabajado mirando esa plaza desde todas las perspectivas posibles durante los últimos veinte años. Orientación norte, sur, este, oeste y todas las variantes intermedias.

Encendió el ordenador y los mails empezaron a caer en cascada. *Briefings*, apremios del departamento de cuentas recordando que tal campaña estaba retrasada, el clásico mail bomba del coordinador internacional con copia a todos los jefazos diciendo que, como siempre, la agencia española era la última en presentar su propuesta para la campaña europea de las patatas fritas esas que no eran patatas ni nada, un mensaje del departamento financiero ordenando que a partir de ahora, y para atajar el desmesurado incremento de los gastos, los desplazamientos para ir a ver a los clientes se realizasen en metro o autobús.

Necesitaba evadirse de la cruda realidad y se puso a mirar chorradas en Internet. Se acordó del Dichoso Libro de Autoayuda y se preguntó qué podía buscar sobre el tema. Sentía curiosidad por saber lo que decían los fríos datos. Buceando en Google la mayoría de lo que encontraba eran comparaciones entre hombres y mujeres. Tomó nota de lo que parecía más interesante:

El mercado de productos de belleza para hombres crece a un ritmo de más del 60% anual.

El 30% de los pacientes de las clínicas de cirugía estética son hombres.

El 95% de las mujeres disfrutan más de la masturbación que del sexo con su pareja.

El sentido del olfato de los hombres es 250 veces menos agudo que el de las mujeres.

Los hombres tienen un 75% más de accidentes de tráfico que las mujeres.

Datos realmente fascinantes pero de momento no se le ocurría qué hacer con ellos. Bueno, en algún momento podrían servir para algo. El caso era perder el tiempo y no enfrentarse con un desolador lunes por la mañana. ¿Qué más podía indagar? Sin saber por qué, le vino a la cabeza el nombre de Pitágoras, que había mencionado Augusto el día anterior. Parecía misterioso y sugerente. Buscó en la enciclopedia *Encarta* de www.msn.es:

Pitágoras (c. 582–c. 500 a. C.), filósofo y matemático griego, cuyas doctrinas influyeron mucho en Platón. Nacido en la isla de Samos, Pitágoras fue instruido en las enseñanzas de los primeros filósofos jonios Tales de Mileto, Anaximandro y Anaxímenes. Se dice que Pitágoras había sido condenado a exiliarse de Samos por su aversión a la tiranía de Polícrates. Hacia el 530 a. C. se instaló en Crotona, una colonia griega al sur de Italia, donde fundó un movimiento con propósitos religiosos, políticos y filosóficos, conocido como pitagorismo. La filosofía de Pitágoras se conoce sólo a través de la obra de sus discípulos.

Los pitagóricos asumieron ciertos misterios, similares en muchos puntos a los enigmas del orfismo. Creían en la inmortalidad y en la transmigración del alma. Aconsejaban la obediencia y el silencio, abstenerse de consumir ciertos alimentos, la austeridad en el vestir y en las posesiones, y el hábito del autoanálisis.

¡Aja! El hábito del autoanálisis. Eso podía empalmar perfectamente con el tema de la autoayuda... Y la idea de meter por medio un filósofo griego le parecía cojonuda. ¿Cómo se llamaba ese libro que había tenido tanto éxito, *Más Platón y menos Prozac*?

En ese momento, sin llamar a la puerta e inoportuno como siempre, entró como una exhalación Nicolás, el director de servicios al cliente. Venía visiblemente nervioso.

–¡Tío, tío, qué fin de semana, la leche, macho!

Nicolás era el prototipo de ejecutivo comercial agresivo y permanentemente acelerado. Su mujer le había abandonado hacía poco después de bastantes años de matrimonio y andaba con la brújula algo descompuesta. Rodrigo, con sus muchos años en el mundo de la soltería, se había convertido en su oráculo, en su referencia. De forma completamente involuntaria y no deseada, claro.

–Alto ahí. Si me vas a contar tus aventuras erótico festivas hoy no es el día –el hastío de Rodrigo era evidente. Nicolás no le caía mal y hasta le daba un poco de pena pero era pesado e inoportuno como él solo.

–¡Tío, tío, que ha sido increíble! Con Paula, la de medios, la de las tetas grandes. Todo el fin de semana dale que te pego. ¡Y traigo pruebas!

Con gesto triunfal, arrojó un mini tanga negro de encaje encima de la mesa de Rodrigo.

–¿Tú eres tonto o es que aún no has cumplido los 12 años y no se han dado cuenta en personal? Está claro que os habéis propuesto darme la mañanita entre todos. Ahora vienes tú a tirarme estas bragas usadas de no sé quién a la cara, así, sin haberme dado tiempo a desayunar siquiera.

–Coño, perdona, qué genio, creí que te alegrarías por mí...

–Me alegro mogollón –glacial y ya en plan director creativo ejecutivo, agregó–: Bueno Nicolás, ¿vienes solamente a contarme tus batallitas o por algo de curro?

–Era para recordarte que ahora vienen los de los teléfonos móviles a darnos el *briefing* para el concurso –contestó dolido el director de servicios al cliente.

–Bienvenidos a nuestra agencia. Estamos realmente encantados ante la posibilidad de trabajar para su marca –las fundas de la dentadura del presidente relumbraban desde el otro extremo de la mesa de reuniones.

Para las presentaciones de gala se utilizaba la sala «Madison Avenue», la más lujosa y llena de *gadgets*. Tapizada en madera de iroco, con sillas de cuero y un gran logo del grupo en letras plateadas, tenía cuatro pantallas de plasma, varios vídeos, DVDs, *U-matics* y un sistema de sonido 5.1 de última generación. Un gran ventanal se abría sobre una espectacular vista de, cómo no, Azca y la Castellana.

Se trataba de transmitir una sensación de poderío, eficiencia y creatividad. Además del presidente y de Rodrigo, allí estaba toda la plana mayor: el vicepresidente, el director general, la planificadora estratégica, el director de servicios al cliente, el director de la central de medios, el director de márketing directo y promociones, gente a la que el anunciante difícilmente volvería a ver si finalmente se decidía a trabajar con ellos. Pero para un concurso de agencias y con una cuenta importante como esa en juego, había que echar el resto. No estaban las cosas como para desperdiciar esas ocasiones.

En el otro lado de la mesa, y por parte de los fabricantes de teléfonos Konica, estaban la directora de márketing y dos product managers con traje gris y cara de palo.

–Buenos días a todos. Soy Ana Patricia Palencia. He querido venir en persona para darles el *briefing* porque considero tan importante el *feeling* que pueda crearse entre el equipo de la agencia y el nuestro, como su creatividad y servicio. Por eso me preocupa que quizá en esta sala no estén las personas que vayan a trabajar realmente con nosotros.

Toma. La primera, derecha a la mandíbula. La clásica clienta listilla. «Palencia.» Por el acento parecía colombiana o venezolana.

–No, por favor, Ana Patricia, te puedo asegurar que todos los aquí presentes vamos a estar directamente involucrados. Yo mismo me mantendré en todo momento al tanto de los más pequeños detalles. Para nosotros vuestro negocio es absolutamente estratégico –

se apresuró a contestar el presidente con la mayor convicción.

Aparentemente satisfecha con la explicación, la directora de márketing pasó a explicar la trayectoria de su compañía en los últimos años, sus productos, sus desafíos para el futuro, su visión sobre posicionamiento.

3G, UMTS, GRPS, Bluetooth, WAP, ISV, Imaging... Rodrigo intentó mantener la concentración pero después de un rato le resultó imposible. Aquella era otra de las razones por las que estaba harto de la publicidad. Hay que hacer como si se entendiera de todo: coches, películas, moda, música, vinos del Somontano, aguas minerales, deuda del Estado, quesos manchegos, videojuegos, jarabes para la tos, libros, el hambre en el mundo, champús, teatro, arquitectura, atún en lata, ropa interior femenina. Se supone que un director creativo tiene que estar al tanto de todas las novedades, de todas las tendencias, de TODO. Tiene que ser como el puto oráculo de Delfos. Ver el presente y el futuro.

Concretamente, los productos tecnológicos le habían superado por completo. Él había empezado a trabajar cuando los ordenadores todavía no se utilizaban apenas y todo nacía de un lápiz y un papel. Estaba deseando dejar aquello y no tener que volver a enterarse de por qué funciona un teléfono móvil, una cámara de fotos digital, el nuevo sistema de frenado de su coche ni ninguna de esas cosas.

Mientras mostraba una máscara de atención y aprobación absoluta de lo que apenas oía, su mente vagaba por territorios bien distintos. La verdad es que no estaba mal la directora de márketing. Alta, con el pelo negro azabache recogido en una coleta muy tirante, un toque aindiado y unos bonitos ojos color miel. Quizá un pelín pasadita de kilos, pero eso nunca le había importado demasiado a Rodrigo. Debajo de ese antipático traje sastre de color azul oscuro podía imaginarse un exuberante cuerpo caribeño. De ahí pasó a las inevitables fantasías sobre lo que le haría si estuviesen solos en esa sala: cómo le quitaría la chaqueta, cómo le soltaría la coleta, qué tipo de ropa interior tendría, cómo la pondría encima de la mesa...

–Realmente es una reflexión muy interesante la que estás haciendo sobre la publicidad americana y europea, Ana Patricia. ¿A ti qué te parece, Rodrigo?

Prácticamente con los pantalones en las rodillas, el director creativo acertó a decir lo primero que le vino a la cabeza:

–Bueno... sí... yo creo que... son dos formas de ver las cosas, distintas pero no opuestas.

–Exacto –dijo la directora de márketing–, por eso creemos que nuestra marca necesita un paraguas de comunicación común para los Estados Unidos y Europa, para todo el mundo. Aunque los modelos que comercializamos no son siempre los mismos, el consumidor nos tiene que percibir como una única marca. Los problemas de la gente son muy parecidos ya en todos los sitios. Por ejemplo, una mujer soltera y profesional como yo es igual aquí que allá. Necesita tener unidos sus elementos de trabajo y comunicación. «Conque soltera...», pensó Rodrigo.

–Una marca, un producto, un servicio ya sólo tiene sentido, ya sólo puede tener éxito si está preparado para competir en todos los continentes. Por eso quiero que al crear

nuestra campaña piensen de forma global.

A Rodrigo nunca le habían hecho demasiada gracia esas campañas megamundiales. La mayoría de las veces acababan saliendo anuncios con protagonistas y situaciones que parecían más propias de vecinos de Helsinki que del de la casa de al lado. Sin embargo, esta vez la idea le pareció sublime.

«Esta mujer tiene toda la razón. Ya no se pueden hacer productos para un solo mercado. *Think locally, act globally*, ya lo decía no sé qué cliente. Aplícate el cuento, Rodrigo. Si vas a escribir un libro tiene que estar pensado para vender en todas partes. Yo creo que por eso no me motivaba. Me hacía falta pensar a lo grande. Para qué voy a conformarme con este país en el que se venden cuatro libros. Para qué jugar al bingo si se puede jugar en el casino. Y Las Vegas está en Estados Unidos.»

–Hola Rod, más vale cuatro días tarde que nunca. ¿Qué te pasó, mi amor, te perdiste en una tormenta de arena?

Blanca le recibió con esa sorna malagueña que sacaba a pasear de vez en cuando. Llevaba un batín de seda negro, un pijama de hombre con pantalón corto y el pelo negro ala de cuervo recogido en un moño sujetado con un largo palillo de madera. Estaba realmente guapa.

Rodrigo recordó entonces por qué seguía viéndola después de todo este tiempo, a pesar de sus intenciones de acabar con esa relación que no tenía mucho sentido ni futuro. A pesar de otras mujeres. A pesar de no tener nada que ver con él ni con su mundo. Por eso y por esa fidelidad y constancia, que iban más allá de todo lo humanamente razonable. Muchas veces le había dicho que se buscara otro tío, que hiciera su vida, que se casara y tuviera niños, pero ella seguía allí, imperturbable. Decía que tenerlo a cachitos era mejor que no tenerlo.

–Hola Blanche –le dio un beso sin mucha convicción, ella se lo devolvió corregido y multiplicado–. He tenido una semana tremenda, no te puedes imaginar. Muchísimo trabajo, viajes, una visita a mi padre... –se dejó caer pesadamente sobre el sofá, cubierto de telas de sari indias.

–Pobrecito mi niño, qué cansadito viene de perseguir a chicas por ahí –le contestó ella con cariño y sin un atisbo de acritud mientras le peinaba el flequillo.

–Para perseguir a alguien estoy yo... De verdad que he estado superliado.

–Bueno, ahora desconecta y olvídate de todo. Quítate los zapatos que te voy a hacer un porrete para que te relajés.

¿Quieres algo de cenar?

Sonó el teléfono de Rodrigo.

–Ay, no cojas el móvil. Para un ratito que te veo, no te pases media hora hablando por teléfono.

–Es sólo un momento. Creo que es una llamada que estaba esperando de fuera de España.

Después de la reunión con los de Konia la idea de convertirse en el gran gurú americano le había vuelto a inflamar el entusiasmo perdido. Pensó en alguien que pudiera introducirle en los secretos del consumidor americano y conseguir así adaptar su futuro best-seller al gusto de la capital del mundo, y estaba claro que ese alguien era su primo Pepo. Llevaba diez años viviendo en Nueva York, pero, más importante que todo eso, era uno de los más destacados profesores de márketing de la Universidad de Columbia, autor de varios libros y consultor de grandes corporaciones. Manejaba constantemente datos sobre tendencias, perfiles sociodemográficos, y analizaba las estrategias de industrias de todo tipo. Además era un tío de absoluta confianza. A pesar de que no habían vivido en la misma ciudad en los últimos veinte años, les unía esa similitud de carácter que nos sorprende reconocer en algunos parientes que hace tiempo que no vemos.

Rodrigo le había mandado un mail hace unos días contándole un poco por encima su nueva Gran Idea.

–Primo, cómo vas. ¡Qué alegría oírte! ¿Qué tal tu *wife* y tus americanitos personales?

Blanca puso un CD de ragas indios y fue a la cocina a prepararle un gin tonic y unas *samosas* vegetales.

–Fenomenal, pero estoy pensando en mandarlos más allá para que se les quite un poco la tontería neoyorquina a base de tortilla de patatas y bocadillos de chorizo. ¿Qué te parece que te los mande unos días a tu casa? ¡Como con su tío Rodrigo no van a estar en ningún lado!, ¿verdad?

–Mándamelos sin problemas que aquí hay unos orfelinatos buenísimos, yo me encargo de encontrarles sitio en el mejor.

–Siempre el mismo cabronazo. Sigues solterón, ¿no? Qué sabio eres... Tú a vivir como un cura sin preocuparte de pagar colegios, ni clases de violín, ni cosas de esas. Me hizo mucha ilusión recibir tu mail el otro día. Perdona que no te haya contestado antes pero estaba en Detroit con un tema de Chrysler.

–¿Qué te ha parecido la idea que te comentaba en el mail?

–Insólita, como todas las tuyas. No es fácil que te salga bien pero la verdad es que tiene bastante gracia. Por otro lado, todos estos temas de la autoayuda son una auténtica fiebre aquí. Los norteamericanos son consumidores voraces de libros de autoayuda. La verdad es que estos tíos son consumidores voraces de casi cualquier cosa, pero este tema en concreto les vuelve locos. Para más del 50% de los habitantes de este país, su libro de cabecera, si tienen uno, es uno de autoayuda. Si haces algo ameno, que no les rompa mucho el coco pero les haga creer que están aprendiendo algo importante, con ese arte que tienes tú para escribir anuncios, a lo mejor hasta te toca la lotería y te haces rico.

–¿Y qué te parece lo de dirigirlo a los hombres? –Rodrigo se animaba por momentos.

–Ahí me parece que vas bastante bien orientado. También por aquí los hombres andan con una buena empanada mental. Según un estudio de Euro RSG, en Estados Unidos, alrededor de un 40% de los hombres entre 20 y 35 años se consideran metrosexuales,

una palabra que ni siquiera sabían lo que quería decir hace un par de años. O sea que están dispuestos a apuntarse a lo que les digan. Las mujeres les tienen completamente acogotados. Se han vuelto hipercompetitivas, como máquinas. Esta es la sociedad del *do or die* y las mujeres últimamente llevan todas las de ganar. Los tíos se están quedando atrás en todos los terrenos.

–Pues lo siento por ellos pero a mí me das una gran alegría. Me harías un enorme favor si me pudieses orientar un poco sobre qué tipo de teclas tocar, las claves del éxito de estos libros y ese tipo de cosas.

–Veré qué puedo averiguar sobre el tema pero tú ponte a escribir y cuando tengas cosas me las vas pasando para que yo pueda decirte «por aquí sí, por allá no».

–Eres un crack. Si te portas bien te nombraré vicario del gurú para Estados Unidos. Bueno, un abrazo y hablamos pronto. No te olvides de ser discreto, que todas las ideas son una parida hasta que llega un listo, se te adelanta y se hace de oro.

–No te preocupes. Yo te voy investigando. Un abrazo y mándale un beso a Curra.

–Un abrazo pa ti y pa tu prole.

Un buen tipo este Pepo. Rodrigo le dio una larga calada al canuto. También era bueno el costo de esta chica. Empezó a sentir cómo la cabeza se le iba un poco y cómo se aflojaba esa tensión que a veces le provocaba ir a ver a Blanca. Es que se ponía tan pesada... Pero ya se sentía mucho mejor. La verdad es que los consejeros matrimoniales deberían recetar porros a las parejas con problemas. Te fumas uno y te olvidas de todos tus marrones, rencores, malos rollos. Incluso de lo nervioso que solía ponerle Blanca. No lo podía evitar. En el fondo le tenía cariño pero no la podía aguantar mucho tiempo seguido. Todo tan zen, tan buen rollito, tan paz en la tierra. Al cabo de un par de días ya la quería estrangular. Y eso le hacía sentirse algo culpable, lo cual era bastante incómodo, porque la verdad es que ella no podía ser más teóricamente adorable. Le intentaba hacer la vida lo más agradable posible, siempre estaba esperándole, no le pedía explicaciones, no intentaba cambiarle, le quería con un amor incondicional, sin pedirle nada a cambio, sin reproches.

Ahora hasta el olor del incienso le parecía agradable en ese momento. ¡Qué manía tenía esta mujer de quemar barritas de esas todo el día! Delante de ese buda de sobremesa, delante de la foto de sus padres, delante de su propia foto... Tanto colgante para mejorar el *fengshui* de la casa, tanto amuleto tibetano, tanto ambiente de meditación, tanto retrato del Dalai Lama. A Rodrigo, en vez de relajarle, aquella casa le agobiaba un poco, pero ahora estaba en la gloria.

Blanca volvió con las *samosas* y el gin tonic. Empezó a hacerle un masaje en los pies. Daba unos masajes de reflexología podal que eran para enmarcarlos.

–Ahí, ahí, dale un poco más fuerte al plexo solar.

–¿Qué tal todo, aparte de agobiante, estresante y todas esas cosas?

–Un coñazo, como siempre –le contestó con los ojos cerrados–. Trabajo, trabajo y más horrible trabajo. A ver si la gente deja de comprar de repente y así puedo dejar de trabajar de una vez.

–Te veo muy negativo últimamente y eso no es bueno. La vida es maravillosa y hay

que aceptarla como es, con sus cosas buenas y sus cosas malas. Todo es vida para vivir.

–¿Tú crees? –contestó él, pensando lo maravillosas que eran las manos que tenía esa mujer.

–Sí, hombre. Piensa que toda esta vida no es más que una ilusión, que hemos venido al mundo a ser felices y no a amargarnos con cualquier tontería. Piensa que eres un privilegiado, que hay gente que está infinitamente peor que tú. Además, estamos entrando en la época de Acuario que, según dicen, será maravillosa, llena de paz, amor, solidaridad, concordia, creatividad...

–No me hables de creatividad.

–No, en serio. Retomaremos el contacto con la energía del amor. Las energías naturales del cuerpo nos conectan con la energía cósmica Universal. El amor es volverse uno con sus semejantes y con el cosmos. Tú estás usando la creatividad para vender. Hay que usarla para amar más y mejor.

–Esto... ¿y qué tal si te haces otro peta?

–Ay, Rodrigo, eres el prototipo del hombre de nuestra civilización. Siempre imaginándote problemas y siempre huyendo de ellos. Como dicen en la India: «Aquí grandes problemas y pocas preocupaciones, en Europa pocos problemas y muchas preocupaciones». Deberías practicar más esas respiraciones yóguicas que te enseñé. Hablando de la India, quizá deberías plantearte dejarlo todo un rato e irte allí. Lo verías todo con otra perspectiva, aprenderías a tomarte las cosas sin tanta ansiedad. Podríamos ir juntos. Me encantaría ir contigo allí, lo pasaríamos tan bien... Es un sitio tan maravilloso, tan mágico. Te enseñaría unos lugares que no olvidarías jamás, podríamos pasear de la mano una noche de luna llena por las calles de Varanasi...

–¿Varanasi?

–Es como llaman ahora a Benarés. Es el sitio más espiritual del mundo, el ombligo de la tierra. El espectáculo de las piras funerarias al amanecer es una de las cosas más increíbles que se pueden ver. Allí realmente entiendes el significado de la vida y de la muerte.

Blanca se levantó y fue a guardar el bote de aceite de masaje sin dejar de hablar de posibles itinerarios por el Rajastán:

–Y Hampi no nos lo podemos perder. Es un sitio superalucinante, con unas rocas que te sobrecogen. Ha sido un sitio sagrado desde hace miles de años y eso se nota...

Bajando de su alfombra voladora, Blanca miró a Rodrigo y vio que estaba dormido. Suspirando, buscó una manta y le tapó.

Marrakech siempre le había parecido un sitio estupendo para llevar a una señorita y desconectar de la rutina de Madrid. Estaba a sólo un par de horas de vuelo (además ahora había vuelo directo) y en un visto y no visto te encontrabas con el decorado perfecto para un fin de semana o un puente de pasión y exotismo. Cambiabas el atasco por las carretas, El Corte Inglés por el zoco, los multicines por el espectáculo de la plaza de Jemma el Fnaa al atardecer. Aquello solía poner de lo más románticas a las chicas y Rodrigo se sentía a gusto vagando sin rumbo por las callejuelas o tomando un té con hierbabuena en algún pequeño cafetín.

Ir de trabajo a Marrakech era otra historia. Ese rodaje tenía toda la pinta de convertirse en un auténtico quebradero de cabeza. ¿A quién se le había ocurrido que había que irse a Marruecos para hacer la dichosa película de los teléfonos móviles? Pensándolo bien, había sido idea suya. En la presentación de la campaña que habían preparado para el concurso se había empeñado en convencer a la colombianita (al final resultó que era de allí) directora de marketing de que ese spot sólo se podía rodar con la luz de las montañas del Atlas. No porque creyera que era en absoluto necesario sino para demostrarse a sí mismo que todavía era capaz de venderle una moto absurda incluso a aquella listilla.

Un hombre se encontraba solo en un paraje desértico con grandes montañas al fondo. Suena su teléfono móvil y empieza a hablar con alguien, le empiezan a contar una historia, describiendo una escena con gran pasión, poniendo todo su calor y entusiasmo. Poco a poco el paisaje desértico se empieza a transformar, surge un río, las montañas se tiñen de blanco, crecen de forma mágica los árboles, aparecen pequeñas casitas. «Konia, *soul to soul*» era el *claim* (o eslogan que decían antes) que habían elegido. Nada para tirar cohetes pero, aderezado con un bonito discurso de Rodrigo sobre la necesidad de humanización de las comunicaciones, les había hecho ganar el concurso.

Era una peli casi toda de postproducción y las escenas iniciales se podían haber rodado

perfectamente en Almería, pero como Rodrigo estaba en plan de tocarle las narices a todo el mundo acabó imponiendo esta localización por su santa voluntad. «Es una metáfora sobre la soledad humana y sobre cómo la tecnología rompe ese aislamiento, nos transporta y nos une», dijo. Aquella sensación sólo se podía transmitir rodando en un sitio realmente salvaje y con un aire impoluto. Una vez más se salió con la suya.

Con lo que no contaba era con que Konia impusiera el protagonista de la campaña. Acababan de firmar un contrato mundial con el cantante Robbie Williams que incluía patrocinio de su gira, exclusiva de sus temas para tonos y melodías telefónicas, la utilización de su tema *Feel* como música corporativa y... su imagen para publicidad.

El hombre perdido en el desierto con la sola compañía de su móvil era él. Lo que sabía Rodrigo del personaje era lo suficientemente intranquilizador para que se le pusieran los pelos de punta de sólo pensar en perderse en el desierto con una megastrella con ese currículum.

Por lo que recordaba, el tío había tenido un montón de problemas con las copas, las drogas y las mujeres. Para colmo, se mostraba convencido de estar en contacto con los extraterrestres. Sólo había visto un concierto de él y, en vez de las típicas canciones estilo Sinatra que le había oído en alguna ocasión, se había encontrado con destrucción de instrumentos y de parte del escenario. Vamos, el acompañante perfecto para ir a un país musulmán como Marruecos.

Los primeros días de preparación fueron un poco caóticos y Rodrigo estaba de pésimo humor. ¿Para qué coño había tenido que venir al fin del mundo justo en ese momento y precisamente con aquel mameluco? Estas crisis de la mediana edad eran fatales, un día se piensa una cosa y la contraria a la mañana siguiente. Su equipo tuvo que sufrir con resignación los constantes cabreos del director creativo, esperando con pánico la llegada del cantante.

Como era de esperar, Robbie no se arrastró por las carreteras del Alto Atlas como su peluquero, su maquilladora, su profesora de tai-chi y el resto de la prole, sino que fue depositado allí, junto con dos guardaespaldas, por un helicóptero de la gendarmería marroquí. Dio un salto muy atlético para bajar del aparato. Llevaba el típico uniforme roquero de chaqueta-de-cuero-pantalón-vaquero-roto-camiseta-blanca-botos-tejanos-gafas-de-sol-aunque-no-haga-sol.

Dirigiéndose al grupo que le esperaba, se acercó donde estaba Rodrigo.

–You must be Rodrigo. Hi! I am Robbie. Oh, I have heard so much about you!

En medio minuto, el cantante se metió al equipo de rodaje en el bolsillo. Estuvo encantador, hizo muchas bromas y todos se sacaron fotos con él. Para colmo, el tío se traía el texto del spot aprendido de memoria y los primeros ensayos fueron perfectos. Mira qué simpático el muchacho. Robbie es un colega, uno más de nosotros. Lo de la prensa debían ser exageraciones.

Cuatro horas después las tornas habían cambiado ligeramente. Una bruma incómoda se había acomodado en el valle en el que estaban y de momento no se podía rodar. El cantante se empezó a poner algo inquieto y pidió un vodka con limón. Se enganchó al teléfono por vía satélite un buen rato con una tal Verónica, con la que acabó discutiendo

a gritos, justo antes de estrellar el inocente aparato contra una piedra. Pidió un vodka largo solo. Previendo esta circunstancia y para distraer al amigo Robbie de la botella, el jefe de producción había organizado una exhibición de danzas regionales en el mismo campamento.

Cuando llegó el cuerpo de baile, la estrella trasegaba Smirnoff a morro. Al cabo de unos pocos compases, ya le había echado el ojo a una belleza indígena a la que le ofreció 1.000 dólares por hacerle la danza del vientre en privado. Tuvieron que sacar al grupo folklórico de allí a escape.

Rodrigo estaba bastante alterado, y peor se puso cuando le anunciaron la llegada del equipo de marketing del cliente. ¡Con la que había organizada y encima aquellos merluzos de traje gris no le dejaban en paz ni siquiera en mitad del desierto! Ahora llegarían y se meterían en todo. Ya lo estaba viendo: «Rodrigo, que se vea mejor el teléfono», «Robbie sale feo, no parece él», «Rodrigo, que quiten esa cabra del fondo que no me gusta cómo queda». Finalmente, le comunicaron que venía sólo la directora de marketing.

La vieron llegar montada en un borrico llevado por un niño, atravesando aquel inmenso pedregal que les rodeaba. La tirante coleta del día de la presentación se había convertido en un espeso burruño de pelos rizados por la humedad, el ojo derecho parecía amoratado por el rímel corrido, una de las medias se había visto reducida a unos harapos en torno al tobillo, y cuando se bajó del animal a la entrada de la carpa que habían habilitado para protegerse del inesperado frío, las costuras de la falda saltaron por los aires. Parecía que había venido reptando cuerpo a tierra desde Madrid.

–¿¡Para esto hemos tenido que venir a este sitio olvidado de Dios!? ¿Esta es la famosa luz del Atlas, única en el mundo? –gritó la colombiana a modo de saludo.

–Buenos días, señora clienta. Sí gracias, estamos todos fenomenal –contestó inmisericorde Rodrigo, sin apiadarse del estado de la criatura–. El único problema es que a la máquina de fabricar buen tiempo para los rodajes se le ha atascado el embrague y que tenemos a un *superstar* tajado como un mirlo, pero no se preocupe, que dentro de un rato lo tendremos todo arreglado.

–Pero, pero... ¡Esto es el colmo! Después de haberme perdido las maletas y manoseado en la aduana, de un viaje de no sé cuántas horas en un taxi inmundo hasta el pueblo más próximo y del paseíto en este bicho maldito, encima tengo que encontrarme con este maleducado pretencioso que no es un caballero ni es nada.

–Ana Patricia, no sabes cómo lo siento. Habíamos mandado un coche con chófer a recogerte pero se ha debido retrasar –terció Nicolás, el director de servicios al cliente, que había construido su carrera profesional sobre una capacidad inaudita para chuparles las medias a los mismos. Y sugirió–: Pasa a la tienda de producción que tenemos un té riquísimo para que entres en calor. Enseguida te busco algo de ropa para que te puedas cambiar y estés más cómoda. ¡Peluquera!, ¡urgente!, un poco de brushing para la señora clienta.

A regañadientes, Ana Patricia se dejó convencer y entró, no sin antes lanzar una mirada asesina a Rodrigo. Dentro Robbie Williams había metido la cabeza metida dentro

de una nevera abierta y cantaba a grito pelado con una botella de Budweiser a modo de micrófono.

–¡Tío, cómo mola, son como las luces de un escenario!

–¡¡¡Robbie!!!, ¿no te dijimos cuando firmamos el contrato que este tipo de conducta sería completamente inaceptable? –dijo Ana Patricia como quien regaña a un niño.

–¡Oh, eres tú! No sabes cómo lo siento. Me aburría y ya sabes que cuando me aburro hago muchas tonterías. Espero que no lo tengáis en cuenta el jefe y tú –el cantante se acercó a un gran barreño de agua y sumergió la cabeza por completo.

Rodrigo se sentó fuera, se encendió un cigarrillo para calmar los nervios y estuvo un rato preguntándose qué hacía allí. Cuando ya se le pasaba el ataque, vino el amigo Robbie con una taza de café en la mano y se sentó a su lado.

–*I am really sorry*, de verdad. Hace un par de años estuve en una clínica de desintoxicación y conseguí quitarme de las drogas. Me ponían gordo y de un carácter imposible. Fue relativamente fácil, pero lo del trago me está costando más y se me va de las manos de vez en cuando. Soy un poco hiperactivo y me cuesta estar quieto.

–No te preocupes, somos profesionales, pero no deberías organizar estos líos en un país musulmán tal y como están las cosas. Aunque Marruecos es más tranquilito, nunca se sabe.

–Sí, la verdad es que las cosas están muy mal. En cualquier lugar puede haber un loco que te quiera matar. El odio y el rencor están en todas partes. Los terroristas matan y los gobiernos matan. Irak, Palestina, Corea del Norte, África. La culpa de todo es de la codicia. Ella es la que reina realmente en el mundo. Yo odio el dinero, si pudiera me encantaría tener el mismo dinero en el bolsillo que cuando estaba en el colegio.

«Seguro que sí», pensó Rodrigo, mirándole una cadena de oro y brillantes que llevaba al cuello. «Joder, ahora va a soltarme el típico rollo artístico-depresivo de "el mundo es una mierda".»

–El mundo es una mierda.

–Sí, es una mierda –contestó Rodrigo sin ninguna convicción.

–Sin embargo, aún hay esperanza. Las cosas van a cambiar. Vamos a entrar en una nueva era.

–¿La era de Acuario?

–No, pero será una época tan bella como otros imaginan el reinado de Acuario. Una era en la que se eliminará toda la estupidez y mediocridad del mundo, donde reinará la sabiduría y las guerras no tendrán sentido. Donde la riqueza se repartirá entre todos y todos seremos hermanos.

–¿Tiene esto algo que ver con esas declaraciones tuyas que he leído acerca de no sé qué contactos con los extraterrestres? –a veces el mismo Rodrigo se maravillaba de su paciencia.

–No, para nada. Eso es sólo una maniobra publicitaria. Esto es un cambio radical a nivel planetario, pacífico y aceptado por todos. Volverá a reinar la armonía entre la humanidad, el cosmos y la madre tierra. Nos regiremos por las enseñanzas de los sabios

antiguos y la música será sagrada.

–Robbie –interrumpió Ana Patricia, que se había acercado sin que lo notaran–, todavía estás borracho. Deja de contarle tonterías al señor Alonso y entra que vas a enfriarte y eso no nos lo cubre el seguro del rodaje.

Cuando se hubo quedado solo, Rodrigo encendió un porro que tenía guardado en un bolsillo y suspiró.

Después de un infructuoso día de trabajo, a las cuatro decidieron dejarlo todo para el día siguiente. Cada mochuelo a su olivo. Robbie se largó en su helicóptero rumbo al palacio de no se sabe qué familiar del rey de Marruecos, el equipo de la agencia y de la productora a un pequeño hotel de montaña, bastante cutre y exento de comodidades. Rodrigo, abusando convenientemente de sus galones, se estaba quedando en Le Palais Rhoul, el hotel con más encanto de Marrakech. Ya se disponía a bajar hacia el pueblo donde estaban los coches cuando Nicolás le abordó:

–Chaval, me tienes que hacer un enorme favor.

–Vamos a ver, ¿qué quieres que te traiga del zoco? No será kif, que aquí te lo vende cualquier ancianito.

–No. Lo que necesito es que te LLEVES algo. Le había reservado habitación a la clienta en nuestro hotel pero, como está bastante de los nervios, me ha parecido mejor mandarla a algún sitio más civilizado y le he buscado sitio en tu hotel.

–¡Tú estás mal de la cabeza! ¿Quieres que me meta en un coche no sé cuántos kilómetros con esa fiera?

Pocas horas después Rodrigo charlaba animadamente con Ana Patricia en la barra del hotel, casi como dos amigos de toda la vida. Dicen que la cercanía de la muerte une mucho y la verdad es que el viaje de vuelta a Marrakech podía perfectamente haber acabado en el cementerio. Ya tenían que haber sospechado algo cuando vieron al conductor del desvencijado Mercedes Benz: lucía en la pechera de su chaqueta dos inmensas manchas de grasa, por la bragueta le asomaba el extremo del faldón de la camisa y cargaba al hombro dos cajas de botellas de cerveza vacías que supuestamente se habían bebido unos familiares suyos. Sentados en el asiento de atrás recibieron un primer susto cuando al desaparcar aquel hombre embistió de lleno a un todoterreno de producción. Pero aquello fue sólo un pequeño aperitivo de lo que vendría a continuación.

La bajada por la estrecha carretera del Atlas comenzó con algunas incursiones en el carril contrario para acabar por adueñarse completamente de él. Obviamente, las cervezas de la caja vacía estaban fermentando alegremente en la tripa del chófer, que no paraba de dar vivas a España, a Marruecos, al Real Madrid y al Barça. Los vehículos que venían de frente sorteaban como podían al taxi en el que se meneaban como en una coctelera unos aterrorizados Ana Patricia y Rodrigo, que veían cómo en algunas curvas alguna rueda del Mercedes sobrevolaba peligrosamente las profundas torrenteras que se abrían a los lados. El viaje continuó penosamente entre insultos y maldiciones hasta que, ya llegando al llano, el coche fue perdiendo velocidad y se detuvo milagrosamente. Al ir a zarandear al conductor comprobaron que dormía como un niño chico.

Ahora, pasado el susto, después de la ducha, de cambiarse de ropa y de algunos Beefeaters con tónica servidos con maestría por el camarero del bar del hotel, les invadía una cierta euforia y comentaban divertidos los momentos más dramáticos de la odisea.

—¿Te acuerdas cuando tú le preguntaste si se estaba quedando dormido y él te contestó: «Mi amigo, tranquilo. Yo no dormir. ¿Tú creer que yo dormir porque conducir con los ojos cerrados?»?

—Ja, ja, ja. ¿Y cuando tú le pegabas en la cabeza con el maletín del ordenador, gritándole: «Pare, pare güevón de mierda»?

—Y yo que creía que los musulmanes no bebían... Este parece que tragaba por todos sus compatriotas. ¿No tienes hambre? Con todo este lío me está entrando tremendo apetito.

—Conozco un restaurante por aquí que te va a gustar mucho. Además tienes que lucir lo guapa que te has puesto.

Ella estaba realmente atractiva. Llevaba un vestido de tirantes blanco ceñido, un chal marrón de seda con flecos, y tenía su pelo negro suelto.

—Muchas gracias, creo que después del susto de esta tarde hay que ponerse las mejores galas para celebrar que estamos vivos.

El conductor del coche del hotel les dejó cerca de un restaurante que Rodrigo recordaba de otro viaje. Le habían contado la historia del épico descenso del Atlas al director del Palais Rhoul y este había puesto a su servicio a un chófer con un aspecto impecable y que guardaba incluso un cierto parecido con un Omar Sharif madurito, probablemente con la intención de borrar la mala impresión del episodio anterior. Les llevó hasta un barrio anodino, sin interés y no muy distinto de otros rincones del Marrakech de los sesenta, hasta que al doblar la esquina entraron en un pequeño callejón oscuro en el que había dos largas filas de bereberes con trajes típicos y antorchas, lanzando sus aullidos tradicionales mientras arrojaban pétalos de rosa al paso de los visitantes.

El interior del local no era menos impresionante. Era un antiguo invernadero que mezclaba la decoración morisca con multitud de pequeñas fuentes, plantas de todos los tamaños e incluso árboles que atravesaban el techo acristalado. Todo iluminado con miles de velas que le daban un aire muy acogedor. El *maître*, inmaculadamente vestido con una

chilaba blanca y un fez rojo, les acomodó en una mesa en un rincón apartado. A la hora de pedir, Ana Patricia preguntó si no tenían platos vegetarianos.

«Otra vegetariana, no sé cómo me las apaño para tropezar siempre con la misma piedra», se dijo Rodrigo, pensando además en lo que le fastidiaba ir a un restaurante con Blanca y que se pidiera unas tristes judías verdes sin jamón ni nada de sustancia.

El camarero se disculpó gentilmente con cara de estar pensando qué cosas más raras piden los turistas.

–Bueno, un día es un día. No todos los días se da uno cuenta de que está vivo de milagro. ¿Qué tienen en animales muertos? –dijo Ana Patricia con una sonrisa.

Finalmente se decidieron por una *bastella* de palomo y *tagine* de pollo, que es lo que casi siempre dan en los restaurantes en Marruecos pero que en este caso estaban realmente deliciosos. El vino francés era también excelente.

Después de algún comentario más sobre el viaje y alguna confidencia sobre la vida privada de Robbie Williams, Rodrigo empezó a sentir de nuevo el cosquilleo del morbo que le había dado su compañera de cena el primer día que la había visto en la sala de reuniones de la agencia. Ana Patricia había perdido esa pose de señorita Pepis, secretaria ejecutiva, para recobrar el calor de los trópicos. Además era «la clienta», lo cual siempre le había puesto mucho. Puñetero morbo, la cantidad de tonterías que le había hecho hacer, y eso que creía que últimamente lo tenía domesticado. Llevaba una racha en la que estaba de lo más tranquilito con las mujeres, hecho que atribuía a los temidos efectos secundarios de la Propecia que había empezado a tomar para la caída del pelo. Su dermatólogo le había dicho que debía de tratarse de una fase pasajera al principio del tratamiento pero lo cierto era que su tradicional instinto asesino había desaparecido sin apenas dejar rastro. Quizá, como decía su amigo Luis Javier, esa era la vida ideal para un hombre a partir de una determinada edad: anestesiado con las mujeres, que sólo dan disgustos, y una melena que te cagas. Pero esta oportunidad era demasiado golosa incluso para una libido maltrecha como la suya, no podía dejar escapar esa pieza.

La dejó hablar, para que se sintiera cómoda, mirándola fijamente a los ojos color miel. Ella empezó a contarle de su infancia en Cartagena de Indias, de sus padres, de cómo muchas veces echaba de menos unas buenas arepas, de sus estudios en la Universidad de Georgetown, de sus años trabajando en Nueva York.

–Bueno, soy tremenda, me pongo a hablar y no hay quien me pare. Tú, en cambio, no me has contado nada de tu vida. Tan elocuente para el trabajo y tan discreto para hablar de ti. Es curioso, estaba convencida de que eras el típico prepotente que no ibas a parar de enumerar todo lo que has conseguido y de restregarme tu currículum.

–Trabajar en publicidad siempre hace que mucha gente crea que eres una especie de vendedor de coches de segunda mano –Rodrigo empezó a desplegar su plumaje–, pero también tenemos nuestro corazoncito.

–Cuéntame qué cosas te gustan... ¿Estás casado, tienes niños?

–No, no estoy casado ni tengo hijos. Ni tampoco soy gay, por si lo vas a preguntar.

–¿Y entonces?

–Aunque suene un poco extraño, creo que soy un romántico.

–Uy, pobrecito.

–No, te lo digo en serio. Creo que he nacido un poco fuera de mi época. Yo sigo creyendo que hay alguien por ahí que es la mujer para mí pero que aún no nos hemos encontrado.

–¿No te estarás buscando una excusa para no comprometerte?

–No, en serio. Creo de verdad que está en alguna parte. Puede ser la persona que menos me espero y me gustaría estar preparado para cuando llegue. No tiene que ser la más alta ni la más guapa ni la más lista, pero sabré que es ella –Rodrigo estaba convencido de que un día, de tanto repetir la misma historia, iba a acabar por creérsela.

–¿No serás un poco misógino en el fondo?

–Qué va, todo lo contrario. Soy un gran admirador de la mujer. Incluso estoy escribiendo un libro sobre vosotras –todavía no había probado su nueva faceta de protoescritor como arma de seducción. Era un alivio tener un nuevo posicionamiento para estas labores. Su rollo de creativo y hombre experimentado en la vida lo había usado ya demasiadas veces para ligar. Hace tiempo que no lo empleaba para no tener que volver a oírsele una vez más. Lo de escritor sensible parecía mucho más divertido y tenía que funcionar seguro.

–¿Ah, sí? ¡Qué me cuentas! ¿De qué trata concretamente? –a Ana Patricia se le encendió la mirada.

–No sé si debo contar nada. No me gusta hablar de algo que aún no está acabado...

–¡Por favor!

Rodrigo le empezó a explicar que estaba escribiendo una novela sobre lo difícil que es la vida de hoy para las mujeres, sobre todo las que no tienen pareja, bla, bla, bla. Las mujeres siempre habían llevado de una forma implícita el peso de la sociedad a través de la familia y de su influencia vicaria, bla, bla, bla. El problema era que ahora que empiezan a tener un poder más explícito y de acuerdo con sus grandes capacidades, los hombres quieren cerrarles el camino y relegarlas a un papel decorativo, bla, bla, bla. El argumento de la novela giraba sobre una mujer nacida en una de las zonas más deprimidas de Extremadura durante los últimos años del franquismo con una vida muy difícil, bla, bla, bla.

Detuvo su relato un momento. Ana Patricia parecía que ya no escuchaba nada de lo que él decía. Le miraba como si fuera un sabroso chuletón de Ávila o, en el caso de una vegetariana como ella, un buen plato de espinacas con tofu.

–Todo esto que me cuentas es fascinante pero creo que después de toda la adrenalina de esta tarde lo que me apetece es amor, mucho amor –le dijo poniendo su mano sobre la de él.

Después de pedir apresuradamente la cuenta y apurar el vino restante, Rodrigo lanzó su ataque a la salida del restaurante. Resguardados por la oscuridad del callejón, empezó a besarla, primero suavemente, luego con mayor intensidad. Se entretuvo en el cuello. Reconoció el aroma a Contradiction, deformación profesional de haber llevado tantos años la cuenta de Calvin Klein. Con sus manos acariciaba su cintura, su culo de vallenato, de cumbia, de lo que fuera que bailaran allí. El cuerpo de la colombiana se tensaba y estremecía alternativamente. Empezó a meter los dedos entre el pelo de Rodrigo.

–Qué bonito pelo tienes, mi churro –le dijo cuando paró a tomar aliento.

«Para algo tenía que servir la dichosa Propecia», pensó Rodrigo. Afortunadamente no había ni rastro de los efectos secundarios.

Reanudaron aquel arretrato callejero y un poco adolescente. Cuando las manos se disponían a empezar la exploración debajo de la ropa, un ruidoso grupo de instaladores de aire acondicionado franceses en viaje de incentivos, que ya se habían hecho notar en el restaurante, hicieron añicos el romántico momento con sus risas y silbidos. La pareja se recompuso, se arreglaron un poco, mirándose mientras reían. Ella se echó el chal por los hombros.

–Mejor que vayamos al coche, ¿no?

Hacía una noche agradable y una gran luna roja asomaba entre los tejados superpoblados de cables y antenas.

El coche del hotel les estaba esperando en la pequeña plaza donde les había dejado antes. Rodrigo hizo un pequeño aparte con el primo de Omar Sharif. Después de un corto intercambio de pareceres, sacó la cartera, le dio un fajo de billetes y el hombre se fue contando su botín.

–Y, ¿qué pasó?, ¿cómo nos volvemos ahora?

–Quiero llevarte a un sitio mágico donde podamos estar los dos solos.

–Pero, ¿cómo vamos a llegar? No me digas que sabes manejarte acá.

–He estado allí un par de veces y mi sentido de la orientación es proverbial. En casa, de pequeño me llamaban el sherpa –contestó Rodrigo, ocultando que el verdadero mote familiar era Brujulín.

Hace algunos años había descubierto un rincón con mucho encanto en el famoso palmeral de las afueras de Marrakech. Siempre había pensado que podía ser un sitio ideal para llevarse a una señorita y echar un polvo salvaje bajo las estrellas. Mirando a La Meca si podía ser. Por fin, parecía que había llegado ese momento esperado. Y encima con una clienta que estaba muy rica.

Se dirigieron hacia allí, por las calles desiertas de una ciudad que se acuesta pronto, entre risas, besos y manos que se despistaban. El ambiente se caldeaba peligrosamente. En la carretera sólo encontraron un par de camiones solitarios. Con el ánimo disparado y aunque faltaba un poco para llegar a su destino, Rodrigo detuvo el coche a la entrada del camino del Palmeral. Se abalanzó sobre ella, besándola con ansia, luego comenzó a tocarle las tetas, primero por encima de la ropa, luego bajó los tirantes, llevándoselas a la boca. Eran realmente preciosas. Grandecitas *ma non troppo*, del tamaño justo. Luego empezó a levantarle el vestido, acariciándole primero suavemente la tripa. Sintió un ruido hueco. Ana Patricia se revolvió incómoda. Continuaron. Poco después un segundo ruido siguió al primero.

–Perdona, tengo que salir un momento.

–¿Te pasa algo?

–No, no. Ahora vuelvo. No te preocupes.

Colocó los tirantes y la falda en su sitio y bajó del coche. Exploró brevemente la zona y desapareció entre la maleza.

Rodrigo se quedó un poco desconcertado. Estirándose, se frotó la cara y empezó a trastear con la radio, buscando la clásica música romántica para la ocasión, pero sólo encontraba tíos que parecían muecines llamando a la oración.

Después de un rato, la luz de una desvencijada farola le mostró a Ana Patricia reapareciendo de su escondite. A pesar de su arrogancia habitual, llevaba cierto aire de derrota. Se acercó al coche, y se apoyó en la ventanilla del copiloto con cara de circunstancias.

–Perdona, mi amor, creo que algo me cayó mal, ya sabes que soy vegetariana y no estoy muy acostumbrada a la carne y menos a como la preparan acá. Va a ser mejor que volvamos al hotel. ¿No te importa?

–No faltaría más –su gozo en un pozo, «peste de vegetarianas», pensó–. ¿Te sientes muy mal?

–No, sólo algo revuelta, quizá sea el agua que tomé en el hotel.

Recobrando su aire altanero, entró en el coche y se intentó echar el chal airosamente al hombro. Por el camino le dio a Rodrigo con la tela en pleno rostro. Sintió una sensación extraña, húmeda y cálida. El olor era inmundos. Se tocó la cara, llena de un líquido viscoso. Ella le miró horrorizada y empezó a gritar como una loca mientras cogía el chal manchado y lo tiraba por la ventana.

–¡Aaaaaaaaahhhh! –el volumen de los gritos aumentaba y aumentaba. Rodrigo, con la cara aún tiznada de mierda, se acercó para intentar tranquilizarla. Ella le rechazó con los antebrazos sin dejar de gritar.

Cuando vio su vestido blanco todo salpicado él creyó que a la divina Ana Patricia se le iban a salir los pulmones por la boca.

–¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaahhhhhhhh!

Ana Patricia estuvo encerrada en su habitación dos días sin querer saber nada de nadie. Como es lógico, no volvió a aparecer por el campamento del Atlas. Durante el tiempo que duró el rodaje Rodrigo no recibió ninguna llamada del presidente de la agencia, que fue puntualmente informado de todo por Nicolás, el Director de Peloteo al Cliente. Aquello presagiaba tormenta. Galerna, más bien. En efecto, el día de vuelta de su viaje a Marruecos y nada más poner el primer pie en la oficina, su secretaria le dijo que le esperaban con urgencia en la zona noble. Consciente de cómo venía la mano, se lo tomó con calma: charló un rato con su equipo, contestó un par de mails. Le llamó Blanca y, saliéndose del escueto guión habitual de «sí, muy bien, mucho trabajo, hacía calor, hacía frío», se entretuvo más de lo que solía contándole su viaje, aunque omitiendo algunos pequeños detalles que no venían al caso. Ella le puso al día de sus últimas novedades y, de pasada, sin darle mucha importancia, le dijo que le había echado de menos. En el fondo, estaba bien que alguien se alegrase de que estuviera de vuelta. Al cabo de media hora tomó el ascensor a la última planta, donde estaba Presidencia.

En comparación con las otras plantas donde estaban el resto de los departamentos de la agencia y había siempre una sensación de alerta roja permanente, con gente corriendo y gritando de un lado para otro, en la zona noble reinaban una tranquilidad y una calma algo irreales. Dos recepcionistas perfectamente uniformadas de negro (guapas pero no llamativas, sonrientes pero discretas) esperaban a la salida de los ascensores y te acompañaban a una zona de espera con grandes sillones y ambiente de jardín japonés. Se sentó allí y poco después pasaron por delante, camino del despacho del presi, el director general y la sabandija de Nicolás. A saber qué había contado. Movida y de las gordas. Seguro. Se quedó mirando las inevitables pantallas que emitían sin cesar la bobina de la agencia. Sin sonido, para no alterar la atmósfera zen. El silencio sólo era roto por alguna puerta que se cerraba o se abría. La sucesión de las imágenes le fue dejando embobado. Gente sonriendo con dientes blancos imposibles, mujeres con

cuerpos perfectos, familias felices, barrios sin graffiti, aviones que nunca llegaban tarde, paisajes perfectos retocados por ordenador... Le invadió una cierta modorrilla y perdió un poco la noción del tiempo transcurrido. Al cabo de un rato, una de aquellas amables señoritas le avisó que le esperaban.

Al entrar en el sanctasanctorum se cruzó con los otros dos personajes, que salían muy serios y que le saludaron con un escueto movimiento de la cabeza. En vez de recibirle con el falso compadreo de siempre, Juan Luis estaba sentado muy circunspecto detrás de su ordenado escritorio presidencial de la firma Santa & Cole. Como siempre no había ni un papel fuera de su sitio.

Entre la calva y el ceño fruncido se dibujaban unas arrugas en forma de triángulo enrojecido que sólo le salían cuando su cabreo era realmente mayúsculo.

–Siéntate, por favor.

Rodrigo se acomodó en una de las sillas *Barcelona* de Van der Rohe.

–Vamos a ver, ¿qué coño ha pasado en Marruecos?

–Me imagino que ya habrán venido los pelotas de siempre a contarte lo que a ellos les interese y ponerte la cabeza como un bombo.

–No me toques mucho los huevos, que no está el horno para bollos. Es su deber contarme lo que pasa en esta casa. Acabamos de recibir una carta de Konia comunicándonos que a la entrega de la película darán por concluido el contrato con nosotros por «diferencias insalvables de criterio» y «pérdida de confianza en la agencia». ¿Tienes idea de lo que hemos invertido en conseguir esa cuenta? ¿Sabes lo importante que era de cara al mercado haber ganado uno de los concursos más gordos del año y el ridículo espantoso que supone perder el cliente después de una sola campaña? ¿Sabes la que me van a montar de Nueva York cuando vean que se nos han caído 100 kilos de ingresos en las previsiones?

–*Shit happens*, y nunca mejor dicho, Juan Luis. No sé qué te habrán contado pero el trabajo que hicimos es impecable. Tuvimos un rodaje muy complicado, encima con un divo pasadito de vueltas, y tú ya sabes cómo es eso. Cuando acaben con la postproducción podrás comprobar que la película es exactamente como se la habíamos contado al cliente en la presentación. Ya sé que no era de Gran Premio en Cannes pero nos hizo ganar la cuenta, ¿recuerdas?

–No te pongas chulito que estoy muy caliente. Yo lo único que sé es que la clienta llegó tan tranquila a Marrakech, que salió a cenar contigo, que después de aquello se encerró en su habitación sin querer ver a nadie y que en cuanto ha pisado su oficina nos ha escrito una carta mandándonos a la mierda con todas las letras. ¿A quién quieres que le eche la culpa? –el presi hizo un esfuerzo por calmarse–. ¿Qué pasó Rodrigo, se te fue la mano en la cama, la ataste al cabecero y le diste con una fusta? Estoy haciendo un esfuerzo por comprenderte.

–No sé qué ideas tendrás de mis gustos sexuales pero no tiene nada que ver con eso. Realmente, yo no hice nada. Todo fue tan absurdo que no te lo ibas a creer. Algo realmente ridículo y sin trascendencia. Esto es como lo del chiste del tío al que le pillan subido a un taburete detrás de una vaca con los pantalones bajados y cuando le

preguntan qué está haciendo responde que tirarse a la vaca porque si cuenta la verdad no le van a creer –dijo Rodrigo sonriendo.

–Lo único que me faltaba es que encima te descojones de risa con todo el asunto. ¡Si quieres, llamo a Nueva York, se lo cuentas y nos reímos todos juntos! –el presidente tomó aire e hizo un nuevo esfuerzo por tranquilizarse–: Mira, yo no sé qué coño te pasa pero no eres el mismo. Llevas un tiempo que estás despistado, abúlico, totalmente pasota, te veo completamente en otra cosa. Coges los trabajos sin ganas, con los clientes estás borde y prepotente, en las presentaciones has perdido chispa. Ya sabes que en esta profesión hay que rendir al 120%. No podemos bajar la guardia porque los que vienen detrás nos pasan por arriba. No sé si es que te estás haciendo mayor o que llevas demasiado tiempo en esto.

Rodrigo se quedó un momento en silencio mirando al presidente.

–Mira José Luis (sabía cómo le molestaba que le llamaran así en vez de Juan Luis), si lo que me vas a decir es que quizá me vendría bien un descanso o que a lo mejor le hace falta aire fresco y nuevo a la creatividad de la agencia, prefiero que me lo ahorres. Lo tienes muy fácil para recuperar la cuenta. Sólo tienes que llamar a Ana Patricia, decirle que has prescindido de mis servicios y que le vas a asignar un nuevo equipo creativo más joven y más sensible a las necesidades de los nuevos consumidores.

El presidente se revolvió incómodo en su asiento.

–No me vengas con tus órdagos de *prima* donna que a lo mejor te los veo. Ya sé que tienes muchos premios, que todo el mundo te conoce en este mercado, pero todo tiene un límite.

–Te lo digo completamente en serio. Quizá lo mejor para todos es que lleguemos a un acuerdo, yo me marche y tú puedas reestructurar el departamento creativo a tu gusto. Ya sabes lo que dicen: para seguir vivo en este negocio hay que darle la vuelta a la agencia como a un calcetín cada cinco años.

Juan Luis le miró con aire desconfiado.

–Tú lo que quieres es que te eche, llevarte una pasta y montarte un chiringuito a la vuelta de la esquina llevándote mis clientes.

–Para nada. Si llegamos a un acuerdo razonable, yo te firmo un acuerdo de no competencia y te aseguro que no me vas a ver en ninguna otra agencia. Ni en el escenario ni detrás de él.

Ahora el presidente parecía desconcertado.

–¿Qué te pasa?, ¿tan mal te hemos tratado aquí?

Pregonar vino y vender vinagre

1

Se sentía aturdido y con una cierta sensación de irrealidad. Había salido de la agencia sin hablar con nadie ni recoger sus cosas y ahora vagaba sin rumbo fijo. No entendía su propia reacción. Alguna vez había pensado en esa situación y se había imaginado a sí mismo loco de contento, dando saltos de alegría y abrazando a la gente por la calle, pero ahora que había dado el paso de cortar con su vida publicitaria no estaba ni alegre ni triste sino todo lo contrario. Todavía no había digerido lo pasado en el despacho del *boss*. Y eso que las cosas habían salido mucho mejor que si lo tuviera todo planeado: Juan Luis le había ofrecido una indemnización considerable y además un puesto de consejero áulico de la agencia con una retribución decente durante dos años para asegurarse su fidelidad más allá de la tumba.

Era libre, por fin, pero sentía un vacío en el estómago. Eran muchos años trabajando en lo mismo y todo había acabado tan de repente... ¿Qué iba a hacer ahora? Todo eso del libro era una bonita utopía, pero ¿no era sólo una forma de evadirse de su realidad? ¿Quién se había creído que era él para dar consejos a nadie sobre cómo enfocar su vida si ni siquiera sabía qué hacer con la suya? Por otra parte, ¿realmente podría vivir como a él le gustaba de semejante mamarrachada? Para empeorar las cosas, era consciente de lo indisciplinado y poco constante de su forma de ser. Aunque el libro fuese buena idea, ¿sería capaz de terminarlo? ¿No se quedaría todo en agua de borrajas? ¿No tendría que volver a pedir árnica a una agencia dentro de un par de años, cuando se le acabase la pasta? No era agobio sino más bien vértigo lo que le subía por la hernia de hiato.

El móvil sonaba y sonaba pero ni lo atendía ni lo desconectaba. De momento no podía hablar con nadie. Con la cabeza hecha un remolino de ideas confusas, siguió vagando sin rumbo fijo durante un par de horas hasta que se dio cuenta de que estaba perdido. De vuelta al planeta tierra, cogió un taxi para volver a casa.

Al entrar en su casa, le recibió la música de Kiss FM como todos los días. Rodrigo siempre dejaba la radio puesta para encontrar un cierto calor de hogar al volver del

trabajo. En esa emisora repetían sin piedad las mismas canciones de toda la vida. Una rotación diseñada según concienzudos estudios de *márketing*, eso le habían contado. El nuevo Rodrigo necesitaba algo con más marcha, más actual. Sintonizó una emisora de *progressive house* e intentó seguir el ritmo. Al cabo de un rato no tuvo más remedio que rendirse a la evidencia y volver a la emisora inicial. De repente le sobresaltó el inusual sonido del timbre del teléfono fijo. Era su padre, casi la única persona que todavía le llamaba a ese número. Le contó lo ocurrido.

–Te felicito, hijo. Era lo mejor que podías hacer. Estabas hecho un burguesote aburrido y esta decisión te abre las puertas de una vida mucho más rica e interesante. ¿Qué ibas a hacer, estar detrás de un escritorio toda la vida? A tu edad me fui yo a América y fue la etapa más apasionante de mi vida. Encima te vas por la puerta grande y con un buen fajo de billetes. ¿Qué más quieres? –Augusto continuó con sus peculiares consejos paternos–: Hoy es un día grande, sal por ahí, emborráchate, llama a alguna amiguita, enciértrate con ella y no salgas de la cama en tres días.

Por último, le tuvo media hora dando referencias para el libro de autoayuda, empalmó con la vida de Quevedo, cómo se había casado con 54 años y al cabo de dos años le habían dejado sin un maravedí, hay que fastidiarse con las mujeres; y acabó con no sé qué de los espectros de unas monjas que se aparecían en la cámara blindada del Banco de España. Todo muy en la línea de Augusto.

Después de colgar con su padre, Rodrigo empezó a sentir la necesidad de seguir hablando con alguien de confianza. El móvil de Victoria estaba apagado, como el de Luis Javier. Últimamente no había forma de localizar a ninguno de los dos. Finalmente consiguió encontrar a su hermana.

Rodrigo parecía que no se daba cuenta de que ella ya no era soltera.

–Te tengo que contar algo importante, deja todo y vamos a tomarnos algo. No, en tu casa no que están tus criaturas y te vas a despistar –le había dicho todo emocionado por teléfono. Como si fuera tan fácil. Salir de casa, así de sopetón, sin previo aviso. Su hermano se debía creer que tenía seis personas de servicio como los abuelos en los viejos tiempos. Para Curra, salir de casa suponía una operación logística de primera magnitud para dejar a sus niños organizados. Otras mujeres al menos podían contar con sus madres para estas lides pero cualquiera le pedía a Angustias que se quedara cuidándolos. Seguro que tenía algún campeonato de bridge, una adoración nocturna o algo así, de vital importancia para la humanidad. Como ese día, la mayoría de las veces tenía que esperar a que el pobre Bosco llegara del trabajo para encasquetarle el paquete y poder salir por la puerta con un horrible remordimiento de conciencia. Baños, biberones, cenas. En eso se había convertido su vida. Curra había trabajado muchos años en un despacho de abogados. Y le gustaba mucho. Sabía lo que era trabajar hasta las tantas, emocionarse con un proyecto, querer ascender, pelearse con los compañeros para sacar adelante alguna de sus ideas. Todo aquello le parecía que había pasado en otra reencarnación o que se lo había contado otra persona. Ahora trabajar le hubiese supuesto la angustia insuperable de dejar a sus hijos enfermos al cuidado de algún extraño, de no verlos

crecer día a día, de llegar de la oficina a las nueve de la noche y encontrárselos dormidos. El mejor plan del mundo era quedarse en casa con ellos, cuidarlos, jugar con ellos a cualquier cosa. Cada vez que se oía contándole esto a alguien, se veía como una folclórica hablando en cualquier programa del corazón de las bondades de ser madre, pero era lo que sentía. Su psicoanalista le había dicho que era un caso que se daba con cierta asiduidad entre los hijos de separados de la época en la que nadie se separaba, tenían la necesidad de recrear la familia tradicional de la que habían carecido. Fuera por esto o por otra cosa, se había convertido en una maruja irredenta y feliz, y, como tal, no podía evitar ponerse de mal humor cuando alguien le descuajeringaba su plan de obligaciones maternal. Desde que Rodrigo estaba en crisis no había quién lo aguantara, todos los días le pasaba algo nuevo. Encima se había empeñado en ir a cenar algo por su barrio, con lo imposible que se pone el viejo Madrid en esas fechas prenavideñas.

Después de sufrir el atasco de rigor para llegar allí y de tener que esperar un ratito a que Rodrigo bajase, se encontró con la bonita sorpresa de que no había reservado en ningún lado. Genial. Estaba seguro de que encontrarían sitio en El Viajero, que era donde solían quedar, pero aquello estaba hasta la bandera. Empezaron un peregrinaje por los restaurantes de la Cava Baja, todos a rebosar con cenas de empresa. La Posada de la Villa, Julián de Tolosa, El Schotis, El viejo Madrid, Lucio. Nada. Además al niño no le apetecía tapear, había que cenar, cenar. Finalmente encontraron mesa en un sitio nuevo, un asador asiático-vasco-fusión de nombre Wang Pasagoita, bastante cursi, con mucha velita y mucha parejita.

—«Pilpil de algas marinas al aroma de pimientos de Guernica», «Merluza de pincho con ajoarriero de bambú y brotes de soja»... Jesús, qué cosas se le ocurren a la gente —pensó mientras luchaba con las gafas de ver de cerca, que sólo usaba en caso de emergencia máxima. Aquel local era oscuro como la cueva de un oso.

Rodrigo que, pasada la fase de estupefacción de la mañana, había entrado en la de euforia, empezó a contarle de forma atropellada todo lo que había pasado en los últimos días, rematándolo con la escena final en el despacho del presidente. Reía, gesticulaba, imitaba. Parecía colocado pero aparentemente no lo estaba.

Su hermana seguía atentamente sus explicaciones y se rió mucho con toda la historia. Sin embargo no parecía tan entusiasmada.

—Parece como si lo hubiese planeado. Ha venido todo realmente rodado. Me llevo una pasta, sigo cobrando un dinerito, me quito del rollo del día a día de la agencia y tengo todo el tiempo del mundo para hacer lo que se me ocurra. Para lo de mi libro, para dar clases de sevillanas o para irme al fin del mundo. Estaba pensando en irme a la India, podría ser un viaje increíble, ¿no crees? Mi nueva vida me pide aventura, remontar el Ganges, perderme por las calles de Calcuta, cruzar el país de un lado a otro. Lo del libro creo que lo podría hacer más tarde. ¿Qué te parece?

Curra miró a su hermano un instante en silencio.

—Me parece que eres un cafre integral, me parece que vas camino de darte un hostión de campeonato y que vas a acabar en un asilo de indigentes del que no pienso sacarte. Eso es lo que me parece.

–Coño, hermanita, no seas tan estrecha y cartesiana. ¿No te das cuenta de que es el comienzo de una nueva etapa para mí, de una nueva vida? Finalmente voy a poder hacer lo que me salga del moño.

–Eso es precisamente lo que me preocupa.

–Ya. Estás pensando que el inconsciente de Rodrigo va a dejar un trabajo y un sueldo seguro, se le va a ir la pelota, va a empezar a hacer tonterías, se va a quedar colgado en una playa de la India fumando porros y se va a pulir todos sus ahorros. Al final ni libro ni nada y la historia acaba conmigo amarrado a un tetra brik de Cumbre de Gredos.

–Es que no te enteras. Cuarenta y tantos años y todavía no te conoces. Eres la inconstancia personificada. Y la única disciplina que tenías era la de tu trabajo. Ahora sin ese punto de referencia no sé qué va a pasar. Ayer estabas empeñado en escribir un libro y convertirte en gurú, hoy quieres irte a la India, mañana querrás hacerte monje budista. Eres demasiado disperso y me da pena verte así a tu edad. No tienes ninguna obligación, ninguna ancla que te obligue a centrarte. Todos necesitamos una motivación que nos empuje en la vida para conseguir nuestros objetivos. Y aunque no eres el típico ambicioso ni te interesa el dinero, por otro lado te encanta vivir bien y no te veo viajando de mochilero por el mundo.

Rodrigo se empezó a rascar inconscientemente la marca de nacimiento de su pierna, señal de que su hermana estaba poniéndole nervioso.

–¡Me parece que ya soy suficientemente mayorcito para saber cómo organizarme!

–Es que yo también he estado soltera muchos años y sé lo que es esa vida. A mí también me iba muy bien en el trabajo, tenía muchos amigos, salía y me divertía todo lo que podía, pero llega un momento que necesitas algo estable en tu vida. Ya sabes que lo de los amores se me daba fatal. O me liaba con unos cabronazos tremendos o con casados o con tíos que eran las dos cosas a la vez, siempre creyendo que iba a llegar un príncipe azul, que seríamos felices y comeríamos perdices. Hasta que llega un día que te das cuenta de que eso no va a pasar, que nadie te va a regalar nada, que hay que currárselo, y que lo que tienes que hacer es encontrar a alguien que te quiera, en quien te puedas apoyar, que tenga tus mismos valores.

–Alguien como Bosco, que además llevaba persiguiéndote un montón de años y que siempre te había parecido un pardillo.

–Pues sí, como Bosco. A lo mejor no es el hombre más atractivo ni el más brillante, pero es una persona sólida, que me quiere de verdad y que me ha enseñado a quererle. Y eso es lo que necesitas tú, Rodrigo. Alguien que consiga ablandarte el corazón. Después de tantos años mirándote el ombligo lo tienes como un pedernal.

–No entiendo cómo hemos venido a parar a este tema. Estábamos hablando de mi despido del trabajo, de que iba a ir de viaje...

–Es que soy tu hermana y me preocupo por ti. Te has construido tu propio personaje y te has parapetado detrás de él. El solterón cínico, ligón, un poco canalla, vividor y despreocupado de todo.

–Estás como mamá. Ahora sólo te falta repetir su famosa frase: «Mira hijo, ya estás mayor. Búscate alguien bueno y que, sobre todo, me quiera a mí» –dijo Rodrigo,

imitando un gesto con la mano típico de su madre.

–El problema es que no le das a ninguna mujer la más mínima posibilidad. En cuanto desaparece el calentón del primer momento te haces humo. Y además, cada vez eliges peor, te buscas unas tías rarísimas. Las que te gustan no te convienen y las que te convienen no te gustan. Parece que lo haces a propósito, y eso que has tenido novias estupendas. Por ejemplo, lo de Blanca no lo entiendo. Cualquiera día se va a hartar y te va a dejar colgado como un jamón.

–No sé qué os dan a las mujeres cuando os casáis. Debe ser algún tipo de droga que meten en el pastel de bodas. Llevo toda la vida oyendo lo mismo de mis amigas casadas, parece que habéis descubierto vosotras el matrimonio y lo tenéis patentado. Este tema me tiene agotado. Voy a acabar haciendo como el tío Ignacio que a los 40 dijo que era gay para que dejaran de darle el coñazo con este tema de si se casaba o no. ¡Qué hombre más sabio!

–Hasta que descubrimos que tenía tres hijos con la asistenta. En serio Rodrigo, ya sé que todo este rollo que te estoy metiendo te aburre pero no me quedaría tranquila si no te lo dijera. Sigues creyendo que tienes 30 años. Si además vas a dejar el trabajo, normaliza tu vida sentimental, búscate a alguien. ¡No entiendo cómo te apetece seguir dando tumbos por ahí, ligando con pedorras que no te interesan nada y vacilando a las camareras de los bares!

–Tampoco es mi vida ideal pero es lo que hay. Yo no me meto en cómo vives tú la tuya.

–Es que tienes la cabeza llena de pájaros. Con lo del libro te he seguido el rollo porque me parecía divertido pero es una muestra más de tu cinismo sin límites. Al final te vas a acabar creyendo que eres un benefactor de la humanidad, que gracias a ti miles de hombres se encuentran a sí mismos, son felices y acaba reinando la paz en la tierra.

–¡Si todavía no he empezado a escribir nada! Además, no les voy a contar nada que les vaya a hacer daño, ni que sea pernicioso ni malo. ¡El mundo está lleno de psiquiatras que aconsejan a sus pacientes y la mayoría tienen una vida que es un desastre!

–¡Así está el mundo, dirigido por psiquiatras locos! Seguro que la culpa de todo lo que está pasando es del psiquiatra que trató a Bush cuando dejó las copas. Cuando no montan la guerra ellos mismos. Este de los serbios de Bosnia, este que se cargaba a todos los musulmanes, era psiquiatra. ¿Cómo se llamaba?

–Karacizic, creo, pero ¿por qué no dejamos ya este tema de una vez? No sé qué bicho te ha picado para que te pongas así. Yo venía encantado y me tienes que dar la noche con tus discursitos de moralista conversa. Mejor hablamos de otra cosa o acabamos de comer en paz esta porquería que nos han puesto –casi gritó Rodrigo apartando bruscamente un besugo con menestra de rosa de Jericó que tenía la misma textura que un polvorón de Estepa.

El resto de la cena transcurrió en un tenso silencio sólo interrumpido por algún conato de conversación que moría rápidamente.

Pagaron y fueron al vestidor a recoger sus abrigo. Rodrigo creyó ver una cara conocida entre los comensales. En una mesa pegada a una esquina había un tío que le

recordaba mucho a Luis Javier, pero con lo oscuro que estaba el puñetero restaurante no se veía nada. Parecía estar con una chica que estaba de espaldas. Se acercó para ver mejor.

–¡Coño, Luis Javier! Ya me parecía que eras tú. ¿Qué haces aquí? Te he llamado esta tarde pero no te he encontrado. ¡¡¡Victoria!!! ¿Qué haces tú con este?

Ella se había dado la vuelta y le saludó bastante cortada.

–¡Que me casco de risa! ¡Curra, mira quién está aquí!

–Tampoco hace falta que te pongas a gritar de esa forma. Ni que hubiésemos matado a alguien –dijo su amiga, reponiéndose rápidamente.

–Pero bueno, esto sí que es insólito –Curra se reía a carcajadas.

Los hermanos se sentaron y estuvieron cachondeándose un buen rato de ellos. Luis Javier y Victoria les explicaron que llevaban enrollados desde hacía unos días. Todo había pasado sin esperárselo ninguno de los dos. Después de la cena de cumpleaños de Rodrigo, Victoria había llevado a Luis Javier a casa, él la había invitado a tomar un café y luego se habían quedado hablando en el coche toda la noche. Esto último lo contaron echando miraditas cómplices. De Luis Javier se lo podía esperar pero Rodrigo no daba crédito de la cara de cordero degollado que ponía su ex borde amiga.

–No echéis campanas al vuelo. Nos estamos conociendo y vamos con mucha calma. Poco a poco, pero la verdad es que vamos descubriendo que tenemos muchas cosas en común y lo pasamos bien juntos.

Miradita.

–Yo alucino, ¡pero si os conocéis hace un porrón de años! Os presenté hace por lo menos quince años.

–Catorce exactamente. El otro día estuvimos sacando la cuenta –otra mirada–: Fue en una cena en casa de Diego Nogueira.

–Ja, ja, ja –el mal humor de Rodrigo había desaparecido completamente–. Al final vas a tener razón hermanita, siempre hay un roto para un descosido –dijo mientras la agarraba cariñosamente por el cuello.

Pan duro, tomate, pepino, ajo, pimiento, agua, aceite, vinagre y sal. Un toque de batidora y ya estaba. A Rodrigo siempre le había encantado el gazpacho. Era fácil de hacer, siempre tenía un cazo en la nevera y lo tomaba todo el año, incluso en lo más crudo del invierno. Al igual que otros toman zumo de naranja para inyectarse su dosis diaria de vitaminas, él se tomaba su gazpacho. Si lo hacía fuertecito incluso iba bastante bien para la resaca. Había intentado infructuosamente fabricar un cóctel con él pero no había encontrado ninguna bebida alcohólica que respetara su portentosa personalidad.

Poco a poco había ido descubriendo recetas distintas. Aunque variaran mucho los ingredientes le parecía que el espíritu original permanecía: el verde de Huelva, con cilantro, lechuga y sin tomate; el de Paymogo, con hierba de poleo; el de piñones de Córdoba, con huevo; el gazpachuelo de Antequera, con mayonesa; el de almendra. O sus primos hermanos los ajos blancos, como el de Almuñécar o el tradicional de Málaga.

En algún lado había leído que probablemente era el plato más antiguo de la gastronomía española. Sopa de fragmentos o residuos, decían los antiguos, donde cada uno echaba lo que tenía más a mano a una base de pan, ajo, agua, vinagre, aceite y sal. Todo esto muchos siglos antes de la llegada del tomate de América.

Con mucho esfuerzo, entre Augusto y sus amigos le habían convencido para que, de momento, se olvidara de viajes y de aventuras y se centrara en algo más cercano, como el famoso libro. En eso estaba. Algunos dicen que antes de ponerse a cocinar hay que tener todos los ingredientes a mano. «Escribir un libro de estos de autoayuda no debía ser muy distinto a preparar un gazpacho», pensó Rodrigo, mientras observaba la montonera de revistas, libros, cuadernos de notas y recortes de prensa que se desparramaban por la mesa de la cocina, donde se había sentado para ordenar sus ideas. Ahí estaban sus tomates, su ajo, su pan, su aceite. Al final, se trataría de ir mezclando un poco de todo de eso e intentar acertar con las medidas más adecuadas a cada caso:

1 litro de libros de referencia.

Seguía empeñado en utilizar la enigmática figura de Pitágoras como coartada de todo ese montaje pero a la hora de buscar elementos para incorporar a la narración encontró poca cosa, sólo algunas frases como «Por encima de todo respétate a ti mismo» o «La preocupación debe conducirnos a la acción, no a la desesperación. Ningún hombre que no se sepa controlar será jamás libre», material bastante escaso para sacar un libro sobre el tema que tenía pensado. El tío estaba obsesionado por los números y acababa llevándolo todo a ese terreno. Por ejemplo, definía la amistad como «un vínculo entre las personas, semejante al que guardan entre sí los números 284 y 220». El número 284 sólo puede dividirse por 1, 2, 4, 71 y 142 para que esa operación arroje una cifra entera. La suma de esos divisores da 220. A su vez, el número 220 sólo puede dividirse por 1, 2, 4, 5, 10, 11, 20, 22, 44, 55 y 110 para que el resultado sea también una cifra sin decimales. La suma de esos divisores da 284. Así, los números 284 y 220 son «amigos». Aquel sudoku difícilmente le iba a arreglar la vida a nadie. Mejor dejar al viejo Pitágoras como pretexto para el título o hacer un par de menciones todo lo más.

Considerando más razonable centrarse en la sugerencia de Augusto, Rodrigo había procedido a despiezar cuidadosamente *El conde Lucanor*. El tono didáctico, con sus moralejas finales, le podía valer, aunque, lógicamente, había que separar el grano de los consejos adaptables a la actualidad de la paja medieval y revocarlo todo cuidadosamente para que no se notase demasiado de dónde estaba copiado. Su padre le había recomendado especialmente el cuento de «Lo que sucedió a un honrado labrador con su hijo» que, pasado convenientemente por la túrmix, podría ser una auténtica mina.

De forma adicional, Augusto le había inundado con citas de todo tipo y pelaje. Desde Ovidio, el gran poeta de la galantería, al dichoso Quevedo («Nunca se contenta con poco quien mucho desea, y comúnmente se queda sin nada quien lo quiere todo»), «Para amigas, es gran falta ser viejas, para amigos calidad»), pasando por san Agustín o Erasmo de Rotterdam. Al final Rodrigo le había tenido que pedir que dejase de enviarle información porque ya no sabía qué hacer con ella y aún así tenía una carpeta llena de faxes que su padre le mandaba desde la sierra.

Por último, Curra se había puesto pesadísima con el tema de que le echase un vistazo a su adorado *Siddharta* de Herman Hesse porque le parecía que el tono encajaba perfectamente con el tipo de fábula que su hermano quería escribir («La verdadera profesión del hombre es encontrar el camino a sí mismo»). Algo habría que coger porque sino luego no habría dios que la aguantase.

250 g de consejos de revistas.

Como ya suponía, cuando se puso a examinar el montón de revistas que había comprado se dio cuenta enseguida que de las revistas masculinas de gama alta (para entendernos, en las que aparecen otras cosas además de tías buenísimas en bolas) no iba a poder sacar mucho. Le parecieron aburridísimas. Los coches más espectaculares,

buenos vinos, los mejores hoteles, relojes de lujo, viajes, ropa, cosméticos. Mucha historia de triunfadores, mucho *gadget* pero nada útil para su propósito. Ni siquiera la parte de sexo tenía ningún interés.

Sin embargo las revistas de mujeres eran una mina. Los hombres eran su tema estrella. *Cosmopolitan* prácticamente no hablaba de otra cosa. Perfecto para profundizar en el conocimiento del enemigo. Había comprado la edición española y la americana. Esta última era bastante más jugosa. Mientras que la versión patria del número de diciembre dedicaba gran parte de su espacio a las navidades (cómo pasar unas fiestas excitantes con tu chico, cómo aguantar a su familia en las celebraciones, cómo estar más sexy, cómo comer y beber como una cerda y no engordar), la versión yanqui casi no trataba otro tema que El Único. El sexo que le volverá loco (cómo doblar el placer de tu pareja, cómo mimar a tu hombre en la cama, el artículo de sexo que debes leer con tu novio, cómo desnudarte de forma sexy). Más interesante, había muchos artículos de cómo interpretar lo que un hombre piensa, dice o siente realmente: qué dice la ropa de cama de tu chico (¡ojo, si es blanca puede significar que es alérgico al compromiso!), cómo leer en los gestos de una cita cómo le ha sentado que le hagas una proposición indecente (si abre la boca y estira la mandíbula la has cagado) e incluso un horóscopo que te revela cómo se va a comportar tu semental el próximo mes («Leo: tal vez tu león quiera establecer un nuevo récord de duración cerca del 19, toma vitaminas»). Además, otros consejos útiles como los riesgos de comentar a tus amigas que tu novio tiene el pene más pequeño que has visto (puede querellarse por difamación).

Rodrigo sintió un cierto sudor frío. La idea de que cualquier mujer pudiera analizarle hasta estos extremos le parecía aterradora. Aquello haría sentir a cualquier hombre víctima de una conspiración para manipularle y tratarle como una pura máquina de metesaca. Tanto quejarse las mujeres de que los hombres son tan básicos y parecía que cada semana se producían toneladas de literatura sobre sus más mínimas reacciones y pensamientos. Le parecía que todas estas revistas estaban creando una generación de locas paranoicas, pendientes de cualquier tontería para sacar sus calenturientas conclusiones. La próxima vez que conociera a una tía debía acordarse de preguntarle qué revistas leía.

Una pizca de tratamientos de belleza.

Por lo que indicaban los estudios, el gimnasio y los salones de belleza eran las nuevas iglesias del hombre moderno y metrosexual. Era imprescindible conocer de primera mano lo que se cocía allí. Además parecía una forma interesante de ahondar también en la psicología femenina. Sólo habría que apuntarse a unas clases o unos tratamientos, relajarse y poner la antena.

Decidió empezar con Pilates. Sabía que estaba muy de moda porque los actores y las actrices de Hollywood lo practican para estilizar su figura y fortalecer los músculos. Últimamente hasta algún ministro había posado para alguna revista como si lo estuviera practicando.

Rodrigo había sido bastante deportista en sus años mozos pero cuando empezó a trabajar sólo jugaba de vez en cuando al futbito con los de la ofi y, sobre todo, al squash, que se le daba bien y permitía sudar la gota gorda en sólo media hora; pero, poco a poco, todos sus compañeros de juego se fueron retirando aquejados de las más variadas lesiones en las rodillas y la espalda. Con ellos fueron cerrando casi todas las pistas y el deporte estrella de los yuppies de los ochenta desapareció tan rápidamente como había llegado. Desde entonces había hecho innumerables intentos de correr por las mañanas, buenas intenciones que morían asesinadas por su vagancia contumaz. Ahora se conformaba con dar largos paseos los fines de semana para ir al Retiro o a ver alguna exposición. Por eso pensó que, además de la información que pensaba recoger, un poco de ejercicio le vendría bien. Además, le habían comentado que Pilates era bueno para la espalda y desde hacía algunos años las contracturas lo tenían martirizado.

Se apuntó a unas clases los lunes y miércoles a las 10, que para él era primerísima hora de la mañana, para disciplinarse un poco ahora que estaba en el paro y para estar tan sonámbulo que tuviera difícil encontrar excusas para no ir.

Cuando llegó a clase sonrió. Excepto un señor prejubilado, todas sus compañeras de clase y la monitora eran mujeres. La mayoría parecían jóvenes amas de casa demasiado fondonas para su edad. Aquello iba a ser pan comido.

La experiencia resultó francamente humillante. Los ejercicios de Pilates requerían respirar con el abdomen hundido y la tripa para adentro, tener el culo apretado, la nuca estirada, los hombros relajados y estirar cinco o seis músculos, de cuya existencia nunca había oído hablar, todo a la vez. Rodrigo ni siquiera pudo hacer lo del abdomen, mientras que esas gorditas estaban perfectamente coordinadas y se contorsionaban como artistas circenses. Él no era capaz ni de llegar a tocarse las canillas. Ni siquiera las palabras de ánimo de la caritativa profesora le sacaron de su depresión. Además, en esas clases (y tampoco después) no se hablaba de otra cosa que no fuera «estira bien ese isquión, cuidado con las crestas ilíacas o descomprímeme la zona del plexo solar». Con todos esos aparatos y estiramientos aquello era lo más parecido a las sesiones de tortura del Santo Oficio en la Edad Media.

La experiencia de los tratamientos de belleza propiamente dichos fue mucho más gratificante e interesante. A Rodrigo siempre le habían gustado los masajes, le venían muy bien para su maltrecha espalda. Quizá ahora debería intentar otras variantes. Después de consultar con Victoria, llamó al centro de Anabel Zamora, que al parecer era el más de moda del momento, y reservó hora para hacerse un tratamiento completo. Aquello empezaba con una limpieza de cutis. La encargada de dejarle el rostro como una patena resultó ser Encarna, una gaditana, rubia, grandota, vestida con una immaculada bata blanca.

–Uy, usted tiene la cara fatal. ¿Se pone usted cremas?

–Pues no, nunca.

–Se nota. Puntos negros, manchas de sol, mucha suciedad. Fuma usted mucho, ¿verdad? Debería dejarlo, le da un tono grisáceo a su piel.

Dio comienzo a su tarea. Le abrió los poros y empezó a limpiárselos con unas gasas. Era bastante molesto, Rodrigo no era buen sufridor y se quejó débilmente. Luego le puso una mascarilla y le dio un largo masaje en la cara. Tenía buenas manos Encarna. La sensación era ahora bastante agradable y relajante.

–Estupendo, ya está. Hoy tendrá la cara algo enrojecida y no es recomendable que salga a la calle, pero cuando se le pase se va a llevar a todas las muchachitas de calle. Vamos con lo siguiente del tratamiento. ¿Qué parte se quiere depilar usted?

–¿Depilar? ¿Qué quiere decir con depilar?

–Pues sacarle los pelos uno a uno, como dice el chiste. Usted ha contratado el tratamiento *super executive* y este incluye una depilación parcial. ¿No me diga que nunca se ha depilado usted, con esa facha que tiene?

–No, la verdad es que me da un poco de respeto...

–Uy, está usted hecho un antiguo. Ahora todos los hombres quieren depilación. Empiezan por motivos de higiene o estética. Muchos empiezan con los pelos de la espalda que son muy feos. Luego, les gusta y es como un vicio. Una vez que empiezan no pueden parar. Axilas, pecho, espalda, pompis. ¿Por qué no lo prueba usted y luego me dice?

–¿Y eso no duele?

–Al principio un poquitillo, luego se acostumbran. Los clientes aficionados me dicen que es lo que más les relaja. Si quiere, como usted no tiene pelos en la espalda, podemos hacerle las piernas. Ahora es invierno y no se lo ve nadie así que puede usted decidir si le gusta o no sin que le molesten.

–No sé yo... Además, tengo esta mancha de nacimiento en la pierna que es muy delicada.

–Por eso no se preocupe que una es una profesional y sabe cómo tratar ese tipo de casos. En fin, piénseselo. Luego se sentirá más a gusto, más limpio. Voy a hablar un segundillo con mi jefa para ver si le podemos sustituir la depilación por otro tratamiento.

Rodrigo permaneció un rato en silencio, sobrecogido, imaginándose desnudo, cubierto de cera y con aquella robusta mujer arrancándole la piel a tiras. Luego se puso a escuchar la conversación que mantenía su vecina de tratamiento con la chica que la atendía, una pelirroja de unos 30 años de algún país del Este.

–Sí señorra, los hombres son todos unos cerrdos. Yo allí en Bulgaria estaba casada. Con Sveto. Yo muy enamorada. Una bestia Sveto. Bebía, me pegaba, se acostaba con otras mujeres, me pegaba, me quitaba el dinerro, me pegaba otra vez. Yo cansada me vine a España a vivirr mi vida. Ahorra trabajo, tengo mi dinerro, mi piso y cuando tengo ganas de diverrtirme, busco un hombrre y me divierrto. Ahorra tengo dos amigos parra divertirme. Unos días con uno, otros días con otrro. Los domingos, con los dos. Son búlgarros. Tenemos educación comunista, más liberral. Los chicos españoles son demasiado serrios para esto. Enseguida quirren controlarr pero ahorra decido yo.

Al acabar la tarde, Rodrigo había rellenado media libreta de notas con perlas de la sabiduría popular y despotriques varios sobre los hombres. Tres tardes más allí y le hubiese dado para escribir una enciclopedia.

Un manojo de ligue internáutico.

Aunque Rodrigo no se había querido enterar, parecía ser que el ligue tradicional había muerto. Aquello de ir a un bareto y entrar a una desconocida al grito de «¿Vienes mucho por aquí, chata?» empezaba a ser casi tan prehistórico como cuando sus abuelos iban a misa para encontrarse con chicas de buena familia. Pasada cierta edad, la gente prefería ahorrarse el patetismo de deambular hasta altas horas de la noche con una copa en la mano intentando entablar conversación mientras doscientas personas te zarandean y con la música a un volumen que te arranca las pestañas.

El ligue por Internet era razonablemente anónimo, cómodo, poco comprometedor y permitía saber un poco de la otra persona antes de dar el paso de conocerla cara a cara. Muchos de sus amigos utilizaban este sistema asiduamente e incluso conocía algún caso que había acabado en boda. Si quería estar bien informado de lo que pensaban las mujeres de los tíos, tenía que experimentarlo en sus propias carnes. Todo fuera por la ciencia.

Entró en una de las webs de las que más había oído hablar y se puso a ver la «selección recomendada» de mujeres que estaban anunciadas de forma destacada en la *home page*, con su foto y todo. Aunque aquello parecía un poco como un mercado de ganado, la verdad es que la mayoría estaban bastante bien. Recordando sus viejos vicios de publicitario, no pudo evitar pensar que debían ser fotos de modelos puestas para atraer incautos.

Era necesario inscribirse en el servicio para poder ponerse en contacto con otras personas. Había que rellenar un montón de cuestionarios con datos personales (¿fumador?, ¿religión?, ¿vegetariano?); Rodrigo los rellenó con un cierto fastidio. Mintió sobre su edad. Con 38 años las chicas no pondrían tantas pegas para quedar con él. Al final había que escribir unas líneas describiéndose a uno mismo y aclarando lo que se esperaba de una posible relación (amor, compañía, aventura, amistad). Escribir sobre sí mismo siempre le hacía sentirse incómodo. Lo despachó con unas explicaciones bastante tópicas: «Soy un hombre con sentido del humor, que le gusta disfrutar de la vida. Me encanta escuchar y aprender de los demás».

Quedaron en una cafetería de la Gran Vía un sábado a las ocho de la tarde, Brisamarina⁷⁹ parecía interesante. Investigadora de no sé qué, se definía como aventurera y amante de los viajes (siempre era un buen tema para romper el hielo), la música y los paseos a la luz de la luna. En la foto aparecía rodeada de un montón de negritos en alguna parte de África, junto a un baobab. Aunque la foto no era de muy buena calidad, parecía bastante mona y tenía una cara simpática.

Los mails previos que cruzaron no podían calificarse de intercambio epistolar de gran altura. «He viajado mucho por Sudamérica, allí es todo muy bonito y la gente es simpática. Los árboles son muy grandes y hay muchos animales raros, aunque menos que en África. En África hay muchas tribus distintas, unos son muy altos y otros muy bajitos.» Pero la sonrisa de esa chica le gustaba. Había mucha gente que era incapaz de

expresarse por escrito y luego, sin embargo, eran personas interesantísimas.

Como en la foto que había enviado Rodrigo para acompañar la información era deliberadamente irreconocible, quedaron en que él llevaría una cazadora de ante marrón con un jersey rojo debajo con cremallera.

A la hora acordada, allí estaba esperando con una cierta curiosidad, e incluso ligeramente nervioso, pero pasaban los minutos y allí no llegaba nadie. Finalmente se le acercó una chica que aparentaba unos 22 años y llevaba un rato sentada en una mesa cercana a la suya, cuchicheando por el móvil. Iba vestida con el habitual pantalón campana y camiseta ombliguera, a pesar del frío.

–¿Eres el paseante?

Ese era el seudónimo que Rodrigo había utilizado en su correspondencia. Habían acordado no desvelar sus verdaderos nombres hasta que se vieran en persona.

–Sí –respondió él sorprendido.

–Hola, no te asustes. No soy Brisamarina79 sino su hermana pequeña. Ella no ha podido venir. Me ha dicho que te pida disculpas y te invite a una Coca Cola.

–Siéntese señorita, me llamo Rodrigo –le dijo indicándole galantemente la silla vacía que había en su mesa. Estaba algo decepcionado.

–Me llamo Jimena. En realidad era conmigo con quien te estabas emaleando todo este tiempo. Perdona que te haya metido en este lío pero me tiene preocupada mi hermana Sofía, por eso me he hecho pasar por ella. Bueno, somos hermanas de padre, ¿sabes? Ella tiene 35, como te decía en el mail. Se le está pasando el arroz y no hace nada por buscarse un hombre con el que asentarse y tener una familia como tiene que ser. Todo el día viajando por ahí, cada vez a sitios más raros. Todo el día de arriba abajo y, claro, así no conoce ningún tío normal. Todos son cooperantes sin un duro, investigadores chiflados, mochileros zarrapastrosos o gente rarísima de esos sitios. Eso es muy divertido para una etapa de la vida pero con casi 40 tacos hay que evolucionar un poquito, ¿no crees? En una de estas se queda a vivir en una choza en mitad de la selva y ya era lo único que nos faltaba, así que me apunté en una de estas webs, di sus datos y puse su foto a ver quién picaba. Lo malo es que cuando se lo he contado se ha negado en redondo a venir a la cita.

–Bueno, me parece que tienes muy buena intención pero creo que tu hermana ya es suficientemente mayor para tomar sus decisiones. Además no todo en la vida es casarse, tener niños y una bonita casa.

–Tampoco digo eso, pero que por lo menos ordene un poco su vida. Si quiere tener un hijo ella sola que lo tenga pero que sea en un sitio civilizado, donde el niño pueda ir a un colegio y tener las cosas básicas. Además, se dedica a investigar cosas que no le interesan a nadie. Es antropóloga y lleva no sé cuántos años desperdiciados estudiando la música de los pueblos primitivos. Como si a alguien le importase si los bosquimanos tocan la zambomba o la guitarra eléctrica. Debería buscarse un trabajo de verdad, como el de todo el mundo.

Rodrigo estaba divertido y un poco intrigado con aquellos planteamientos. Ahora que se fijaba esta chica debía ser más joven de lo que le había parecido en un primer

momento. Tenía ese gesto al sonreír de los que todavía no se han acostumbrado a la idea de que ya no llevan aparato dental. Habitualmente no hablaba mucho con adolescentes, por no decir que casi nada. No tenía sobrinos de esa edad y los hijos de sus amigos eran aún pequeños. Lo más cerca que había estado de oír sus opiniones era en las reuniones de investigación de mercados para el lanzamiento de un tratamiento antiespinillas o cosas de ese tipo. Jimena rajaba y rajaba, sin dejar de recibir y contestar mensajes en su móvil.

–Yo entiendo que los tíos son una lata –hablaba como si Rodrigo no fuera parte de este grupo sino más bien una momia del neolítico. Y agregó–: Yo no puedo con ellos. Son todos iguales. Unos jetas y unos mentirosos, sólo van a lo que van.

–Pero vamos a ver, ¿cuántos años tienes?

–Diecisiete. Salgo mucho con chicos de mi edad pero sobre todo con más mayores y son todos unos inmaduros. Pueden parecer sensibles, que te escuchan, pero van a su puta bola. A echarte un polvo y luego contárselo a sus amigos. Sólo les interesa el fútbol, los coches y los videojuegos –Jimena se iba calentando, se ponía roja de indignación–. No es que nosotras queramos tener relaciones estables pero es que ellos son unos cobardes. Al principio todo son buenas palabras, qué mona, qué simpática, nunca he conocido a nadie como tú. Luego te enredan, y entonces llaman algún día perdido pero siempre quieren tener la libertad de salir con sus amigos cuando les da la gana, emborracharse y entrarle a todo lo que se mueve. «No soy tu novio», dicen. «Tengo que vivir la vida ahora que tengo 20 años.» Serán cabrones, ¡como si yo tuviera 80! Lo tengo clarísimo, no pienso casarme nunca.

–Entonces, ¿para qué quieres encontrarle novio a tu hermana?

–Para centrarla un poco. Yo lo tengo todo muy claro. Voy a tener mi trabajo estupendo y cuando quiera tener hijos, ya me buscaré a uno. Las hijas de divorciados ya sabemos lo que les ha pasado a nuestras madres, eso de casarte, currar como una loca veinte años en casa para que luego tu marido se vaya con una jovencita. Mi padre ya lo ha hecho dos veces. A mí para eso no me pillan ni loca. Yo a los tíos los odio. La única forma de tratar con ellos es caña, caña y más caña. Si te llaman, les coges una llamada de cada tres, si te dicen que eres la mejor, como si oyes llover. Si quieren salir contigo les dices que has quedado y apareces en el sitio donde sabes que va a estar con otra. Por cierto, ¿qué coche tienes?

–Un BMW Z4.

–¡Guay! ¿Y moto tienes?

–Sí, una Harley.

–Moto mejor. Así vas con casco y no se dan cuenta de que eres mayor. ¿Podrías pasarme a buscar mañana por el instituto? Hay uno que me mola y quiero ponerle un poco en su sitio. ¡Me muero por ver la cara que pone el chulo ese cuando me vea aparecer en ese motón! Se va quedar de piedra, lo voy a tener comiendo de mi mano. Él, que se cree que es lo más de lo más. Además, mi cotización se va a poner por las nubes. Eso sí, no puedes quitarte el casco ni de coña. Anda, porfa, enróllate, me harías un gran favor –la niña le lanzó una mirada que hubiese hecho sonrojar a la mismísima Lolita.

Media docena de chorradas diversas.

A esta primera experiencia internauta siguieron algunas otras: una testigo de Jehová, una abogada sindicalista, una licenciada en Biología que trabajaba de niñera, una controladora aérea que bebía como un batallón de húsares... Mucho material didáctico pero sin líos. Se había propuesto ser muy profesional.

También se tragó enteras las dos primeras temporadas de *Sexo en Nueva York* y se compró un juego de ordenador de mucho éxito (*¿En tu casa o en la mía?*) que fue incapaz de instalar.

Sus amigos siguieron aportando sus teorías absurdas cada vez que se reunían. Luis Javier le tomaba el pelo con que sólo estudiara a las mujeres y no hablara con ningún hombre. Victoria seguía erre que erre con lo de que los hombres son unos cerdos y que habría que institucionalizar la prostitución masculina como solución a los problemas. Mientras daba a su marido las últimas instrucciones sobre cómo preparar una papilla de piña y plátano, Curra mantenía que lo de los metrosexuales era una moda que se habían inventado cuatro horteras para ponerse ropa estrecha y parecerse a Beckham. Sin embargo, el ambiente ya no era el mismo. Rodrigo no se podía acostumbrar a ver a Victoria y Luis Javier tan acaramelados. Aunque no se hablaba del tema, parecía que el romance iba viento en popa. Qué bonito era el amor, todo el día de la manita, riéndose ellos solos de sus propias paridas. ¿Qué había sido de aquella mala leche constructiva con la que se podían reír todos juntos? Probablemente sería sólo una paranoia pero le parecía que todo era paz, buenos sentimientos y angelitos tocando el violín. La paz de los cementerios. Aquello iba camino al aburguesamiento total. Era consciente de que su egoísmo estaba llegando a las más altas cotas de impresentabilidad pero no podía evitar sentir ese resentimiento de los solteros pertinaces hacia las ratas inmundas que abandonan el barco.

Por fin había llegado el gran día. Por una cosa u otra venía postergando el momento. Siempre le quedaba una última investigación que hacer, un nuevo libro que leer. Tuvo que ser Augusto el que le pusiera las pilas.

–A ti lo que te pasa es que te mueres de miedo de ponerte a escribir. Seguro que ahora me sales otra vez con la historia de que quieres correrte tu dichosa aventura antes de arrancar. Empieza ya de una puñetera vez, diantre.

Aunque le costó admitirlo, no tuvo más remedio que darle la razón. Había llegado el momento de tirarse al agua.

Se sentó en la cocina donde tenía el material que había recolectado durante estas semanas de presunta investigación. Cambió la silla porque era incomodísima y trajo otra del salón que le iba mejor a su espalda. Luego fue a buscar un almohadón para protegerse las lumbares. Desplegó sus utensilios encima de la mesa. Los bolígrafos, un bloc de notas y las páginas impresas de Internet a la izquierda, a la derecha los principales libros y las revistas de consulta en una mesa auxiliar. Una copa, una copa le vendría bien para animarse. Se puso un Cardhu con mucho hielo. Ahora parecía que estaba todo.

Al menos ya tenía el título en la cabeza. Como seguía enamorado del halo sugerente del enigmático Filósofo y Matemático, después de darle un millón de vueltas en la primera hoja anotó: *EL EFECTO PITAGORAS*, y como subtítulo: «El nuevo hombre que mató al metrosexual». Genial. El nombre de un clásico griego y el impacto del asesinato de Beckham. Ya se imaginaba respondiendo a las preguntas de los periodistas:

«¿El título? No sé si sabrá que Pitágoras, además de enunciar su famoso teorema, fue un famoso filósofo, de hecho el primero que utilizó este término. Él decía que lo que enseñan en la escuela no sirve de nada. Es necesario educarse para la vida, para sus desafíos y sus cambios, de una forma nueva. Es lo que yo he denominado "El efecto Pitágoras"». Satisfecho de su hábil respuesta a los imaginarios reporteros, se lió un

canuto y observó la pantalla en blanco del ordenador.

¿Qué sería mejor? ¿Arrancar con un comienzo intrigante, que enganchara e hiciera devorar las páginas, o mejor transportar al lector a un lugar mágico y lejano que le hiciera soñar? Escribir un libro con el estilo y la sintaxis de un chaval de 1º de bachillerato (¿se seguía llamando bachillerato?) no debía ser muy complicado. Seguro que era cuestión de encontrar el tono y luego todo iría rodado. No podía ser muy complicado: mensajes claros, sencillos, arropados con una historia evocadora e igual de simple.

Quizá lo mejor sería echarles un vistazo a las obras de los maestros para recordar cómo empezaban.

«Hace ya mucho tiempo, en una tierra muy lejana vivía un caballero que pensaba que era bueno, generoso y amoroso.» «Qué fuerte», pensó Rodrigo, pero *El caballero de la armadura oxidada* había vendido más de siete millones de libros, con lo cual algo se podría aprender del autor. Este, por lo menos, se supone que debía tener alguna idea de escribir. «Robert Fisher es conocido en Norteamérica por haber dedicado su vida a escribir guiones para los cómicos más famosos del país. Comenzó su carrera como guionista de radio para Groucho Marx y luego ha escrito para comediantes como Bob Hope, Red Skeleton, George Burns, Jack Benny, Alan King y Lucille Ball, entre otros», decía la contraportada del librito. Miró la amplia sonrisa del amigo Robert en la solapa. Parecía la viva imagen de la felicidad, lo cual no era de extrañar teniendo en cuenta que ese libro lo había hecho multimillonario.

«Érase una vez una delicada princesita, de cabellos dorados, llamada Victoria, que creía de todo corazón en los cuentos de hadas y en la eterna felicidad de las princesas.» Marcia Grad escribía para adultos. «Fascinante. Lleva 48 ediciones sólo en España.»

Consultó a su admirado Spencer Johnson, 30 millones de libros vendidos, y abrió la primera página del memorable *Quién se ha llevado mi queso* (14 millones de ventas): «Érase una vez que, hace mucho tiempo, en un país muy lejano, vivían cuatro personajes que recorrían un laberinto buscando el queso que los alimentara y los hiciese sentirse felices».

Se levantó para aporrear la pared mecánicamente. Las italianas del piso de al lado gritaban y reían como si fuera Nochevieja y eso que sólo eran las siete de la tarde. Casi se estaba acostumbrando a ese ruido semipermanente de fondo. Aprovechó para cambiar de música. En ese momento sonaba en la radio una vieja canción de Juan Pardo y con aquello no había quién escribiera nada. Se puso a buscar entre sus CDs algo más inspirador y se decidió por su viejo Elvis (Costello) en su nueva faceta de *crooner*. Renovarse o morir. Parecía que él también lo entendía así.

Volvió a la tarea. Quizá sería mejor optar por un principio más parecido a un thriller al estilo de *El monje que vendió su Ferrari*: «Se derrumbó en mitad de una atestada sala del tribunal. Era uno de los más sobresalientes abogados procesales de este país. Era también un hombre tan conocido por los trajes italianos de tres mil dólares como por su extraordinaria carrera de éxitos profesionales. Yo me quedé allí de pie, conmocionado por lo que acababa de ver. El gran Julian Martle se retorció como un niño indefenso postrado en el suelo, temblando, tiritando y sudando como un maniaco». La verdad es que este

comienzo era sospechosamente parecido al primer párrafo del nuevo éxito del mismo autor, Robin S. Sharma, *El santo, el surfista y el ejecutivo*: «Nunca había sufrido tanto dolor en la vida. Me temblaba la mano derecha de manera incontrolable y la sangre me manchaba la camisa blanca. Era lunes por la mañana y no podía dejar de pensar que no era un buen día para morir». Un monstruo este tío, su «vigorosa fusión de la sabiduría espiritual de Oriente con los principios del éxito occidentales» había vendido más de tres millones de libros e incluso habían sido número uno... ¡en la India!

Desde su foto, la mirada beatífica y a la vez triunfadora del ex abogado (ahora gran gurú mundial del autoliderazgo) parecía indicarle que ese era el camino a seguir.

Entretenido como estaba buscando esa primera frase mágica, Rodrigo no se daba cuenta de que Gladys, su asistenta, le observaba atentamente desde hacía rato, con el mentón apoyado en la fregona. Cuando levantó la cabeza se topó con sus ojos de leona cansada.

–Hola Gladys, ¿quería usted algo?

–No, sólo estaba mirándole.

–Si está usted pensando en que va a tener que recoger todos estos papeles y se está poniendo de mala leche, no se preocupe que lo voy a hacer yo. Es más, le pido que no toque estos papeles. Son cosas de trabajo importantes y no quiero que se despisten.

Ella seguía allí de pie.

–¿Se puede saber qué le pasa? ¿Está usted triste, tiene usted algún problema? Está usted con el libro ese de los hombres y el amor, ¿no? Usted cree que no me entero de lo que pasa en esta casa...

–Sé perfectamente que usted está más al corriente de lo que pasa en esta casa que yo mismo –contestó Rodrigo con aire resignado.

–¿Hace cuántos años que trabajo en esta casa? Ya ni me acuerdo. Desde que estaba usted casado con la señorita Elena. Lo conozco desde hace muchos años. Está usted mayor, se está usted poniendo como una chinola.

–Casi prefiero no saber lo que es eso.

–Está usted como los aguacates que muchas veces parece que se conservan bien por afuera y cuando se abre ya está viejo y podrido. Es un fracaso total y rotundo –a Gladys le gustaba usar frases que oía en la tele.

–En vez de decirme estas cosas tan agradables, ¿por qué no va a hacer lo que tenga que hacer?

–Lleva usted tantos años diciendo que no a todas las mujeres, que se va a quedar como mi prima Edelmira. Ella, una mujer hermosa de verdad, siempre diciendo a todos que no, buscando siempre al tipo perfecto. Ahora tiene 60 años, está sola y jamona, soltera. Sin hijos, que son la única alegría de esta vida, sin nadie que la atienda. Así se va a quedar usted. Encima se pone usted ahora a hacer la tontería del libro. Déjese de libros y disfrute de la vida. Yo tuve un marido y otro como si lo hubiese sido. He tenido hijos, que viven en mi país. Cuando me retire me volveré p'allá y me cuidarán como yo les he cuidado mandándoles dinero todos estos años. Cásese, señor Rodrigo, llévase una mujer

antes de que esté viejo y seco y nadie le quiera.

–Esto debe ser parte de una conspiración internacional. Todo el mundo se ha puesto de acuerdo para decirme la misma chorrada. Estoy hasta el gorro de todos vosotros. Debe de ser porque san Valentín está cerca o algo parecido. ¡Si ya no se casa nadie!

–A mí me es igual lo que usted haga, lo digo por su bien. Que usted viviera con alguien sólo sería más trabajo para mí y yo también estoy vieja. Sueño con ver a mis nietos todos los días, comerme un buen moro de guandule y tumbarme a dormir en una hamaca de la casita que me compré el año pasado en mi pueblo.

–Más razones me está dando usted para que no me busque una novia. Si conseguir pareja conlleva quedarme sin servicio, prefiero quedarme sin pareja. ¿Quién me iba a cuidar como usted? ¿Cuánto tiempo le iba a llevar a la intrusa aprenderse todas mis manías, enterarse dónde me gusta que pongan mis cosas? Imagínese, ocuparía mis armarios, cambiaría la decoración, me llenaría la nevera de desnatados.

Quite, quite, estoy mucho mejor con usted y, como se descuide, cuando se vuelva a la República Dominicana la sigo y me hago una casa al lado de la suya para que siga haciéndome esas habichuelas tan ricas.

Rodrigo tenía mucha práctica en el difícil arte de tocar la fibra sensible de Gladys y cambiar de tema al mismo tiempo. A la leona se le alegraron los ojos y lanzó una carcajada, enseñando sus blanquísimos colmillos.

–¡Ay qué loco, está usted loco, loco de verdad!

Tatataratatta, tatarattata, pum, chan, pum, chan. El móvil. Blanca. La tenía abandonada como casi siempre. Empezó a contarle sus últimas novedades. Estaba encantada porque había ido a Barcelona a ver a Ammachi. ¿Qué quién era Ammachi? Pues una famosa santona india que cura y transmite bienestar abrazando a la gente. Había más de 3.000 personas en el Palau Sant Jordi y había abrazado a todas y cada una de ellas. Cuando la había abrazado había sentido una paz increíble y un amor indescriptible por todo el mundo.

–Ya, ya, seguro que tanto amor, tanto amor que habréis acabado todos enrollados con todos como cuando estuviste con Osho.

La voz de Blanca empezó a temblar de indignación.

–¿Tú qué sabes de eso si en esa época ni me conocías? Tu problema es que no respetas nada. Te has vuelto tan cínico que no puedes entender que haya cosas más allá de tu intelecto cartesiano, paleta y pijo madrileño.

Clonk. Le había colgado.

Se quedó pensando para qué se metía en esos berenjenales. Se podía haber ahorrado el chiste fácil. Se sintió un poco culpable y esto no solía pasarle muy a menudo. Una cosa era no hacerle caso y otra el recochineo. Pensó en mandarle un sms-tregua pero no se le ocurrió ningún texto que no empeorase las cosas. Tampoco era cuestión de alimentar falsas esperanzas.

Mientras tanto, la dominicana, de espaldas a él, preparaba algo en el fuego de la cocina americana cuya gran ventana se abría sobre el salón.

Él retomó su tarea de revisar y ordenar los papeles que tenía encima de la mesa.

–¿Decía usted algo, Gladys?

Ella murmuraba por lo bajinis, algo que hacía bastante a menudo.

–No señor, cosas mías... ¿Cómo se llama la señorita Blanca de apellido?

–Montero. ¿Por qué?

–No, por nada, por curiosidad.

Rodrigo se quedó esperando el clásico discurso sobre por qué trataba tan mal a Blanca, por qué no se casaba con ella, con lo agradable que era y con lo que lo quería, pero extrañamente la leona siguió a sus cosas, hablando con ella misma.

Encendió el ordenador. Abrió un documento en blanco de Word.

Gladys se acercó llevando un vaso con algo que parecía una infusión caliente.

–¿Qué quiere ahora, si se puede saber?

–Tiene usted mucha tos últimamente. Le he preparado este té que le va a venir bien para el pecho.

–¡Ah, muchas gracias! Sí, es cierto que últimamente no me puedo quitar esta carraspera. A ver si puedo dejar de fumar un día de estos –conocía las bondades de los remedios caseros de su asistenta y la tos era una de sus especialidades. Probó un poquito.

–Este es distinto del de otras veces, ¿no?

Además de un sabor más amargo, el potingue era ligeramente rojizo y no del color parduzco habitual.

–Tómeselo todo de una vez y verá cómo se le va el gallo ese de la garganta –Gladys le miraba fijamente. Obediente, y con cuidado de no atragantarse con parte del forraje que se agolpaba en el fondo del vaso, apuró todo de un sorbo.

–Amén –dijo la dominicana cuando acabó de beber, haciendo en el aire una señal de la cruz.

–¡Gladys! Ya estamos de nuevo con sus brujerías, ¿no? ¿Se puede saber qué coño me ha hecho ahora?

–Yo no soy bruja –contestó con aire ofendido–. Yo sólo hago las cosas que me enseñó mi mamá, que era una yerbera muy respetada en todo nuestro campo. Venían de todo el país para consultarla. Porque murió joven, que si no yo no hubiese tenido que venirme a trabajar acá como una esclava.

–Ya, vale, pero seguro que esta mierda que me ha dado no es para la tos ni para el pechito ni para nada parecido.

–A veces las cosas no vienen solas. Hay que ayudarlas. Si usted no tiene lo que hace falta para buscarse una mujer, hay formas para hacer que las cosas pasen. A mí me parece buena la señorita Blanca. No la vi muchas veces pero yo sé de esas cosas. Como dicen en mi tierra: Santa Bárbara bendita, abogada de los truenos, en el andar se conoce la mujer que pega cuernos, y esta no parece de esas.

–O sea que me acabas de dar un elixir, una pócima de amor para que me enamore de Blanca o algo parecido.

–No exagere. Es una ayudita, no más. Además todavía no acabé. Todavía me falta una oracioncita para sellar el trabajo.

Se acercó a él con las manos extendidas.

–¡Déjese ya de mojigangas y vuelva a sus cosas!

–Virgen de Altagracia, qué carácter más malo le dio Dios. Es un momentito solamente.

Rodrigo se puso de pie y se apartó. Quedó acorralado contra una esquina.

–¡Qué coñazo de mujer! ¿Por qué no se dedica a lavar, planchar y sisar como hacen todas las asistentas?

Los ojos de leona le miraron afectuosamente.

–Venga señor Rodrigo, hágame ese favorcito. Es sólo un momento. Si no le va a pasar nada... Además esto le protege del mal de ojo. Aunque usted no crea nada de esto, hágalo por mí que me quedo más tranquila.

Resignado, se volvió a sentar en la silla. «Así no hay forma de ponerse a escribir», pensó, pero en el fondo le hacían gracia esas excentricidades de Gladys. Como cuando se mudó a esta casa y se empeñó en fregar el umbral de la puerta con agua y azúcar para atraer la buena suerte o cuando la pilló quemando una foto de su ex, poco tiempo después de separarse. Dejó que ella pusiera las manos encima de su cabeza mientras murmuraba unos salmos. Todo fuera por entretener al servicio, como decían en una película de Berlanga.

–¿¿¿¿¿! Que has hecho qué!!!??? Primo, no se te puede dejar solo. Contigo no se gana para sustos. Así que te has propuesto estropearle las estadísticas del paro al gobierno. Estás como una regadera.

Había imaginado distinto el despacho de su primo Pepo, en su nuevo cargo de director de la Universidad de Columbia en España, más a tono con el rancio academicismo americano: antiguos cuadros de severos decanos del pasado, grandes tomos encuadernados en piel con letras de oro, algo así. Por el contrario, todo era muy Ikea: reconoció la estantería Lars, la lámpara Julius, la mesa Groenjaer. Igual que cualquier otra oficina puesta con cuatro duros.

–Ya ves. Un publicitario menos y un desempleado más. Renovarse o morir –contestó Rodrigo, acomodándose en una silla Makinen. Al apoyarse se despegó el reposabrazos.

–No te preocupes por eso, ya nos ha pasado con varias. Déjalo en cualquier lado. En cuanto a ti, ¿qué tienes pensado? Siempre podrás reciclarte a la enseñanza como yo.

–Dios no lo quiera. Ya sabes, *antes muerta que sencilla*.

Pepo, afortunadamente para él después de tantos años fuera, desconocía la canción y puso cara de circunstancias.

–Ahora que has quemado tus naves me parece que la única alternativa que te queda es la conquista del Nuevo Mundo, *do or die*, ¿no es así, Hernán Cortes mío?

–Eso parece. Estuve pensando hacerme el típico viaje aventurero para disfrutar un poco después de tantos años currando, pero al final Augusto y Curra me han comido el tarro para que siga con lo del libro de autoayuda que te conté, así que en esas estoy.

–Menuda faena lo del viaje. Tenemos tan poca aventura en nuestras vidas, ¿verdad? Yo también estuve pensando cogermelo algún tiempo cuando me ofrecieron el traslado aquí. Incluso los de la universidad estaban de acuerdo. Ya sabes que allí los periodos sabáticos no están tan mal vistos pero mi señora se empeñó en venir zumbando. Ya sabes que ellas mandan. En fin, otra vez será. ¿Así que sigues con el libro? Espero que

hayas podido darle vueltas al tema durante este tiempo.

Pepo acababa de ser destinado a Madrid para poner en marcha el nuevo programa europeo de MBA de su universidad. La charla que tenían pendiente se había demorado por mudanzas y montaje de la nueva oficina.

–¿Has podido averiguar algo de interés? Yo todavía estoy dándole vueltas al concepto así que cualquier consejo será bienvenido.

–Siguiendo siempre tus peticiones de discreción, he tanteado a algunas personas de confianza, contándoselo como si fuera un *case study* que estoy preparando para mis cursos, y después de cambiar algunos aspectos no fundamentales para no dar demasiadas pistas.

–Brillante y precavido, no sé a qué rama de la familia habrás salido –rió Rodrigo.

–La conclusión que he sacado de lo que me han contado es que si el postulante a gurú es extranjero quizá sería interesante que tuviera un pasado misterioso. Algo exótico y enigmático que encendiera la imaginación del americanito medio que tiene una casa en los suburbios, pasa la mitad de su vida haciendo *conmuting* para ir a trabajar y lo más exótico que conoce es Tijuana o un *resort*-gueto del Caribe, de esos de pulserita en la muñeca, *all included*.

–O sea que... que en nuestro caso... me convierta en una especie de cruce entre un bandolero de Sierra Morena y Lobsang Rampa. No sé yo...

–Le podías pedir prestada la historia de su vida a tu padre, que es mucho más interesante que la tuya. *Playboy*, aventurero, místico, parasicólogo. Algo así encajaría bastante mejor que «autor de la campaña de Flagolosina, tu rico helado, del congelador lo sacas congelado».

–No me deprimas más atribuyéndome anuncios del pleistoceno, *please*.

–O te puedes hacer pasar por un superexperto en algo español pero que a la vez sea muy universal. En Estados Unidos hay un tío que se ha forrado sacando CDs con música de Mozart para los distintos estados de ánimo: Mozart para cuando estás deprimido, Mozart para relajarte, Mozart para embarazadas, Mozart para cagar... Lo único que ha hecho es seleccionar la música y empaquetarla en un disco, según se le ocurría. Podrías hacer lo mismo con el *Quijote*, por ejemplo. Sabios consejos para hombres sacados del inmortal libro de Cervantes... Hummm, no es porque sea mía pero me parece una idea absolutamente genial. Allí iba a pegar seguro.

–En los States tienen que ver al Quijote como un perdedor total, con lo malo que es eso allí, ¿no?

–Ya, pero es un tío sabio, atemporal, que atesora todo el conocimiento de la España eterna. Además, ahora el *Quijote* está de moda. Chico, a mí me parece que no te puedes equivocar. Vamos, que como te descuides me lanzo yo a escribirlo.

–¿Qué más te han contado tus contactos?

–Que, por supuesto, es necesario que el libro que escribas sea un éxito en España para garantizarte el salto a los Estados Unidos, aunque es mejor que no incluyas mucha referencia local si realmente no aporta nada. Ya sabes que por allí andan un poco flojos de cultura general europea. Por otro lado, creo que sería interesante que metieses algunos

elementos más o menos religiosos en el relato. Allí está todo el mundo muy meapilas. Todo este rollo de los *born-again christians* está muy en boga. Lo ideal es que hagas vagas referencias a Dios, sin especificar mucho.

–No sé si eso va a cantar demasiado aquí en España.

–Insisto, cuanto más vagas mejor, así quedas bien con todas las confesiones y amplías mercado. No se trata de que les cuentes la historia de san Pascual Bailón ni nada parecido. Otra cosa importante, todo lo que escribas debe estar muy clarito y, a poder ser, haz resúmenes de las enseñanzas principales al final de cada capítulo, en plan *bullet-points*.

–Sí, lo he visto en algunos libros. Incluso un resumen final y lista de tareas para mejora personal. Queda un poco demasiado americano pero tampoco está de más.

–Otra cosa: si es posible, deja alguna puerta abierta a una secuela con aplicación empresarial.

–No te preocupes que si sale bien ya se me ocurrirán todas las secuelas del mundo.

–Puede haber mucha pasta en algo así si tienes éxito con el primero. Cambiando cuatro cosas puedes vender otro zurrón de ejemplares. Las fábulas estas de *management* venden que te pasas. Es otro público distinto al de autoayuda. Unos buscan la paz espiritual, los otros el beneficio material, pero los dos necesitan auxilio y están dispuestos a pagar por ello. Además, es de donde más pasta puedes sacar en conferencias y seminarios.

–Tú por eso no te preocupes. Déjame a mí.

–Tema importantísimo: el título. Tiene que ser chocante, despertar la curiosidad del lector. Títulos como *Sopa de pollo para el alma*, *El monje que vendió su Ferrari*, *Dios vuelve en una Harley* y similares tienen medio partido ganado antes de empezar. Es como el *stopper quality* de un buen anuncio. Te paras y lo ojeas aunque no quieras. Este tema tienes que trabajártelo bien. También puede ser definitivo un buen subtítulo, tipo «Sólo veinte días para convertirse en otro hombre», un poco en el estilo del Plan special K de Kellogg's, vientre plano en quince días, o el Plan Pons.

–Por el título no te preocupes que tengo uno cojonudo que ya te explicaré. En cuanto al subtítulo yo había elegido otro que me parece que tiene gancho.

–Esto que te digo tiene mucho impacto. Le pones al lector un horizonte temporal corto para conseguir sus sueños, es muy efectivo... A ver qué más...

Pepo se puso las gafas para revisar las notas que tenía en un cuaderno.

–Otra cosa que deberías considerar es hacer *benchmarking* de casos similares.

–Como odio esas palabrejas. Son como de cliente pedorro que quiere refregarte un máster por los morros. Me imagino que quieres decir que copie todo lo que pueda de fenómenos literarios parecidos.

–*Eccoli cua*. Un caso muy interesante es el de todos esos libros de templarios, rosacruces y demás, tipo *El código Da Vinci*, que mezclan novela de intriga, esoterismo y enigmas históricos.

Era curioso cómo cambiaba la gente cuando hablaba de trabajo, pensó Rodrigo. Pepo era habitualmente un tío muy simpático y divertido pero en ese momento había adoptado

un aire absolutamente concentrado y profesoral que él desconocía.

–Sí, la verdad es que vas a una librería y no ves otra cosa: *El club Dante*, *La Sábana Santa*, *Ángeles y demonios*, *El enigma del cuatro*. Cuando viajas en avión y te fijas en los libros que lee la gente parece que no se compra otra cosa.

–Son un gran fenómeno «marketiniano». Todos venden millones de ejemplares. *El Código...* es el ejemplo perfecto de explotación de un libro de éxito: a su autor le han pagado veintitantos millones de dólares por los derechos para el cine, y la peli la protagoniza Tom Hanks, ni más ni menos; han hecho libros explicando el libro, videojuegos, calendarios, concursos, rutas turísticas por Europa para conocer los sitios mencionados, su página web recibe toneladas de visitas... Este tío incluso ha conseguido editar los libros que había escrito antes de este sin ningún éxito y vender ahora millones de ejemplares. Hay un libro de este tipo que acaba de salir en Estados Unidos y que está arrasando y que te vendría bien echarle un vistazo. Se llama *El número de oro*, de una tal Carmen J. White. Aparentemente no se habla de otra cosa.

–Ni idea, desde que me fui de la agencia hago verdaderos esfuerzos por no enterarme de casi nada de lo que pasa en el mundo. ¿También tiene que ver con sociedades secretas y chorradas de esas?

–Sí, algo así, pero no lo pierdas de vista porque, por el camino que va, este tiene pinta de batir todos los récords.

Sonó el teléfono. Pepo murmuró unas cuantas frases en inglés y colgó.

–Bueno primo, me tengo que ir yendo que mis deberes me reclaman. No puedes negar que te he dado bastante *food for thought*.

–Sí, no me puedo quejar. Tío, un placer como siempre, y como siempre me has dado unos consejos francamente interesantes. A ver si de mayor consigo ser como tú.

Se incorporó y un crujido le anunció que el otro reposabrazos había pasado a mejor vida.

–¡*Fucking* Ikea! En fin, dame un abrazo que me tengo que ir zumbando.

**Agua del pozo y mujer desnuda
mandan al hombre a la sepultura**

Hace muchos, muchos años, tantos que no quiero recordarlo, vivía en algún lugar de España un muchacho de nombre Rodrigo. Era un mozo fuerte y saludable, alegre y emprendedor. Contaba con unas pequeñas rentas que le permitían vivir bien y con su trabajo mantenía a sus ancianos padres y a sus hermanitos.

Súbitamente esta felicidad se vio alterada. Su jefe, el honrado Segismundo, vendió su negocio al malvado don Tancredo, que le hacía la vida imposible a nuestro héroe y le negaba todos sus méritos. Pero sobre todo, apareció ella, doña Elisa, una dama de alta cuna, la más bella de todas las mujeres que había visto hasta entonces. Por ella perdió el sueño, la paz, la amistad de sus amigos y su hacienda. Se le reblandeció el cerebro de tanto pensar en ella de noche y de día. A todos estos afanes ella correspondía con continuos desaires y afrentas. Aprovechando la situación don Tancredo le bajó el sueldo y le rebajó en sus funciones. Al enterarse, ella le vedó la entrada a su palacio. Él pareció perder el juicio. No comía ni bebía. Pasaba las noches subido al tejado de su casa, mirando a la luna, que tanto le recordaba el rostro de su amada, y maldiciendo a su jefe.

Sus padres lo intentaron todo. Hablaron con sacerdotes, con médicos y curanderos, pero ninguno encontraba el remedio, y, poco a poco, el enfermo se consumía en sus delirios. Un día, desesperados ya, decidieron que la única forma de aplacar esa fiebre era enviar a su hijo lejos del objeto de su perdición. Barajaron varios destinos y llegaron a la conclusión de que debía tratarse de un sitio tranquilo que aplacara sus deshechos nervios. Finalmente optaron por enviarlo a un tranquilo pueblo de la Mancha donde vivía un pariente lejano, un tal Alonso Quijano, viejo hidalgo venido a menos, muy leído y algo excéntrico, que lo acogería gustoso a cambio de unos pocos sueldos que completasen su manutención. Poco podía imaginar Rodrigo que aquel viaje cambiaría su vida.

«Esto no hay quién se lo trague, no se sostiene por ningún lado», se dijo el auténtico Rodrigo, torciendo el morro con desagrado, mientras releía lo escrito. «Esto no es tan fácil como parecía. Además, a quién se le ocurriría enviar a un desquiciado a curarse a casa de otro loco. Sería como intentar apagar un incendio con súper de 97.»

Por otro lado, y aunque su conocimiento del *Quijote* era similar al de la mayoría de los españoles (es decir, una mezcla de vagos recuerdos de lecturas comentadas del colegio, la versión en tebeo y alguna película sobre el tema), le parecía intuir que el único que podría dar consejos más o menos aprovechables era Sancho Panza, y probablemente no sonarían muy políticamente correctos en nuestros días esas cosas. Siempre podía utilizar al personaje del Quijote como guía espiritual del relato y luego hacerle decir lo que a él le diera la gana, sin atarse al texto original de Cervantes.

Quizá debería consultarlo con Augusto, que se conocía bien las andanzas del Ingenioso Hidalgo. Incluso demasiado bien. Una de sus especialidades era recitar de memoria páginas enteras cuando se tomaba unas copitas de más en las comidas familiares, lo cual les había hecho pasar innumerables ataques de vergüenza ajena a sus hijos durante su infancia.

O quizá sería mejor olvidarse del *Quijote* completamente. Leer y releer aquel libraco para extraer la sustancia se le hacía un mundo. Además, ¿cómo iba a encajar a Pitágoras en todo eso? La idea de meter el nombre del Filósofo por medio le seguía pareciendo buena... Esto del libro iba a llevar mucho más trabajo del que se había imaginado. Le asaltaban miles de dudas, que si coger por aquí, que si coger por allá. Esto de escribir era un poco coñazo. ¿No sería mucho más sensato marcharse de viaje por ahí, sacar material de sus aventuras y luego volver y ponerse a escribir? Sensato no parecía la palabra pero sí bastante más divertido que pasarse unos cuantos meses encerrado en casa. Lo malo es que ya había enredado a todo el mundo con lo del libro y si ahora se volvía atrás le iban a poner la cabeza como una batidora. Tendría que continuar con lo que acababa de empezar. La puta coherencia ante todo.

No se sentía muy inspirado. ¿No dicen que la inspiración te tiene que encontrar trabajando? Sí, sí, pero otro día... Se levantó de su improvisado escritorio en la pequeña mesa de comedor, se estiró un poco y fue a buscar un pitillo a la estantería donde había dejado el paquete. Se encontró con un ejemplar atrasado de *Anuncios*, el *¡Hola!* de la profesión publicitaria. Las mismas caras de siempre hablando de las mismas cosas. «Lagarto, lagarto.» Lo tiró lejos, recogiendo luego el periódico que estaba en el sillón. Irak, Irán, Palestina, las pateras, el coste de la vivienda. Finalmente llegó a la sección literaria, presidida por una foto de una tía joven bastante guapetona. Miró el pie de foto. Carmen J. White.

«Vaya, hablando del rey de Roma por la puerta se asoma», pensó.

«Llega a España el multimillonario best-seller que desbancó al *Código Da Vinci*.»

Rodrigo había sido uno de los tantos que se habían merendado el libro de Dan Brown debajo de una sombrilla hacía un par de veranos. En este caso había hecho una excepción a su regla de guardar cualquier libro que leía en su biblioteca y se lo regaló a un amable señor de Ponferrada que le preguntó qué tal era mientras desayunaba en el

hotel Tres Mares de Tarifa. Aquel batiburrillo de conjuras, templarios, rosacruces, opusinos y masones le había parecido mal escrito, con una trama flojita y cogida con un clip en varias partes. Quizá es que él era poco espiritual y le traía al fresco lo que le hubiera pasado a María Magdalena pero lo que no se podía negar es que el autor tenía bien aprendido el oficio de mantener enganchado al lector.

«Después de haber batido todos los récords de ventas en su edición inglesa, con más de 15 millones de libros vendidos, Plaza & Janés lanza en España *El número de oro*, de la hasta ahora desconocida escritora norteamericana Carmen J. White, con una tirada inicial de 200.000 ejemplares. Una gran aventura que mezcla el misterio de las catedrales, la Atlántida y la filosofía de Pitágoras. Para apoyar dicho lanzamiento, la autora realizará una extensa gira promocional por nuestro país a partir de la próxima semana.»

«¡Vaya!, Pitágoras...», exclamó en voz alta Rodrigo. «A ver si va a ser verdad lo que decían algunos creativos de que a veces las ideas están en el aire.» Al principio le sentó como una patada en sus partes nobles que alguien le hubiese pisado su idea de utilizar al viejo Filósofo pero por lo que parecía el padre del teorema no era el principal protagonista del libro y ni siquiera salía en el título. Incluso le podía venir bien que se empezara a hablar de este hombre.

Miró otra vez la foto de la autora. «Qué suerte tienen algunos. Con esta carita de no haber roto un plato, coge la tía y a la primera se lleva el bote de la primitiva.» ¿Existiría una fórmula secreta para conseguirlo? Quizá podría intentar conocerla ahora que estaba en España, averiguar algo más sustancioso sobre el viejo Pitágoras que lo que había encontrado en Internet y aprender de primera mano cómo se cuece un éxito internacional. ¿Cómo ingeniárselas para poder hablar con ella?

–¿Carmen J. White?, ni puta idea de quién me estás hablando –respondió Victoria desde el otro lado del teléfono. No se oía demasiado bien. Debía de estar en una sesión de fotos porque se escuchaba música de fondo y gritos variados–. ¿*El número de oro*? ¿Qué es eso, una administración de lotería?

Rodrigo le leyó la noticia de *El País* y le comentó que, por las fotografías que había visto de ella, parecía una tía guapa y con mucho estilo, perfecta para una sesión de fotos de moda.

–Te agradezco la información pero, ¿para qué me estás contando a mí esta historia? ¿Te has metido a cazatalentos, te llevas comisión o es que te la has zumbado y quieres quedar bien con ella?

–Es por lo del libro. Me interesaría mucho conocerla. ¿Por qué no le propones a Ana, tu amiga de *Instyle*, hacerle un reportaje? Estoy convencido que quedaría fenomenal, se adelantarían a la competencia, porque el libro de esta mujer va a ser un macrobombazo también aquí, y tú te apuntarías un tanto con ella cojonudo.

–No me vendas la moto que te veo venir desde cinco pueblos antes. No sé, no sé. Ellos se dedican más a *celebrities* del mundo del show-business. No sé si les va a encajar mucho. Nunca he visto que hayan hecho ningún reportaje de una escritora. Por

otro lado, ¿cómo quieres que te meta a ti en todo este trisagio? ¿Quieres que le diga a la escritora esta que tengo un amigo muy simpático que quiere cenar con ella?

–Yo había pensado en hacer la entrevista.

–Tú deliras. La revista tiene sus propios redactores. ¿Qué entrevista has hecho tú en tu vida? Como no sea la del anuncio de Ariel, ese en que preguntan qué les pone usted a las camisas de su marido para que le queden tan blancas...

–Podrías pedirle un pequeño favor a Ana para tu mejor amigo, que además te ha presentado a tu actual novio, el que alegra tus días y hace que te levantes feliz por las mañanas.

–No menciones la palabra novio, ¡p-o-r-f-a-v-o-r! Veré lo que puedo hacer pero no te aseguro nada. Además, ¿no tuviste tú una historia con Ana en el año de Maricastaña y quedaste como un cochero, para variar?

–Por una vez tu prodigioso archivo de infamias de Rodrigo Alonso te falla. En esta ocasión fui yo el damnificado. Al tercer día de enrollarnos, y en un arrebató pasional, le mandé una silla de esas ergonómicas de regalo porque me comentó que le dolía la espalda cuando trabajaba. En plan marcarme un detalle. Me llamó hecha una furia diciéndome que quién me creía que era para mandarle un regalo tan personal, que por qué me entrometía en donde nadie me llamaba y que me fuera a hacer gárgaras.

–Ja, ja, ja. Ya me acuerdo. ¡Menuda es Ana! Bueno, como tú eres la víctima a lo mejor se enrolla un poco más.

Las negociaciones para la sesión fueron bastante sencillas excepto por el asunto de la localización. Carmen J. White se empeñó en que las fotos tenían que sacarse en algún sitio directamente relacionado con, por sorprendente que pueda parecer, Lola Flores. Aparentemente era fanática de la Faraona, hecho doblemente insólito para alguien nacido en Topica, Kansas, y que era la primera vez que venía a España. Después de varios intentos fallidos, consiguieron que aceptase posar en el local donde muchos años antes había estado Las Brujas, famoso tablao donde Lola y Manolo Caracol vivieron tantas noches de gloria. Ahora era un restaurante argentino sin mucha gracia y en el escenario sólo sonaban tangos y milongas pero esto no pareció importarle lo más mínimo a la escritora.

Rodrigo había intentado prepararse a conciencia la entrevista pero sólo había sido capaz de ojear el libro muy por encima ya que tenía más de 600 páginas. Lo había sustituido por la lectura de otra entrevista, un artículo y el resumen de contraportada.

«El código Da Vinci ha muerto. ¡Viva El número de oro!»

New York Times

«Todo lo mejor de una novela de misterio, un libro sobre enigmas históricos y un tratado de filosofía griega en una sola obra que enganchará al lector desde la primera página.»

Publishers Weekly

Isabelle Flimsytip lleva una vida apacible como guía turística del Duomo de Turín hasta que encuentra agonizando al viejo organista de la catedral. Antes de morir, este le confiesa que sus antiquísimas partituras esconden, en clave, un manuscrito escrito por el propio Pitágoras. Este desvela la existencia de un plano que se encuentra

guardado en la bóveda y que contiene la llave a uno de los misterios más inquietantes de la historia: el auténtico emplazamiento de la Atlántida, refugio de templarios y cátaros perseguidos y de sus tesoros perdidos. En su búsqueda tropieza con una organización que custodia el secreto desde la Antigüedad y con los servicios de inteligencia de varios países. En juego hay un descubrimiento que puede cambiar el rumbo de la Humanidad.

Tendría que leerse el libro en algún momento, parecía entretenido y le despejaría un poco la cabeza, pero hacía tres meses que sólo leía libros de autoayuda, revistas femeninas y cosas parecidas, y por ahora la cabeza no le daba para más. Casi mejor que se lo contase la propia autora en vivo y en directo.

Cuando llegó al lugar de la entrevista, Victoria ya se encontraba allí junto al equipo de producción, y la estilista estaba dando los últimos toques a los modelitos que habían traído para la sesión. Sólo faltaba Carmen J. White. Rodrigo aprovechó para ponerse al día de las últimas novedades con su amiga. A pesar de que seguían hablando a menudo por teléfono, hacía bastante tiempo que no se veían mano a mano, sin que estuviera Luis Javier delante. Desaparecida en combate como todos los que están en la etapa rosa de una relación.

Finalmente apareció la escritora, con sólo una hora de retraso, lo que no era mucho si se comparaba con los humos que se daban otras divas. Era una mujer de unos treinta y pocos, muy rubia, con facciones muy lavadas y con unos ojos azules transparentes. Guapa pero un poco fría para los gustos de Rodrigo. Venía acompañada por un asistente, cruce entre proselitista de la Iglesia de la Cienciología (traje gris, camisa blanca, corbata azul estrecha) e hipermusculado de gimnasio de barrio.

Como iban un poco justos de tiempo decidieron hacer la entrevista a la vez que la maquillaban y le hacían las pruebas de vestuario. Carmen J. White se acomodó en una silla de tijera mientras a su alrededor se arremolinaba la gente. Rodrigo se presentó en inglés y se sentó en otra silla a su lado. Ella sonrió, le dijo las habituales frases de cortesía americanas y se mostró aliviada de que la entrevista fuera en su idioma.

Instyle: El número de oro es una de las mayores sorpresas editoriales de los últimos tiempos. Una autora novel, una profesora de matemáticas de una pequeña universidad del Midwest americano escribe un libro y vende millones de ejemplares.

Carmen J. White: En contra de lo que les pasa a otros escritores, yo creo en la intuición de los lectores. Ellos han sabido apreciar un libro que les aclara enigmas que siempre han llamado su atención, que les habla con un lenguaje de hoy sobre el saber de ayer, de los sabios de la antigua Grecia, de la evolución de sus ideas, y que, por otro lado, les plantea problemas de nuestro mundo actual.

I.: La Atlántida, las grandes catedrales, los códigos numéricos antiguos, Pitágoras, la filosofía griega. Este libro ha debido suponer un gran esfuerzo de imaginación y documentación para combinar todos estos temas.

C. J. W.: De investigación, principalmente. Humildemente y sin buscar comparaciones, puedo acudir a aquella frase de Isaac Newton: «Si he podido ver más allá que otros es porque me levanté sobre hombros de gigantes».

I.: *¿Quiere usted decir que se ha basado en hechos históricos reales o en textos desconocidos?*

C. J. W. (tras darle un sorbito a un café que le acaban de poner): Es sorprendente la cantidad de información que se encuentra en los libros que los investigadores desdeñan o que toman al pie de la letra. Uno de los casos más evidentes es el de la Atlántida. En sus diálogos *Timeo* y *Critias*, Platón describe la Atlántida como una gran nación marítima, fabulosamente rica, situada junto a las Columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar), dominando el Mediterráneo entre Egipto y Toscana. En sus textos intercala hechos ciertos con otros ficticios, como el propio emplazamiento de esta civilización, que en realidad esconden códigos numéricos que nos proporcionan una información mucho más rica. Aquí nace mi historia, la aventura de Isabelle, mi protagonista. Lógicamente para escribir este relato me ha resultado muy útil mi formación matemática.

I.: *¿Cree usted que realmente existió la Atlántida?*

C. J. W.: Creo que la existencia de la Atlántida como civilización, no como continente, es irrefutable. Así lo demuestran la infinidad de intercambios precolombinos entre América y Europa, las extraordinarias concordancias lingüísticas entre algunos pueblos americanos, como los anahuac y los chachapoyas, los pueblos mediterráneos semíticos, o las increíbles similitudes entre las pirámides de Egipto y las del otro lado del océano. Sin ir más lejos, recientemente se han descubierto en el Levante español, cerca de Benidorm, inscripciones cuyo origen parece ser americano. El problema es que los historiadores que han investigado el tema han interpretado textualmente los escritos de Platón. De esta forma se ha llegado a confundir el supuesto continente «más grande que Libia y África juntas» con Tartessos, en el sur de España, con las islas Canarias o Madeira. En realidad, tal y como explico en el libro, la Atlántida es una parte de América del Sur. Platón sólo intenta proteger el secreto del emplazamiento exacto que se desvela de forma codificada en ciertos pasajes poco conocidos de *Critias*.

I.: *Y supongo que en toda esta parte del código numérico es donde interviene Pitágoras.*

C. J. W. (un poco extrañada): Sí, tal como explico en mi libro, Platón, más allá de su relación con Sócrates, estaba fuertemente influido por las enseñanzas de Pitágoras. Incluso se dice que algunos de sus diálogos están plagiados de escritos pitagóricos. A pesar de que la mayoría de las personas identifican a este personaje con las matemáticas y la geometría por su famoso teorema, Pitágoras fue además un astrónomo y filósofo revolucionario que introdujo en Europa conceptos tan distintos como el estudio de las órbitas de los planetas o de las armonías musicales, además de otros muchos menos conocidos. Todas estas enseñanzas han influido de una forma muy poderosa en pensadores, artistas y científicos posteriores, tales como Descartes, Kepler o el propio Leonardo da Vinci, y han permanecido vivas gracias a un escogido grupo de iniciados.

I.: *Sí, las sociedades secretas, que tanto juego dan en los libros.*

C. J. W. (algo mosqueada): Es difícil explicar la historia de nuestra civilización occidental sin la existencia de estas sociedades. Es evidente que han existido muchos grupos de falsarios, pero hay corrientes de pensamiento y conocimiento que fueron claramente custodiadas por personas seleccionadas a lo largo del tiempo hasta que la humanidad estuviera lista para asimilar este conocimiento.

I.: *Y de ahí el título de El número de oro. Es el nombre de la sociedad secreta, ¿no?*

C. J. W. (muy mosqueada): ¡Es increíble! No sólo viene usted a entrevistarme sin haberse leído mi libro y sin enterarse de nada, sino que encima pretende que le destripe todo el argumento. ¿Qué pasa? ¿No ha hecho una entrevista en su puñetera vida?

Para su propia información, por su propia cultura general y sin que transcriba esta parte de la conversación le diré que el Número de Oro o la Proporción Áurea, como también se le llama, no es una secta sino una medida y un número. Es la relación proporcional que resulta de dividir dos trazos en partes desiguales, de manera que la relación que hay entre la sección menor y la mayor sea la misma que la que existe entre la mayor y el todo. Está representada por el número $\Phi = 1,618034$.

I.: ¡*Aaahhh!* (Rodrigo era de letras y muy de letras. Le hablaban de esas cosas y se le ponía una tremenda cara de lerdo).

C. J. W.: La enorme mayoría de rectángulos son áureos, es decir, su base dividida por su altura es igual a Φ . Haga la prueba. Su carnet de identidad, la bandera de su país, casi todos los libros. Y no sólo eso, la proporción áurea se encuentra en muchísimos elementos de la naturaleza como las caracolas de mar, las espirales de los girasoles o los cristales de nieve.

I.: *Ohhh.*

C. J. W.: También está presente en la construcción de las grandes catedrales y en la mayoría de las composiciones musicales de los compositores clásicos, y de algunos no tan clásicos. Esta Proporción es la que utiliza la protagonista de mi libro para resolver el enigma. Es un tema tan básico que hasta sale en el dichoso *Código Da Vinci*. Bueno, dicho todo esto, ¿tiene usted alguna pregunta inteligente que hacer?

Viendo desde la distancia cómo se desarrollaban los acontecimientos, Victoria se acercó y le recomendó en voz baja a su amigo que siguiera con la batería de preguntas de moda y belleza que le habían preparado desde la revista. La entrevista continuó por los más seguros derroteros de cuestiones como «¿Cómo definiría su estilo? ¿Cuál es su diseñador preferido? ¿Qué piensa de las transparencias que se llevan este año?». O «¿Qué prenda es imprescindible en su armario?».

Al terminar las preguntas, Rodrigo pidió disculpas de todas las formas posibles e inventó a modo de excusa que al redactor que tenía que cubrir la noticia se le había muerto una tía esa mañana y que él sólo había hecho esa chapucera sustitución por amistad. Para compensarla por su falta de profesionalidad, propuso llevarla a cenar y enseñarle Madrid la *nuit*.

La americana soltó una estruendosa carcajada, escupiendo a continuación un «not in your wildest dreams» (o un ni de coña, para los más castizos). No contenta con eso, al

levantarse, y aparentemente sin querer, le pegó un puntapié a la bandeja de café que tenía enfrente, con tan mala fortuna que una de las tazas fue a aterrizar a los pantalones de Rodrigo.

–*Oops, sorry* –fue la única disculpa que recibió, mientras Carmen J. White, con una imperceptible sonrisa, se dirigía a la zona en la que iban a sacarle las fotos.

Derrotado y humillado, Rodrigo se quedó en la penumbra viendo cómo a la tipeja esa le sacaban las fotos con los distintos modelos: vestido de fiesta asimétrico de Miguel Palacio, inspiración marinera de Bottega Veneta, informal con camiseta de Gaultier y jeans Capri.

Una chica con el pelo cortado como a trasquilones y teñido de morado, que resultó ser la ayudante de la estilista, se ofreció a limpiarle y plancharle los pantalones, detalle que le emocionó después del trato al que se había visto sometido. El problema era buscar algo para que Rodrigo se pusiera mientras duraba la operación. Finalmente alguien encontró unos pantalones cortos de alguna sesión anterior, en los que fue capaz de embutirse con dificultad. Le quedaban cortos, muy justos, y se dio cuenta de que era mejor permanecer de pie para evitar que todo el invento saltara por los aires. Se apoyó contra una esquina con aire algo ausente, esperando que acabara la sesión sin saber muy bien para qué.

—Tío, tendrías que verte —dijo Victoria mientras disparaba su cámara en dirección a su amigo, aprovechando que a Carmen J. White le estaban cambiando unos pendientes—. Estás monísimo. Deberías verte. Gabardina, bufanda, chaqueta de pana, fardapollas, calcetines negros y botines de ante. Estás de portada. A ver Joaquín, ponme un foco aquí para tener mejor luz.

Rodrigo no estaba de muy buen humor para estas tontadas y se resistió un poco a unas fotos que seguro acabarían siendo el hazmerreír de sus amigos, pero al final le pudo su lado bufón. Se apartó la gabardina para dejar al descubierto el minipantalón, puso los brazos en jarras y adelantó la pierna derecha a la manera de una *pin-up* de los años cincuenta.

—¡Aaahhh!

Todos se giraron creyendo que a Carmen J. White se le había caído una cornisa en la cabeza como poco. La escritora estaba de pie señalando la pierna de Rodrigo con la boca abierta.

–¡Esa mancha, esa mancha!

Se fue acercando lentamente, aún con el brazo extendido.

–¡Enfoque aquí, enfoque! –le gritó al iluminador que, como todos los demás, se encontraba francamente confuso. Ella se agachó para mirar más de cerca, sin atreverse a tocar.

Rodrigo, además de no entender nada, se encontraba muy incómodo, vestido de esa guisa y con todo el personal del rodaje mirándole la pierna como si le hubiese salido un alien.

–Esa mancha..., ¿es una quemadura? –dijo casi sin voz la escritora.

–No, es de nacimiento, siempre la he tenido.

Los fríos ojos de Carmen J. White se habían transformado en dos brasas al rojo vivo.

Abrió un ojo con una cierta sensación de que había alguien más en la cama. El reloj de sobremesa marcaba las tres de la madrugada. Se dio la vuelta y, en efecto, se encontró con una melena rubia. Medio zombi como estaba, le costó unos segundos recordar de quién se trataba. Poco a poco empezaron a llegarle a la cabeza imágenes de los insólitos acontecimientos del día anterior.

Después del descubrimiento de la mancha en la pierna, Carmen J. White, muy alterada, no le había quitado el ojo de encima durante el resto de la sesión fotográfica, y en cuanto acabaron se lo llevó de allí en volandas, casi sin consultarle y en medio del cachondeo de Victoria y su equipo. Fueron a un bar cercano. Primero ella pidió un plato de habas y pretendió que Rodrigo se las comiera, a lo cual él se negó en rotundo diciendo que no las probaba jamás, sin confesar que era porque le daban unas flatulencias monstruosas. Luego empezó a hacerle preguntas absurdas: que si creía en el amor más allá de la muerte, que si creía en la reencarnación, qué le parecía que dos almas gemelas pudieran reencontrarse en otras vidas... Acostumbrado como estaba Rodrigo a surfear en conversaciones con frikis variadas, hizo lo que solía hacer en estos casos: darle la razón en todo, confesarle que tenía experiencias que le hacían creer que había vivido en otras épocas, que se sentía incompleto, como si le faltara una parte. Aquello fue suficiente para que Carmen J. White se pusiera como una estufa. Le dio un beso largo, húmedo y con sabor a miel. A Rodrigo le gustaban las mujeres que sabían así. Ella le cogió la mano. La metió debajo de su falda y dentro de sus bragas.

–Mi amor, al fin, tanto tiempo esperándote. Vamos a tu casa –le susurro al oído mientras él miraba de reojo y algo incómodo a los parroquianos del local.

La tarde fue un maratón sexual más propio de unos adolescentes que de un cuarentón algo pasadito. Tanto es así que, acabado el tercer asalto y temblándole las piernas, tuvo que retirarse al cuarto de baño y enchufarse dos cafiaspirinas y un viagra entero, a pesar de que sabía que luego le daba bastante acidez de estómago. Pero merecía la pena. Aquella tía follaba como si se fuera a acabar el mundo, como si fuera la última cosa que iba a hacer en la vida. Y pensar que de primeras parecía una mosquita muerta. Era capaz de ser a la vez tierna, soez, dominante, sumisa, experta e inocente, pero siempre haciendo sentir a Rodrigo como si fuera el centro del universo.

Por todos estos motivos, se quedó perplejo por el comentario de ella cuando descansaban sudorosos y agotados en la oscuridad, después de culminar el quinto puerto de montaña.

–Ha sido tal como soñaba. Sabía que merecía la pena esperar, conservarme intacta para ti. Mi virgo sólo podía ser tuyo, de mi amor eterno –le dijo mirándole a los ojos, con el mentón apoyado en su pecho.

Rodrigo hacía varias glaciaciones que no se acostaba con una virgen pero creía recordar que no tenían nada que ver con esta diosa del sexo. Claro que la tía tampoco había parado de decir cosas rarísimas durante toda la tarde. En vez del más clásico «¡Dios, Dijos, Dioos!» como arrebató religioso de las mujeres en el éxtasis, esta decía «¡Mira madre Afrodita!», cosas en un idioma que parecía griego y cuando Rodrigo fue a explorar entre sus muslos se encontró con un «Bebe, bebe la ambrosía de los dioses». Por no mencionar la manía que había cogido esa mujer con su pierna. Se la besaba todo el rato como si fuese el brazo incorrupto de santa Teresa. Desde luego, a rarita no le ganaba nadie.

Ella seguía durmiendo. Se levantó en la oscuridad, hizo pis y aún desnudo se acercó a la cocina. Casi no había almorzado y con tanto revolcón se les había pasando cenar. Como era habitual, el panorama de la nevera no era muy alentador. Menos mal que había un buen cazo de gazpacho que le había preparado Gladys y algo de queso no completamente enmohecido. Se sintió un poco más repuesto. Se sentó un momento en el salón mientras se fumaba un pitillo. Encendió la tele y se entretuvo mirando un espacio de televenta sin volumen. Al principio no conseguía distinguir de qué producto se trataba. Finalmente era un extraño alargador de pene con muchos muelles y tiradores. Empezó a sentir frío y volvió a la cama.

Intentó levantar el extremo del edredón con cuidado para que Carmen J. White no se despertara pero ella se dio la vuelta. «*Dear?*», dijo buscándolo a ciegas en la cama súper *king size*. Se abrazó fuertemente a su pecho y lanzó un hondo suspiro de satisfacción.

–El enamorado es más divino que el elegido pues el enamorado está inspirado por Dios, decía el filósofo, pero ¿qué pasa cuando el enamorado es el elegido? –rió ella.

A Rodrigo le daba la impresión de que su inglés no daba para tanto y que se estaba perdiendo algo con la traducción.

–Seguro que estás extrañado por todo lo que ha pasado, ¿verdad?

–Algo. Te engañaría si te dijera que suelo provocar esta reacción habitualmente.

–Todo lo que ha de pasar está ya escrito. Cuando me estabas haciendo la entrevista casi no me había fijado en ti. Me parecías el típico periodista indocumentado con aires de seductor barato, pero cuando vi tu pierna me di cuenta de que las apariencias de este mundo sólo son sombras y de que había llegado el momento que me habían predicho.

–¿Te habían predicho esto? –Rodrigo estaba cada vez más desconcertado.

–Te cuesta entenderlo porque tú aún no eres consciente de tus vidas anteriores. A mí me pasaba lo mismo hasta que fui iniciada en los secretos del Tetraktys. Yo era una simple profesora de matemáticas, perdida y desorientada, como millones de otras

personas. Hasta que conocí al Maestro. Él me enseñó que el cosmos, la naturaleza, la vida, avanzan en círculo, regresando siempre al mismo lugar. Lo que ha estado unido siempre volverá a unirse si ha sido algo bueno y perfecto.

–¿Por eso me preguntaste si creía en la reencarnación?

–Sí, Pitágoras, nuestro padre, aquel que nos enseñó el Tetraktys, decía que el alma es inmortal, que todo lo sucedido retorna en ciertos ciclos y que no sucede nada realmente nuevo. También nos dijo que, antes de escapar definitivamente de su ciclo de reencarnaciones, volvería a estar entre nosotros.

–Pero para que yo me aclare, Pitágoras, tu padre, ¿es el Maestro del que antes me hablabas? –dijo Rodrigo por decir algo, porque no se estaba enterando de nada de nada.

–No, mi Maestro es el heredero de la sabiduría pitagórica en nuestros días, el primero de los Perfectos. Él es quien me ha enseñado todo lo que sé, el que ha escrito conmigo el libro para que la gente comprenda.

–¿Que comprenda qué? ¿No has escrito el libro para vender mucho, hacer mucha pasta y luego que hagan una película en Hollywood, como todo el mundo?

Ella se incorporó un poco y él vio brillar sus ojos en la oscuridad.

–Mi libro cumple un papel en la gran catarsis. La gente debe empezar a conocer nuestra sabiduría ancestral antes de que lleguen los nuevos tiempos. Ya te explicaré eso más tarde. Te hablaba del alma inmortal que siempre retorna. Mi Maestro, utilizando nuestras milenarias técnicas de iniciación, es capaz de identificar nuestras vidas pasadas. Después de muchas pruebas, ha llegado a la conclusión de que en su tiempo yo fui Teanos, la mujer de nuestro Padre Pitágoras.

Rodrigo empezó a sentir un sudor frío. Estuvo tentado de salir corriendo pero siguió allí tumbadito.

–No irás a decirme ahora que...

–Sí mi amor, estoy convencida de que eres la nueva envoltura mortal de mi marido Pitágoras de Samos.

Llevaba mucho rato sentado sobre la taza del váter barajando distintas opciones pero a Rodrigo no se le ocurría nada creativo para huir disimuladamente de aquella loca. Eran las tres y media de la mañana. No se podía inventar una reunión, una visita al médico, un entierro. Lo único que se le ocurría era llamar al servicio de urgencias del psiquiátrico de Ciempozuelos para que se la llevaran y le pusieran una camisa muy ajustadita.

Rebuscó por el baño y al final encontró una china en un pantalón que estaba para lavar. Escarbó otro ratito. Encontró papel de fumar y un par de fortunas abandonados en el fondo de un neceser. Estaban más tiesos que la pata de Perico, como diría su padre, pero en ese momento le hubiese valido el perejil de la cocina. Cuando le dio la primera calada al canuto sintió un gran alivio y se repanchingó como pudo en el retrete. Tampoco había que dramatizar. No pasaba nada. Ella no parecía peligrosa ni nada parecido. Había que encontrarle el lado divertido a todo el tema. Como anécdota para contar a sus amigos no tenía precio. Incluso hasta podía sacar alguna idea para su libro de autoayuda. Todo era cuestión de relajarse y reírse un rato con la situación. No todos los días se enteraba uno de que era la reencarnación de un gran genio de la antigüedad.

–¿Estás bien, *darling*?

–Sí, sí, no es nada. Sólo estoy un poco sorprendido. Hace mucho que no estaba con una mujer que me dijera cosas parecidas. Bueno, en realidad nadie me ha dicho cosas parecidas. No que yo recuerde. Me siento muy honrado pero no sé yo...

El porro le nublabo un poco las ideas.

–Comprendo que lo que te he dicho es un poco difícil de digerir pero con el tiempo lo entenderás.

«¿Con el tiempo?», pensó Rodrigo mientras se volvía a meter en la cama, y añadía para sí: «A partir de mañana no me vas a volver a ver ni en foto, rica».

–Sé que puede parecer extraño pero las señales son inequívocas. Tu pierna, las habas...

–Pero, ¿qué tiene que ver mi pierna con las habas?

Había oído que a la gente se le subía la fama a la cabeza pero ella tenía claramente un colocón de campeonato.

–Pitágoras, aquel que nos enseñó el Tetraktys, era famoso por tener una mancha dorada en la pierna exactamente igual a la que tú tienes. Le salvó la vida incontables veces. Era su símbolo de divinidad, el que probaba que era Apolo reencarnado.

–Ah, o sea que ahora resulta que también soy la reencarnación de Apolo. ¡Mira tú!, y yo sin saberlo. Esta mañana era sólo un publicitario en paro y ahora soy un filósofo y un dios.

Carmen J. White continuó imperturbable:

–Lo de las habas también es una señal inequívoca. Mi señor Pitágoras prohibió a todos sus discípulos su consumo, manipulación y cultivo. La muerte le llegó cuando los malvados habitantes de Crotona le perseguían y se encontró con un campo de estas legumbres que no pudo cruzar.

Rodrigo respiró hondo.

–Vamos a tranquilizarnos un poquitito que creo que estamos cogiendo el rábano por las hojas –dijo maldiciéndose por el símil hortofrutícola tan poco adecuado.

–Además, tienes cuarenta y cuatro años, ¿no? Los mismos que tenía nuestro Padre cuando salió del templo de Tebas, donde aprendió todos los secretos iniciáticos egipcios, y empezó su vida pública. Él tampoco sabía entonces que tenía una misión.

–¿Una misión? ¿Ahora me vas a decir que tengo una misión?

–Eso lo tendrá que decidir mi Maestro pero, si eres quien estoy segura de que eres, vas a tener un papel central en un gran cambio que va a salvar a nuestro mundo.

«¡Menuda pedrada tiene la criatura! ¿Qué haré yo para que me toquen todas las sonadas? Con la de tías normales que debe de haber por ahí. Esta sí que es la campeona mundial del ramo. Deberían ponerle su propio programa de televisión...», se dijo Rodrigo, haciendo un gran esfuerzo para mantener la compostura.

–Nuestro mundo está pasando por el peor momento de la historia. La humanidad se ha entregado al materialismo, a la adoración del becerro de oro. Sólo importan el dinero, el éxito fácil, los placeres. Si antes los héroes de la sociedad eran los científicos, los artistas o los escritores, ahora lo son los concursantes de *Gran Hermano*. Nuestros hijos piensan que no tiene sentido trabajar o estudiar si uno puede hacerse rico y pasarlo en grande haciendo el ridículo en la televisión. La cultura y la educación son aburridas y hasta sospechosas. La religión ha desaparecido como tal y sólo sirve de refugio a fanáticos integristas. En Occidente el hombre ha matado a Dios y lo ha suplantado. Se cree capaz de dictarle órdenes a la naturaleza. El orgullo de esta civilización va a ser la causa de su perdición.

–Ya, y de esta perdición la vamos a salvar tú, yo y tu Maestro...

–Nuestro Padre Pitágoras nos dejó dicho que hace falta un grupo de personas puras y con el Conocimiento que dirija al mundo y lo lleve a la felicidad.

Como seguía un poco fumado, a Rodrigo casi le hizo ilusión que le incluyeran en este selecto club.

–Las enseñanzas pitagóricas predicán el equilibrio entre los hombres y la naturaleza.

Todas las vidas, incluso las de los animales y las plantas, proceden de una gran alma universal. El amor a través de la armonía debe unir los animales con los hombres y los hombres con los dioses. Los preceptos sobre cómo llevar a cabo este cambio fueron ocultados por Nuestro Padre, utilizando sus estudios sobre la música y su teoría de que era un vehículo para la perfección del alma, en composiciones musicales para que escapara a la atención de sus enemigos. Desde las piezas órficas romanas y griegas y los cantos gregorianos hasta los grupos de heavy metal o nuestra adorada Lola Flores, pasando por Bach, Mozart, Beethoven o Debussy, durante todos estos años el mensaje ha sido transmitido por los iniciados en nuevas composiciones y nuevos intérpretes. Así ha llegado hasta estos días. Hasta que mi Maestro lo ha descifrado.

Con lo de Lola Flores Rodrigo ya no pudo aguantarse más y le estalló una carcajada. Al intentar contenerla salieron disparados varios esputos.

–Perdona, esta tos que tengo es muy mala –dijo disimulando bastante mal–. Así que estabas diciendo que vamos a traer la felicidad al mundo, pero ¿cómo vamos a convencer a la humanidad? ¿Con tu libro, quizá?

–Entiendo tu incredulidad pero cuando recuerdes tu vida anterior todo esto será natural para ti. Mi libro sólo tiene la misión de crear un estado de conciencia previa en determinados grupos de elegidos. La verdadera solución es bien sencilla. Mi Maestro lleva años dedicado al estudio de las enseñanzas de Nuestro Padre y ha dado con la solución leyendo entre líneas dos de ellas. La primera dice: «Los males de los hombres son fruto de su elección»; la segunda: «La música sirve para sanar el cuerpo pero también el espíritu».

–Está clarísimo, como todo lo que me cuentas.

–Sí, ya te lo dije. Se trata de utilizar la música para que la gente lleve una vida equilibrada y de acuerdo con la naturaleza. Es un concepto que ya intentaba transmitir entre líneas nuestro iniciado Mozart en *La flauta mágica*.

–Ya, y el flautista de Hamelin y mira cómo les fue a las ratas. ¿Y qué pasa con el libre albedrío y esas cositas? ¿Y si resulta que la gente no quiere equilibrarse, comer desnatados y vivir en comunión con el cosmos?

–Entonces tendrá que ser en contra de su voluntad. La situación es insostenible y no hay tiempo para intentar hacerlo de otra forma.

–¿Qué vais a hacer? ¿Salir a la calle con unos megáfonos gigantes dándole a todo trapo al *Ay pena, penita, pena* hasta que todo el mundo corra a convertirse?

–Afortunadamente, en nuestros días la tecnología permite hacerlo de una forma algo más sutil. Vamos a hacerlo a través de los tonos y melodías de los teléfonos móviles.

Carmen J. White sonrió por primera vez.

El plan era básicamente el siguiente: resulta que el Maestro de la niña era el presidente y máximo accionista de Konia, el mayor fabricante mundial de teléfonos móviles, el último cliente de Rodrigo en la agencia, el que le había retirado de la profesión. Discretamente y a través de sociedades interpuestas, esta compañía había estado comprando las principales empresas que comercializaban estos tonos hasta llegar a una situación de cuasimonopolio encubierto. Llegado el momento, se incluirían mensajes codificados en las melodías. Estas se introducían en el subconsciente de las personas, obligándolas a cumplir órdenes. Después vendría el control de los medios de comunicación, de los resortes de los gobiernos y finalmente del conjunto de la población mundial. Todo muy sencillo, limpio y aséptico. Sin sangre ni dolor.

Rodrigo se puso de pie. La cabeza le daba vueltas. Se volvió a sentar en el borde de la cama. Ya no estaba colocado con lo cual aquello debía estar pasando de verdad. Hace un rato estaba tan contento echando unos polvos con una señorita y ahora se veía metido en una película de James Bond contra el Doctor No.

Se volvió a levantar, se lavó la cara y bebió un poco de agua. Fue al salón y se fumó otro porro.

«Así que el bueno de Robbie Williams sabía de lo que hablaba. La nueva era de prosperidad pronto en sus teléfonos móviles», se dijo recordando los aparentes divagues de la estrella en Marrakech. No sabía qué hacer ni dónde ir. Esperó un rato, luego se levantó y fue de puntillas al dormitorio a espiar qué hacía Carmen J. White. Dormía plácidamente.

Estaba agotado. Decidió meterse en la cama y dormir un rato. Seguro que por la mañana todo estaría más claro.

Desgraciadamente, por la mañana todo seguía igual de confuso. Después de unas pocas horas de sueño poco conciliadoras, cuando abrió el ojo allí seguía la novia de Fu

Manchú. Aparentemente se había levantado hacía ya un rato y había conseguido apañar un desayuno con los restos que había encontrado en la cocina. Lo traía en una bandeja en la que incluso había un vaso con una pequeña flor de plástico. A saber de dónde la habría sacado.

–¿Has dormido bien, mi señor?

–Por favor, apéame del tratamiento que es muy pronto por la mañana. La verdad es que es difícil descansar cuando se supone que tienes una misión divina.

–He hablado con mi Maestro y le he contado lo que ha pasado. Se ha mostrado algo escéptico pero estoy segura de que cuando te conozca se convencerá de que eres quien yo creo que eres.

–Sí, fenomenal, me encantará conocerlo uno de estos días pero hoy tengo mucho que hacer. Tengo que... hacer un reportaje sobre... la temporada de setas que empieza hoy. Sí, eso mismo. Es un tema importantísimo en España. Provoca auténtica expectación nacional. Además, estoy escribiendo un libro de autoayuda que también va a ayudar mucho a la humanidad y no puede esperar.

–Me temo que tendrá que ser más tarde. Casualmente el Maestro está en Madrid siguiendo la promoción de mi libro y ha mandado un coche a buscarnos. Ya están esperándonos.

En el umbral de la puerta apareció un tipo grueso con la cabeza rapada que le saludó llevándose dos dedos a la ceja. Rodrigo sonrió débilmente y se tapó púdicamente con la manta.

No había estado nunca dentro de un Hummer. Era casi como estar dentro de un barco, sensación que se acentuaba con los cristales tintados. Aquella especie de tanque de nose cuántas toneladas, miles de metros de largo y el doble de ancho que un coche normal no le pareció el Batmóvil más discreto para una secta con la intención de adueñarse secretamente del mundo.

Intentó ver las cosas desde un ángulo positivo. Por lo menos iba a conocer al mundialmente famoso Magnus Romeulsson, el Bill Gates de los teléfonos móviles, una leyenda en el mundo de los negocios. De la nada había construido un imperio que poco a poco había relegado a la competencia a un papel meramente testimonial en el mercado. Se creía que provenía de alguna de las repúblicas bálticas y se le suponía un pasado vinculado a las Juventudes Comunistas. De ahí había pasado a Suecia y, en muy poco tiempo, a ser uno de los hombres más ricos del mundo, a pesar de que debía de tener poco más de 40 años. Rodrigo recordó el viejo proverbio ruso que su padre citaba en estos casos: «Si un hombre se hace rico en un año es que habría que haberlo colgado un año antes». Romeulsson no hablaba nunca de su vida privada pero se suponía que era soltero y que no tenía hijos. Tampoco se le conocían novias ni novios, no asistía a grandes fiestas ni era asiduo de las revistas. Su única actividad no profesional conocida eran sus innumerables donaciones a causas benéficas de todo el mundo, con especial énfasis en la ayuda tecnológica a los países subdesarrollados. En resumen, el hombre era un misterio que ni siquiera varias biografías no autorizadas habían conseguido descifrar.

La Cruella de Ville de Kansas le miraba devotamente desde el otro extremo del inmenso asiento trasero y esto le hacía sentirse un poco incómodo. Intentó sacar algún tema para cortar el silencio pero no se le acababa de ocurrir nada.

–Vaya, vaya. Así que vamos a conquistar el mundo... –como suele pasar en estos casos le salió la clásica chorrada. Ella no contestó.

–Tengo una pequeña duda sobre vuestro plan. ¿Qué pasa si la gente no tiene móvil o si no quiere cambiar el tono de su móvil?

Ella le miró con aire algo decepcionado, probablemente pensando que Pitágoras no debería preguntar cosas tan obvias.

–En los países civilizados todo el mundo tiene móvil. Además no tiene por qué ser el tono de TU teléfono. Basta con que oigas la melodía del vecino. Además vamos a hacer una campaña de publicidad muy agresiva, ofreciendo horas gratis de llamadas a quien cambie su tono por uno de los nuestros.

«Seguro que Bond nunca tuvo que enfrentarse con las artimañas del márketing promocional», pensó Rodrigo.

A través de la ventana vio que entraban en la urbanización de Puerta de Hierro. Tomaron la avenida del Campo y después de unas pocas calles giraron a la derecha. Unos cuantos metros más allá el coche paró ante una verja de cuatro o cinco metros de altura vigilada por varias cámaras. Cuando esta se abrió pudo ver una gran casa, típica construcción afrancesada de los años cincuenta de la zona, con una gran columnata en la entrada. Esperándoles en el camino de gravilla había diez o doce guardaespaldas y unos cuantos más paseaban con pastores alemanes por el jardín. El interior también era el habitual en esas mansiones, todo muy burgués. El chino o japonés vestido de negro que les había recibido en la puerta les llevó a un despacho recubierto de *boiseries* con grandes librerías llenas de tomos pulcramente encuadernados que parecía que nadie había abierto nunca. Carmen J. White se disculpó y desapareció por una pequeña puerta oculta en los paneles.

Rodrigo se quedó medio hundido entre los almohadones de plumón de un sofá. Aquello era ridículo, pensó. ¿Qué cuerno estaba haciendo allí? Por otro lado, empezó a sentir el cosquilleo del miedo, algo que increíblemente no había sentido hasta ese momento. Joder, todo esto era de cómic. Él estaba firmemente convencido de que no era Pitágoras, por mucha mancha que dijera lo contrario. Esas cosas se notan, ¿no? No soñaba con jóvenes efebos griegos correteando por el jardín de las Hespérides. No había tenido ningún *déjà-vu* estudiando el dichoso teorema en el cole. A ver cómo reaccionaba el amigo Romeulsson cuando se enterase. Se acercó a un mueble bar que había en una esquina. Pensó en ponerse un pelotazo para animarse pero la sola idea de tomarse un whisky a esas horas le produjo un escalofrío en el estómago. Encendió un pitillo para tranquilizarse.

–Le agradecería que no fume en esta casa, señor Alonso. Lo consideramos poco armónico.

Se dio la vuelta sobresaltado y allí estaba Magnus Romeulsson en persona acompañado de Carmen J. White y de Ana Patricia. La verdad es que no se le había ocurrido pensar

que ella podía estar involucrada en esto. Su presencia contribuyó a descolocar aún más a Rodrigo.

El magnate le tendió la mano. Iba impecablemente vestido con un traje gris cruzado, camisa blanca, corbata roja y un pin de su compañía en la solapa. Parecía un poco más bajo y más canoso que en las fotos, como suele pasar. Con ese corte a navaja podría tener el aire de un presentador de telediarios americano si no fuera por una cicatriz bastante ancha en el labio superior. Sus ojos azules eran muy semejantes a los de su escritora/discípula.

–Creo que ya conoce a la señorita Palencia –dijo señalando a la directora de márketing de infausta memoria.

–Sí, claro. Hemos trabajado juntos –contestó Rodrigo estrechándole la mano, mientras ella le miraba fríamente.

–La señorita White me ha explicado lo que ha pasado esta noche –comenzó el gran Magnus sin ni siquiera invitarle a sentarse–. Es sin duda sorprendente. Esto no ha salido reflejado en ninguno de los mensajes de Nuestro Padre que he estudiado. ¿Sería usted tan amable de bajarse los pantalones?

Rodrigo se puso rojo como un pimiento.

–Me parece que todo es un error. Su amiga seguro que ha puesto la mejor intención pero se equivoca. Yo no creo que sea la reencarnación de nadie. Ya me lo habría dicho mi padre, que sabe mucho de estas cosas. Él es un gran estudioso de estos fenómenos y me imagino que se habría dado cuenta porque...

–Por favor señor Alonso, no me haga perder mi tiempo porque soy un hombre muy ocupado.

–Oiga, es que todo esto es muy raro.

Romeulsson le apremió con la mano, mientras se ponía unas gafas de ver de cerca.

Rodrigo valoró sus opciones y optó por bajarse los pantalones.

–Hummm, realmente sorprendente.

La situación, con el presidente de una multinacional sobándole la pierna enfrente de dos señoritas que miraban detenidamente, era aún más ridícula que la que se había producido en el plató.

–Es idéntica a la descripción de la pierna de oro de Nuestro Padre. Claro que esto puede ser una mera coincidencia. Saldremos de dudas con las pruebas.

–¿Pruebas?, ¿qué pruebas? –preguntó Rodrigo con un hilillo de voz.

6

La luz le hizo daño a los ojos. A pesar de la ansiedad por saber quién había abierto la puerta, giró la cabeza deslumbrado. Llevaba tres días a oscuras en un pequeño sótano sin saber si era de día o de noche y sin ver siquiera las pocas verduras que le daban de comer. Una musiquilla de consulta de dentista se había alternado con largas horas de silencio. Según el Maestro Romeulsson, este periodo de preparación, reflexión y purificación era imprescindible antes de comenzar las pruebas. Y encima se podía dar con un canto en los dientes. Aparentemente, en los tiempos del viejo Pitágoras las estadias en la caverna duraban cuarenta días y cuarenta noches. Afortunadamente el gran Magnus había perfeccionado un método para hacerlas más compatibles con su cargada agenda.

El chino que había abierto la puerta y otro mazas pelado al rape le intentaron poner en pie pero Rodrigo lo hizo sin ayuda. No estaba entumecido. Se había dedicado a hacer todo el ejercicio físico posible para mantenerse ocupado. Finalmente sus lecciones de Pilates le habían servido para algo. En algún sitio había leído que algunos secuestrados seguían esta rutina de hacer ejercicio para no volverse locos. Lo que no pudo evitar fueron las comeduras de coco y los pensamientos lúgubres, regados por la incertidumbre y la falta de tabaco. Menudo escritor de libros de autoayuda estaba hecho, por más que pensaba no se le ocurría ni una sola razón para ser positivo en esta situación. ¿En qué consistirían las puñeteras pruebas?, ¿qué le haría Magnus cuando fallara? Intentó recordar algún pasaje de aquellos libros que había leído que le ayudara a no ver las cosas tan negras. Lo único que se le ocurría era: «Estas idioteces sólo te pueden pasar a ti. Estás jodido y bien jodido». Buscó distraerse pensando en tonterías, probando a recordar la lista de alumnos de su clase cuando tenía diez años o cuántos goles había marcado Etoo la última temporada, pero aquella idea se repetía como un mantra.

Le subieron al piso principal y lo metieron en un cuarto de baño. Le indicaron que hiciera sus «abluciones» en el gran jacuzzi redondo, utilizando las esencias que

encontraría junto a él, y que luego se vistiera con una larga túnica blanca, colocada encima de una silla. Pegó un rápido vistazo a la habitación para evaluar sus posibilidades de huir.

Le interrumpió en su inspección el mazas.

–Las ventanas y las puertas quedarán herméticamente cerradas en cuanto yo salga – dijo, cosa que hizo a continuación.

Rodrigo se miró al espejo. Como era previsible, estaba hecho un asco. Se quitó un manchurrón reseco de comida de la barbilla y se desvistió. El baño estaba preparado con pétalos de flores flotando y todo.

«Sólo faltan un par de odaliscas que me enjabonen la espalda como a Eddy Murphy en *El príncipe de Zamunda*», pensó en un vano esfuerzo por animarse.

Le hubiese gustado relajarse con las burbujitas pero la ansiedad le salía por las orejas. Si el encierro había sido la preparación de las pruebas, ¿qué nuevas putadas le estarían esperando?

Después de afeitarse y vestirse con la túnica le llevaron hasta una larga sala que en su momento debía de ser el comedor de la casa. Estaba tapizada en verde y decorada con diez columnas, alternativamente rojas y blancas. En cada columna había un candelabro con diez estrellas. En el suelo de mármol, otra enorme estrella de cinco puntas. El resto estaba completamente vacío excepto por una estatua de mármol blanco de un tipo con una palangana con alas en la cabeza, que tenía toda la pinta de ser un dios griego, una pantalla, una mesa con un ordenador portátil y cuatro sillas, dispuestas en el otro extremo de la habitación. Allí le esperaba Romeulsson acompañado por Ana Patricia y Carmen J. White, todos ellos vestidos también con túnicas blancas. Magnus llevaba una gran placa de cobre con inscripciones colgada del cuello.

–Bienvenido a nuestro Templum. Tiene usted buen aspecto, señor Alonso. Espero que estos días en el Adytum le hayan servido para descontaminarse del bullicio de la vida mundana, conectar con su yo interno y oír el sonido del silencio. El silencio y la música. La música que apacigua tiene que ir siempre en ciclos, crear disimetrías, encerrarlas y tornar a encontrar el reposo. Es lo que denominamos nuestra catarsis.

–Sí, no sabe cómo se lo agradezco. Ha sido como una semana en Incosol, pero la próxima vez que me vea estresado prefiero encerrarme yo mismo en la despensa de mi casa, si no le molesta.

–Siéntese, vamos a empezar. Le vamos a realizar una primera batería de 7 pruebas. El 7 es el número de la verdad. En el caso de que supere esta fase pasaremos a una segunda con otras 7 pruebas. Aunque usted no sea consciente, estos días de retiro le ayudarán a aflorar vivencias de otras vidas, por lo que es posible que se sorprenda contestando preguntas que usted creía ignorar. Por último, de pasar estas pruebas, continuaríamos con la ascensión iniciática. Si no le molesta, vamos a grabar todo el proceso para nuestros archivos –dijo Romeulsson señalando dos cámaras situadas en las esquinas superiores de la habitación. Y añadió–: Siéntese aquí si es tan amable.

Rodrigo se sentó donde le indicaban, en el lado opuesto al que ocupaban ellos. Parecía

que estaba en un examen oral de la facultad. Varios forzudos se situaron ante las puertas con los brazos cruzados. Sin previo aviso, Magnus alzó los brazos al cielo y él y sus secuaces se arrancaron con unos cantos.

–*Io, Io, Io, Iao Kyre, Kyre Mithras, Kyre Falo, Io Pan, Io Pan, Io Pan, Kyre Tetraktys...*

«Muy bonitos los cantos regionales», Rodrigo intentaba hacerse el machito pero por dentro era una madeja de nervios palpitantes.

–Espero que después de las pruebas y cuando ustedes se queden a gusto, me dejen irme a mi casa de una vez. No se podrán quejar de mi paciencia.

Magnus no respondió e hizo una señal. Uno de los guardaespaldas se acercó con un instrumento similar a una escuadra.

–La primera prueba es la fisiognómica. Relájese, que no le voy a hacer nada.

Esa frase bastó para que Rodrigo se pusiera a sudar como una fuente.

El Maestro se acercó con el aparato y se lo aplicó a los labios.

–Humm, boca grande y elástica. Propia de personas que no controlan sus palabras y, por lo tanto, su mente.

Le dictó unas cifras a Ana Patricia, que se había puesto a los mandos del ordenador.

Luego empezó con la nariz.

–Buen tamaño, sin desviaciones, aire clásico –dijo antes de dictar otras medidas.

Siguió con las orejas: «Dibujo adecuado, pliegues diagonales en el lóbulo, pabellón bastante separado». Esto hizo sentir un poco incómodo a Rodrigo, que las solía esconder con la melena. Todavía recordaba cómo escocía cuando en el colegio le decían: «¿Qué es el viento? Las orejas de Alonso en movimiento».

Con un gesto, Magnus pidió que bajaran las luces. Le alcanzaron otro artilugio parecido al que usan los ópticos. Se lo puso delante de un ojo y encendió una luz que llevaba incorporada. Le pidió que no lo cerrara.

–Equilibrado, apático a veces. Problemas de vesícula. Suprarrenales inflamadas. Hemorroides. Varices. Problemas en sectores 2, 5 y 7 del derecho. Izquierdo, 7, 6, 8. Ahora, deje al descubierto su abdomen.

Esta petición era algo más difícil de cumplir con una toga sin botones.

–Venga, no sea usted tan mojigato.

Rodrigo arremangó la prenda como pudo. Afortunadamente se había dejado los calzoncillos puestos.

–Ventre algo fofo que muestra una cierta tendencia al hedonismo materialista.

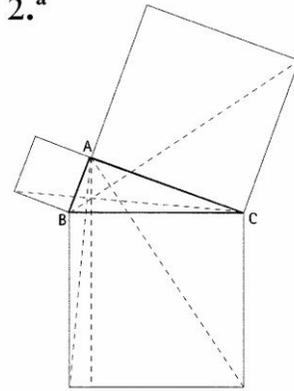
Magnus realizó unas suaves punciones con una especie de palo extraño y luego se acercó a echar un vistazo al ordenador.

–Los resultados no son concluyentes. Sigamos con las pruebas. Mire ahora a la pantalla. Como usted sabrá, para Nuestro Padre Pitágoras los números son sagrados, todo está dispuesto según los números, que son el más alto grado de conocimiento. Pero hay uno que es la fuente de las raíces de la naturaleza eterna. Es el Tetraktys. A continuación le vamos a enseñar varias imágenes. Tiene que determinar cuál de ellas simboliza este número.

1.^a



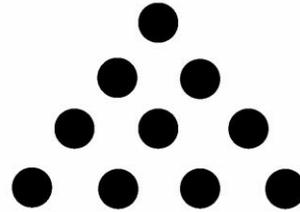
2.^a



3.^a



4.^a



Rodrigo se sintió tentado de elegir el triángulo por aquello del teorema, pero recordó haber visto el cuarto símbolo tatuado en la nuca de Carmen J. White. Le parecía que hacía un siglo de aquella dichosa noche.

–Quizá aún no recuerda el significado pero reconoce los símbolos –dijo la escritora sonriendo con satisfacción.

–Pasemos a la siguiente prueba –respondió de forma cortante Magnus. Hizo otra señal y el mazas le entregó un estuche alargado–. Como le decía antes, para nosotros la música es el símbolo de la armonía del cosmos, un método de elevación y purificación del alma. Los planetas, los astros se mueven según una melodía universal.

Del estuche extrajo una especie de guitarra con una sola cuerda.

–Esto es un monocordio. Posee un puente móvil que al desplazarse produce ciertas notas básicas, según la posición unas más armónicas que otras. Le voy a pedir que las identifique. El análisis de los sonidos armónicos era un rasgo fundamental de la doctrina de *Aquel que nos enseñó el Tetraktis*.

Rodrigo se volvió a sentir transportado a sus tiempos del colegio, al día en que en su clase se valoraba qué instrumento musical debía tocar cada niño: a Pepito el piano, a Zutano la guitarra, a Perengana el violín. A él le asignaron la flauta travesera. Pocos días después, tras varios ensayos, le cambiaron a los timbales. Al cabo de unas semanas acabó en clase de costura.

Romeulsson se paró y puso un pie encima de una silla. Empezó a afinar el trasto aquel como si fuera a arrancarse a tocar el *Concierto de Aranjuez*.

–Atento, ahí va la primera nota: trin, trin, trin.

–Do –contestó Rodrigo por decir algo.

–¿Cómo que do? Es la cuarta, ¿no se da usted cuenta?

Rodrigo se quedó muy desconcertado. ¿La cuarta? Pero ¿cómo era aquello? «Do, es trato de varón, re, selvático animal...» ¿Dónde estaba la cuarta?

–A ver si sabe cuál es esta: tran, tran, tran... –Magnus movió la cejilla con evidente disgusto.

–¿Fa? –es lejos en inglés, que era donde le hubiese gustado estar.

–¡Por *Aquel*, es la octava, la más perfecta de todas! ¿Cómo es posible que no la reconozca?

Hizo un esfuerzo por calmarse.

–Lo siento, siento mucho haber alzado la voz –dijo Magnus dirigiéndose a sus colaboradores–. Ya sabéis que nuestras creencias nos prohíben perder la compostura, pero no he podido evitarlo.

Una nueva diapositiva de Powerpoint en la pantalla. Era la sexta prueba.

–Vamos a ver señor A-l-o-n-s-o. Le voy a enseñar tres ecuaciones. La proporción es la representación de la armonía. Alguna de ellas es una proporción. Dígame usted, si es capaz, cuál es.

Ecuación 1	Ecuación 2	Ecuación 3
$A / B = B / C$	$C - B = B - A$	$B - A = A \times C - B / C$

Estaba agotado y con los huevos de corbata. Había fallado miserablemente no sé qué cálculos de los ángulos de un pentagrama estrellado y el significado de los números macho y hembra. La expresión de la cara de Romeulsson no auguraba nada bueno. No tenía pinta de que el zen pitagórico le fuera a durar demasiado.

–Mire, cada uno tiene cosas que se le dan mejor que otras. A mí, por ejemplo, se me da mejor la pintura o cocinar que estas cosas.

–Querido, no pienses con la cabeza. Escucha a tu corazón –le animó la escritora, cada vez más encogida.

–Conteste de una vez.

Ana Patricia le miraba con cara de desprecio, como diciendo «ya lo sabía yo». Todo le daba vueltas pero intentó concentrarse. Su corazón lo único que le repetía sin cesar era que sólo un capullo como él podía meterse en un marrón como ese. La tres no podía ser.

–La uno.

Magnus lanzó un alarido.

–¿Para esto me habéis hecho perder no sé cuántos días en esta ciudad, para hacerle pruebas a este subnormal que no podría aprobar ni el examen de primaria? ¿No ve que las tres son proporciones: la geométrica, la aritmética y la armónica?

Indignado estrelló el monocordio contra la pared.

Carmen J. White se acercó para intentar calmarle.

–Tranquílcese Maestro, tranquilícese. Recobre la armonía. Quizá es un aturdimiento momentáneo debido a los nervios y al exceso de triglicéridos en su alimentación.

–Qué triglicéridos ni qué niño muerto. ¡Esto es un sacrilegio!

–A ver qué hacemos ahora con este –dijo la directora de marketing.

–Por mí no se preocupen –Rodrigo intentó recobrar la entereza–. No se preocupen por los días que he estado desaparecido. Mi familia y mis amigos están acostumbrados a que haga este tipo de cosas. De verdad no pienso contar nada de esto. Además nadie me iba a creer. ¿Quién se iba a tragar que una escritora mundialmente famosa me ha seducido confundándome con la reencarnación de un filósofo griego porque es una sacerdotisa de un rito desaparecido hace miles de años, que un multimillonario me ha tenido metido en un sótano tres días y que tiene un plan para dominar el mundo a través de los teléfonos móviles?

La cabeza de Romeulsson se puso del color de una guindilla. Los pelos parecieron ponerse de punta. De un manotazo tiró la mesa con el ordenador. Carmen J White retrocedió aterrorizada.

–¡Pedazo de hija de mala perra! ¡No puedo creer que le hayas contado todo nuestro plan a esta bolsa de mierda! ¡Esto es una sociedad secreta! ¡Secreta! ¿Te enteras?! ¡Y encima le has entregado el altar de tu cuerpo a este mamarracho como si en vez de una vestal incorruptible fueras una vulgar ramera!

Magnus buscó en su bolsillo, pugnando con su rabia, y sacó un teléfono móvil.

–¡No, Maestro, la onda de la muerte, no! –la escritora se había hecho un ovillo en el suelo y se tapaba la cara con los brazos.

Romeulsson apuntó con el teléfono hacia ella y pulsó una tecla. Todos los demás estaban paralizados esperando lo que iba a pasar. No pasó nada.

–*Fucking shit!* ¡Estos técnicos son unos inútiles!

Tiró el teléfono y sacó una pistola. Le descerrajó tres tiros en la cabeza a la escritora, que se desmoronó como un helado derretido. Parte de sus sesos fueron a pegarse a la pared opuesta. Los disparos sacaron a Rodrigo de su estupor. Intentó correr hacia una puerta. Sintió un golpe. Todo se volvió negro.

**Al pan pan, al vino vino
y al gazpacho buen pepino**

Como si fuera una repetición de lo que había pasado hacía unos días (siglos según el meridiano de Rodrigo), abrió los ojos y vio la melena rubia de Carmen J. White. La única diferencia es que ahora estaba llena de pegotones de sangre seca y que estaban los dos tumbados al pie de la cama. Intentó levantarse pero la cabeza le pesaba como un yunque. Se volvió a dejar caer. Estaba desnudo como desnudo estaba el cadáver de la escritora. Reconoció su habitación. A pesar de que las sienes le retumbaban como si estuviera dentro de una tuneladora, pudo percibir que todo estaba revuelto y el suelo lleno de objetos. Algo de luz se colaba por la ventana. Debía ser por la mañana.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y apoyándose en el pie de la cama se fue incorporando. Cuando consiguió erguirse casi se cae de culo otra vez. Atada con unas esposas al cabecero había otra mujer desnuda, amordazada y completamente muerta. Al cuello llevaba, muy apretada, una de las corbatas de seda de Rodrigo.

Se acercó intentando reconocerla. A pesar de los ojos desorbitados, la lengua fuera y el color amoratado de su cara se dio cuenta de que era una de sus vecinas italianas, esas que tanta murga le daban con sus fiestas nocturnas. Las piernas le flaquearon y se sentó en la cama, junto al cadáver. Rebuscó en su cabeza una explicación a todo ello, sin éxito. Lo último que recordaba eran los sesos de Carmen J. White espachurrándose contra la pared del chalet de Puerta de Hierro. Ahora esos mismos sesos estaban cuidadosamente colocados en su propia pared.

Cómo había llegado todo el set hasta aquí y de propina le habían colocado a esa chica, a la que sólo conocía de cuando iba a protestar por el volumen desahogado de la música, era un bonito misterio.

Miró a su alrededor. Las sábanas y la colcha estaban revueltas y encima se veían cosas que, en la penumbra de la habitación, parecían juguetes sadomaso: látigos, un par de reproducciones en látex de grandes miembros, prendas de cuero. Sintió ganas de vomitar. Arrastrándose llegó al cuarto de baño, justo a tiempo para echar la papilla en el lavabo.

Se lavó la cara. No podía levantar la cabeza. Al lado del jabón había una papelina y encima del retrete un libro con varias rayas dibujadas en su lomo. Probó un poco con el dedo. ¿Qué sería aquella mierda? Coca seguro que no.

–¿Señor Rodrigo? –había oído la puerta de la calle pero fue incapaz de moverse.

–¡Dios bendito! ¿Qué pasó aquí?

–¡No entre en el dormitorio Gladys, no entre!

–¡Santa Madre de Dios!

Rodrigo hizo un esfuerzo para volver al dormitorio. Allí se encontró con su asistenta mirando la escena, petrificada y con la boca abierta.

–No tengo nada que ver con esto, se lo juro –consiguió decir antes de caerse redondo.

Después de la reanimación a la que le sometió Gladys, a base de unos cuantos tortazos y un café bien cargado, Rodrigo le contó aproximadamente lo pasado en los últimos días. La dominicana se quedó en silencio un momento.

–Ya sé que todo esto parece increíble...

–No, no señor. Esto les puede parecer raro a ustedes los españoles, no tienen imaginación. Si las cosas no son como se las contaron en la escuela se quedan todos extrañados. Hay muchas vainas que no tienen una explicación fácil si no se tiene la cabeza más abierta. Todo su cuento es bastante lógico, eso de los teléfonos móviles es como del demonio, cuando agarras uno ya no lo puedes soltar más. Ahora lo que quiere el millonario ese es colocarle la muerte de la escritora y para que parezca como si hubiesen estado haciendo cochinas los tres y usted se hubiese vuelto loco, le colocó de guinda a la joven del cuarto. Seguro que esos hombres se la encontraron en la escalera cuando le traían a usted y al cadáver hasta aquí y ella vio lo que no debía.

–¿Qué voy a hacer?, ¿qué voy a hacer? ¡¿Cómo le voy a explicar a la policía todo esto?!

La negra lo cogió por los hombros y lo sacudió:

–Deje ya de lloriquear como una nenita. ¡Compórtese como un hombre, carajo! Ni sueñe ahora en llamar a la policía. Esos le encierran y luego preguntan. Lo primero es salir de aquí cuando antes sin que nos vean. Todavía es temprano y puede que tengamos suerte de que no nos vean. Vístase lo más rápido posible y busque las llaves del carro, yo vuelvo enseguida.

Rodrigo siguió las indicaciones de Gladys como un autómata y buscó además algo de dinero. Poco después volvió a aparecer la asistenta con un gran cubo de basura.

–Déme las llaves y métase dentro de la cubeta.

Su ya revuelto estómago se resistió a ser introducido en aquel agujero maloliente pero una certera colleja le convenció.

–¿Sabe usted conducir? –fue lo último que acertó a decir antes de que la tapa de su nuevo vehículo lo dejara embutido y a ciegas.

Lo siguiente fue una sucesión de golpes. Sintió cómo le metían en el ascensor y cómo le arrastraban otro tramo. Estaba haciendo auténticos esfuerzos por resistir las arcadas. Finalmente volvió la luz.

–Salga y métase en el baúl.

Rodrigo se había quedado encajado en el cubo y montaron bastante escándalo para sacarlo, pero afortunadamente no había nadie más en el garaje. Luego se acomodó como pudo en el maletero.

Augusto había tomado una decisión heroica: poner orden en su guarida. Lo llevaba postergando varios años pero últimamente ni él era capaz de encontrar nada en todo ese desbarajuste. Tantos libros, papeles, revistas estaban a punto de sepultarlo definitivamente y sin remisión. Con la *Heroica* de Beethoven a todo trapo para darle bríos y un pañuelo alrededor de la frente se había puesto manos a la obra.

En medio de este trajín y mientras resoplaba acarreando papeles de un lado a otro y llenando cajas, vio una foto de Rodrigo en la televisión, que distraídamente se había dejado encendida y sin sonido. Intentó encontrar el mando a distancia pero se lo había tragado el mogollón. Cuando consiguió subir manualmente el volumen la noticia ya había pasado. Desesperado, buscó el móvil revolviendo entre lo poco que había ordenado hasta entonces. Nada, no había forma.

Tenía el palpito de que aquello no podía ser nada bueno. Se puso el abrigo y, cuando se disponía a salir en busca de una cabina, llamaron a la puerta. Se quedó helado. ¿Quién podía ser a esas horas de la noche y en medio de la sierra? Inconscientemente le vinieron a la mente esas escenas de películas americanas en las que dos marines, vestidos de gala, comunican al anciano padre la muerte de su hijo en acto de servicio. En su lugar se encontró a un negro alto, algo desgarbado, de unos 50 años, vestido con sombrero y abrigo negro de cuero. A pesar de la oscuridad llevaba gafas de sol.

–Buenas noches, es usted el señor Augusto, ¿verdad? Soy Nogales, para servirle a usted. Vengo de parte de su hijo Rodrigo.

–¿Le ha pasado algo? Acabo de ver su foto en la televisión...

–No se preocupe. Está a salvo. Venga conmigo, le llevaré a donde está él. No hay un minuto que perder –le dijo señalando un destartado Peugeot 205 rojo.

A pesar de las gafas negras del conductor llegaron sin novedad hasta un bloque de viviendas de protección oficial de los años cincuenta cercano al Paseo de Extremadura.

Por el camino Nogales se identificó como amigo de Gladys y le contó todo lo sucedido. Adornada por el gracejo dominicano la historia parecía aún más confusa y absurda. Augusto sintió una sensación que hasta ahora desconocía: la angustia de padre.

En su estado de aturdimiento casi no reparó en el estrecho portal ni en el desvencijado ascensor. Ante una de las puertas, Nogales dio tres golpes con los nudillos seguidos de otros cuatro. Por una pequeña rendija apareció un ojo que luego resultó corresponder a otra dominicana de mediana edad.

–Virgen de Altagracia bendita, pase señor, pase, menos mal que Nogales llegó antes que la policía.

Augusto avanzó por el pasillo, al fondo sonaba un merengue a todo trapo.

Cuando llegó al minúsculo salón se encontró a Rodrigo de pie, esperándolo. Se dieron un gran abrazo.

–Hijo mío, hijo mío, ¿qué te han hecho?

–Tranquilo papá, estoy bien, ya verás cómo todo se arregla –por una vez no le resultó extraño llamar así a Augusto.

–¿Has hablado con tu hermana?

–Los teléfonos no son seguros. Le he mandado recado de que estoy bien y que soy inocente.

Cuando se separaron al viejo le corrían dos churretones de lágrimas por la cara. Rodrigo no había visto jamás llorar a su padre.

–Papá, hombre...

–Perdona hijo. Debe ser la edad, esto me ha pillado muy de sopetón y no está uno para estos sustos –dijo secándose con un pañuelo.

–No se preocupe de nada, señor Augusto. Aquí estoy yo para encargarme de todo y poner a ese sinvergüenza que les quiere hacer daño en su sitio.

Gladys le alargó la mano.

–Perdone lo de los rulos –dijo señalándose la cabeza con un dedo– pero yo no sé estar sin hacer nada. Mientras le esperábamos me tenía que entretener en algo. No me podía quedar mirando al señor Rodrigo con esa carita de perro abandonado y tampoco me atrevía a empezar nada antes de que usted llegara.

–Gladys y sus hermanas me han recibido como si fuese uno más de la familia. Mira Augusto, estas son República y Bartolomina. Son encantadoras, y este ron que me han dado levanta a un muerto.

Las dos mujeres le tendieron la mano. Una de ellas era la que le había abierto la puerta. Eran aproximadamente de la misma edad que la asistenta y, aunque de un volumen algo menor, el aire familiar de viejas leonas era muy patente.

–Siéntese, por favor. Aquí, al lado de su hijo.

Le sirvieron un trago de ron.

–Les dejamos solos para que puedan hablar.

Se retiraron a una minúscula habitación contigua llena de ropa tendida, llevándose el radiocasete.

Rodrigo le puso a su padre al corriente de lo sucedido en los últimos días. Aún sin el

coeficiente de corrección dominicano la historia dejó boquiabierto a Augusto.

–¿Y qué ha dicho la televisión?

–Ya te lo puedes imaginar: horroroso doble asesinato en pleno centro de la capital. Mueren famosa novelista norteamericana y veinteañera italiana, hija de un conocido industrial milanés, en una orgía de sexo y drogas. Se busca al dueño del piso que, se sospecha, se ha dado a la fuga después de haber cometido el crimen, inducido por estupefacientes ingeridos para mejorar sus prestaciones sexuales. No sé si han dicho polvo de ángel o algo parecido. Los cadáveres fueron encontrados tras la denuncia de desaparición presentada por las compañeras de la vecina. Luego han sacado una foto horrorosa mía, diciendo que la policía me busca por cielo, mar y tierra.

–Hijo, mira que yo he estado metido en situaciones comprometidas, pero esta se lleva la palma por mucho. No te preocupes, saldremos de esta. Has hecho bien en no entregarte a la policía. Les llegas a contar la historia de la secta y te meten otros veinte años más por intentar tomarles el pelo. Todavía no están preparados para este tipo de cosas. Lo que me deja sorprendido es que sean pitagóricos... Pitagóricos en estos tiempos... Sus enseñanzas se han integrado en otras sociedades secretas como los masones y los rosacruces pero un grupo que se declare heredero directo de Pitágoras es realmente curioso.

–Como ya te dije, para mí que este Romeulsson es un iluminado sin más. Lo mismo que le ha dado por esto le podía haber dado por hacerse cátaro, priscilianista o hugonote.

–Sin embargo, hay datos que me cuentas de tu aventura que concuerdan: el muslo de oro de Pitágoras (o más bien *como de oro*) es un viejo mito que lo relaciona con el Apolo hiperbóreo; la prohibición de comer habas entre sus seguidores también es conocida. Aparentemente, el Maestro sufría de favismo, una alergia al polen de estas leguminosas... Por otro lado, el plan de este hombre para conquistar el mundo parece bastante coherente. Implantar una aristocracia tecnológico-filosófica. Humm, interesante –dijo el viejo mesándose la barba. Y agregó–: Tiene todo lo necesario para conseguirlo: dinero, poder, la tecnología adecuada...

–Esto de tanto leer sobre marcianos y poltergeists te está reblandeciendo el tarro, Augusto. Como teoría de la conspiración está muy bien, pero una cosa es hacer un teléfono móvil que saque fotos, reproduzca música y te conecte a Internet, y otra muy distinta es conseguir hipnotizar al mundo a través de mensajes codificados en el tono del *Aserejé*.

–Pues precisamente el *Aserejé*...

–No me vengas con esas historias de que el *Aserejé* esconde mensajes diabólicos o que si pones un disco de los Rolling al revés oyes al demonio. Todo esto es una paparruchada. Romeulsson está zumbado y punto. Ya te he contado cómo funcionó la tecnología cuando intentó matar a la escritora con la Onda de la Muerte. Al final tuvo que pegarle tres tiros con una pistola de las de toda la vida.

–Curiosa paradoja. Dicen que los teléfonos móviles son perjudiciales para la salud, pero cuando intentan utilizarlos para asesinar no sirven para nada. Sin embargo, hay algo intrínsecamente malvado en ellos.

–¡AUGUSTO, JODER! Ya sé que todos estos rollos te fascinan y te dan mucha vidilla pero no se trata de salvar a la humanidad sino de salvarme a mí, ¡a mí! El mundo petará uno de estos días por el calentamiento global, el agujero de la capa de ozono o cualquier otra cosa pero el que corre el riesgo de acabar en el trullo por veinte años soy yo.

–Perdona hijo, tienes toda la razón. Tenemos que encontrar alguna forma de exculparte de este crimen. ¡Qué barbaridad, un doble asesinato! Con qué gente te juntas, Rodrigo.

–Te pareces a mamá cuando me pillaba en los billares de debajo de casa con el hijo del portero.

–Perdona otra vez. Lo que te faltaba es que yo te regañe. ¿Has pensado en alguna forma de meterle mano a este asunto?

–Evidentemente tenemos que encontrar una forma de incriminar a Magnus y de quitarme el muerto de encima.

–Las muertas.

–No sigamos por ahí...

–Lo importante es analizar bien todas las circunstancias, trazar un plan y encontrar el momento idóneo para llevarlo a cabo.

Augusto se quedó pensando.

–Pero visto el pez al que tenemos que hacer caer en nuestras redes necesitaremos ayuda, especialistas en distintas disciplinas que nos abran el camino hasta este personaje. Sí, eso es. Un equipo. Si queremos tener éxito hay que montar el mejor equipo posible.

Le pegó una palmada cariñosa a su hijo en la espalda.

«—Y después de nuestro reportaje sobre Marujita Díaz y su novio archidiácono, un asunto que en los últimos días tiene aterrorizado a nuestro país. (*Música tenebrosa de fondo. La conocida presentadora Cristina Belamore mira fijamente a la cámara.*) ¿Es su vecino un asesino? (*Foto de Rodrigo.*)»

—Lo que me faltaba. Ahora salgo hasta en los programas del corazón.

Rodrigo estaba recostado en el minúsculo sofá del salón de Gladys mientras ella, sentada en una silla, planchaba sobre la tabla unas camisas. Augusto había estado ausente durante todo el día haciendo «gestiones», como él decía.

—Qué quiere, esta historia lo tiene todo: sexo, drogas, una famosa, dos cadáveres... —contestó la dominicana sin levantar la vista de su tarea.

«—Este hombre (*continuó la voz de la presentadora en off sobre distintas imágenes de Rodrigo, obviamente extraídas de revistas profesionales de publicidad, mezcladas con fotos de la escritora americana*) parecía el vecino perfecto. Un profesional respetado, con medios económicos más que suficientes, soltero pero discreto. Sin embargo, el martes de la semana pasada asesinó despiadadamente a su vecina, una pobre e inocente chica italiana, y a la conocida escritora Carmen J. White en lo que parece claramente un ritual sadomasoquista. ¿Podemos aún sentirnos seguros en nuestra propia casa? Esta es la pregunta que, desde *Gazpacho rosa*, queremos lanzarle esta noche.»

—¡Viva la imparcialidad del periodismo...! No me deja ni el beneficio de la duda, la desgraciada de ella.

«—¿Quién es Rodrigo Alonso? ¿Un monstruo o simplemente un producto de nuestra sociedad? En este programa hemos organizado un coloquio con algunas de las personas que mejor le conocen.»

Rodrigo se incorporó en tensión y encendió un cigarrillo. Gladys le acercó un cenicero.

«—Doña Rita Jaraiz, usted es presidenta de la comunidad de vecinos del edificio en el que se cometió el crimen. ¿Qué nos puede contar del presunto homicida? Porque

sabemos que usted no es una mujer curiosa, pero le gusta saber lo que pasa en su comunidad.»

Doña Rita también se irguió en su silla y se ajustó con el dedo el puente de unas pequeñas gafas metálicas. Tenía unos 60 años, era muy delgada, con labios finos y apretados. Una gran verruga le ocupaba parte de la barbilla.

«—Sí, en efecto. A mí me da igual lo que hagan los vecinos pero con estos casos se demuestra que siempre toda precaución es poca. Siempre me dio mala espina el tipo este. Estos solteros maduros, ya se sabe. Además este hombre siempre tenía mucho dinero, pagaba todos los recibos y las derramas puntualmente y en metálico. Que me digan si eso es normal. Yo estaba segura de que andaba metido en algo de drogas.»

—¡Esto es el colmo! Ahora resulta que si uno paga puntualmente es porque tiene una plantación de coca en Colombia. Será bruja la tía esta, con la que no he hablado más de dos palabras en mi vida.

«—Además, andaba siempre con gente de aspecto sospechoso. Tenía mucha familiaridad con una señora gorda de color que decía que era su asistenta, pero para mí que debía estar metida en algo con él.»

—¿Será desgraciada *coñoemadre* esta asquerosa? Seguro que es porque nunca he querido murmurar con ella sobre usted. Siempre me preguntaba cosas y yo le contestaba que andaba apurada.

«—Luego seguiremos hablando con usted, doña Rita. Les recordamos que pueden mandarnos un sms para dar su opinión sobre este tema al 4101 con la palabra ASESINO. Coste del mensaje 1,20 euros. Recuerden: 4101 ASESINO y su mensaje. Con nosotros está también un compañero de trabajo del presunto asesino. Don Nicolás Soane, usted ha trabajado varios años con Rodrigo Alonso como director de servicios al cliente de una importante agencia de publicidad.»

—A ver por dónde sale el imbécil este.

«—En efecto, coincidimos en su último empleo. Él era el director creativo de la agencia.

—¿Cómo definiría usted al señor Alonso?

—Bueno, los creativos son siempre personas complicadas pero Rodrigo era quizá más complicado que la media. Simpático pero algo retorcido, con cambios de humor constantes, un día te quería muchísimo y al siguiente era superborde. Nunca sabías por dónde te podía salir.

—¿Qué nos podría decir de su relación con las mujeres?

—Siempre fue bastante ligoncete, típico soltero. Últimamente iba con chicas algo raras, diría yo, aunque nada hacía prever algo como lo sucedido. Claro que hubo aquel episodio...

—¿Qué episodio, señor Soane?

—Fue durante un rodaje en Marruecos. Salió a cenar con una clienta muy importante de la agencia. No sabemos exactamente qué pasó pero el caso es que después de esa noche ella no quiso volver a salir de la habitación y cuando llegamos a Madrid rescindió el contrato que su compañía había firmado con nosotros. Esto le costó el puesto a Rodrigo.»

–¡Será cabrón el idiota este! Después de la cantidad de marrones de los que le he salvado.

«–Ahá, muy interesante.»

Cristina Belamore hizo un gesto con el dedo índice y luego puso el puño en la barbilla.

«–O sea que ya había antecedentes. Luego profundizaremos en este tema. Por último, contamos con la presencia de la ex mujer de Rodrigo Alonso, Elena Suárez de las Dos Castillas.»

–Coño, éramos pocos y parió la abuela.

«–Suárez-Doscastillas: todo junto.

–Bueno, eso. Usted ha convivido con este hombre. ¿Qué siente al ver que está involucrado en este espantoso crimen?

–Pues una enorme tristeza. Nunca pensé que acabaría mal pero la verdad es que era un mujeriego compulsivo, un hombre infiel por naturaleza.»

–Está vieja y arrugada. Parece que han pasado cuarenta años desde que estuvieron casados. No se perdió usted nada con esta mujer –dijo Gladys.

Aquel improbable grupo empezó a despellejar cuidadosamente a Rodrigo, abusando de inexactitudes, medias verdades y mentiras completas.

–Mire, señor Rodrigo, empiezan a aparecer los mensajitos.

Como la televisión de Gladys era muy pequeña, Rodrigo tuvo que acercarse para ver mejor el texto de los sms que iban apareciendo en pantalla.

ASESINO: A ste ay q kortarls ls uevos. Tq paki

ASESINO: Elenita estas buenísima. Olvida a tu ex y vente pa Plasencia

ASESINO: Rodrigo da la cara cobarde. Mama baja cerrar l puerta

ASESINO: La publicidad engaña. Los publicitarios matan

ASESINO: Rodri a l k tenias k haber matao es a la pdta de la comunidad que s + fea k pegar a madre

ASESINO: Esto s 1 rollo. Vane coge el telef

«–Atención, tenemos una llamada al teléfono de aludidos. Es la madre de Rodrigo Alonso.»

–¡No es posible!

«–Buenas noches, Angustias.

–Buenas noches, Cristina.

–Creo que nos quieres hablar de tu hijo Rodrigo, ¿verdad?

–Ejem... bueno. Si no le molesta prefiero que me llame de usted, como a los otros concursantes. Puede parecer antiguo pero a mí me gusta mantener estas costumbres hoy tan en desuso.

–Ningún problema, no se preocupe. Entonces, decía que usted nos quería hablar de su hijo Rodrigo.

–Sí, así es. Yo no sé si habrá hecho esa barbaridad que ustedes dicen, pero Rodrigo es un buen chico. Fue algo revoltoso de niño pero iba siempre a misa y ayudaba los

domingos en San Manuel y San Benito. El problema empezó con la mala influencia del botarate de su padre y luego empeoró con las amistades...

–¿Iba con gente peligrosa?

–Peligrosa, peligrosa, yo no diría, pero eran gente de otra... ¿cómo decirlo?... de otra condición social. Yo no estoy en contra de los pobres, Dios me libre, pero no hay que mezclar churras con merinas. Yo le llevé con mucho esfuerzo a un colegio buenísimo y, en vez de hacerse amigos de familias de toda la vida, él iba siempre con una gente horrible que vivían en unos barrios que yo ni sabía que existían. Después se puso a trabajar en eso de la publicidad y todos sus compañeros tenían esa pinta tan imposible, siempre sucios y sin afeitarse.»

–Por favor, Gladys, apague antes de que me muera de vergüenza ajena.

Rodrigo, aliviado por el súbito silencio, se recostó en el sofá mesándose el pelo con las dos manos.

–Ha perdido usted la oportunidad de hacerse famosa. Era la única que faltaba en el programa.

–No me parece una forma honrada de ganar dinero. Además, yo ya salí una vez en la radio en Santo Domingo y no me gustó. La voz parece de otra persona.

En ese momento sonó la cerradura de la puerta de la calle y apareció la sonriente cara de su padre.

–Hombre Augusto, justamente hablaban de nosotros en la tele.

–¿Ah, sí? Ya me contarás luego. Lo importante es que creo que ya tenemos todo lo que necesitábamos para ponernos en marcha. Gladys, ¿ha podido usted hacer su parte?

–Todo está listo y esperando sus órdenes, señor Augusto.

El pequeño salón del piso de Gladys y sus hermanas estaba a rebosar. La música de los últimos merengues evangelistas de Juan Luis Guerra y el humo de los cigarrillos hacía el ambiente aún más agobiante.

–A ver, disculpen, córranse un poco para allá.

República intentaba hacerse hueco con su enorme culo para llegar hasta la mesa y poner sobre ella una bandeja con dos botellas de ron, vasos, un cubo de hielo y patatas fritas.

–Aquí hay más gente que en las pupilas de la Virgen de Guadalupe, ¿verdad padre? –comentó Augusto a su acompañante de la derecha.

–Compórtense, un poco de silencio –dijo Gladys levantándose de su silla y aplacando a sus huéspedes con las manos–. Tengo que dejar la música puesta porque le dije a los vecinos que iba a hacer una fiesta para que no se extrañaran del ruido pero si no se callan no vamos a poder hablar de nada. ¡Que se callen, carajo!

Se hizo el silencio de inmediato.

–Estimados amigos, ya sabéis para qué estamos aquí reunidos. Se ha cometido un horrible crimen y en nuestra mano está hacer justicia. Para unos de vosotros esta será la oportunidad de ayudarme a demostrar mi inocencia. Para otros será la posibilidad de desmontar una siniestra trama y salvar al mundo de los terribles peligros que le amenazan.

Rodrigo hizo una pausa teatral. Había decidido apelar también a esta motivación humanitaria extra por si alguno de los presentes no estuviera dispuesto a jugarse el pellejo simplemente por su cara bonita.

–En cualquiera de los dos casos quiero agradeceros vuestra presencia aquí. Si después de explicároslo queréis marcharos no pondremos ningún impedimento. Sé que sois de absoluta confianza, bien mía, de mi padre o de Gladys, y que, en cualquier caso, podré contar con vuestra discreción.

Otra pausa teatral. Miró uno a uno a los asistentes como le enseñaron en un seminario de técnicas de venta.

–Como muchos no os conocéis entre vosotros, creo que deberíamos empezar por presentarnos. Por favor padre, empiece usted.

–Queridos hermanos, me alegro mucho de estar entre todos vosotros. Soy José Manuel Estrada, sacerdote jesuita y amigo de Augusto, el padre de Rodrigo.

Era un hombre aún corpulento aunque algo achaparrado, de unos 70 años, con un pelo canoso y fosco. Sus ojos, enmarcados por unas cejas negríssimas y tupidas, miraban de forma penetrante a sus interlocutores. Vestía una camisa gris de manga corta con alzacuellos que dejaba a la vista un par de fuertes y muy peludos antebrazos.

–Además de mi labor pastoral, estoy especializado en fenómenos paranormales, filosofías arcanas y astrología grecorromana.

–¿Y eso qué es lo que es? –preguntó una voz con acento dominicano desde el fondo de la habitación.

–Investigo sobre fenómenos que no tienen explicación según la ciencia actual y sobre cómo los antiguos griegos y los romanos intentaban predecir el futuro y explicar la realidad a través de las estrellas.

–Ah, o sea que es usted brujo, ¡acabáramos antes!

–¡Será animal el negro cabrón ese! ¿Cómo va a ser brujo si es sacerdote?

–Calma Gladys, calma –terció Rodrigo–. Entre otras cosas, el padre es un experto que ha escrito varios libros sobre estos temas y que conoce perfectamente las enseñanzas que sigue la secta a la que vamos a enfrentarnos. Esto nos permitirá saber cómo piensan y adelantarnos a sus movimientos.

–Es una secta que todo el mundo creía desaparecida desde hace más de dos mil años y cuyos textos se han perdido casi en su integridad, pero aún podemos saber mucho de ellos por fuentes secundarias.

–Gracias, padre, cualquier dato que nos aporte puede resultar de crucial importancia. A ver, el siguiente.

–Mi nombre es Nogales Avancino Vázquez, para servirles a todos ustedes. Soy primo de las señoras –el hombre saludó con el sombrero que tenía apoyado entre las piernas y señaló con él a sus parientes. Seguía con sus gafas de sol puestas–. También soy electricista diplomado. Más de cuarenta años de experiencia. No hay fusible que se me resista. En mi país me conocen de un extremo a otro. Allá reparé cosas para toda clase de ministros y presidentes. Recuerdo una vez que me llamaron de Presidencia de la República porque se les había ido la luz justo antes de una gran recepción y...

–Gracias Nogales, seguro que es una gran anécdota pero quizá sería mejor que nos la contase cuando acabemos con esto. Luis Javier, te toca.

–Hola, soy Luis Javier Navas, abogado y amigo de infancia de Rodrigo –dijo limpiándose con un pañuelo. Se había quitado la chaqueta y la corbata y dos grandes cercos de sudor decoraban sus axilas.

–¿Abogado? Parece usted uno de los buenos. Luego tendríamos que hablar usted y yo, a ver si me echa una mano con los dichosos papeles. Yo soy Santodomingo Chico

Jiménez. Sí, ya sé que aquí les puede sonar a broma pero soy el último de ocho hermanos y supongo que a mis padres les debió parecer gracioso. Estas cosas las hacen mucho en mi tierra. Para acortarlo prefiero que me llamen S. C. Soy sobrino de estas señoras –dijo señalando a las anfitrionas. Tenía unos 25 años, era menudo, muy delgado, pero con hombros fuertes. El pelo muy peinado para atrás con fijador. Iba bien vestido, con una camisa de Ralph Lauren de rayas azules y unos pantalones de pinzas tipo Dockers. Parecía un estudiante universitario pijo del barrio de Salamanca pero en negro. Hacía claros esfuerzos por someter su acento dominicano.

–Sobrino mío tú no eres –replicó con aire digno Bartolomina.

–Vamos tía, no sea así.

–En mi familia yo no quiero sinvergüenzas.

–Santodomingo es la oveja negra de nuestra familia –explicó a los demás Gladys. Y añadió–: Desde muchacho le gustaban más las cosas de los demás que las suyas propias y luego decidió hacer profesión de la afición, pero en el fondo es buena gente. No puede uno renegar de su sangre.

–En efecto, me dedico a distraer cosas que la gente deja descuidadas. Principalmente en el metro y en los autobuses pero también en espectáculos públicos, restaurantes, bodas, reuniones y cosas así. No es para presumir. Pero soy bueno, muy bueno. Aquí aún no me han pillado. Pero no crean que voy a hacer esto toda la vida. Me han dicho que es buen entrenamiento para trabajar en la Bolsa, que es lo que realmente me gustaría hacer.

Instintivamente Luis Javier se llevó la mano a la billetera.

–No se preocupe, *men*. Estamos entre amigos. Antes me corto la mano que cogerle esa linda cartera de cuero marrón de Loewe que lleva –rió el muchacho.

–Gracias, S. C. Estoy convencido de que tus habilidades nos serán muy útiles para nuestra misión. Siguiente, por favor.

–Yo soy Victoria, soy fotógrafa y también amiga de Rodrigo desde hace muchos años –dijo apagando el pitillo muy cuidadosamente, mientras miraba de reojo a una Gladys que no se perdía un gesto suyo.

–Siguiente.

–Soy Josefina. Me pusieron así por una emperatriz. Tengo 23 años y llevo dos en España. Trabajo de mesera en una discoteca por las noches y de día estudio enfermería. También soy sobrina de las señoras pero por el lado del papá.

–¡Morena linda! Con primas como tú no sé qué hago saliendo por las noches a buscar mujer.

El comentario estaba justificado ya que la niña estaba imponente. Una morenaza mulata con ojos rasgados de gata, alta, pelo negro rizado y largo, y labios carnosos a lo Angelina Jolie. Iba muy modosita, pero debajo de su vestido de flores abrochado hasta el cuello se adivinaba un bonito cuerpo. Mientras hablaba miraba al suelo con timidez.

–Bueno, yo soy Chema Sánchez Varela. Soy amigo de Augusto y todavía no sé muy bien qué hago aquí.

–Te agradezco que hayas venido. Seguro que nos podrás ayudar mucho. También me

alegra verte con mejor aspecto que la última vez que coincidimos en casa de mi padre.

–Gracias Rodrigo. Ya sabes que estas cosas cicatrizan pronto –respondió Chema visiblemente molesto. Su aspecto era casi juvenil después de la operación. Habían desaparecido la papada y las ojeras, y él se peinaba constantemente con la mano como si quisiera comprobar que su nueva cabellera seguía aún en su sitio. Su blazer azul marino con pañuelo en el bolsillo superior y sus impecables pantalones grises de franela desentonaban con el atuendo del resto de la variopinta pandilla.

–A República y Bartolomina ya las conocéis. Son las hermanas de Gladys.

A Rodrigo le costó un poco distinguir las al principio porque eran gemelas, hasta que descubrió que siempre se peinaban algo distinto y que, muy convenientemente, cada una llevaba un colgante con su inicial mezclado con otras varias medallas y cruces.

–Bartolomina también se dedica a las labores domésticas y República es nuestra experta informática.

–No es para tanto, señor Rodrigo –contestó un poco azorada la supuesta experta–. Sigo trabajando en casas pero estoy haciendo un curso por correspondencia de técnico de computadora. Ese es el diploma que dan y eso es lo que voy a ser yo. Eso sí, es un curso muy bueno de una universidad muy buena. La Universidad de Deusto, en el País Vasco.

–Seguro que es usted un as en esto de la informática y que nos va a ayudar mucho con sus conocimientos. Ahora que ya nos conocemos todos os vamos a pasar a explicar el plan. Insisto en que si, después de oír lo que vamos a hacer, alguno se quiere ir, es libre de hacerlo. No lo tendremos por un gallina o por un insolidario con la suerte de la humanidad. Que cada uno decida.

Un último silencio teatral.

–Parece que estamos todos en el mismo barco. Augusto, por favor, procede.

–Queridos amigos –Augusto se aclaró la voz con un trago de ron–. Ya todos conocéis los hechos con detalle, las intenciones que abriga ese hombre y cómo se produjeron esos brutales asesinatos. La forma de remediar toda esta situación es conseguir meter a este hombre entre rejas.

Desplegó una gran foto de Magnus Romeulsson recortada de un periódico. La mayoría de los presentes se inclinó hacia delante para ver mejor la cara del enemigo.

–Uy, ese hombre tiene la maldad dibujada en el rostro –dijo República santiguándose.

–Para meter a este hombre entre rejas tenemos que encontrar algo que le relacione con los asesinatos. Del segundo asesinato, el de la vecina italiana, nos tenemos que olvidar ya que claramente no lo cometió él sino alguno de sus sicarios cuando iban a depositarme a Rodrigo y al otro cuerpo en mi casa. Por lo tanto, nos concentraremos en la primera muerte, la escritora. Para que le pongamos caras a todo el mundo, esta es la difunta.

Augusto sacó otro recorte y se lo dio a la persona que tenía al lado. El papel fue pasando de mano en mano.

–Bonita muchacha, sí señor –comentó Gladys poniéndose las gafas de ver de cerca.

–A esta mujer sí la mató Romeulsson personalmente y conocemos las circunstancias ya que Rodrigo estaba en el lugar de los hechos. Tras repasar cuidadosamente la secuencia de acontecimientos, hemos llegado a la conclusión de que hay dos cosas que incriminan a este malnacido. Una es obviamente la pistola, pero esta fue colocada en casa de mi hijo junto a los cadáveres para que la encontrara la policía, y tiene el número de serie borrado. La segunda es que el examen al que estaba siendo sometido mi hijo fue grabado por las cámaras del propio Romeulsson, por lo cual el crimen también debe haber quedado registrado en una cinta o disquete o lo que sea. Esa grabación tiene que estar guardada en algún sitio. Nuestra misión es recuperarla y entregarla a la policía.

–¿No se están olvidando de los testigos? Quizá podemos encontrar a la chica esa que conocía usted de la publicidad y convencerla para que confiese. Seguro que sería eso

más fácil que intentarle robar algo a ese pez gordo que va rodeado de guardaespaldas.

–No contaría con ello. Como la conozco, sé que es dura de pelar y que no me va a echar un capote precisamente. Además, ahora que Magnus está en España seguro que no lo deja ni a sol ni a sombra.

–A saber lo que le habrá hecho a esa chiquita para que no le ayude en esta situación tan comprometida –le murmuró República a Bartolomina.

Gladys las miró con cara de reprobación y las dos se callaron.

–Como decía mi hijo, tenemos la suerte de que Romeulsson sigue en nuestro país por lo que resulta probable que la prueba siga aquí también. Sospechamos que debe de estar tramando algo ya que no es habitual que un hombre de negocios de este calibre permanezca tanto tiempo en el mismo sitio. Probablemente prepare algo relacionado con su diabólico plan. Después de analizar concienzudamente la situación, hemos llegado a la conclusión de que no podemos intentar infiltrarnos en su guarida de Madrid ya que, según la descripción de Rodrigo, la seguridad es casi perfecta. La única opción viable es cogerlo fuera de su territorio habitual, en un sitio donde él no controle todos los factores de su entorno. Nuestra investigación nos ha permitido averiguar que la convención mundial de Konia, su compañía, tendrá lugar en nuestro país dentro de quince días. Como es lógico, a esta convención asistirá el señor Romeulsson.

En realidad, la investigación básicamente había consistido en entrar en el apartado de noticias de www.konia.com donde, felizmente, habían tropezado con esta información. Augusto se detuvo un momento para darle un nuevo trago a su ron. Varios de los asistentes hicieron lo mismo por puro mimetismo.

–El acontecimiento tendrá lugar en el Gran Hotel Kali de Benidorm –continuó, ondeando por encima de su cabeza el folleto desplegable de una agencia de viajes con una foto del edificio sin levantar la vista de un papel–. Se trata del edificio más alto de España, con 188 metros de altura. También es el hotel más alto y más grande de Europa. Tiene 753 habitaciones. Quizá pueda parecer una elección extraña ya que Benidorm no suele ser destino habitual de reuniones de multinacionales pero, gracias a la ayuda del padre Estrada, hemos podido determinar que no se trata de una casualidad. Padre, por favor.

–Gracias, Augusto. Desde tiempos inmemoriales Beni–dorm ha estado asociada a los pitagóricos. Hay una leyenda popular según la cual el caballo del apóstol Santiago, después de ayudar al Cid en una batalla desigual con los moros, le dio una cox involuntaria a la Sierra de Aitana. El trozo de montaña que desplazó fue a parar al mar, convirtiéndose en la isla de Benidorm. La huella que dejó es lo que allí se conoce como «pota del cavall de Sant Jaume». En realidad, este relato es la cristianización de un mito previo que atribuía este hecho al carro de Apolo, dios siempre identificado con Pitágoras. Se dice que allí se refugió un tiempo Teanos, la mujer del filósofo, después de la muerte de este. He descubierto a través de mis investigaciones que, para determinados grupúsculos pitagóricos, había un día que era especial entre todos. Cada cincuenta años la estrella Sirio aparece exactamente por la cuña abierta en la roca y es visible desde la cumbre de esta isla. Según mis cálculos, este hotel ha sido construido entre estos dos

elementos y en perfecta alineación con ambos. Sirio es para estos grupos el lugar de donde proviene la vida en la tierra. El próximo día 29, festividad de Santa Genoveva, tendrá lugar el fenómeno al que me refiero. Este debe de ser el motivo por el cual Romeulsson ha convocado una reunión de sus fieles precisamente ese día. Es de suponer que a la hora exacta de la alineación tenga lugar algún acto de carácter esotérico o similar.

–Sí que sabe este hombre...

–Augusto, ¿recuerdas lo que nos dijo tu amiga Rosinha en la sesión de espiritismo? –murmuró Chema a su amigo–: «Cuidado con la altura, cuidado con la altura».

–No pienso en otra cosa desde hace un par de días, pero ya estamos de mierda hasta el cuello. Intentaremos ir con todo el cuidado posible. No le digas nada a Rodrigo porque ayer se lo recordé y casi me muerde. Está con los nervios a flor de piel.

Rodrigo tomó la palabra.

–Por tratarse de un espacio de estas dimensiones y de carácter público, resulta difícil que nuestro adversario pueda controlar todos sus accesos y montar un sistema de seguridad tan férreo. Además, el complejo consta de dos edificios: el principal de 44 plantas y uno secundario de 18, unidos por un *lobby* común. Konia sólo ha reservado el primero, por lo que en el segundo seguirá habiendo huéspedes como de costumbre. Partiendo de estos datos, la primera parte del plan es la siguiente: Gladys y Bartolomina tienen un pariente que toca en la orquesta Sabor Latino, atracción habitual del hotel. Gracias a su recomendación, las dos empezarán a trabajar en el servicio de limpieza del Kali. De esta forma nos podrán contar lo que pasa en los distintos pisos y las medidas de seguridad que se vayan tomando. Para tener controladas la recepción y la planta baja, S. C. se colocará como botones.

–¿Botones yo? ¿No me podían buscar algo con un poco más de..., no sé yo, glamour? Además no estoy acostumbrado a cargar peso. Lo mío es el trabajo de precisión.

–Necesitamos alguien que controle esa zona y es la mejor forma de hacerlo sin levantar sospechas. Por último, Nogales será el nuevo percusionista de la orquesta.

–¿Por qué no soy yo el percusionista de la orquesta? Eso sí que lo haría bien. Danzón, merengue, bachata, salsa, cumbia. Lo que haga falta. Tengo el ritmo en las venas, *brother*.

–Porque Nogales ya no tiene edad para trabajar de botones, güevón. ¡Cállate de una vez o me levanto y te doy un buen cocotazo! –gritó Gladys zanjando la discusión.

–Los demás iremos unos días más tarde. Algunos nos alojaremos en el Kali y otros en el Torre Quebrada que está justo al lado.

–¿No estará el Magnus este vigilando al señor Rodrigo y nos desbarata el plan?

–No es probable. Romeulsson debe estar pensando que demasiados problemas tengo con huir de la policía como para intentar meterme en la boca del lobo. Es el factor sorpresa que juega a nuestro favor. Como se suele decir, no hay mejor defensa que un buen ataque.

–¿Y quién paga todo esto, señor Augusto?

–Por el dinero no os preocupéis, nosotros nos ocupamos de todo –intervino Rodrigo–. Además, cuando todo esto acabe y pueda sacar mi dinero del banco sin problemas, habrá

una interesante compensación para todos aquellos que hayáis tenido que descuidar vuestros trabajos durante esos días.

–Por eso ni se preocupe –dijo Gladys mirando al suelo.

–Pues a mí sí me interesa. ¿En cuánto estaba usted pensando?

–Sobrino cabrón, si tu madre no pudo meterte en cintura yo sí voy a poder.

–Calma, calma. Como os estaba diciendo, una vez que estemos en Benidorm y que los que trabajan en el hotel nos informen de cómo se están organizando los de Konia, nos volveremos a reunir para trazar el plan de acción definitivo. ¿Preguntas?

–O sea que todavía no sabemos exactamente cómo le vamos a meter mano a Romeulsson, ¿no?

–Tenemos que explorar el terreno antes de precipitarnos, Chema. Aún no tenemos la suficiente información.

–A mí todo esto me parece un poco peligroso. ¿No podríamos hacer algo a distancia en vez de meternos en la boca del lobo? Conozco una señora que nos puede hacer un buen amarre para que ese Romeulsson sufra en sus huesos lo que le está haciendo pasar al señor Rodrigo. Acabaría entregándose él solito, seguro.

–O, si ese hombre tiene poderes, lo podríamos congelar.

–Por curiosidad, ¿qué es eso de congelar? –inquirió Chema.

–Es un ritual en el que se mete el nombre de esa persona en el congelador de la nevera para que no nos haga daño con su magia.

–Coño hermanas, parece que seamos de Barahona. Nosotras no somos brujas. Tenemos que resolver las cosas como se hace aquí en España y encomendarnos a Dios con nuestras oraciones. Yo tengo una muy buena para estas cosas, luego se la paso –dijo Gladys, imponiendo una vez más su ley.

–Bueno, ya que estamos todos de acuerdo y que nadie se quiere dar de baja, vamos a brindar por el éxito de nuestra misión.

Nogales le enseñó a Rodrigo el cadáver de la última botella.

–Gladys, ¿nos podría traer otro ron de esos que compró mi padre?

–Mejor traiga dos.

–Un par de cosas: nos iremos poniendo en contacto con cada uno de vosotros para indicaros vuestro cometido. Importante: cuidado con lo que decís por los teléfonos móviles. Quizá estén vigilados. Por último, ¿quiénes tenéis un Konia?

Más de la mitad levantó la mano.

–Por si las moscas, desactivad el tono que tengáis y poned el aviso de llamada en «un solo bip».

Gladys llegó con las bebidas.

–Quiero proponer un brindis por todos nosotros.

–Por nosotros.

La concurrencia apuró el trago y se empezó a levantar, charlando unos con otros.

Luis Javier se acercó a Rodrigo y este le pasó el brazo alrededor del cuello. Victoria se puso a su lado.

–Antes de que se me olvide, me ha llamado Blanca preocupadísima por ti, como es

lógico.

–Pobrecita, como os podréis imaginar no he podido ponerme a llamar a nadie para decirles que estoy bien. Mándale un beso muy gordo y dile que no se preocupe, pero no le cuentes nada de lo que acabamos de hablar. Lo mismo os digo con Curra.

Victoria parecía inquieta.

–¿No decías que en tu vida no había aventura? Pues te has montado tú mismo una bien gorda y encima te empeñas en empeorar las cosas. ¿Por qué no llamas a la policía? Seguro que ellos acaban resolviendo el caso. Tío, ¿tú te has dado cuenta de lo que quieres hacer y con qué personal? Parecemos el pelotón de los chiflados intentando asaltar Fort Knox –dijo señalando la improvisada pista de baile que se estaba montando entre la cocina y la habitación contigua. En ella Augusto seguía con bastante fortuna el ritmo que marcaba Bartolomina, Nogales se meneaba con República y S. C. intentaba tocarle el culo a Josefina, con Chema que no le quitaba ojo.

–Esa parte es la que le tengo reservada a Luis Javier. Chaval, te necesito para que hables con la policía. No creo que sea inteligente entregarme ahora y pasar a engrosar la larga lista de errores judiciales o casos cerrados en falso. Todas las evidencias juegan en mi contra en este momento y no quiero que Romeulsson desaparezca de aquí durante la investigación. Tengo que enviarles un mensaje por un canal no oficial para explicarles que no soy culpable y que pronto se lo podré demostrar. Es para que nos quiten presión y nos dejen trabajar sin agobios.

–¡Rodrigo, que yo soy abogado matrimonialista, no Perry Mason!

–Pero a alguien conocerás en la policía, o a alguien que conozca a alguien.

–Joder, déjame pensar. Quizá podría hablar con un tal Juan Castiella, el jefe de la agencia de detectives que nos hace seguimientos para clientes. Es un antiguo comisario de narcóticos y seguro que mantiene sus contactos.

–¿Es de fiar?

–Sí, es buena gente.

–Macho, y a mí, ¿qué papel me tienes reservado en toda esta alegre pandilla? ¿La simpática barman del hotel? ¿Salvavidas piscinera? –preguntó Victoria.

–Tú tienes una misión muy especial. Siéntate aquí que te la voy a explicar.

Rodrigo se había superado a sí mismo. Además de una chorrada, lo que le había pedido era poco menos que imposible, pensó Victoria. En resumidas cuentas, lo que quería era que ella se las apañara para meterle «presión mediática» a Romeulsson, conseguir que la prensa se interesase por el lado oscuro del tipo ese, que el público empezase a verlo como un personaje sospechoso y la policía ya no considerase a Rodrigo el único culpable posible del doble crimen, ya que Magnus y Carmen J. White habían aparecido juntos en algunos actos públicos. Vamos, una carambola triple a cuatro bandas.

Victoria, además de acordarse de su santa madre, le preguntó si todavía no se había recuperado del porrazo que le habían pegado los pitagóricos aquellos y que cómo quería que hiciera semejante cosa si ni siquiera era periodista. Él la miró con esa carita de perrito apaleado que tan bien le salía y le dijo:

–Estoy desesperado, tengo que intentarlo todo. Por favor, ayúdame.

–¡Hay que joderse! No podías conformarte con la chorrada de tu libro de autoayuda y tenías que meterte en este follón, arrastrándonos a todos detrás.

Maldiciendo su propia subnormalidad, su amiga se comprometió a intentarlo.

Aunque no era periodista, Victoria conocía bastante gente en el gremio, por lo que siempre se podía contar con el amigo del amigo del amigo para que echara una mano. Primero lo intentó por el lado serio contactando con un par de los pocos periodistas de investigación que hay este país. Sin contarles demasiado, indagó sobre la reputación de Magnus y sobre si se conocía algún trapo sucio que se pudiese sacar.

–¡Uf, cualquiera se mete en ese fregado! –vinieron a decirle–. Si te pones a rascar seguro que sale algo pero estos tíos gastan miles de millones en publicidad. A ver qué medio se arriesga a perder las campañas de Konia.

Lo serio no pintaba demasiado bien, así que no tuvo más remedio que tirarse al fango, y en el fango la que mejor se manejaba era Cristina Belamore, la presentadora de

Gazpacho rosa, y casualmente antigua compañera suya de colegio mayor. Después de algunos intentos frustrados de destacar en la sección cultural de varios periódicos provinciales, esta mujer se buscó una reconversión en la entonces naciente industria de la prensa rosa. Con los años se había convertido en una de las piedras angulares del ramo: además de su propio programa de televisión, tenía dos tertulias en la radio y columnas en no sé cuántas revistas. Conseguía dar a sus informaciones un tono de un gran rigor, como si tuviera todos los secretos de cada caso en un cajón de su casa y sólo estuviera desvelando una pequeñísima parte de lo que sabía. Por estas casualidades de la vida, le debía algunos favores a Victoria, pero sobre todo sabía que la fotógrafa sabía cosas que no le convenían a su imagen de jueza del Bien y del Mal televisiva. Tres años conviviendo en la misma habitación dan para mucho.

Cristina la recibió en un chalet que acababa de remodelar en la calle Alfonso XIII y que había decorado en estilo muy clásico, un poco como las casas de las aristócratas de papel cuché que ella se dedicaba a crucificar desde sus tribunas. Todo el salón estaba lleno de miles de pequeños objetos: animalitos de cristal, pequeños relicarios, platos de porcelana. A Victoria le pareció que con toda esa galería del coleccionismo se podían poner varias casas. También había algunos cuadros que no estaban nada mal. Incluso le pareció reconocer un Manolo Valdés. Estaba claro que el negocio de la casquería humana daba para mucho.

—¡Victoria, cariño, estás divina! Bueno... es un decir porque ahora que me fijo llevas unas pintas imposibles. Una camiseta toda rota, una chaqueta vaquera, unos pantalones súper *out* y unas zapatillas cochambrosas. Así no se puede ir por la vida y menos a tu edad. Te voy a dar el teléfono de una estilista atómica que te va a dejar colosal. Además te voy a recomendar a una amiga dermatóloga porque se nota que te pones morada de grasas *trans* y tienes el cutis fatal. Las fotografías también necesitan cuidar su imagen aunque estéis detrás de la cámara.

—Mira Cristinita, déjate de grasas *trans* y esas pijadas y no te hagas la ideal conmigo que todavía me acuerdo de cómo te teníamos que llevar a la ducha a punta de pistola porque no querías tocar el agua ni con un palo. Que nos conocemos desde que te apellidabas González Martínez, siglos antes de que te inventaras la horterada esa de Belamore. Si te parece nos vamos a ahorrar los cumplidos y vamos derechas al grano.

—¿Magnus Romeulsson? No me suena. ¿Va a las cenas de poder de Sotogrande?, ¿a las fiestas de Michael Douglas en Mallorca? ¿No estaba en el barco de Valentino el verano pasado con Rosario Nadal?

A la pobre se le había atrofiado un poco el cerebro de tantos jesulines y pantojas y Victoria le tuvo que explicar de quién estaban hablando.

—¿Y dices que le quieres sacar mierda al tío ese? Bueno, puede tener interés. La gente siempre está deseando ver despellejados a estos multimillonarios inalcanzables. ¿Tienes algo real que le podamos colgar?

Victoria le contó toda la historia de Rodrigo y lo de los dos crímenes.

—Te he preguntado por algo real. Lo de tu amigo y los asesinatos está más claro que el agua, ya hablamos del tema hace unos días en el programa y no quedó la más mínima

duda de que había sido él. Hasta su madre parecía tenerlo claro. La encuesta que hicimos por sms entre la audiencia al final del programa dio que el 73 % era partidario de cortarles directamente los huevos frente a un 27% que quería que lo metieran en una celda y tirasen la llave al mar.

–Piensa Cristinita, piensa, que no quiero ponerme a hurgar en el baúl de los recuerdos. A lo mejor sale alguna foto de los tiempos gloriosos que les iba a interesar a tus competidores.

La periodista la miró con cara de odio mientras estrujaba con la mano derecha un perrito de porcelana, haciendo sonar las pulseras de oro de la muñeca.

–Tenemos que encontrar algo realmente morboso –dijo–. No puede ser nada de sus empresas porque eso no interesa a nadie. Déjame que piense un poco y no me pongas nerviosa... Por lo que me dices, este hombre no está casado ni tiene hijos conocidos. Eso puede ser una ventaja... Quizá algo de pederastia o algo así, que siempre da buen resultado. El año pasado se lo colgamos al presidente de un club de fútbol y funcionó de fábula.

Siguieron un rato dando vueltas a posibles incestos, ligues chaperos, hijos ilegítimos con distintas famosillas hasta que llegaron al tema de las sectas.

–Por ahí podemos sacar algo. Tendríamos que darle una vuelta de tuerca más para hacerlo novedoso, esto de las sectas ya se explotó mucho hace un par de temporadas –se quedó un momento maquinando, dándole vueltas a su collar de perlas. Para su profesión de oráculo del mundo rosa, Cristina se interpretaba de señora bien, con traje de chaqueta de Chanel y casquete de peluquería.

–¡Ya está! Si estaba clarísimo: ¡una secta sexual! Obligan a pobres chicas y chicos a entrar en esta secta para satisfacer sus deseos más aberrantes. ¡Perfecto! Esto puede ser un bombazo. Voy a poner al equipo de investigación a trabajar en este tema ahora mismo –dijo la periodista cogiendo el teléfono.

–¿Tú crees que podrá colar algo así?

–Ay, hija, Victoria, sigues teniendo tan poca imaginación como cuando estábamos en el dichoso colegio mayor. Tú déjame a mí.

Una semana después toda España estaba enganchada al culebrón del gran magnate dueño de una secta que alienaba a los adolescentes.

–¡Qué seco está todo esto, Madre de Dios! ¡Qué país este en el que nunca llueve!

Para cualquier españolito acostumbrado al paisaje de Levante, la autopista que une Alicante con Benidorm no es más inhóspita que otras similares, incluso hay algunas huertas con naranjos y cosas así. Sin embargo, aquello era casi una ofensa a los ojos caribeños.

–Donde esté nuestra tierra, toda verde y olorosa, que se quiten todas las demás.

En un pequeño coche de alquiler Rodrigo, República, Josefina y Chema se dirigían a lo que en las películas de acción se suele denominar su «cita con el destino».

–Por lo menos vamos a ver el mar. ¡Hace tanto que no veo el mar! La playa, las terrazas con su cervecita fría, las olas, la arena...

–No te hagas muchas ilusiones, niña. Aquí venimos a trabajar.

–¡Qué vida esta la de los pobres!, siempre trabajando.

Después de una pequeña loma quedó al descubierto en la distancia un gran edificio negro a la derecha de la carretera, aparentemente en mitad de la nada.

–Ahí está el hotel.

–¡Qué tamaño que tiene!, sí que es grande... ¿Y dónde está el resto de la ciudad?

En la siguiente curva se empezaron a ver algunos otros edificios.

–¡Aaay, mira tía!, ahí está Terra Mítica. Estuvieron Remei y Hiara y me dijeron que es cheverísimo.

A la izquierda se podían ver las atracciones del parque, en la loma de la sierra.

–¡Qué barbaridad, lo que han construido aquí! Hace mucho que no venía por aquí pero esto está irreconocible –dijo Rodrigo, que es lo que siempre se dice cuando uno va a alguna ciudad de la costa que hace tiempo que no visita.

Benidorm, la ciudad con más hoteles que Grecia, más bares que Gran Bretaña, más discotecas que la mitad de las naciones de la ONU juntas, la de los cuatro millones de visitantes anuales y la de las 180.000 personas disputándose el espacio de una toalla

diariamente en la playa, se desplegaba ahora a ambos lados de la carretera.

A Rodrigo le vinieron a la cabeza las imágenes de su viaje de fin de curso en COU, cuando se escapó con un grupo de amigos a ese supuesto paraíso de sexo y suecas sin que su santa madre lo supiera. ¡Qué manera más feroz de beber! Gin tonics, sangría, whiskys, champán del barato. Cualquier cosa para llegar tajado a la discoteca aquella donde una tía bailaba metida en una jaula. ¿Cómo se llamaba ese sitio? ¿Pachá? ¿O lo estaba confundiendo con el de Ibiza? ¿Penélope? Al final todo para que el único que ligara fuera Luis Serrano y encima con una de Pamplona. Y aquellos ingleses de la habitación de al lado que cantaban el *You'll never walk alone* del Liverpool a todas horas. No había forma de dormir. Cómo pusieron el hotel los cabrones con los extintores y qué leches que les dieron a él y a sus amigos cuando fueron a protestar. Se tocó la barbilla y sonrió con nostalgia.

–Qué barbaridad, qué cantidad y qué altura de edificios. Es increíble –Chema miraba de hito en hito los edificios de miles de plantas. Benidorm no se encontraba en su guía turística personal.

–Pues no has visto nada. Esta es la playa de Poniente, la tranquilita. En la de Levante sí que ibas a alucinar con la cantidad de torres por centímetro cuadrado.

Se estaba haciendo de noche. En la colina del fondo se levantaba por encima de todos los edificios la enorme masa del Gran Hotel Kali. Según se iban acercando aquello daba una sensación ciertamente lúgubre. Era como una desproporcionada catedral gótica varada a la orilla del mar, algo antinatural y fuera de sitio. Todos quedaron en silencio por un minuto.

–¿Y eso es un hotel?

–Eso parece. Bueno, os recuerdo vuestros papeles. Es importante que en el hotel sólo saludéis a aquellos de nuestro grupo que se supone que conocéis. Ejemplo: a mí supuestamente no me conocéis de nada así que no me saludáis. República, usted es la mujer de Nogales. Es usted muy celosa y le gusta tener vigilado a su hombre. De esta forma estará justificada su presencia constante en el hotel. Se alojará en la pensión Santos.

–¡Quién me iba a decir que iba a acabar casada con el bueno de Nogales después de todos estos años!

–Chema y Josefina, sois una pareja de hecho o matrimonio, lo que más os guste, pero que el marido no se haga muchas ilusiones porque la niña debe coquetear y camelarse a todo el que convenga. Esto de meterle cuernos al carcamal con su mujer veinteañera suele ser un cebo irresistible.

Chema torció el gesto. Rodrigo le estaba tocando un poco las narices últimamente.

–¿Realmente crees que vas a pasar desapercibido con esas pintas? Te están buscando por todas partes. Has salido en no sé cuántos programas de sucesos en la tele. Tienes a todas las marujas del país al acecho. Porque te rapas el pelo, te lo tiñas de rubio, te pongas lentillas negras y te dejes perilla no vas a parecer otro. Eres tú mismo pero en quinquí. Además te han salido unas orejas de soplillo descomunales.

Otra vez la cruz de las orejas después de todos estos años.

–¿Tú no te has fijado en las fotos de los etarras con distintos disfraces que ponen en los aeropuertos? Ya puedes tener a Josu Ternera cenando en tu casa que seguro que ni te enteras. Esto es Benidorm y la gente aquí tiene pintas raras por definición. Además, el hotel tiene 753 habitaciones. Es imposible que nadie se fije en nadie.

–¡Qué divertido! Esto va a ser como una de esas películas de espías –rió infantilmente Josefina.

–Mientras no se acabe convirtiendo en una de Torrente.

La entrada del Kali era impactante, eso no se podía negar. Dos ascensores panorámicos recorrían el interminable espinazo del edificio. Techos altísimos con grandes lámparas. Gigantescas cristaleras. Mucho acero y mucho gres. Se asemejaba más a un aeropuerto que al *lobby* de un hotel, excepto por los grandes carteles indicadores reflectantes (restaurante, cafetería, centro de belleza, salón de baile), más propios de una estación de autobuses. Una anacrónica calesa junto a las puertas giratorias anticipaba la confusión decorativa general luego confirmada por los sillones y mesas de saldillo esparcidos por los distintos espacios y la mezcla de materiales utilizados. Todo muy acogedor.

Una variopinta multitud cruzaba la recepción en distintas direcciones: los consabidos ingleses que presentaban su firme candidatura al cáncer de piel, jubilados escandinavos, familias españolas, paisanos de tierra adentro con su sombrero y su bastón que venían a disfrutar de la vista panorámica desde la azotea (5 eurolos para los visitantes, 1 para los huéspedes).

Rodrigo, que había entrado solo en el hotel tras depositar a sus acompañantes a una distancia prudencial, pasó de largo el interminable mostrador de recepción, coronado por una hilera de pantallas de plasma. No llevaba maleta ni tenía intención de registrarse por aquello de no correr el riesgo de que, por una vez en este país, dos ordenadores que no fueran los de Tráfico o Hacienda cruzasen información y fuesen precisamente el de este hotel y el de la policía. Su idea era alojarse de tapadillo en la habitación que compartían Augusto y el padre Estrada, que se hacían pasar por dos pensionistas en busca de damas del Insero. Contaba con que los más de dos mil huéspedes del hotel hicieran imposible el control. Salió a la zona de la piscina. Más bien de las piscinas. Tres enormes manchas azules dominaban el gran patio interior rodeado por otros edificios. Ni rastro del mar. Levantó la cabeza para admirar una vez más la torre. De cerca no parecía tan negra, pero los tubos fluorescentes verticales de color azul que coronaban el edificio, y que se acababan de encender, acentuaban su aire inquietante.

Buscó entre las mesas a sus dos compañeros de cuarto pero sin fortuna. De repente se topó con una cara familiar. Parecía una señorona del barrio de Salamanca y, aunque intentaba camuflarla con algunos detalles supuestamente juveniles, su indumentaria demasiado peripuesta chocaba con el ambiente vacacional reinante. Rodrigo se quedó mirándola mientras ella hablaba con un camarero. No acababa de caer de qué la conocía.

–¡Coño!, si es esta... Cristina como se llame, ¡la presentadora del puñetero programa de televisión!

Se escabulló como pudo, continuando con su búsqueda. Finalmente, a través de una cristalera, divisó a Augusto en un salón interior. Volvió a entrar en el edificio y se dirigió a lo que aparentemente se llamaba Cafetería Pino Bravo. En ella una pareja de ingleses talluditos (*Nik & Julianne duo, professional show*) interpretaban al piano eléctrico el mítico *It's not unusual* que inmortalizó Tom Jones. En la pista dos parejas de veteranas extranjeras rocanroleaban con más o menos acierto y se reían entre ellas mirando a una esquina. Allí estaban su padre, que levantó la mano para llamar su atención, y el páter, enfundado en una vistosa camisa de flores que Rodrigo recordaba habérsela visto puesta al autor de sus días en alguna ocasión.

–¡Vaya, hijo, qué cambio de imagen! Menos mal que, como dicen los ingleses, *blood is thicker than water*, porque si no no te hubiese reconocido. ¿Qué tal el viaje?

–Pues hasta hace cinco minutos muy bien pero me acabo de encontrar en la piscina a una periodista de la tele que hizo hace poco un reportaje sobre Rodrigo, el asesino de vecinitas.

–¿Te ha visto? No creo que esté aquí por lo tuyo. Seguro que ha venido de vacaciones.

–Esta gente sólo va de vacaciones donde hay carnaza y aquí en Benidorm no hay mucho glamour que digamos.

–Nada es perfecto, pero no se puede negar que tu amiga Victoria ha hecho un buen trabajo –Augusto le enseñó la portada de una revista con una foto de Magnus con cara de rijoso rodeado de jovencitas con camisetas de Konia y un titular muy explícito: «¿Magnate santo o mafioso sádico?». Y continuó–: Ahora, además de lo de la secta sexual, le han sacado no sé qué relaciones con la mafia rusa. A este paso le van a acusar de la muerte de Manolete.

–Sí, la tía lo ha bordado. Yo creía que había conseguido que los medios se olvidaran de mí un rato pero ahora no sé...

–Ya nos ocuparemos de eso. ¿Qué tal el viaje de Madrid hasta aquí? –preguntó Augusto cambiando de tema.

–Bien, sin problema. En la estación no había demasiada policía, ni en Madrid ni en Alicante, y parece que el disfraz que me he inventado funciona. En el tren me he cruzado con la tía Dolores y me ha mirado con cara de asco sin darse cuenta de que era yo.

–Ya sabes que las hermanas de tu madre son medio idiotas pero tu disfraz es realmente bueno.

–¿Qué tal por aquí?

–Todo bajo control, los de Konia llegan mañana. Su avanzadilla ya está aquí y han empezado a establecer medidas de seguridad. Nuestros infiltrados en el hotel ya se han hecho con la situación. Conocen a todo el mundo y saben cómo manejarse por aquí.

–No he visto a S. C. por la recepción.

–Seguro que es porque estaba llegando un autobús de turistas y se ha quitado un poco de en medio para no tener que cargar maletas pero es un chico avisado y ya tiene a los recepcionistas y conserjes en el bote.

–Padre, ¿usted qué tal? –preguntó levantando un poco la voz por la música y poniéndole una mano en la rodilla. El sacerdote pegó un respingo.

–Pues qué quieres que te diga, hijo. Son muchos años vestido de cura y me siento un poco raro con la ropa que me presta tu padre. Además, no estoy acostumbrado a que me miren las mujeres, que me miren como miran aquellas al menos, y esto me altera un poco.

–No se preocupe. Todo es cuestión de acostumbrarse. Pero va a ser mejor que no se arrime mucho a esas perdices porque le pueden poner el voto de castidad de bufanda.

–No le metas miedo que tenemos que representar nuestro papel y en algún momento se tendrá que soltar a hablar con alguna señora.

–¡Por favor Augusto, que me debo a mi ministerio! Además, no pretendo ganar ningún Oscar. Interpretaré al amigo tímido.

–No te lo recomiendo, a estas edades esos son los que más ligan.

Augusto se moría de risa.

–Las cosas que tengo que hacer por un amigo, qué cruz.

–Ahora que estamos todos aquí y tenemos más información habría que reunirse para perfilar el plan definitivo. ¿Habéis localizado por aquí algún sitio discreto donde no llamemos la atención?

–Por aquí cerca está Don Olsën de la Mancha, un bar sueco, lleno de suecos que sólo hablan sueco. Incluso tiene un pequeño reservado.

–Perfecto, avisad vosotros a Chema y a Josefina. Ya deben de haberse registrado y subido a su habitación.

–A su nidito de amor...

–Por cierto, échale de vez en cuando un ojo a tu amigo que yo creo que se está entusiasmando un poco demasiado con el papel.

–Ya sabes, es todo corazón.

–Pues que se deje de tonterías. Nuestra misión ya ha empezado.

–Alabado sea Dios, que Él nos proteja.

–Espero que no hayáis venido en grupos, como os indiqué. Que no se os pase por la cabeza hacer pandillitas ni cosas así. Os recuerdo que no os conocéis. Estos sitios turísticos están llenos de policía y hay que tomar las precauciones mínimas. Además, os podría ver alguien del hotel y sospechar algo raro.

Si alguien esperaba diseño escandinavo seguro que se había llevado un chasco. El interior del bar parecía traído piedra a piedra desde la provincia de Albacete, excepto por unas cuantas bufandas del Rosenborg y la foto de los reyes Gustavo Adolfo y Sylvia. A pesar de estar situado en un edificio de pisos de los años sesenta en pleno centro de la playa de Levante, hoces y rastrillos colgaban de paredes encaladas toscamente junto a grandes sombreros de paja y una chimenea campera que le daba un aire muy agrobucólico. Unos supuestos cuadros con episodios del *Quijote* completaban la desconcertante escena.

–¿Tendrán algo de comer en este lugar? Lo que sea –S. C. estaba muy inquieto–. A ver, aquí hay una carta. Carajo, todo en sueco. *Smörgasbord*, *Smörgasbord* por todos lados. ¿Qué será eso? *Fraulein*, *Fraulein*. Tráigame dos de estos. Rápido, por favor.

–Chico, tranquilo, ¿qué te pasa? –le preguntó Rodrigo sacándole el menú de las manos.

–Cómo se nota que usted no lleva trabajando quince días en ese hotel. Acabo comiendo a las cinco de la tarde cualquier cosa que sobra en la cocina. Y encima ustedes no me dan dinero ni me dejan tomárselo prestado a los clientes, ni siquiera puedo salir a comerme una triste hamburguesa al McDonald's.

–El otro día le sorprendí justo con la mano en el bolsillo del saco de un cliente. ¡Menos mal que estaba yo allí! Pero creo que ya no se le volverá a ocurrir más.

–No se preocupe, tía Gladys. El mensaje me ha llegado alto y claro. Todavía me bailan dos dientes.

–A mí no me resulta tan mala la comida del hotel. Se puede elegir de todo en el self-service y se puede tomar cuanto se quiera. A veces incluso sobran langostinos –dijo

Nogales.

–Si ese es el problema, yo como las sobras de las sobras de lo que comen ustedes. Las cosas llevan recalentándose, por lo menos, cinco horas.

–Ya está el señor privando. Claro, como está acostumbrado a cenar en grandes restaurantes con las tarjetas de crédito que roba, toda la comida honrada le parece mala.

–Quite, quite, Bartolomina, si tiene razón su sobrino. Yo como allí porque tengo que enterarme de lo que pasa en el hotel, pero el sistema ese del buffet es fatal. Todo acaba recalentado. La comida hay que hacerla cuando se va a comer o por lo menos calentarla justo antes, no tenerla allí durante horas. Esas verduras que saben a lejía, ese pescado reseco, esos huevos revueltos que parece que llevan allí desde la muerte del Caudillo...

–¿Y esos postres que parecen plastificados? –intervino Augusto, que era de demasiado buen comer para los menús turísticos.

–¿De qué caudillo habla?, ¿del Generalísimo Trujillo o de Balaguer?

–Pues las judías verdes que pusieron el otro día no están mal...

–Quizá, pero mira que tener una paella tan mala, ¡precisamente aquí! ¡En plena provincia de Alicante! Es un auténtico crimen.

–Balaguer sí que sabía hacer las cosas. Ese hombre tenía poderes, estoy segura. Ya lo decía mi padre: «Hija, en casa lo que diga yo, en política siempre lo que diga Balaguer».

–Siento interrumpir esta conversación tan apasionante pero deberíamos ponernos a lo nuestro. En primer lugar, ¿alguien sabe qué hace esa periodista de la tele en el hotel?

–Yo ya la tengo acechada. Parece que está haciendo un programa sobre este Magnus. Habla mucho con todo el personal del hotel y con los guardaespaldas y les pregunta cosas de él, que cuándo llega, que qué come, que si viaja con niños –intervino Gladys.

–¿No ha preguntado nada sobre mí?

–Que yo sepa sólo pregunta por el millonario.

–Parece que estamos de suerte. Debe ir bien de audiencia lo de Magnus en la tele y debe estar preparando un reportaje especial. Como hay prensa al acecho, os pido que extreméis todas las medidas de precaución. Andad con mucho cuidado que esta gente tiene ojos en el cogote. Bueno, sigamos con el plan. Augusto y yo hemos estado esta tarde analizando la información que habéis estado recopilando durante estos días y ya tenemos un plan definitivo. Es muy sencillo pero necesita de gran precisión y coordinación. Además no podremos ensayar, habrá que aprovechar la oportunidad cuando surja y no fallar.

Rodrigo se vio como George Clooney en *Ocean's Eleven*, diciéndoles a sus compinches cómo iban a ingeniárselas para robarle los casinos a Andy García. En los últimos días, para ambientarse, se había empapado de todos los clásicos del género, desde *Atraco a las tres* a *El golpe*. El *déjà vu* sólo duró un segundo. Hizo uno de sus silencios teatrales mirando a los miembros de su banda.

–El señor Romeulsson está alojado en la última planta del edificio, es decir en la 44. Tiene reservado ese piso entero para él. Allí le han instalado una sala de reuniones y un amplio salón donde hay una gran cantidad de equipo electrónico que Gladys y Bartolomina no han podido identificar cuando han estado allí limpiando. Además hay un

dormitorio grande con un vestidor y dos cuartos de baño.

Enseñó un plano dibujado en una servilleta por su asistente reconvertida en espía.

Se fueron pasando el papel unos a otros. Lo miraban desde distintos ángulos para intentar orientarse en relación a la piscina. En un momento se montaron dos bandos con dos teorías distintas.

Rodrigo los miró nostálgico, recordando por un momento las cenas con sus amigos. Hizo un esfuerzo por bajar de la nube.

—¡Concentración, POR FAVOR! Según han podido enterarse ellas, las 4 plantas siguientes están ocupadas por su personal de seguridad y sus colaboradores más íntimos, es decir, las 43, 42, 41 y 40. Como sabéis, en este hotel son muy estrechas. Normalmente no hay más de seis cuartos en cada una ellas. El resto de los pisos del edificio grande estará ocupado por el otro personal de Konia que no debería suponer ningún problema para nosotros ya que es obvio que debe ser ajeno a la conspiración que planea su jefe. Aparentemente, las habitaciones se sortearán entre los asistentes al congreso para que no haya peleas sobre quién tiene una habitación más alta o más baja.

—Hay gente que viene de fuera que ha pedido habitaciones bajas porque tienen miedo a los edificios tan altos y a los medios de los bomberos en España. Parece que algunos todavía se acuerdan del incendio del edificio ese en Madrid y de cómo el agua sólo les llegaba hasta el 8°.

—Y también está lo de las Torres Gemelas.

—Gracias por este interesante apunte sociológico, S. C. Como os iba diciendo, seguramente Magnus pasará la mayor parte del tiempo trabajando en su habitación pero en algún momento tendrá que bajar para asistir a las ponencias o para hablar él mismo ante la convención. En ese momento actuaremos. Para operar con más garantías de éxito, debemos saber algo más de las medidas de seguridad del ático y de los aparatos que han podido ver Gladys y Bartolomina. Es necesario que introduzcamos a alguien en las habitaciones de Romeulsson.

Nuevo silencio teatral. Otra miradita a los ojos de todos los asistentes.

—Y este hombre ¿por qué se queda callado a cada rato y nos mira fijo a los ojos? ¿Será para ver si estamos atentos como en la escuela? —preguntó República a Bartolomina

—El encargado de esta misión será el padre Estrada. Cambiamos el plan inicial y vuelve a ser usted mismo. Usted es un autor muy conocido de temas esotéricos. Es más que probable que nuestro adversario conozca sus obras.

—Puede ser. *Nuestra Señora de Coromoto, el Anticristo y el moño de Pitita Ridruejo* se vendió muy bien en muchos países de Europa.

—Aprovechando esta circunstancia, usted le hará llegar un mensaje a Magnus a través de sus secuaces haciéndole saber que está en el hotel y que tiene una información de gran importancia para él.

—¿Como qué?

—Ya lo pensaremos. Como iniciado que es en estos temas, este cebo le debe resultar irresistible. Ese libro que me dice venía con un CD de regalo, ¿verdad?

—Sí, un CD interactivo de los misterios de Nuestra Señora.

–Bien, así pasaremos los detectores de metales. Usted va a verle y le lleva el libro de regalo. En él esconderá un pequeño micrófono, ya que resulta más manejable que una webcam y seguro que nos proporcionará datos interesantes. Lo instalará en un momento de descuido de su anfitrión. Por otro lado, debido a sus investigaciones parasicológicas, estará usted familiarizado con distintos aparatos de seguridad y escucha por lo que debería ser capaz de identificar los que tenga Magnus en su habitación.

–Hijo, una cosa es organizar una psicofonía o una ectoplasmia y otra muy distinta memorizar un sistema de seguridad de estas características...

Rodrigo continuó como si oyera llover y el padre tampoco insistió mucho, encantado de dejar su papel de galán otoñal y recuperar su dignidad sacerdotal.

–Aunque encontraran el micrófono al cabo de poco tiempo, algo de información conseguiremos. Además, lo importante es que se enrolle usted un buen rato con sus historias y pueda hacerse una idea de la rutina habitual del lugar: quién suele estar allí, quién entra y quién sale, ese tipo de cosas. Si además puede llegar a deducir dónde se guardan las cosas de valor, miel sobre hojuelas.

–Por lo del micrófono no se preocupen. Cuando trabajé para la Presidencia de la República los ponía todo el rato. Unas veces los ponía en casa de los de la oposición y otras eran los de la oposición que me contrataban para ponerlos en el palacio presidencial. Puedo montar uno con los ojos cerrados y liando un cigarrillo con la otra mano –dijo Nogales desde detrás de sus gafas negras.

Rodrigo aprovechó la pequeña interrupción para meterse en la boca un arenque, parte del *Smörgasbord* que había quedado tiritando tras la rapaz intervención de S. C. Con su representación del papel de *Capo di tutti capi* le estaba entrando hambre.

–¿Realmente crees que en la habitación del supermagnate de las telecomunicaciones vamos a poder poner un micrófono sin que haya doscientos aparatos que lo detecten? Y además, estos de Konía son suecos, ¿no? ¿Qué pasa si este tío habla todo el día en sueco? ¿Quién es el guapo que nos traduce las conversaciones?

Este Chema se estaba aficionando a tocar las pelotas.

–Tú no te preocupes por todo eso. Yo conozco a Romeuls–son y habla en inglés con sus colaboradores. Además, lo importante es tener una información lo más completa posible del sistema de seguridad y eso se puede hacer a ojímetro.

–Si habla en sueco, siempre le podremos traer las grabaciones al dueño de este garito para que nos las traduzca –bromeó S. C.

En ese momento, el bueno de don Olsén, más Sancho que Quijote, servía una nueva ronda de cervezas. Al intuir que hablaban de él, su rubicunda cara se iluminó con una sonrisa cortés.

–Continuemos. Una vez que conozcamos bien el terreno donde debemos actuar se trata de volver a la habitación para llevarnos lo que hemos venido a buscar. Esta vez nos tendremos que colar en ella sin ser invitados, aprovechando la ausencia de Magnus. Para lograrlo hemos de crear una confusión que nos permita traspasar las medidas de seguridad.

–¿Quiénes serán los encargados de entrar?

–Yo mismo, como es lógico, y S. C., que está acostumbrado a este tipo de trabajo.

–Finalmente se reconoce mi talento y se me encarga un trabajo fino, digno de mí. Siempre he soñado con un trabajo de los grandes, de esos que salen en los diarios. Aunque nunca hice algo así, estoy seguro de que lo voy a bordar.

–Oír esto me tranquiliza enormemente. El carterista ascendido a gran ladrón de guante blanco. Parece que la movilidad social todavía funciona.

Rodrigo le dedicó a Chema otra mirada asesina.

–Por si necesitan ustedes asistencia yo puedo intentar que me destinen ese día a limpiar esas plantas. El encargado es un gallego un poco azaroso pero ya lo tengo comiendo en la palma de la mano. Yo creo que es importante que quede todo como estaba. Seguro que se ponen a buscar las pruebas y después lo dejan todo revuelto. Una cosa es robar y otra es dejarlo todo hecho un asco.

–Gracias Gladys, esta es la actitud que quiero en mi equipo. Su colaboración nos podría servir de gran ayuda, especialmente para introducir en esa planta el material necesario. Como os estaba diciendo, para que S. C. y yo podamos entrar hace falta una maniobra que distraiga a los de seguridad y que nos deje vía libre para acceder al piso de Romeulsson. Los encargados de esta tarea serán Josefina y Chema. Josefina empezará a coquetear cuanto antes con los encargados de custodiar estos accesos para ir calentando la cosa...

–¿Y si hay varios turnos de guardia?

–Pues si hay distintos turnos se las tendrá que apañar para coquetear con todos ellos, Chema. Probablemente no sabremos hasta el último momento cuándo podemos actuar.

–Yo lo que quiero que quede claro es que soy una chica seria que normalmente no hago esas cosas. Si me hubiese dedicado a putear como otras ya tendría por lo menos un departamento y un carro.

–Por eso no te preocupes. Todos estamos convencidos de que eres una mujer decente donde las haya y aquí están tus tías para corroborarlo. Tienes que imaginarte que eres una actriz y que es una escena que pide el guión. Cuando llegue el momento, debes representar tu numerito de seducción con los vigilantes, esta vez más subido de tono que las veces anteriores. En ese momento aparece Chema y monta un gran escándalo, intenta agredir a los guardias y en mitad del lío finge un ataque al corazón.

Lo del infarto lo había tomado prestado de *Ocean's Twelve*.

–S. C. y yo aprovechamos la confusión y subimos hasta la planta de Magnus.

–¿No habrá guardas en ese piso?

–Lo normal es que los guardaespaldas de Romeulsson le acompañen a todas partes, y si él está fuera de su cuarto ellos deberían estar con él. Si vemos que no es así, nos encargaremos de neutralizarlos. Ya veremos cómo.

–Les puedo decir que les hice un cafecito para que estén más despiertos y ponerles dentro uno de mis brebajes especiales para que duerman a patas abiertas.

–Gran idea, Gladys. Como sabéis, las puertas de las habitaciones del hotel son de las que se abren con una tarjeta magnética, pero están controladas por un ordenador situado en la planta baja, como tantas otras cosas. República, gracias a sus conocimientos

informáticos, entrará en el sistema y nos dará acceso a la suite de nuestro enemigo. Si por algún motivo de seguridad esto no es posible, S. C. forzará la cerradura. Lo realmente importante es que acto seguido cambie los códigos de las demás puertas para que nadie pueda salir de sus cuartos. Esto creará confusión e impedirá que interfieran en nuestra operación. ¿Ha podido echar usted un vistazo al programa como le indiqué ayer?

–Lo estuve comentando con el tutor de mi curso a distancia y parece bastante sencillo. Creo que no habrá mucho problema.

–Justo después Nogales provocará un apagón que bloqueará los ascensores. Esto impedirá una respuesta rápida de los de seguridad de la recepción si se dan cuenta de que algo raro está pasando o suena alguna alarma. Es la ventaja de operar en un piso tan alto, si tratan de subir por la escalera tardarán siglos. A la vez, Nogales realizará un barrido radioeléctrico que inutilizará los teléfonos móviles en todo el hotel.

–¿¡Un barrido queeé!?

–Un barrido fotoeléctrico, lo que hace la policía cerca de ciertos edificios oficiales y que nos deja sin cobertura en los momentos más inconvenientes. No se preocupe por cómo se hace. Hemos encontrado una página web que lo explica paso por paso y parece que está superclarito. Una vez dentro de la habitación S. C. inutiliza las alarmas, encontramos la cinta de vídeo y salimos de allí. Calculo que tenemos unos 10 minutos, que es lo que pueden tardar en subir por las escaleras desde la recepción.

–Ya me encargaré yo de encerar con una cera bien deslizante los escalones de los últimos pisos para que se tarden un chin más.

–Bien pensado, Gladys.

–Pero ¿cómo vamos a salir del cuarto de este Magnus si los ascensores están bloqueados y los malos están subiendo por las escaleras? ¿Volando?

–Tú lo has dicho S. C. Volando.

S. C. sudaba como un pollo y eso que el aire acondicionado del coche estaba a tope. Nunca había sudado tanto en su vida. Del polo Lacoste verde manzana se podía haber sacado fácilmente un cubo lleno y los Dockers parecían delatar una meada colosal. Por la pierna sentía caer las gotas de sudor que iban a parar a sus náuticos Sebago.

–¿Volando? –había dicho con una carcajada incauta. Ahora se iba a enterar de lo que era volar. Rodrigo pensaba salir volando de la habitación. Volando en paracaídas ni más ni menos. Y pretendía que se tirase él también. Él, que nunca quiso siquiera asomarse a lo más alto del Faro de Colón cuando estuvo en Santo Domingo.

Sacó de su bolsillo el papel que le había dado el loco aquel. Como era lógico, estaba muy húmedo y le costó algo desdoblarlo. Era la copia de una página de Internet.

Borja Orfila salta en Benidorm
desde el edificio más alto de España
PARACAIDISMO

A las 9:15 horas de este 13 de marzo, Borja Orfila Ruiz (42 años), experimentado paracaidista y saltador B.A.S.E. de Red Bull, completaba con éxito un salto desde la azotea del Gran Hotel Kali, situado en la playa de Poniente de Benidorm. Con 188 metros de altura, es el hotel más alto de Europa y el edificio más alto de nuestro país. Orfila se lanzó al vacío desde la última planta, la número 44, situada a una altura de 157 metros.

Que un tipo hubiera sido capaz de hacerlo no le animaba absolutamente nada. ¡157 metros, Virgen de Altagracia bendita! ¡Maldito dinero! Maldito el momento que le pusieron encima de la mesa los cuatro billetes de 500 euros. Como la mayoría de los humanos, nunca había visto uno de cerca. Tan morados, tan nuevecitos. Fue incapaz de negarse a nada.

–No te preocupes de nada. Es prácticamente un abrir y cerrar de ojos. Antes de que quieras darte cuenta estamos aterrizando en el parking. Allí nos está esperando Augusto con la furgoneta y en dos segundos estamos fuera del alcance de los de Konia. Yo he

dado varios cursos de caída libre y te voy a ayudar. Por supuesto, te someteremos a un entrenamiento específico y si creemos que no estás preparado nadie te forzará a ello.

Muy fácil de decir para el piquito de oro este. Para los señoritos como él, el tirarse en paracaídas debe ser una asignatura más en esos colegios de ricos; seguro que lo estudian desde chicos, como la gimnasia o el catecismo. Pero cuando uno se ha criado en un pueblecito de San José de Ocoa, el lanzarse al vacío es algo serio.

El coche se detuvo en un semáforo. Hoy era el primer día de su jodido entrenamiento específico. Estuvo a punto de abrir la puerta y salir corriendo, pero la promesa de más billetes de 500 le dejó clavado en el asiento.

—¡Chaval, no sigas sudando que vas a desaparecer! Rodrigo, que iba en el asiento del copiloto junto a Augusto, casi se muere de risa cuando vio el aspecto de su futuro compañero de vuelo.

—Tranquilo que no vas a correr ningún peligro. Vas a practicar en un sitio con todas las garantías posibles. Ya estamos llegando.

—¿Terra Mítica? Pero ¿esto no es un parque de atracciones?

—Lo más importante es que te acostumbres a la sensación de caída libre, esos tres segundos hasta que tiras de la anilla para que salga el paracaídas.

—¿Caída libre? ¿Anilla? ¿Es que no nos tiramos con la cosa esa ya abierta?

—Hay demasiada altura, tardaríamos demasiado en bajar. Es muy fácil, cuentas hasta tres y tiras de la anilla como ya te explicaré. Luego vas cayendo suavemente. Lo importante es que durante esos segundos no te dejes llevar por el pánico.

—Más pánico del que tengo ahora va a ser difícil.

—Aquí en Benidorm no hay escuela de paracaidismo pero este es el mejor entrenamiento que se puede pedir. Tiene todas las medidas de seguridad de un parque de última generación como este.

Estaban a los pies de El vuelo del Fénix, 54 metros de caída con una aceleración de 0,25 g en menos de 3 segundos y a más de 100 kilómetros por hora, rezaba el folleto explicativo, en pleno corazón de la Roma clásica. A su izquierda una reproducción del arco de Trajano, a la derecha un templo romano de columnas jónicas con dos pisos de tiendas de artesanía. Una larga fila de turistas en pantalón corto hacían cola a los pies del enorme poste.

—¿Me quieres dejar la mano en paz? ¿No pretenderás que bajemos cogiditos de la mano como si fuéramos dos nenas? ¡Coño, S. C., compórtate que ya tienes edad!

A pesar de estar sujeto por unos cinturones de seguridad que tenían pinta de sólidos, ver sus pies colgados sobre el vacío le hacía sentir solo, muy solo. Iban subiendo poco a poco pero suponía que cuando llegaran arriba la caída sería brusca y brutal. Todo lo que quedaba en el amado suelo iba haciéndose más y más pequeño. Intentó pensar en algo útil para no seguir dándole vueltas a su inminente muerte pero en lo único que conseguía concentrarse era en mantener bien apretado el esfínter.

Debería haberle hecho caso a su madre y haber seguido estudiando. Se le daba bastante bien, aprobaba con poco esfuerzo lo que a otros les costaba tanto. Incluso

hubiese podido acceder a una beca. Ahora podría ser un rico abogado o un banquero, robando igual pero con un gran auto y casa con jardín. Si pudiera volver atrás...

–AAAHHHHHHHHhhhhhhh!!!!

Su grito se fundió con los de los demás pasajeros de aquel artefacto infernal. Luego todo se volvió negro.

Cuando volvió en sí estaba tumbado en el suelo. Lo palpó con la mano.

–Guisantes, maíz, algo que parece carne... chico, para que luego digas que no te dan de comer en el hotel.

A duras penas identificó la sonriente cara de Augusto. Al levantar la cabeza comprobó que los restos de las papillas de su infancia condecoraban todo su polo.

Rodrigo le ayudó a ponerse en pie.

–Como primera vez no ha estado mal. Ven, vamos a limpiarte un poco. Seguro que en las siguientes lo harás mejor. Yo calculo que con 15 o 20 bajadas estarás preparado.

Disimuladamente, Gladys le había dejado una nota en la mano cuando se habían cruzado en la recepción del hotel, fingiendo con bastante pericia no conocerle.

SR. RODRIGO
TENGO QE ABLARLE URJENTEMENTE
BAR CASA JOS
ALAS 8 DE LA TARDE

Cuando salía del hotel para acudir a la cita le sorprendió un grito infantil:

–¡Tío Rodri!

Era su sobrino Bosco. Curra y sus niños bajaban de un taxi cargados de maletas, cubos de playa y pañales.

–Pero ¿se puede saber qué estás haciendo aquí?

–Mira, es que me estaba poniendo histérica en Madrid pensando en el lío en el que os estabais metiendo aquí y ya no podía resistirlo más.

–O sea que, a pesar de lo que le había dicho, te ha llamado Augusto y te ha contado dónde estábamos. Pero ¿cómo se te ocurre venir aquí, no te das cuenta de que te puede haber seguido la policía? ¿Cómo te plantas aquí con los niños?

–Ya te cuento: es que estaba muy nerviosa con este asunto y además... me he peleado con Bosco.

–Genial, y en vez de irte a casa de tu madre como todas las mujeres, no se te ocurre mejor idea que irte a ver a tu hermano prófugo.

–No te preocupes, no te daré la lata, lo prometo. Sólo necesito saber que estáis cerca.

–Anda, pasa dentro que no estoy para calentarme más. Intenta cuidar de los niños y no meter las narices en nada de lo que hagamos –gruñó Rodrigo ayudando a su hermana con una de sus maletas, por cuyo cierre roto asomaba un flotador.

Apretó el paso para no llegar tarde a su cita. Localizó sin dificultad el lugar, justo a la vuelta de la esquina. Gladys llegó veinte minutos más tarde. Aún vestía el uniforme del servicio de limpieza.

–Disculpe que llegue tarde pero hoy me tocó un supervisor que se empeñaba en decirme que hago las camas mal. ¡A mí, que llevo años trabajando en las mejores casas de Madrid! Qué sabrá ese mocoso de lo que es preparar el dichoso embozo que hacen ustedes aquí como Dios manda.

Rodrigo asintió. Si algo tenía Gladys es que era una profesional como la copa de un pino.

–¿Se lo puede creer? Mi hermana acaba de aterrizar por aquí con... ¡los niños!

–¿Con los niños? ¡Qué lindo!

–No pierda usted también la cabeza pensando qué bien lo vamos a pasar todos juntitos como si estuviéramos en unas vacaciones familiares. Esto se está convirtiendo en una verbena. Menos mal que en este hotel hay dos mil habitaciones y no sé cuántos miles de huéspedes. Esperemos que todo esto pase desapercibido.

La leona pidió una cerveza y se desplomó en un taburete.

–Tiene toda la razón, de eso quería hablar con usted. Estoy muy preocupada.

–Cuénteme, soy todo oídos.

–Esto todo es una locura. Este plan que hicieron ustedes está muy bien pero está corriendo usted riesgos muy grandes. Ninguno estamos preparados para un sancocho como este. Es un trabajo muy serio y nosotros somos lo que somos. Por mi gente no se preocupe, los tengo controlados y ay del que se salga del camino; pero sólo somos unos pobres trabajadores sin formación, gente sencilla, acostumbrada a una vida difícil pero pacífica. Usted tampoco está hecho para esto. Un hombre soltero no conoce lo que es la vida de verdad. Está usted acostumbrado a la buena vida, a un trabajo de oficina inventando tonterías para que la gente compre más, a sus noviecitas. No es usted soldado ni trapealista ni nada de esto. Para colmo también están los viejitos, su padre y los otros dos. Da lástima verlos. En estas situaciones les puede pasar cualquier cosa. Un médico los mandaría corriendo para su casa con una bolsita de agua caliente y una frisa.

–Le agradezco su preocupación pero le pido que no se inquiete, está todo bajo control.

–A mí no me venga con esa vaina –gruñó mientras se secaba la frente y el bigote con una de esas servilletas satinadas que no absorben nada–. ¡Qué porquería! –dijo tirándola lejos con rabia–. A otros les podrá engañar pero a mí no me cuente tonterías. Esto está igual de controlado que un mono loco en una tienda de platos. Si esto sale bien es porque Dios es grande y se apiada de la gente que menos lo merece. Piense en esos hijos que alguna vez tendrá. Olvídense de salir volando y de jugar a Superman. Ya sé que cuando estábamos en su casa con las dos difuntas le dije que era mejor que no llamara a la policía porque lo complicaba todo pero hay que saberse tragar las palabras. Creo que debería ponerse en contacto con ellos y que se encarguen de todo. Usted es blanco, es de aquí, tiene dinero, no le tratarán como a uno de los míos o a un marroquí. Seguro que si se ponen a averiguar se dan cuenta de que usted no hizo algo tan horrible.

–Ya sé que con usted no puedo fingir. Esto puede que sea una locura pero hay que

intentarlo antes de que este hombre se vaya de España, la policía es demasiado lenta en estas cosas y yo soy incapaz de quedarme esperando sentado en una celda a que la cosa se resuelva sin poder hacer nada. Una vez que estás dentro siempre corres el riesgo de quedarte de huésped permanente si no encuentran a nadie más para colgarle el crimen. Además, hay algo que no les he contado a los demás para no levantar falsas esperanzas y que se desconcentren del trabajo que estamos preparando, que como usted ha dicho, es muy serio: ya he entrado en contacto con la policía. Como sabe, mi amigo Luis Javier es abogado y, a través de un detective que a veces contratan en su despacho, se han puesto en contacto con un inspector de la brigada de homicidios. Él les ha comentado confidencialmente que tienen serios indicios de que yo no he podido cometer el crimen. Hay demasiadas cosas que no encajan en la escena que montó Romeulsson y no hace falta ser los del CSI para darse cuenta. Las declaraciones de las amigas de mi vecina italiana estrangulada, no hay rastros de mi ADN en ningún cadáver, la disposición de los sesos en la pared. Además, y aunque parece que han utilizado métodos muy sofisticados para encubrirlo, tienen muchas sospechas de que el cadáver de la escritora ha sido trasladado de sitio. Luis Javier les ha contado mi versión de los hechos. Aunque al principio se mostraron algo escépticos ahora se lo están tomando en serio y están investigando esta línea. Es sólo cuestión de tiempo que acaben dándose cuenta de que lo que he contado es cierto.

—¿Y no le han dicho nada de que se entregue?

—Bueno sí, algo de eso han hablado pero, como le dije antes, nosotros tenemos que ganar tiempo para que este tipo no desaparezca con todas las pruebas. Le aseguro que no va a pasar nada. En el peor de los casos siempre podemos llamar a la policía si las cosas van mal.

Gladys le miró con grandes ojos tristes.

—Señor Rodrigo, ya sabe que mis hijas están todas en mi tierra. Son lo que yo más quiero en este mundo. He trabajado muchos años como una mula para enviarles dinero para educarlas, casarlas bien casadas y darles una buena vida. No he podido disfrutar casi de ellas porque tuve que irme pronto de mi país para que pudieran comer e ir a la escuela. Yo no las eduqué pero las crié. Limpiando suelos en México, en Venezuela, aquí... Cuando voy a casa y las veo tan grandes y tan hermosas me lleno de orgullo. En España tengo hermanas y otra familia pero no es lo mismo. Sin embargo, con usted me pasa algo raro. Aunque le vea poco porque está siempre por ahí, aunque sea tan gruñón y desordenado, después de tantos años usted es como mi niño grande. Sé que por muchas cosas que pasen usted estará siempre que lo necesite. Por dentro sigue siendo un muchacho, tan despistado e irresponsable, pero claro, cómo iba a salir con una madre tan seca como la suya. Mucha misa y mucha estampita pero ni una caricia. ¡Cómo son las mujeres de ásperas en este país! Yo lo siento casi como si fuera mi hijo y no podría soportar que le pasara algo.

—Mujer, no se ponga así que me va a emocionar y eso me pasa muy poco. Además, está usted hecha un pimpollo para ser la madre de, ¿cómo era eso que decía usted?, una guayaba podrida como yo.

–Si vamos a seguir adelante con esta locura lo único que le pido es que se cuide cuando yo no esté presente, del resto ya me encargo yo.

Se levantó del taburete y le dio un gran abrazo. En cualquier otro sitio la escena de una negra de ochenta y tantos kilos, llegando a los sesenta y vestida de limpiadora estrujándose con un tío con el pelo rapado y teñido de rubio, con perilla y ligeramente pasado de edad para esas pintas hubiese hecho girar más de una cabeza, pero aquello era Benidorm, la capital mundial de lo improbable.

Rodrigo volvió meditabundo y un poco zombi al Kali. Sin saber muy bien lo que hacía, sin reparar en todos los operarios que estaban llenando de inmensos logos de Konia el *lobby* ni en Josefina, que ya estaba pelando la pava con los guardias de seguridad, sus pasos le acabaron llevando al bar. Claramente lo que necesitaba era un pelotazo. Su instinto le hizo detenerse en seco en la puerta del local. Allí estaba Cristina Belamore sonsacando información a algunos delegados de Konia. En aquel hotel había más minas que en Afganistán. Reencaminó sus pasos hacia el restaurante. Con todo el lío apenas había probado bocado en todo el día. Buscó una mesa. Si la comida era como el restaurante, tenía pinta de que iban a tener razón los gourmets del grupo. Aquello era un tubo bajo tierra, sin ventanas, estrecho y largo, bastante más cerca de un búnker antiaéreo que de la *Tour d'argent*. Tenía capacidad para 1.400 personas (según se podía leer en un letrero a la entrada), mesas apelmazadas unas sobre otras con dos grandes mostradores de self-service situados a cada extremo de un único pasillo central. Se acercó a uno de ellos. Como le habían anticipado, casi todo tenía pinta de estar bastante recalentado. Se puso un poco de ensalada, unas patatas fritas y unas barritas de pescado tipo «capitán Pescanova».

Negros pensamientos le abordaron cuando intentaba comer aquellos presuntos alimentos. Si aquello era lo que daban a los turistas, ¿cómo sería la comida de la cárcel? Gladys tenía razón. Todo esto era un disparate. Si no encontraban las pruebas su intento de robo sólo podía empeorar las cosas. ¿Y si la policía no encontraba pruebas de la implicación de Romeulsson en el crimen? Buscarían un chivo expiatorio y estaba claro a quién le iba a caer el marrón. ¿No había escapado de la escena del crimen? ¿No había sido de las últimas personas en ver a Carmen J. White viva? Ahora ya no se veía como George Clooney en el papel de Danny Ocean sino como Tim Robbins en *Cadena perpetua*, haciéndose viejo en una penitenciaría perdida de la mano de Dios donde nadie cree que es inocente. Por otro lado, la predicción de Rosinha en la sesión de espiritismo

le retumbaba en la cabeza. «Cuidado con las alturas, cuidado con las alturas.» Ojalá sólo fuera una broma de mal gusto del más allá perpetrada por una amante rencorosa. Pero qué tontería. Él nunca había creído en nada de eso. Lo malo sería acabar en el trullo. Es una de esas cosas que parece que nunca le pueden pasar a uno y ahora estaba muy cerca.

—¿Te sientes bien?

Levantó la vista de las profundidades de Herrera de la Mancha y se encontró con la bonita sonrisa de una chica. Le recordaba a alguien vagamente.

—No, no, estoy bien, de verdad. Sólo estaba distraído pensando en mis cosas.

—Pues tienes una cara de funeral... ¿Te importa que me siente contigo? No me gusta comer sola y prefiero no comer con los de mi empresa.

—Claro, por favor.

Rodrigo miró la placa identificativa que llevaba puesta su nueva compañera de mesa. SOFÍA VALDÉS.

—¿Trabajas en Konia, Sofía?

—Sí y no. Estoy trabajando en un proyecto de su Fundación. Soy antropóloga y estoy haciendo una investigación sobre la música de los pueblos primitivos, especialmente los de Sudamérica. Ya que yo voy identificada, ¿cómo te llamas tú?

—Sí, perdona. Soy emmm... José Antonio, José Antonio Jiménez, ya que también sé tu apellido.

—Encantada —dijo tendiéndole la mano—. ¿A qué te dedicas, José Antonio? No te veo la plaquita identificativa así que no debes ser esclavo de Magnus.

—Trabajaba en publicidad. Ahora me dedico a gestionar negocios familiares.

—¿En publicidad? Yo tengo una amiga que trabaja en eso... ¿TBBP? ¿JWRT? No me acuerdo bien, es que las agencias tienen nombres tan raros... A lo mejor la conoces, se llama Verónica Fernández.

—No, ni idea.

Rodrigo la miró con cara de circunstancias. Por algún motivo, la mayoría de la gente piensa que el sector publicitario es algo así como un gran club social en el que todo el mundo se conoce y queda todas las tardes a tomar copas, lo cual no es una percepción errónea si se trata del firmamento estelar creativo o directivo. Sin embargo, detrás de ello hay un universo de machacas anónimos que viven y mueren profesionalmente en el agujero negro más profundo. Esta situación le recordaba a la actitud de su madre cuando le presentaban, por ejemplo, a un francés: «Conocerás a los Mandat-Grasay claro», como si fuera impensable que ningún gabacho que accediera a ella no perteneciera a las familias de los descendientes de las cruzadas.

—Es una pena, es una tía estupenda. ¿Qué haces por aquí? ¿De vacaciones?

—Estoy por trabajo, aunque intentaré hacer un poco de relax también.

—Pues no sé si has elegido el mejor hotel para relajarte, con todo el lío de la convención.

—No me comentaron nada cuando hice la reserva y me lo he encontrado cuando he llegado. Empezáis mañana, ¿no? ¿Váis a tener mucha verbena?

–Sólo llevo un par de años trabajando con la Fundación Konia y paso mucho tiempo viajando, así que no me entero demasiado de estas cosas, pero como sea como la del año pasado será un no parar: seminarios, mesas redondas, talleres, copas de confraternización y sobre todo mucho incienso para nuestro superboss del mundo mundial... Lo peor es que yo no conozco a casi nadie y estoy como antropóloga fuera del agua entre todos estos zumbados de la telefonía móvil.

–O sea que viene vuestro jefe, ese que sale tanto en las revistas. ¿Cómo se llama? Romelsson, ¿no?

–Romeulsson, aunque se pronuncia parecido. Sí, ese. Creo que llega mañana.

–Debe de ser un tío curioso, por lo que he leído.

–Eso parece. En la compañía es como Dios bajado a la tierra. Si te dan una orden y va acompañada de un «lo ha dicho Magnus» es como si estuviera escrito a fuego en la tabla de los Diez Mandamientos. Cuando llega a sus filiales de algún país, aquello es lo más parecido a la visita del Papa, sólo nos falta salir a recibirle a la calle al grito de *Totus tuus* y hacerle la ola. Aunque la verdad es que yo no me puedo quejar. Es un apasionado de la etnomusicología, financia muy generosamente todos los proyectos de la Fundación relacionados con este tema y sigue de cerca nuestros trabajos. No es fácil encontrar gente que apoye nuestras investigaciones de esta forma.

–¿Etno qué?

–Etnomusicología. Es otra forma de llamar a la antropología musical. Es el estudio de la relación entre música y sociedad, especialmente en los pueblos primitivos. En concreto yo estoy estudiando la utilización de la música como instrumento de poder y dominación entre los indios chachapoyas del Perú. Sus sacerdotes utilizaban determinados ritmos musicales para inducir a miembros de su tribu a un trance involuntario y someterlos a su voluntad. Romeulsson ha pedido a mi jefe que le tengamos permanentemente informado de nuestros avances. Este fenómeno ya había sido estudiado a través de la metodología norteamericana de la Etnomusicología que se centra en el relativismo cultural, en su función dentro de una sociedad determinada. Nosotros ahora estamos siguiendo la escuela alemana que se centra más en el estudio del sonido en sí mismo, en la búsqueda de sus leyes internas, y es muy interesante porque...

–Perdona que te corte, pero ¿qué te parecería si seguimos charlando en el bar de arriba? Parece que los camareros quieren cerrar el restaurante.

En efecto, el comedor estaba casi vacío. Eran casi las diez y media y en el hotel se regían por el meridiano de Greenwich de los clientes nórdicos, aunque la razón real de la propuesta era que la cabeza de Rodrigo no daba para más teorías extrañas ni más mojingangas esotérico-científico-parasicológicas después de la sobredosis de los últimos tiempos.

–Por simple curiosidad, ¿participa mucho este jefe tuyo, este Romelsson, en las actividades de la convención?

Eligieron el bar Samantha, algo más alejado del *lobby*, para evitar encontrarse con la periodista del corazón. Aunque la sala se estaba llenando de delegados de Konia con

ganas de atizarse unas buenas cervezas, afortunadamente no había moros en la costa. Un grupo de operarios trabajaban de firme decorando el local con fotos de las campañas publicitarias de la compañía y *corpóreos* tamaño Pau Gasol de los últimos modelos de terminales. Al fondo, la orquesta Sabor Latino amenizaba al respetable con una suave música ambiental y Nogales agitaba con aire ausente unas maracas, ataviado con una camisa con un nudo en la tripa que le dejaba el ombligo al aire.

–Se reserva para las grandes ocasiones. Hace una arenga para la apertura de la convención, otro día da una lección magistral sobre quiénes somos, de dónde venimos, adónde vamos y suele estar presente en la fiesta final de clausura. Mira, aquí tengo el programa de festejos –Sofía sacó del bolso un folleto–. Al parecer la fiesta este año va a ser la bomba. El jefe va a traer ni más ni menos que a Madonna.

–Algo de eso me habían contado pero no me lo acababa de creer.

–Pues sí viene, sí. Creo que se han hecho muy amigos a través de unos estudios sobre la Cábala que también ha financiado la Fundación Konia. Magnus suele tirar la casa por la ventana para esta traca final. El año pasado contrató al Circo del Sol, que hicieron un montaje de varios números especiales para la ocasión titulado «La música de las esferas». Además, y por lo que me han dicho, suele ir a esto, a esto y quizá a este seminario –dijo señalando el programa con una uña mordisqueada casi hasta la raíz.

–Interesante. ¿Tienes un boli? –Rodrigo le pidió un papel al camarero–. Me lo voy a apuntar para evitar coincidir con él y con todo el mogollón que lleva detrás. Seguro que se monta un lío tremendo y si sé cuándo está por aquí, me lo ahorro y me monto mi plan fuera del hotel. ¿Suele respetar estos horarios?

–En la apertura y la clausura seguro. Luego le gusta improvisar, aparecer de repente en una reunión o un grupo de trabajo y ponerse a dar su opinión sobre lo que se esté discutiendo en ese momento. Yo creo que le gusta mantener en tensión a todos, haciéndoles pensar que puede entrar en cualquier momento por la puerta.

–¿Se mueve con mucha gente?

–Al parecer le intentaron secuestrar en Rusia hace unos años y ahora cuando sale a la calle se mueve con un batallón pero, para dar un aire más relajado, en la convención se suele mover con unos pocos gorilas, aunque las fuerzas de choque se suelen apostar en sitios estratégicos. Bueno, estamos hablando todo el rato de mí y la verdad es que mis historias no son nada emocionantes. Cuéntame un poco de tu vida. ¿Eres feliz, José Antonio?

Rodrigo dudó un momento, un poco por no reconocer su identidad falsa, un poco para elegir su papel. A continuación hilvanó con desigual fortuna una ristra de patrañas que componían la vida de su personaje: había trabajado muchos años en el departamento de medios de una agencia, comprando espacios publicitarios para sus clientes. Aquello era su vocación y le encantaba, era mucho más creativo de lo que la gente pensaba, blablablá. El éxito de las campañas se decidía en una buena planificación de medios, blablablá. Lo importante era transmitir a los clientes seguridad y seriedad, blablablá. Su anciano padre se había puesto enfermo, y él había tenido que dejar su trabajo y tomar el mando del negocio familiar, una fábrica de puertas con más de cien años de antigüedad.

Había sido una decisión muy difícil, blablablá. En poco tiempo había conseguido levantarla y actualizarla. Un trabajo duro pero apasionante el de las puertas, blablablá. La gente no sabe la responsabilidad que conlleva ser pequeño empresario, la responsabilidad de saber que setenta familias dependen de él, blablablá. Había estado casado desde muy joven con la misma mujer pero poco a poco se habían dado cuenta de que habían evolucionado de forma distinta, blablablá. Se había divorciado el año pasado y todavía no se había acostumbrado, aunque pensaba que era la decisión correcta, blablablá. Tenía una relación estupenda con su ex, blablablá, sus dos hijas Macarena y Genoveva eran lo mejor que le había pasado, blablablá. Cuando se le dejaron de ocurrir idioteces se quedaron un momento en silencio. Rodrigo se sintió más tranquilo y reconfortado, como si le hubiese contado su vida y sus problemas reales a un desconocido.

La música ambiental cesó y fue sustituida por ritmos más trepidantes. Una pareja de bailarines profesionales empezó a encadenar las piruetas de un merengue. El cambio afectó particularmente a Nogales, que perdió su aire ausente, transmutándose en un devoto percusionista que se agitaba sin tregua.

–Se está poniendo esto un poco ruidoso, ¿no te parece?

–Sí, quizá deberíamos ir retirándonos, que mañana seguro será un día largo.

Salieron del bar dejando a un heterogéneo grupo de delegados de Konia y turistas, unos observando muy concentrados las evoluciones del baile, otros trasegando birras como si fuera la última noche de sus vidas.

–Ha sido realmente un placer, José Antonio –dijo ella alargándole la mano.

«Ha sido realmente útil esta conversación», pensó él estrechándosela.

–Me alegra mucho haberte conocido. Es tan difícil para una chica como yo conocer gente nueva con la que se pueda hablar tranquilamente. No es sólo porque viaje mucho sino porque, aunque vivimos rodeados de gente, cada uno está metido en su propia concha y es difícil la comunicación. Además, a partir de una edad es tan difícil encontrar a un hombre normal... O te encuentras con los ligones de toda la vida que sólo te ven como el polvo de esa noche o con inseguros que no saben cómo tratar a una mujer independiente, que tiene una profesión que le apasiona, que ha estado en muchos sitios. Por no hablar de los locos. El mundo está lleno de psicópatas.

–Mujer, tampoco es para tanto.

–Te lo digo en serio. Yo, por ejemplo, casi se puede decir que estoy viva de milagro. No te lo vas a creer pero estuve a punto de caer en manos de un asesino.

–¿Y eso?

–Pues de la forma más tonta. Resulta que Jimena, mi hermana de 17 años, estaba empeñada en que tenía que encontrarme un novio y se metió en una de esas webs de ligoteo por Internet haciéndose pasar por mí. Encontró un tío que aparentemente era educado, con un buen trabajo y todas esas cosas, y no se le ocurrió otra cosa que quedar con él. Yo le dije que no iba ni loca y que le prohibía que fuera ella bajo ningún concepto. Ya sabes cómo son las chicas a esa edad, basta que les prohíbas algo para que lo hagan, para ellas es un juego. El caso es que se presentó a la cita y se estuvo tomando una Coca Cola con él. Aparentemente un tío normalísimo, algo talludito pero simpático.

Estuvieron charlando largo rato y se despidieron como si nada. Ella ya se mosqueó porque fue un día a buscarla al colegio en moto sin venir a cuento pero el tema no fue a más. Una historia sin trascendencia, pensarás. Pues imagínate nuestra sorpresa cuando un día estamos desayunando juntas y Jimena, que estaba leyendo el periódico, pega un grito que casi me hace subirme a la lámpara del susto y casi sin poder hablar me enseña una foto. Resulta que el tío ese ¡se había cargado a dos mujeres en su casa! ¡A dos! Además una de ellas era una escritora famosa, ahora no recuerdo cómo se llama. A una la había estrangulado y a la otra le había pegado un tiro. ¡Imagínate, podría haber sido yo perfectamente! De todas maneras, mi hermana tenía que haberse dado cuenta. Había algo inquietante en esa cara, esos ojos malignos, esa boca de sátiro, brrr, me dan escalofríos de sólo pensarlo.

**Déjate de tanto refrán
y empieza a buscar el pan**

S. C.

Adorada mamá,

Espero que esté usted bien y que se le pasase ese dolor de espalda que me contaba en la última carta. También espero que la puerca pariese bien y sin problemas. Hay que tener cuidado con ese animal que a mí me parece que está medio loco. Le escribo esta carta por si no la viera más. Estoy a punto de comenzar una aventura que puede acabar mal, muy mal o requetemal. Perdona si estoy algo pesimista pero me estuve tomando algunas frías para darme valor y quizá se me fue un poco la mano y me dio por la melancolía. No sé cómo me dejé coger de indio en todo esto pero me metí en una jodienda realmente grande. La culpa de todo la tienen las tías Gladys, República y Bartolomina. Ya sabe que no están de acuerdo con que yo sea empresario independiente, que tenga mis negocios que ellas no entienden, que vista bien, que vaya hecho un jevito y decidieron que tenía que hacer algo por los demás. Lo primero que se le ocurrió es que las ayudara los días que tuvieran que hacer limpieza en casas que tuvieran mucho trabajo, que fueran muy grandes o con niños, pero al poco tiempo me dijeron que no servía para eso. Aparentemente desaparecían muchas cosas y los señores se molestaban. Luego me dijeron que me pusiera a ayudar en la asociación dominicana de la que son ellas, que así además podría sacarme los papeles. Fui unos días pero aquello era un lío tremendo, un montón de gente que viene, que le falta esto, que le falta lo otro, que acaban de llegar y no encuentran a su primo que le había prometido un trabajo, que el patrón les engañó con el contrato. Mucho trabajo y muchos problemas. Ya sabe que soy muy sensible y me afectan los problemas de los demás, me los llevo a casa y después duermo mal. Resumiendo, que también dejé de ir por la asociación y las tías se ponían cada vez más bravas y muy desagradables. Pensé en dejarlas de visitar pero como son sus hermanas y usted me pidió que las cuidase porque usted no estaba, seguí yendo a comer el sancocho de los domingos como un tonto hasta que un día vino la tía Gladys

como loca diciendo que necesitaba mi ayuda para una cosa de vida o muerte. Resulta que su jefe, Rodrigo se llama, estuvo enredando con la amiguita de un supermillonario, este lo descubrió, se puso como el mismo demonio, mató a la chica y lo preparó todo para que pareciese que lo había matado el otro (la tía no lo contó exactamente así y dijo no sé qué de que el tipo ese estaba preparando un plan para dominar el mundo pero las cosas deben de haber pasado como se lo cuento). Había que ayudar a su jefe a demostrar su inocencia y robarle al millonario una grabación del crimen que no está muy claro que exista.

Para hacer esto hacía falta un grupo y no se les ocurre mejor idea que organizarse entre las tías, otra sobrinita suya que se llama Josefina (no me había hablado usted nunca de ella), un tal Nogales, también de su edad, y tres viejecitos, uno de los cuales es cura.

Para sacarle la prueba esa al rico había que ir a un sitio en el sur de España que se llama Benidorm que es como las fotos que uno ve de New York pero sobre una playa muy linda. Durante casi dos semanas me tuvieron trabajando como un burro en un hotel gigante con miles de clientes con bultos aún más grandes que el edificio para vigilar todo porque allí iba a venir Magnus (el papaúpa) con todos los de su empresa. Luego vino el señor Rodrigo y dijo que ya sabía cómo iba a entrar en el cuarto donde guardaban la prueba, que yo le iba a acompañar y que luego íbamos a salir por la ventana volando en paracaídas. Y se preguntará usted que por qué en paracaídas. ¡Pues porque la habitación está en el piso 44, a 157 metros de tierra! Con el respeto que usted sabe que le tengo a las alturas, que no podía ni subir a arreglar la antena de la casa.

De sólo pensarlo vuelvo a sudar otra vez. Llevo tres días sudando sin parar. Me ofrecieron mucho dinero y no supe decir que no. Por si pasa algo, le mando parte esta tarde por Money Gram. Luego este jablador de Rodrigo me dijo que tenía que entrenar para lo del paracaídas. Me llevaron a un Disneyland que hay aquí y me hicieron tirarme de un palo muy alto por lo menos veinte veces. Olvídense usted de la bilis que arrojé cuando me comí aquel camarón podrido. Casi me matan. Después dijo que tenía que practicar con un paracaídas de verdad y como en este pueblo no hay ninguno, me llevaron a la playa, alquilaron un bote, me pusieron unos esquís, arrancaron y salí volando con un paracaídas. Tenía que tirar de una manilla para ir para un lado y de otra para ir al otro. Al principio no lo controlaba mucho y casi acabo mis días contra un barco lleno de turistas gringos. Poco a poco fui aprendiendo, esto me tenía ocupado y así no miraba para abajo. Después de un día entero acabé haciéndolo bastante bien pero me da la impresión de que esto no es lo mismo que tirarse de un rascacielos que da miedo de sólo mirarlo. Como parece que no piensan en otro para las labores de responsabilidades, el señor Rodrigo y su papá (se me olvidó de decirle que uno de los viejitos que le conté antes era su papá) me dijeron que tenía que acompañar al otro viejito, al cura, al cuarto del malo para explorar el terreno antes de entrar a llevarnos la prueba del crimen. Me imagino que según va usted leyendo esto pensará que las cervezas que me tomé me sentaron mal, que estoy ajumado y que todo esto es una telenovela que vi pero le juro que es cierto. Resulta que el cura es un especialista en no sé qué vainas que le interesan a este Magnus y yo tenía que acompañarle para identificar todo el sistema de seguridad

que había en el cuarto. A esta gente le contaron que yo era un chico mudo que el padre había recogido en las misiones. Teníamos que llevar un libro de regalo para el millonario con un micrófono dentro para luego escuchar lo que pasaba en la habitación. El encargado de prepararlo era este tal Nogales que es electricista y sabe de esto. Compró uno muy chiquitico en una tienda de chinos y allí que nos fuimos. Pasamos los controles de seguridad llenos de tipos con cara de pocos amigos y no pude dejar de pensar que esos guachimanes eran los mismos que me van a retorcer el pescuezo dentro de unas horas. Me puse a sudar otra vez y me temblaban las canillas. Al final conseguimos llegar hasta el papaúpa, que nos recibió todo simpático porque había leído unos libros que había escrito el cura. Incluso me dio unas palmaditas en la cabeza como a un buen niño prieto de las colonias, aunque con cuidado para no ensuciarse porque yo estaba muy mojado. Hablaba español mal pero se le entendía. El cuarto era enorme. Habían juntado varias habitaciones y lo habían redecorado todo supermoderno con todo tipo de vainas electrónicas. Yo he visto bastantes aparatos de seguridad porque la mayoría de mis empresas están relacionadas con esto pero aquello te dejaba con la boca abierta. Además había muchas pantallas de esas finitas por todos lados para ver qué pasa en la Bolsa de todos los países y para hablar con gente a distancia viéndole la cara. El padre y el millonario se pusieron a conversar de sus cosas. El viejito resultó ser un tiguerazo que se las sabe todas de un tal Protogárgaras y de otros temas que le interesaron mucho al millonario. Aparentemente la Virgen en una aparición en no sé dónde dijo que el futuro de la humanidad estaba en la música pero el Papa no quiso que se supiera por miedo a los grupos de rock, que no le gustan nada por poco cristianos. El papaúpa se puso muy contento cuando lo oyó y le pidió más detalles. Tan interesado estaba que les pidió a sus guardias que salieran de la habitación para estar más tranquilos. Aprovechando esto y como se suponía que yo era sordo, me hice el pariguayo y me puse a dar vueltas. Primero salí un poco por la terraza y casi se me fue el color de sólo mirar para abajo. La gente se veía como granos de arroz y las guaguas como fósforos. Me puse a sudar todavía más y la boca se me quedó seca seca. Por ahí tengo que saltar, ¡mamá de mi corazón! Volví a entrar para que me diera el aire acondicionado porque creía que me iba a desplomar. Cuando me tranquilicé y como ellos seguían tan entretenidos incluso sacar fotos pude con el teléfono móvil, después puse el micrófono detrás de un mueble. En un cuarto aparte había una pantalla muy grande. Al tocarla vi que era como la pantalla de una computadora pero que funcionaba con sólo poner la mano. Parecía que estaba conectada a un aparato de esos portátiles que en la tapa ponía las iniciales M. R., las del millonario. Toqueteando encontré una carpeta con el nombre de Carmen J. White, que es la muerta que esta gente quiere que la policía crea que mató el señor Rodrigo. No me dio tiempo a abrirla porque el millonario se levantó para buscar algo y me dijo que dejara de revolver. El padre me dio un cocotazo y me dijo que me quedara quieto. Siguieron hablando de la Virgen, la música, los números y las estrellas un buen rato hasta que al papaúpa le dijeron que tenía una llamada urgente. Se disculpó muy gentil e incluso nos regaló unos teléfonos celulares de última moda. Cuando le conté lo de la computadora el señor Rodrigo se puso todo feliz y dijo que mañana vamos a entrar en la habitación del

rico porque él va a salir para una fiesta en la que actúa esa cantante gringa que tanto le gusta a Alma Jane y porque no iba a hacer viento malo para tirarse en paracaídas.

Mamá querida, después de ver todos los gorilas vestidos de negro que hay guardando ese sitio y la altura desde la que debo tirarme, no tengo ninguna duda que de esta no salgo entero. O acabo chato como un chele contra el piso después de caer no sé cuántos miles de metros o me dejan lisiado de la nariz para abajo. Debería salir de aquí en el primer motoconcho pero ya di mi palabra, ellos me dieron el dinero y la tía Gladys no me quita el ojo de encima. Quiero que me recuerde como un buen hijo que le quiso siempre aunque le haya dado algún dolor de cabeza. Despídame de las otras tías, de los primos y de padre si vuelve a aparecer. Ya dejé indicaciones de que le envíen el resto de los pesos que gano con esta vaina si me pasa algo. Mi ropa désela a Ganímedes que es de mi talla y siempre le gustó ir jevito. El equipo de música y la colección de CDs a María Eugenia y la bicicleta para mi pana Johnny Riva. Rece mucho por mí a san Miguel y a san Judas Tadeo, patrón de los imposibles y que todo lo puede.

Un gran abrazo y un beso con todo el corazón de su hijo

S. C.

Luis Javier

–¡Joder, Luisja!, ¡qué alegría verte!

Creía que Rodrigo me iba a echar una bronca, como solía hacer antes, por llegar tarde pero en su lugar me dio un gran abrazo. Mi atropellado desembarco en el muelle de descarga de mercancías del hotel Kali se produjo muy encima de la hora prevista pero la tarea que me había encomendado Rodrigo no era fácil: localizar dos paracaídas de caída libre, meterlos en mi anciano Land Rover y conseguir llegar a Benidorm antes de las ocho y media de la noche de ese mismo día. Así, como si fuera la cosa más normal del mundo. Es cierto que habíamos hecho juntos un curso de paracaidismo cuando estábamos en la universidad, pero mientras él había continuado luego haciendo algún que otro salto esporádico, yo me había rendido a la evidencia de que intentar vencer mi terrible vértigo congénito cogiendo el toro por los cuernos debía ser una patraña psicoterapéutica más.

Por esta razón no tenía ni pajolera idea de dónde ni qué comprar. Rodrigo casi no me dio tiempo a hablar y me dijo que confiara en la opinión del vendedor. El problema es que uno no puede entrar en El Corte Inglés y decir «Buenas, ¿el departamento de paracaídas para saltar desde edificios monstruosos?». Finalmente hice lo que suelo hacer en caso de misión imposible: tirar del archivo de ex clientes. Cuando has llevado la separación y divorcio de alguien se crea un extraño vínculo de confianza. Esa persona te ha abierto su corazón y su cartera. Sabes sus secretos más inconfesables. Si las cosas salen medianamente bien, quedan eternamente agradecidos y les puedes pedir casi cualquier favor. Revisando las fichas me acordé de Pablo Manzano, un antiguo banquero de inversiones al que su ex le había dejado la cuenta corriente como una patena después de largarse con su profesor de tai-chi. Después de un juicio bastante complicado, le conseguimos recuperar algo de dinero y me comentó que lo iba a usar para montar el negocio que siempre le había gustado pero que ni sus padres ni su mujer le habían dejado: una escuela de paracaidismo.

Marqué su móvil y, a pesar de que habían pasado más de seis años, me atendió él. Le conté lo que me habían pedido sin entrar en muchos detalles. Se oyó un silencio al otro lado de la línea.

–Luis Javier, con esas indicaciones es como si me dices que quieres comprar un coche con cuatro ruedas y no me das más datos... ¿Te hace falta un paracaídas balístico?, ¿de cuántos pliegos?, ¿qué tipo de cacharro de reserva necesitas?, ¿y el container?, ¿qué tipo de altímetro?

Ahora el que se quedó en silencio fui yo. Opté por contarle que un amigo mío lo necesitaba para entrar en un apartamento de un edificio muy alto donde la bruja de su ex mujer tenía unos papeles que él necesitaba para el juicio y que la única forma de salir de allí era tirándose en paracaídas. Mano de santo. Incluso se ofreció él mismo a realizar el salto ya que era más experto.

–Tengo dos Sabré 170 con reserva PD 140 y Cypress que te van a venir que ni pintados.

Al cabo de menos de tres cuartos de hora tenía todos los trastos en la puerta del despacho. El hombre se llevó un disgusto cuando le rogué que no me acompañara. Venía hasta con el equipo puesto. Me dijo que por el pago no me preocupase, que la solidaridad masculina estaba por encima de esas cosas.

Descargamos los paracaídas y los metimos en un pequeño cuartucho donde se guardaban trastos de limpieza. Rodrigo me explicó que Gladys había conseguido requisar ese improvisado centro de operaciones por esa tarde contándole una milonga al jefe de mantenimiento. Mi amigo tenía una pinta bastante ridícula con aquella perilla y todo teñido de rubio pero la verdad es que no era fácilmente reconocible. Estaba histérico. En cuatro pinceladas me contó su plan. Aunque yo ya me había imaginado por dónde iban los tiros aquello era aún más absurdo de lo esperado. Intenté disuadirlo con mis mejores dotes de abogado, advirtiéndole de las consecuencias penales y para su integridad física que le podía acarrear aquella aventura, pero por el color purpúreo que iba adquiriendo su cara me di cuenta de que mis consejos no eran bienvenidos y que no era el primero que le había venido con ese rollo. Buscando otra línea argumental le puse al día de mis últimos contactos con la policía. Seguían avanzando en sus investigaciones y acumulando pruebas pero insistían en que el caso se aclararía mucho si él se entregara enseguida. Me preguntó ansiosamente si me habían dado garantías de algún tipo de que no iban a emprender acciones contra él. Aunque debí hacerlo, no fui capaz de engañarlo. Primero era la colaboración y luego se vería. Curiosamente aquella noticia le tranquilizó bastante. Descongestionándose a ojos vista, estiró el cuello, sonrió y dijo:

–Como dicen en los casinos, *rien ne va plus*, la bolita ya está girando.

«Famous last words», no pude evitar pensar, ya que nos poníamos políglotas. En ese momento se abrió la puerta de forma brusca. Casi me caigo de culo del susto. Pensé que ya nos habían pillado. Yo también estaba con los nervios como escarpas.

–¡Coño Augusto, te he dicho que llames a la puerta con la contraseña! Dos toques y luego otros dos, no es tan difícil –exclamó Rodrigo, que se había quedado pálido de repente.

–Tranquilo, que está todo controlado. ¡Ah, cómo me rejuvenece toda esta adrenalina! Donde esté una buena aventura que se quite todo lo demás, estas son las cosas que le hacen a uno sentir que está vivo.

Augusto me saludó muy afectuosamente y me preguntó por el viaje. Tenía un aspecto magnífico. Llevaba unos pantalones cortos militares, una guayabera y sandalias. Estaba morenito, barba al viento y aire sonriente. Parecía más un Papá Noel en retiro estival que el miembro de una banda de cacos.

–Me alegro que estés por aquí. También han venido Curra y los niños.

Le contesté que ya lo sabía y que me había llamado el día anterior para hacerme unas preguntas muy raras sobre el abandono del domicilio conyugal y no sé qué cosas más. Parecía que había tenido movida con Bosco.

–Seguro que es un calentón sin más importancia, ya sabes cómo son las mujeres a veces –me contestó Augusto, y luego dirigiéndose a su hijo–: Rodrigo, lo del micrófono no nos va a ayudar mucho a enterarnos de cuándo va a salir Magnus de su habitación porque el chavalín este ha puesto el micro al lado de un tocadiscos y sólo oímos música, pero, por lo que hemos podido saber, nuestro hombre va a bajar justo antes de la actuación para saludar a Madonna en el camerino y luego presentarla en el escenario. Yo calculo que te debe quedar una horita antes de que empiece el baile –dijo como si hiciera aquello todas las tardes.

–Por favor id a buscar a S. C. para que pueda explicarle cómo funcionan los paracaídas de marras. Luisja, ¿te acordaste de traerme el folleto de instrucciones, verdad? –me preguntó Rodrigo. Había recobrado su calma habitual pero no pude evitar un escalofrío agorero.

El gigantesco *lobby* del hotel tenía un aspecto impactante. Aquello era la Puerta del Sol cinco minutos antes de las campanadas de fin de año. No cabía un alfiler. Entre la multitud se distinguían periodistas, tipos enfundados en camisetas en las que se leía «Madonna security», personal de Konia con algo parecido a un casco vikingo en la cabeza, azafatas con unas minifaldas ultracortas, unos pobres infelices disfrazados de teléfonos móviles zarandeados por la marea humana... Parecía imposible localizar a nadie en todo ese baile de carnaval pero Augusto me hizo señas para que nos dirigiéramos a un extremo del vestíbulo donde había una cafetería. Estábamos cerca de conseguir nuestro objetivo cuando se oyó un gran griterío y estuvimos a punto de ser aplastados por el tumulto que ahora empujaba con todas sus fuerzas en dirección a la puerta principal del hotel. Me pisaron los dos pies a la vez, inmovilizándome completamente. Me llevé media docena de codazos de gente que levantaba su teléfono por encima de sus cabezas para sacar una foto. Grité con todas mis fuerzas. Nadie se enteró. En ese momento hacía su entrada en el Gran Kali la diosa Madonna en carne mortal. Todo el mundo quería verla, tocarla. La masa empezó a desplazarse con el cortejo en dirección a la zona de las piscinas, donde iba a tener lugar el concierto. Después de enormes esfuerzos conseguí zafarme de aquella marabunta. Me encontré a considerable distancia de donde había sufrido el azote de las turbas. Había perdido los dos zapatos y un calcetín. El bolsillo

derecho de la chaqueta estaba roto. Un poco más allá vi a Augusto que buscaba una de sus sandalias. Llevaba sus venerables canas alborotadas y todos los botones de la camisa arrancados.

–¡Dios mío, qué espanto! Algo parecido a esto debió ser el saqueo de Roma por los bárbaros. Y luego se pregunta la gente por qué la Virgen sólo se aparece a pastorcillos, imagínate la que se montaría –dijo todo sofocado.

Después de rescatar lo que pudimos de nuestras pertenencias nos arrastramos hacia la cafetería.

–¡Jesús, María y José, en qué estado vienen ustedes!

Nogales y Bartolomina se apresuraron a recoger nuestros restos. Pidieron agua y dos coñacs al camarero. Nos los tomamos de un trago. Augusto se desplomó resoplando en un sillón mientras la hermana de Gladys le abanicaba con una revista. Nogales me ofreció su pañuelo. En un extremo de la barra S. C. miraba al infinito como si aquello no fuera con él.

–¿Y a este qué le pasa? –pregunté.

–Le encontramos hace un rato completamente borracho caminando alrededor del hotel. Le dimos unas cuantas cachetadas, una ducha helada y ahora lleva cinco cafés. No se preocupe, en unos momentos estará como nuevo –contestó el electricista.

Comparé a los agentes secretos de las películas, llenos de músculos, con nervios de titanio y determinación a prueba de balas con aquel James Bond dominicano de poco más de metro sesenta, arrumbado sobre el taburete de un bar y con una toña del doce.

Volví a sentir el mismo escalofrío agorero.

Curra

–¡Por favor! No me metas aquí a los niños que es lo único que faltaba –me gritó Rodrigo.

–Sólo los traigo para que den un beso a su tío –le contesté.

–Ni me voy a ningún sitio ni me va a pasar nada. A ver, niños, dadme un beso. Ahora llévatelos fuera que estamos trabajando.

Le pedí a Luisja, que es un sol, que se los llevara un rato a la piscina donde yo había dejado todos los trastos. Eché un rápido vistazo a aquel cuartucho de dos por dos, lleno de sábanas y demás ropa de cama del hotel. No parecía la primera opción que se le ocurriría a uno como cuartel general de lo que estaban tramando. En una esquina estaba sentado un muchacho de color, aunque en ese momento no se sabía bien de qué color era. Estaba entre verde, amarillo y morado.

–Este chico parece que no se siente bien. ¿Quién es? –pregunté.

–Es el que va a saltar conmigo. No te preocupes por él, está bien. Ya se le pasará.

No quise decir nada por no hacer lío pero se me pusieron todos los pelos de punta. Sólo me había contado el plan por encima y no conocía a muchos de los integrantes de la pandilla, banda o lo que fuera aquello pero parecía que no había elegido el mejor compañero. Probablemente no tenía mucho más donde elegir. Desde luego no iba a subir con papá, con Gladys o conmigo, sin ir más lejos. Entró el padre Estrada. Venía algo sofocado.

–Esa contraseña, que para algo la hemos puesto... –gruñó Rodrigo.

–Padre, ¡menos mal que está usted aquí! –casi gritó el desecho de la esquina. Y agregó–: Quiero confesión.

–Tranquilo hijo, para eso estoy yo aquí –dijo el páter arrodillándose a su lado. «Ave María Purísima...»; y el muchacho empezó con la letanía de pecados.

Dieron tres golpes en la puerta. Era Gladys con un paquete debajo del brazo y aspecto de ensimismado.

–Aquí le traigo su ropa. Creo que me quedó bastante bien. Póngasela.

Rodrigo empezó a ponerse unas mayas negras muy ajustadas de lycra y tuve que hacer un esfuerzo por aguantarme la risa por las pintas que tenía.

–Gladys, ayúdeme un poco con esto que aquí no hay quién entre, por favor.

Parecía que le estaban vistiendo para salir a torear seis miuras. La pobre mujer sudaba de lo lindo para conseguir que mi hermano cupiera en aquella indumentaria de ladrón de dibujos animados.

Otros tres golpes. Era Luis Javier para contarme que a Bosquito le estaba ahogando en la piscina una niña pelirroja de Manchester. Salí despavorida hacia allí. Este Luis Javier es encantador pero un poco paradito para resolver estas diligencias. Después de repartir unos cuantos tortazos volví para el cuarto porque no quería dejar solo a mi hermano en esas circunstancias, me parecía que necesitaba mi apoyo.

La verdad es que solo no estaba y parecía que tampoco le faltaba apoyo. Cuando me abrieron la puerta allí estaban Augusto, doblando sábanas para entretenerse, Gladys, que estaba ayudando a ponerse su mono a S. C., y el padre Estrada, que ahora confesaba a Nogales, que estaba arrodillado. Hacía un calor tremendo allí dentro.

–Hermana –me dijo Rodrigo pasándome el brazo por el cuello. Tenía mala cara pero sonreía–. No te voy a decir ahora todas las cosas que nunca te he dicho pero sabes que eres una tía cojonuda y que te quiero.

Casi me echo a llorar. En efecto, era la primera vez que me lo decía desde que tengo uso de razón. La situación debía ser aún mucho más grave de lo que pensaba. Le pregunté si no quería hablar él un ratito con el padre Estrada.

–Tranquila, no te pongas tonta que no va a pasar nada. No corras con la extremaunción que no te voy a dejar sola en la comida de los domingos con mamá. Sólo quería decirte lo que siento. En este momento se ve todo mucho más claro –dijo. Su cara tenía ahora una expresión serena.

Gladys salió de la habitación y quedamos un poco más holgados pero reinaba un silencio algo tenso. Rodrigo empezó a hacer ejercicios de rotación de cuello mientras los demás tratábamos de oír la confesión de Nogales aunque sólo fuera para distraernos.

–Yo creo que necesitamos animarnos un poco –dijo Augusto dejando de lado la enésima sábana que estaba doblando–. Vamos a poner algo de música.

Sorprendentemente sacó un ipod de su mochila y lo puso en un soporte con altavoces. No pensaba que mi padre fuera tan moderno, la verdad. Puso *La cabalgata de las Walkirias* a todo el volumen que permitía aquel aparato. Rodrigo se encendió un pitillo mientras llevaba el compás en silencio con la otra mano. Nogales debía llevar un siglo sin confesarse porque seguía pecado tras pecado con el padre aunque ya no le podíamos oír. Los minutos pasaban con cuentagotas.

–Están ustedes todos locos. Saquen esa música que el encargado se va a aparecer en cualquier momento. Y usted, señor Rodrigo, apague ahora mismo ese cigarrillo que este cuarto está lleno de sábanas y vamos a salir todos con llamas en el culo.

Gladys estaba de vuelta con un carro de la ropa sucia, que consiguió encajar en aquel minúsculo espacio. Los demás casi nos tuvimos que pegar a las paredes.

–Además, he visto a la periodista esa que parece Radio Mil por la cocina y en cualquier momento nos la encontramos aquí.

–A ver S. C., vamos subiendo al carro que hay que irse preparando –dijo Rodrigo. Se acomodaron como pudieron en el vehículo. Sólo sobresalían las dos carillas.

–Tía, dígale a mi mamá que me fui pensando en ella –dijo el chico.

–Tranquilo que tú vas a llegar a viejo –contestó Gladys dándole unos golpecitos cariñosos en la cabeza.

Rodrigo nos saludó con las cejas sin decir nada mientras yo le sonreía sin saber qué hacer y Augusto levantaba los dos pulgares y le guiñaba un ojo. Gladys les tapó con una lona y se los llevó por el pasillo. Me pareció que empujaba un buque río abajo. El *Titanic*, más concretamente.

Chema

Josefina y yo esperamos agazapados a que se disipara el gentío. Mirando de tapadillo a través de los cristales de un salón de la entreplanta que domina la enorme recepción del hotel vimos desfilar los acontecimientos. Al principio nuestro refugio se vio invadido por un par de equipos de televisión que querían tener mejores tomas de la llegada de Madonna pero desaparecieron tan rápidamente como la noticia. Ella se abrió paso entre la multitud como pudo. Llevaba una camiseta en la que ponía «Kabbalists do it better». Iba rodeada de tres o cuatro rabinos con sus trenzas y de otro círculo de quince o veinte guardaespaldas. Increíble la expectación que levanta esa mujer. Ni Ava Gardner en sus mejores tiempos, cuando Augusto y yo nos la llevábamos a recorrer bares perdidos por Madrid en aquella Triumph con sidecar. Había oído que Madonna tenía un cierto parecido con Marilyn Monroe pero, como en tantas otras cosas, la gente ha perdido completamente el buen gusto. Comparar a la rubita escuchimizada esta con «la tentación que vive en el piso de arriba» es una afrenta para cualquiera que le gusten las señoras como Dios manda.

Cuando los periodistas se fueron con sus trastos a otra parte nos quedamos solos aguardando a que Romeulsson saliera del ascensor camino del concierto. Cinco minutos después de verle pasar tendríamos que montar nuestro numerito de Otelo y Desdémona.

Menudas ideas tenía este Rodrigo. ¿Por qué no se habría podido quedar escribiendo esa tontería de libro de autoayuda en vez de involucrarnos a todos en este lío? Por lo menos podría haber buscado otra tarea para Josefina. Convertir a una chica tan dulce y buena como ella en una buscona discotequera cualquiera... Incluso le había comprado un vestido rojo lleno de transparencias, rajas por todos lados, y la había obligado a maquillarse tanto que sólo le faltaba llevar escrito en la frente «¡Fóllame!». Esta mujer no se merecía aquel disfraz. Como Magnus se retrasaba estuvimos hablando un largo rato de su vida, de su familia, de sus ganas de progresar, de su lucha por seguir estudiando a pesar de tener que trabajar para ganarse la vida. Yo también le conté

algunas cosas de mi vida. Ella escuchaba con una mirada llena de interés. Es una persona con una gran sensibilidad. Yo creo que no estaba acostumbrada a que la trataran de igual a igual y lo agradecía enormemente. Es inocente pero a la vez muy avispada.

Todas estas cosas no las veía Rodrigo. Sólo le interesaba lo suyo. Siempre fue un muchacho muy egocéntrico y egoísta. No deja de ser lógico ya que no ha tenido una infancia que se pueda considerar normal: su padre siempre por ahí y Angustias, su madre, anclada en el Concilio de Trento. Estas cosas no se las digo a Augusto pero yo creo que tiene alguna responsabilidad en que su hijo haya salido tan cínico y escéptico.

Mi amigo siempre ha tenido un cierto sentimiento de culpabilidad por no haberse preocupado por la educación de sus hijos y ha intentado compensarles cuando ya eran adultos. Yo creo que por eso se metió en todo este berenjenal sin siquiera decirle que era del todo absurdo. O por eso o porque está ya que chochea, que todo puede ser. Como es lógico, sólo pudo encontrar a dos lo suficientemente bobos para dejarse enredar en algo tan absurdo. El padre Estrada por lo menos tenía la excusa de que desde la jubilación prematura de su parroquia, a la que le había invitado el episcopado por su excesiva afición a la investigación paranormal, se aburría como una ostra y necesitaba acción, pero ¿a mí quién me mandaba meterme en donde no me llaman? Es cierto que estaba algo deprimido desde que me dejó Gisella pero debería haberme limitado a emborracharme un par de semanas como otras veces. Supongo que cualquier psicólogo diría que me gusta sentirme joven, intrépido y necesitado por los demás.

Finalmente apareció Magnus. Salió de su ascensor privado, ya que había reservado uno de esos panorámicos con las paredes de cristal que tiene el hotel para su uso particular. Se quedó un momento hablando con uno de sus colaboradores y cruzó los arcos de detección de metales que controlaban el acceso a la torre, dirigiéndose a la zona de la actuación. Vestía todo de negro, con jersey de cuello alto y chaqueta, claramente un disfraz fallido de presidente de multinacional enrollado. Iba seguido por seis guardaespaldas vestidos de negro como él: dos ligeramente retrasados, dos delante abriendo paso y dos a cada lado formando un perfecto rombo. Los pocos delegados de Konia que quedaban por allí se apartaron reverencialmente y le siguieron dejando casi desierto el *lobby*. De entre unas columnas surgieron de repente Cristina Belamore y un cámara de televisión.

–Please, Mister Romeulsson. Unas words for Gazpacho rosa.

Magnus ni giró la cabeza. Unos de los guardas los cogieron delicadamente por las axilas y en volandas se los llevaron al exterior del edificio. Sólo permanecieron tres de ellos junto a los detectores como último control de seguridad. Esperamos los cinco minutos convenidos. Josefina estaba muy inquieta. Se movía de un lado a otro mirando constantemente al reloj. Me miró con ojos de gatita asustada. Le di la mano y esto pareció tranquilizarla. Sonrió suavemente.

Permanecí atento desde mi escondrijo a los acontecimientos. Josefina bajó y se dirigió a donde estaban los de seguridad como el que no quiere la cosa. Empezó a hablar con

ellos.

Se movía de un lado a otro, pavoneándose. Yo no podía oír lo que decían pero el eco de sus carcajadas retumbaba hasta donde yo me encontraba. Aunque se suponía que debía esperar diez minutos antes de entrar en acción me pudo la curiosidad y bajé las escaleras situándome en un sitio relativamente cercano, donde ellos no me veían pero yo podía escucharles.

–¡Ja, ja, ja, qué graciosa eres Josefina! No sé cómo estás casada con el carcamal ese. Seguro que no te da lo que a ti te hace falta –dijo uno de ellos mientras cogía a Josefina por la cintura.

Ella le rechazó coquetamente.

–Y seguro que tú conoces a alguien que me lo pueda dar, ¿verdad papasote lindo?

La gatita se había convertido en tigresa.

El gorila miró a sus secuaces con una sonrisa cómplice.

–Para lo que tú quieres no vale un abuelito atiborrado de millones y de viagra. Una mujer de verdad necesita un hombre de verdad.

–Uy, los hombres, siempre hablando mucho y luego a la hora de la verdad nada de nada –dijo ella riendo seductoramente.

Con un brusco movimiento el guarda le tomó la mano a Josefina y se la puso encima del bulto que sobresalía de sus pantalones.

–Ves, esto es lo que necesitas, pura dinamita.

Josefina no pudo evitar una cara de absoluta sorpresa e indefensión.

De repente me empezó a subir un calor hirviente a la cabeza. Se me nubló la vista, empecé a verlo todo rojo. Cuando me quise dar cuenta había saltado desde mi guarida y le había lanzado un directo a la mandíbula de aquel tipejo. El armario se tambaleó aturdido por la sorpresa y por el hecho de que, recordando los viejos tiempos, dentro del puño llevaba mi llavero de plata maciza. Sus compañeros se acercaron amenazadoramente.

–¡Al que toque a mi mujer lo mato aquí mismo como un perro! –grité escupiéndome mi rabia.

Al primero que se vino hacia mí le pegué un puntapié en la espinilla que casi le parte la tibia en dos. Cayó al suelo lloriqueando. El segundo me asestó un *superclase* tremendo. Mi cabeza se sacudió como un sonajero, el puente de mi dentadura postiza salió disparado por los aires, y me derrumbé cuan largo soy.

No perdí el conocimiento. El golpe tuvo la virtud de hacerme recordar qué había venido a hacer allí. Dado mi estado no me costó mucho empezar a fingir mi infarto, con sus espumarajos sanguinolentos por la boca y todo. Josefina se tiró sobre mí gritando como una loca.

–¡Dios mío, Dios mío, Santa Virgen de Altagracia, es el corazón, un ataque, y yo me he olvidado de las pastillas! ¡Hagan algo!

Mis agresores parecían desconcertados. No sé qué les enseñarán a estos de seguridad en los cursillos de primeros auxilios.

Por el rabillo del ojo vi cómo aparecía por una puerta lateral Gladys con el carro de la

ropa sucia donde viajaban Rodrigo y S. C. rumbo al ascensor. Uno de los guardas se sacudió su estupefacción y salió corriendo a buscar un médico. En su aturullamiento tropezó con el trasto y casi lo hizo volcar. Continuó su carrera sin mirar atrás. Sentí un dolor muy agudo en el costado.

Gladys

Casi se me sale el corazón por la boca. El animal aquel nos pegó un trompetazo que casi nos tira a todos al piso. Lo vi venir pero no lo pude esquivar. Yo creía que se iba a parar a mirar pero salió corriendo como alma que lleva el diablo. Me quité el susto como pude y continué, como si no hubiese pasado nada, hasta el ascensor. Como los otros estaban ocupados con el señor Chema ni miraron. Cuando cerraron las puertas levanté la lona.

–Joder, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso?

El señor fue el primero que asomó la cabeza.

–¿Se lo puede usted creer? Su sobrino me ha vuelto a vomitar otra vez.

Llevaba una gran mancha en el pecho de su mono negro de lycra. Parecía gazpacho. Rodrigo se había empeñado en que le hiciera un jarrón entero para la espera. Decía que le convenía más tomar algo ligerito para no sentirse pesado cuando tuviera que actuar. Se ve que S. C. también se había tomado unos cuantos vasos para sacarse los restos del jumo. Era una mancha fea, de esas que se quitan mal. Pensé que probablemente tendría que ponerle detergente encima antes de meterla en la lavadora con un programa caliente. Luego resultó que tuve que limpiar muchas manchas más y más feas.

–Siento que no le guste cómo manejo, yo no soy chofer pero últimamente sólo lo hago para salvarle la vida –contesté muy digna.

S. C. salió de dentro del vehículo, más verde que un mango verde.

–¿Estás bien, mijo? –le pregunté poniéndole la mano en la frente. Dijo algo que no se entendía muy bien.

El señor estaba nervioso. Estaba muy preocupado por cuántos guachimanes habría cuando llegáramos arriba. Yo había estado hacía una media hora y aquello parecía un desfile del cuerpo de la policía pero no quise asustarle más. Sólo le pedí a la Virgen que ese Magnus se los hubiera llevado a todos al demonio cuando bajó.

–¿Les ha dado usted el brebaje ese para que se queden dormidos?

Hombre de Dios. ¿Cómo quería que drogara a un batallón entero? ¿Con una manguera? Como no era cuestión de contarle cómo de agria estaba la piña, no sé qué mentira le conté de que les había dado a unos cuantos pero que más valía andarnos con cuidado, que me dejara a mí, que yo me ocupaba.

El viaje en el ascensor hasta allí arribota lleva un buen rato así que se pusieron a arreglar su equipo. El paracaídas ese cabía en dos mochilas. Yo esperaba ver algo más grande y con una hélice o algo así pero me parece que lo confundí con alguna otra jodienda que vi en la tele. Hablando de tele, con sus trajes negros todos ajustaditos y esa capucha, los dos estaban iguales al personaje aquel mejicano tan cómico, este, el Chapulín Colorado, sólo les falta las antenas. Me reí y el señor se puso rojo de verdad y me miró con mala cara. Un gruñón es.

S. C. sudaba y sudaba. Pobre chico. De repente me puse a pensar cómo lo había metido en todo este sancocho. ¿Y si le pasaba algo? ¿Qué le iba a decir a mi hermana? Ella nos lo había mandado para que cuidáramos de él y para apartarlo de sus panas que lo estaban llevando por mal camino. No sólo no lo había conseguido sino que ya era un ratero consumado y ahora, además, yo lo estaba metiendo en un robo de los grandes, con policías y guardas por todas partes. Por otro lado, el muchacho iba a acabar en la cárcel tarde o temprano y de esta forma a lo mejor aprendía algo y conocía a gente importante que le ayudara. Si fuera mi hijo ya hubiese aprendido hace tiempo a palos pero Samantha nunca aprobó esos remedios.

Pero ya no era momento de seguir preocupándome de más cosas. Siempre estoy preocupándome por todo el mundo. No paro de pensar en lo que le va a pasar a este o a aquel. A mi mamá, a Bartolomina, a República, al señor Rodrigo, a Zutanejo o a Perenejo. Esto no es vida. Ya me lo decía mi difunto, «piensa en ti, piensa en ti», pero yo siempre angustiada por todos y después para que a nadie le importe nada un carajo. No hacía más que pensar en el señor Augusto que se había quedado tan tranquilo en la entrada del hotel sin importarle que su hijo se estuviera jugando la vida. Por no hablar de la madre del señor que había salido en la televisión diciendo no sé qué vaina de él cuando lo de los asesinatos y que no había vuelto a intentar saber nada a pesar de que lo estaba buscando todita la policía. Seguro que de tan avergonzada como estaba con la historia ni se atrevía a salir a la novena ni a ir a jugar a las cartas a casa de las otras viejas y emborracharse de licor en copas chicas.

El caso es que estábamos llegando arriba y yo no sabía muy bien con lo que nos íbamos a encontrar cuando se abriera la puerta. Les dije que se volvieran a meter dentro del carro, los tapé con la lona y me puse adelante con la fregona en una mano y el cepillo en la otra. Cuando se abrió el elevador, salí y me encontré con un gorilón de esos grandes como una montaña. Saqué la cabeza y parecía que no había nadie más. Se ve que el jefe de los bandidos esos se los llevó a todos.

–Stop –me dijo.

–*You single?* –pregunté con mi mejor sonrisa. De algo me tenían que servir esos años en casa de los gringos aquellos en México.

Él, sonriendo también, me dijo que *Yes*. No parecía mala gente, el pobre.

Aprovechando que estaba confiado y rápida como un rayo, pim, le metí la punta de la fregona en el ojo. El tipo empezó a gritar como una vieja y se abajó agarrándose el ojo, como si fuera de vidrio y se le fuera a romper. Pam. Le pegué, con toda mi alma, con el cepillo en el pescuezo. Ahora ya no se quejaba el mamahuevo. Cayó redondito y la cabeza le sonó como un coco cuando le dio contra el piso.

República

El señor Chema parecía muy buen actor. Cómo fingía el hombre el ataque al corazón. Qué cantidad de espuma que echaba por la boca. Ponía los ojos en blanco, temblaba, se retorció y todo eso. Los guachimanes estaban muertos de miedo, sin saber qué hacer. Corrían de un lado a otro como gallina sin cabeza. Uno de ellos casi voltea a mi hermana Gladys cuando llevaba el carro con el señor Rodrigo y el sobrino hacia el elevador. Gracias a la Virgen, sólo fue un susto, pero ¡vaya susto! Yo creí que ahí se acababa toda la aventura pero finalmente no pasó nada.

Como habían pensado los señores, los muchachos de recepción también se asustaron y salieron a ver si podían hacer algo por el enfermo. Ese momento era el que tenía que aprovechar yo para meterme en el cuarto de los computadores y Nogales en el de las luces que estaba al lado. Bartolomina se quedó afuera para evadir a los que intentaran entrar.

Me senté enfrente del aparato que me habían dicho que controlaba todas las funciones informáticas del hotel ese inmenso y lo prendí. Era un simple PC, igual que otro cualquiera. Parece mentira, ahora lo meten todo en sitios cada vez más chiquiticos.

Llamé por teléfono a mi mentor de la universidad a distancia, que ya estaba avisado que le iba a llamar a esa hora. A pesar de que nunca lo conocí personalmente, somos muy amigos Peru y yo. Es un muchacho muy amable de Bilbao. Ni siquiera se quejó de que le llamara un sábado por la noche. Sabe todito lo que hay que saber de informática y eso que sólo tiene 28 años. Ahora el pobre lo está pasando muy mal porque su novia, con la que llevaba viviendo desde hace cuatro años, le acaba de dejar por una tipa que era su mejor amiga y encima le dejó sin un peso. Además le dijo que no le gustaban las mujeres pero que se iba con ella porque él era un aburrido y sólo pensaba en sus computadoras. Estas mujeres de aquí están todas alocadas. Bueno, en fin, que pierdo el suin de lo que estaba contando, mi profesor me dijo que entrara en el programa de gestión del hotel y empezó a hacerme preguntas:

–Por lo que me dices, parece un ordenador central con tecnología domótica. Vamos a modificar parámetros. A ver República, antes que nada tienes que desconectar un par de cosas. ¿Ves el icono de la conexión wi-fi?

–No, no veo nada de eso –contesté después de mirar por arriba y por abajo.

–¿Y el de climatización inteligente?

Tampoco veía nada. Después me preguntó por los programas que controlan las luces de ambientación, los teléfonos multilínea, los robots de limpieza, los sensores de luz, el sistema de calefacción de las piscinas y no sé cuántas cosas más. Yo no encontraba nada de eso.

–Chica (yo le había dicho que tengo 25 años), a ver si tenemos más suerte con otras cosas. ¿Tienes un icono de aviso automático a los bomberos?

–Sí, aquí me parece ver algo –dije.

–Desconéctalo, y si ves otro de apertura automática de ventanas en caso de incendio, desconéctalo también. Así no te haces ningún lío a la hora de cambiar los códigos de las cerraduras de las puertas. Las tarjetas para abrirlas son similares a las de los cajeros. Tienen una banda magnética codificada por el ordenador central que se cambia cuando llega un nuevo huésped. Los códigos anteriores son borrados por el ordenador y reemplazados por uno distinto que es enviado electrónicamente a la cerradura. Ahora busca en el programa que genera las claves, entra en el menú de la derecha, entra en herramientas, cambio de código. ¿Quieres cambiar ahora los de todas las puertas?

Miré el reloj. Era más o menos la hora que me había indicado el señor Rodrigo para la operación y le dije que sí.

–Vale, entonces dale a opción, cambiar todas y luego intro. ¿Te sale una ventana que te pregunta si de verdad quieres cambiarlas todas? Dile que sí. Bueno, yo creo que ya está. Me alegro de haberte sido útil pero me tiene un poco extrañado que te hayan encargado el mantenimiento del sistema informático de ese hotel. Eres muy buena alumna pero sólo llevas dos meses de curso y te faltan más de dos años para acabar.

Estuve a punto de dejarme llevar por mi mal carácter y decirle cualquier barbaridad porque yo soy muy orgullosa y si me propongo algo lo consigo, nadie me tiene que decir lo que sé o lo que no sé hacer, pero en ese momento entró Nogales y empezó a hacerme señas. Un negro simpático este hombre, además toca muy bien los tambores y tiene buen ritmo para su edad aunque es ridícula esa manía suya de ir siempre con lentes negros, sea de día o de noche. Gladys dice que es muy buen cristiano y ayuda mucho en la iglesia. Esta gente de Baní son siempre muy cumplidores.

Me despedí muy educadamente de mi monitor y le dije que se quedara tranquilo, que estaba todo bien. Nogales me contó que ya había desconectado los elevadores, lo que parecían los controles de las cámaras de seguridad y las luces de la última planta. Lo que no estaba muy seguro era de haber conseguido nada con los móviles. Había hecho un aparato con las instrucciones que había sacado de Internet para que dejaran de funcionar pero aquello hacía un ruido del demonio. Incluso se oía desde donde yo estaba. Probamos a hacer una llamada y el celular funcionaba como siempre. Un fracaso total y rotundo, como decía Gladys. Volvieron a llamar a la puerta. Ahora era Bartolomina

diciendo que los de la recepción habían vuelto a su sitio después del susto de la actuación del señor Chema y que andaban todos preocupados con los elevadores y con el zumbido del carajo que venía del fondo. Ella había intentado confundirlos diciendo que aquel pasillo estaba todo recién encerado y que ni se les ocurriera pisarlo pero en cuanto llegara el electricista que habían llamado la cosa se iba a poner fea. Desenchufé la computadora y por si acaso le tiré por encima el agua de un jarrón que estaba cerca. Dando una vuelta, salimos por otra puerta y vinimos a dar a la entrada del hotel. En ese momento, los médicos estaban sacando en camilla al señor Chema, que llevaba muy mala cara, y a su lado iba Josefina llorando como una magdalena. Dos actorazos, sí señor.

S. C.

Nada más abrirse la puerta del elevador aparecieron siete u ocho tipos de esos grandes como montañas y con aire de asesinos. A lo mejor eran más. Llevaban los ojos encandilados en sangre viva e iban armados hasta los dientes. Aprovechando el factor sorpresa el señor Rodrigo y yo nos tiramos sobre ellos como tigres. Pim, pam, plas, les dimos por todos lados y cuando se quisieron dar cuenta estaban en el piso soñando con los angelitos. Nosotros solitos lo hicimos. Bueno, también estaba mi tía Gladys que nos ayudó un chin pero ya se sabe que las mujeres para estas cosas son como un cero a la izquierda.

Revisamos a uno de esos guachimanes y le encontramos la tarjeta para entrar en el cuarto de Magnus. Abrimos la puerta y estaba todo a oscuras. Ya iba a entrar Rodrigo cuando lo agarré por el brazo. Casi a ras de suelo se veían muchos rayitos de luz roja. En seguida me di cuenta de que eran esos sistemas de seguridad con rayos láser que había visto en las películas. Nos quedamos quietos sin saber qué hacer. El señor quería entrar sin importarle nada las alarmas porque pronto los ascensores no iban a funcionar pero yo le dije de revolver los bolsillos de nuestro, perdón, nuestros prisioneros e intentar encontrar algo para desenchufar el sistema. Cuando estábamos en esa vaina, se apagaron las luces del elevador y del vestíbulo. Parecía que Nogales había hecho su trabajo. Lo malo es que ahora no se veía un carajo y encima alguien se había olvidado de los focos que traíamos. El señor Rodrigo empezó a gritar como un loco. Para mí que él era el encargado de haberlas metido en una de las mochilas o en otra funda de El Corte Inglés que llevábamos pero cualquiera le decía nada, el hombre estaba hecho una fiera. De repente me di cuenta de que los rayitos de luz roja ya no estaban. Esto lo dejó un poco tranquilo. Ya teníamos vía libre. La tía Gladys nos dio un cabo de vela y un encendedor que siempre llevaba encima para las urgencias y se fue a vigilar la escalera, dejándonos a nosotros el trabajo de hombres.

Entramos en el cuarto y empezamos a buscar la computadora en la que yo había visto

la información de la escritora difunta. Debían haber cambiado los muebles de sitio porque no había manera de orientarse en aquel lugar. Rodrigo se podía defender un poco mejor con la vela pero yo me quemaba todo el rato con el encendedor que enseguida se ponía ardiendo. Por las ventanas entraba un poco de resplandor pero estábamos tan altos que ni se veían las luces de la ciudad. En ese momento casi no recordaba que tenía que tirarme desde allá arriba, a pesar de que ya llevaba puesto el paracaídas y todo. Yo creo que el subidón de esos momentos de tensión hace que uno se olvide de todo. Me sentía tranquilo y confiado. Se ve que nací para trabajos de los grandes como este. Nos separamos y cada uno se puso a buscar por su lado. Toqueteando llegué hasta donde yo recordaba el escritorio de Magnus. No encontré la computadora pero sí este reloj Audemars Piquet de oro tan bacano que llevo puesto. Es un recuerdo de esa noche, un botín de guerra se podría decir.

Una luz muy fuerte iluminó la sala. Parecía que abajo estaban tirando fuegos artificiales para celebrar la actuación de Madonna. En un extremo de la sala me pareció distinguir la computadora portátil que vi el día que estuve allí con el padre Estrada. Intenté acercarme pero todo volvió a quedar oscuro. A pesar de que el encendedor estaba en las últimas conseguí llegar hasta allí. En la tapa tenía las iniciales M. R. que yo recordaba. Lo iba a abrir para ponerlo en marcha cuando el gas empezó a parpadear. Para no quedarme sin luz, agarré unos papeles que había en la mesa de al lado, hice un cucurucho y lo prendí con la poca lumbre que quedaba. Llamé a mi compañero, haciéndole señas con ese improvisado quinqué. Debo de haberla acercado demasiado al techo porque en ese momento se activaron los dispositivos antiincendios. Empezó a caer agua como si llevara Dios una semana sin mear, y perdón por la expresión porque a mí no me gusta decir estas cosas, Diosito mío. Rodrigo se acercó como pudo y yo creo que venía de muy malas ganas, a pegarme una galleta o algo pero resbaló en un charco que se había formado en el piso. Cuando se levantó se vino ya más mansito. Parecía cansado.

—¿Estás seguro de que este es el ordenador en el que viste la información? —me preguntó.

—Sí jefe, seguro como que soy hijo de mi madre —contesté.

—Vámonos de aquí cagando melodías porque llevamos revolviendo más de diez minutos y esta gente debe estar a punto de caer.

A pesar de lo mojado que estaba, esta última palabrita me erizó el cabello desde la raíz hasta las puntas. Hasta ahora todo había sido una papa, ahora venía lo jodido. Justamente lo de caer.

El señor agarró el ordenador y entre la lluvia nos dirigimos a los ventanales. Buscamos uno que se abriera y aunque nos costó un ratito lo encontramos. De repente paró el agua.

—Mala señal —dijo Rodrigo—, eso es que ya están cerca.

Como si le hubiesen leído la mente empezaron a dar grandes golpes en la puerta. Se ve que República había conseguido cambiar los códigos de las cerraduras pero parecía que iban a tardar poco en tirarla abajo.

Pusimos una mesa pegada a la ventana para poder saltar mejor. A pesar de que me

había advertido a mí que no lo hiciera, él sacó la cabeza para mirar el trayecto que nos esperaba. Como un pez mojado por tanta agua, despacito, como si fuera en la cámara lenta de la repetición de las mejores jugadas de la tele, la computadora se le escapó entre las manos, rebotó en el quicio y saltó para fuera.

Nos quedamos los dos mirando como bobos cómo caía y caía, hasta que lo perdimos de vista. Ni siquiera oímos un plof del aparato al llegar abajo.

Los golpes y las voces del otro lado eran cada vez más fuertes. Sonó un disparo como un cañón. Saltó un pedazo de madera pero la puerta aguantó. Se ve que el tal Magnus había puesto una especial porque las de los hoteles no son tan duras pero seguro que no iba a aguantar mucho más. La vaina se estaba poniendo realmente fea.

–Vámonos ya mismo, jefe –le dije dándole un empujón a Rodrigo, pero él se había quedado enchivado contra el cristal, mirando para abajo. Parecía ido, como si no se diera cuenta de la situación. Yo creo que le dio un yeyo cuando vio caer la computadora y hacerse cada vez más chiquita hasta que se lo tragaba lo oscuro. No sé cuántas veces me lo había dicho: «No mires antes de saltar, S. C., no se te ocurra mirar antes de saltar, que te conozco», pero siempre es más fácil decir las cosas que hacerlas y se ve que el pobre tipo se cagó enterito. No sé qué jodienda estaría pensando pero estaba en otro mundo y no reaccionaba.

La puerta crujió y estaba claro que esos desgraciados hijoeputas que nos seguían iban a entrar en cualquier momento. Intenté levantar a Rodrigo para que se tirara conmigo pero no había manera.

Sentí volar la madera por los aires y que me gritaban «Stop».

Sin mirar atrás, cogí velocidad, cerré los ojos y salté.

Augusto

Me había merendado media docena de lexatines como si fueran gominolas pero saqué del bolsillo una botellita de coñac que había cogido del minibar de la habitación y me la tomé de un trago. Y porque no tenía otra a mano... Una ambulancia se acababa de llevar a mi mejor amigo, mi hijo estaba a no sé cuántos pisos de altura, robando a un megamillonario y a punto de tirarse en paracaídas con un chaval que tenía vértigo hasta en la montaña rusa. La cosa no estaba para andarse con contraindicaciones médicas.

Cuando me di cuenta de que el infarto de Chema iba en serio y que nadie sabía muy bien qué hacer, estuve a punto de mandarlo todo a la mierda, montarlo en la camioneta y salir zumbando al primer hospital, pero no podía perder la calma. La vida de Rodrigo estaba en juego, no le podía fallar ahora. Ya le había fallado demasiado en otras ocasiones. No podía evitar pensar que mucho de lo que estaba pasando en ese momento era culpa mía. Menudo ejemplo les había dado a mis hijos. Siempre por ahí, viviendo a mi aire y dejando su educación en manos de la meapilas de su madre. No me extraña que se fueran los dos de casa en cuanto tuvieron edad. No les enseñé a llevar una vida ordenada, tranquila, como la de todo el mundo. Curra, por lo menos, ha sentado un poco la cabeza, aunque sea con el calzonazos de su marido, pero Rodrigo heredó mi vena inconformista, nunca está contento con nada, sin hijos a su edad ni perrito que le ladre. Ya sé que no soy un ejemplo pero creo que en algún momento un hombre tiene que tener hijos. No sé quién dijo que son una forma de recordarnos que somos mortales, que la vida no es una fiesta y que hay que asumir responsabilidades.

Bueno, aunque fuera un poco tarde, en ese momento yo era plenamente consciente de la cercanía de la muerte (no había tenido más que ver la cara de mi amigo Chema cuando se lo llevaban) y estaba asumiendo de un golpe todas las responsabilidades que había declinado durante tantos años de dar vueltas por el mundo.

En pocos minutos la recepción se había convertido en un auténtico maremágnum. Ya no era sólo que se había ido parte de la luz del hotel sino que, según me enteré, había

estallado un incendio en el último piso. Me encomendé a todos los dioses conocidos para que aquello fuera sólo una estratagema de nuestros chicos. Empezaban a llegar camiones de bomberos y de policía que se unían a las hordas de guardaespaldas de Ro-meulsson avisados por sus compinches. Los de recepción andaban como locos atendiendo las llamadas de las personas que se habían quedado atrapadas en sus habitaciones con el tema del cambio de los códigos e intentando conseguir a gritos que se personasen los técnicos de mantenimiento para arreglar los ascensores donde había gente atrapada. Para contribuir al ambiente de confusión, el concierto de esta Madonna empezaba en ese momento y miles de decibelios de música infernal retumbaban por todo el recinto.

El lío se hizo aún mayor cuando los bomberos y los policías intentaron subir a las plantas superiores. Los hombres de Magnus se cerraron en banda, negándose a dejar entrar a nadie en las habitaciones de su jefe. La cosa se puso bastante tensa hasta que el gerente del hotel consiguió que las fuerzas de orden público se dedicaran primero a otras plantas.

Habíamos enviado al resto del grupo por delante y sólo quedábamos Luis Javier, Nogales y yo para ayudar a Rodrigo y S. C. a desprenderse de sus paracaídas. Salí afuera a esperar a los nuestros. Ya llevaban bastante tiempo arriba y tenían que estar a punto de bajar. Cuando llegué al p rking, un enorme camión de bomberos taponaba la salida de nuestro monovolumen. Me puse hecho un loco, gritando e insultando a aquella gente, todo con un ojo en las alturas y con el alma en vilo. Les dije que formaba parte del cortejo de la estrella del rock y que se iban a enterar si no estaba listo el coche por si ella quería hacer una salida por la puerta de atrás. Me miraron como si fuera un anciano senil recién escapado del asilo. Creo que se apiadaron de mis canas y apartaron ese cacharro.

Me qued  mirando el cielo esperando ver alguna señal alentadora. No pude evitar pensar en la razón que tenía mi querida Rosinha con sus mensajes de ultratumba. El hotel tenía un aspecto realmente imponente desde all  abajo. De repente surgió de la oscuridad una gran vela multicolor. Empezó a hacer giros a gran altura sobre el p rking. Por un momento pareció que iba a capotar o como se diga en términos paracaid sticos. Luego volvió a acercarse adonde yo me encontraba. Poco a poco empezó a hacerse visible su tripulante, pero no se distinguía su rostro. Estaba claro, era S. C. Cuando estaba a poco más de 30 metros de tierra me saludó con la mano y le o  gritar eufórico « Esto es la hostiaaaa!». Sus dientes relumbraban como si fueran luces de posición. Súbitamente una ráfaga de viento arrastr  al paracaídas como si fuera una simple pluma a merced de una tormenta. El artefacto del muchacho desapareció por detrás del edificio en dirección a la playa. A lo lejos se seguían oyendo gritos pero ya no parecían tan entusiastas.

Me qued  esperando ver aparecer a Rodrigo en cualquier momento.  l seguro que sabría aterrizar como Dios manda en el sitio indicado. Luego pasaríamos a buscar a S. C. y saldríamos zumbando de all . Esper  y esper  pero aquella noche tan negra no traía noticias de mi hijo.

**Al mejor cocinero
el tomate se le va entero**

Tap, tap, tap, tap, tap, tap. Rodrigo estaba hecho un ovillo en una esquina junto a la ventana, observando idiotizado las gotas de agua que le caían de la nariz. Cuando se quiso dar cuenta, le habían caído varias docenas de puñetazos, patadas, insultos variados, y le estaban arrastrando de las orejas por la moqueta empapada hacia la puerta.

¿Qué coño le había pasado? ¿Qué cable se le había pelado?

Sólo recordaba que se había quedado completamente paralizado cuando había visto caer el ordenador, no sabía si por la impresión de la altura, por la impotencia de ver caer la única prueba de su inocencia o por un súbito ataque de cordura ante la perspectiva de saltar en paracaídas de noche cerrada desde un edificio de miles de metros de altura sin saber muy bien dónde iba a caer.

El caso es que ahora estaba jodido y bien jodido. La perspectiva de la cárcel hasta le parecía amable en comparación con las intenciones que obviamente tenía esa gente. Seguro que se estaba más a gustito en Guantánamo que en manos de estos animales que parecían estar de una muy comprensible mala leche. Seguro que los había dejado en ridículo delante de su jefe y se lo iban a hacer pagar.

Cuando llegaron al descansillo del ascensor, la luz había vuelto. Le dejaron a los pies de unas botas de charol negro. Recibió otra patada.

–Vóltéenlo –oyó que decía una voz femenina–. ¿Quién eres tú, grandísimo hijoeputa? Caramba, caramba, esta cara me resulta conocida... ¡Si es nuestro viejo amigo el señor Alonso! A pesar del pelo teñido, de la chivera y de ese diente que falta, no puede ser ningún otro.

Era Ana Patricia. Rodrigo se llevó la mano a la boca y comprobó que el sabor a sangre que tenía no sólo se debía a los cortes. Introdujo el dedo en el solar dejado por una de las paletas. Absurdamente, dada su situación, maldijo por ser justamente uno tan visible.

–Y dígame, ¿qué le trae por acá si se puede saber? No me conteste todavía. Ahora mismito tendré el placer de tener una larga y distendida charla con usted. Llévelo abajo y pónganle cómodo para el interrogatorio –ordenó a sus chicos. Las botas de charol se despidieron cariñosamente con una nueva patada en los morros.

El piso inferior no había registrado tantas mejoras como el de Magnus con ocasión de la convención. Se habían eliminado tabiques para conseguir una estancia única de gran tamaño pero la decoración no parecía tan cuidada como la que Rodrigo había intuido a oscuras en la escena de su robo. Todavía había clases en las megamultinationales.

Le amarraron con unas correas a uno de esos sillones eléctricos que te permiten

reclinarte o darte masajes y le dejaron un momento solo. Era francamente cómodo, mullido, de cuero amarillo. Muchas veces había pensado en comprar uno para su casa pero le había parecido que desentonaba con la decoración de diseño que le había hecho aquella tía tan pija. Era ideal para ver la tele repanchingado, pensó al ver que de las paredes colgaban dos pantallas ultraplanas; aunque no parecía que el programa de esa noche fuera de los que a él gustaban.

Intentó encontrarle el lado positivo a la situación. Por lo menos los demás estaban a salvo. S. C. había saltado y probablemente habría llegado abajo sin problemas. Se lo merecía, se la había jugado por él como un valiente. Era un buen chaval, torpe pero buen chaval. Este conato de pensamiento altruista no prosperó. El instinto de supervivencia era muy muy egoísta. ¿Qué coño le importaba que ese cabrón se hubiese salvado? Si finalmente se había estrellado contra el patio del hotel por lo menos había tenido una muerte rápida, un visto y no visto. Seguro que a él no le esperaba la misma suerte. No era probable que le entregaran sin más a la policía, a pesar de ser el principal sospechoso de un doble asesinato y de rematar la jugada entrando sin invitación en las habitaciones de Romeulsson. Su conducta podía suscitar más preguntas que respuestas. Poniéndose en el lugar de sus captores, lo más razonable para ellos era hacerlo desaparecer discretamente para evitar complicaciones suplementarias. Al fin y al cabo, aparentemente lo único que había pasado en el hotel era que se habían estropeado algunas luces y un conato de incendio que luego había quedado en nada. Sin denuncia no tenía por qué haber más pesquisas. Difícilmente iban a poder hacer algo su padre y los demás. ¿Qué iba a decir, mi hijo se fue a robar al piso de arriba y no ha vuelto?

Se abrió la puerta y apareció Ana Patricia, vestida toda de negro, con una minifalda de cuero que antes no había tenido tiempo de apreciar y una camiseta ajustada de manga larga con la frase «Je suis la bête» encima de sus generosas tetas. Muy apropiado para la ocasión. Le parecía recordar que era el estribillo de una canción francesa que había utilizado hace bastantes años para la campaña de una fragancia para quinceañeras.

–Bueno, bueno, don Rodrigo Alonso.... Mucha guerra nos está dando usted. Quizá te debimos haber quitado de en medio la primera vez. Si no te importa voy a poner un rato la tele. El concierto de Madonna está en su mejor momento y me lo estoy perdiendo. Pero no te preocupes por mí, cualquier cosa con tal de atender a un viejo amigo como se merece.

Con el mando a distancia la directora de márketing reconvertida en jefa de escuadrón de sicarios encendió las pantallas. Apareció la imagen de la Ambición Rubia interpretando su versión de *American Pie*.

–La verdad es que me gustaba más la original de Don Maclean pero no puede negarse que esta mujer es una maestra en reinventarse. Siempre consigue estar en la cresta de la ola. No como tú, querido. Parece que tu patético esfuerzo por cambiar de vida va a acabar en un *dead end*, de escritor de novelas rosa a frío cadáver. Qué lástima. –dijo con cara de fingida tristeza. Dio un chasquido con los dedos y apareció uno de sus secuaces con un carro de servicio de habitaciones tapado con un mantel–. Desafortunadamente mi jefe no nos va a poder acompañar en esta reunión tan chévere. Tiene que estar presente

en la convención pero te manda sus mejores saludos y me pidió que te agasaje con nuestra mejor hospitalidad.

En la pantalla se podía ver a Romeulsson presentando un nuevo tema del concierto.

Rodrigo se sintió ridículamente decepcionado. En este tipo de situaciones en la ficción, al héroe lo atiende preceptivamente el cerebro de los malos, que después de contarle al dedillo todos sus infames planes para conquistar el mundo intenta matarlo tirando del manual de muertes sofisticadas. Esto de que se encargue de uno un subordinado le parecía un poco como si le tomaran por el pito del sereno. Por otro lado, la situación de estar atado de pies y manos a merced de una ex parecía salida de sus peores sueños o de alguna fantasía feminista. Si es que Ana Patricia podía considerarse una ex; aunque a veces es más peligrosa una mujer pillada en un renuncio inenarrable que la más desechada de las amantes.

Ella encendió un pitillo y echó el humo a la cara de su prisionero.

—Ya sabes que Magnus no aprueba el tabaco pero en esto del vicio cada uno tiene sus manías. Hay gente que obligatoriamente tiene que fumar cuando habla por teléfono, otros al final de una comida sabrosa o después de hacer el amor. Yo no concibo una buena sesión de tortura sin un cigarrito.

Destapó la mesa que había traído el sicario y dejó al descubierto un amplio muestrario de instrumentos de aspecto poco tranquilizador.

—Antes de empezar, ¿podríamos hablar un momento a solas? —dijo Rodrigo señalando con la cabeza al maromo que había traído aquella quincallería. Ella hizo un gesto a su compinche para que les dejaran a solas—. Mira Ana Patricia, ya sé que no empezamos nuestra relación de la mejor manera posible pero, si olvidamos aquel pequeño incidente sin importancia, se puede decir que habíamos simpatizado, que nos habíamos caído bien.

—Me parece que ese es tu problema, que simpatizas demasiado con la gente. Si no hubieses simpatizado tanto con nuestra difunta amiga Carmen J. White no estarías metido en este lío.

—Ese caso es distinto, eso fue casi sin querer. Ella me confundió con otro. Pero no era de eso de lo que quería hablar. Por lo que conversamos esa noche en Marrakech creo que llegué a entenderte un poco: una profesional de enorme valía, que ha vivido por todo el mundo pero no pertenece a ningún sitio. Sin amigos de verdad ni raíces. La gente que quieres se encuentra lejos y dispersa. Por otro lado, hoy en día es tan difícil encontrar a alguien, poder establecer una relación sincera y honesta con otra persona, que al final sólo queda el trabajo y la gente que se conoce en él. Es normal que en esas condiciones uno se deje convencer y haga cosas que de otro modo no haría, que uno se pueda torcer y tomar el mal camino. Es lógico que te dejes impresionar por un tío como Magnus, por sus millones, por su verborrea sobre la filosofía griega y por sus locas ideas sobre la dominación de la tierra. Pero yo sé que todo eso es circunstancial, yo sé que tú eres una persona buena, que si miras dentro de tu corazón verás que sigues siendo esa niña asustada que sólo desea que la quieran y ser feliz. Todavía estás a tiempo de conseguirlo. No cometas una locura. La policía aún no tiene nada contra ti. Yo no diré nada sobre tu presencia en el asesinato de Carmen J. White. Declararé que tú estabas al margen de

todo esto y que sólo eres la directora de márketing de la compañía. Podrás rehacer tu vida fácilmente y olvidar este disparate. Conocerás a alguien, te enamorarás, tendrás niños y en unos años te parecerá que esto ha sido todo un mal sueño. Déjame escapar y nos estarás haciendo un gran favor a los dos. Otra vida es aún posible.

Ana Patricia se quedó mirándole por un momento con cara de incredulidad y luego estalló en una estruendosa carcajada.

—¿Tú crees que sigues trabajando en tu agencita de publicidad y que me puedes convencer con tu piquito de oro de cualquier huevonada como si me estuvieras vendiendo una campaña de Head and Shoulders? —dijo mientras daba vueltas alrededor de su sillón. Y agregó—: Ustedes los divos de la creatividad en serio se creen que así es como marcha la vaina. Digo tres tonterías, prometo un mundo mejor y todo resuelto. Pero esta vez me parece que te equivocaste de público objetivo. Mis aspiraciones no son tener una bonita casa en los suburbios con muchos hijitos rubios correteando por el jardín y una *station wagon* alemana como en esos comerciales baratos que hacen ustedes. A mí lo que me interesa es el poder, el Poder con mayúsculas. El poder sobre todo y sobre todos. El poder que me permita controlar la vida de los demás. Plata, sexo, lujo, todo eso viene después. Si para conseguir el poder tengo que seguirle el juego a Magnus con sus teorías seudofilosóficas, Pitágoras y esas mariconadas, se lo sigo. Lo importante es que él tiene los medios y la tecnología para conseguir lo que yo quiero. No sé si su idea de dominar el mundo con las melodías de los móviles funcionará pero si no es con ese método tiene millones de sobra para intentarlo de otra forma. Míralo —dijo señalando las pantallas de televisión donde Romeulsson interpretaba en ese momento una versión de *Like a Virgin* a dúo con Madonna—. Hoy es uno de sus grandes días. Aprovechando una conjunción planetaria que sólo se da cada cincuenta años está grabando unas melodías esotéricas especiales que le está haciendo cantar a esta mujer y no se le ocurre otra cosa que ponerse a hacerle los coros. Los hombres son como niños. Necesitan que los centren para conseguir sus objetivos, y si para eso tengo que ser la mujer detrás del gran prócer eso es lo que voy a ser... por el momento.

Por una vez Rodrigo se quedó callado, derrotado, sin argumentos.

—Bueno, basta de charla. *Let's get down to business*. A ver qué es lo que tenemos por acá... —dijo revolviendo la improvisada mesa de instrumental—. Vamos a empezar con un pequeño precalentamiento. Perdona que te abra la camisa y te baje un poco los pantalones. No creas que es con intenciones deshonestas, nada más lejos de mi intención que aprovecharme de ti.

Le aplicó dos pinzas, una en cada pezón, conectadas con una batería.

—A lo mejor te habías imaginado un tratamiento, que sé yo, más ritual, con técnicas heredadas directamente del viejo Pitágoras, o algo así, pero desgraciadamente nos dejó mucha teoría y poca práctica así que no nos queda más remedio que echar mano de los clásicos de toda la vida.

El dolor de la primera descarga fue brutal. Rodrigo pegó un escalofriante alarido y le corrieron dos gruesos lagrimones por la cara.

—Uy, pobrecito, ¿molesta?

–¿Qué quieres que confiese?, ¿qué información necesitas de mí? No tengo ninguna prueba contra vosotros, el ordenador que os robamos se nos cayó por la ventana.

–¿El ordenador? Ahí no teníamos ninguna información de importancia, sólo textos que escribía Magnus para los libros de Carmen. Si lo que buscabas eran las imágenes del asesinato, no tenías ninguna posibilidad de poder encontrarlas. El jefe las mandó *encriptadas* a nuestra central y la única copia que existe está en esta memoria pen drive –contestó ella enseñándole la que llevaba al cuello, que más bien parecía un colgante de diseño italiano–. Este pequeño tratamiento al que te someto es sólo cortesía de la casa antes de despedirnos para siempre. Una no puede estar siempre trabajando, también tiene derecho a divertirse.

Después de unas cuantas descargas, le bajó un poco más los pantalones.

–A ver, déjame ver por última vez esa marca de los dioses que tantos problemas te está dando –dijo poniendo al descubierto la mancha de nacimiento de Rodrigo–. ¡Qué lástima!, quería darle un besito de despedida pero tienes la pierna toda pringada de orines. Parece que la electricidad te da ganas de ir al baño.

Acto seguido le cambió las pinzas a los huevos.

–Seguro que esto va a ser una nueva experiencia sexual para ti, mi amor.

Pensó que iba a enloquecer, que se iba a desmayar, pero siguió consciente. Gritó, maldijo, insultó.

–¡Qué barbaridad, qué poca educación! Quién lo hubiese pensado de ti. No te preocupes que no te voy a dar mucha caña, como dicen ustedes, con la picana. Esto es sólo un aperitivo.

Rodrigo no podía pensar en nada, sólo esperaba el siguiente calambrazo. El olor de su propia carne quemada le hacía vomitar cada tanto. Al cabo de unos minutos eternos, la tortura se interrumpió. Ana Patricia le soltó las pinzas de sus partes y él sintió un cierto alivio dentro del dolor insoportable.

–Ahora vamos a jugar un ratito a las películas –acercó su cara a la de su cobaya mientras decía–: ¿Cuál es tu película de terror favorita? ¿Con qué escena de torturas te has erizado de verdad? Yo creo que todos tenemos la nuestra. Para unos es la sierra mecánica de *Scarface*, para otros son las ratas de *1984* o las arañas de *Indiana Jones*. Las pesadillas de nuestra niñez están llenas de los fosos con serpientes de *Fu Manchú*, de las astillas en las uñas o de los potros medievales. Oigamos qué me dice mi inspiración... Mmmm, me parece que hoy tengo un día *Marathón Man*. ¿Viste ese film, mi churro?

Rodrigo la miró con ojos llenos de espanto. Recordaba perfectamente la escena del pobre Dustin Hoffman siendo sometido a una heterodoxa ortodoncia por el sádico nazi de Laurence Olivier. Intentó decir algo pero no le salía la voz.

Ana Patricia llamó a su ayudante, que hasta ese momento había permanecido en el otro extremo de la larga habitación sentado en una silla, leyendo una revista y con los auriculares de un ipod en las orejas.

–Por favor Bent, ayúdame a que el señor mantenga esta linda sonrisa a la vista.

Mientras el forzudo le abría las fauces ella le introdujo un aparato para evitar que las volviese a cerrar. «Agárremelo bien.» Se agachó para buscar en el carro del instrumental

y sacó un objeto alargado con algo parecido a un taladro en la punta.

–No es exactamente una fresa profesional pero el sonido y las funciones son bastante parecidas, verás como no quedas decepcionado.

En efecto, lo puso en marcha y el ruido era igual de aterrador que el que uno escucha en la consulta de cualquier dentista.

–A ver mi niño, abre bien la boquita... mira el avión, brrrouumm.

Rodrigo creyó que nada podía superar el dolor de la picana pero aquello era un millón de veces peor. La desgraciada se estaba cebando con la paleta sana que le quedaba. Se desmayó, pero el sicario le pasó un bote de algo por debajo de la nariz que lo reanimó.

–No tan rápido, mi amor, que todavía nos tenemos que divertir un ratito más.

Ana Patricia se disponía a meterle otro viaje a lo que quedaba de su prisionero cuando un estruendoso golpe la sobrecogió. La puerta de entrada voló por los aires y tras un ariete aparecieron las capuchas de los geos.

–Suelte esa arma inmediatamente.

Rodrigo creyó ver entre neblinas que era Gladys la que gritaba aquello.

Epílogo

Úntate con **aceite**,
que si no sanares
te pondrá reluciente

Hoy he acabado con la primera parte de mi terapia. Borrar las huellas físicas y odontológicas de aquella noche en Benidorm ha sido, aunque muy caro, relativamente rápido, pero superar los ataques de pánico espontáneos, las pesadillas, la claustrofobia, el vértigo enfermizo y las comeduras de tarro está siendo una aventura bastante más complicada, un viaje que me está llevando a partirme la cara todos los días con mis demonios particulares. Con los de siempre y con los nuevos.

Diego, mi terapeuta, cree que podría ser beneficioso que ponga por escrito mis sentimientos ahora que se cumple un año de tratamiento. Dice que puede ser una buena forma de ver mis problemas como algo externo a mí, una forma de exorcizar lo que me producen aquellos recuerdos y pensar en el lado positivo de todo lo que ha pasado desde entonces. No sé si esto servirá para algo pero cuando me puse en sus manos decidí dejar de lado mi lado ácido y por una vez hacer lo que me dicen. No se puede racionalizarlo todo, no se puede ir ridiculizándolo todo. Las cosas siempre tienen un lado negativo y hay que aceptarlo. Tengo empezar a confiar en los demás.

Según él, esta primera fase del tratamiento ha servido para borrar aquellas experiencias traumáticas que estaban enterradas en el subconsciente. Desaprender, lo llama. Luego vendrá la parte de consolidar el nuevo Rodrigo. Esperemos que sea un poco más *light* que la anterior porque sólo le ha faltado serrarme el coco con una segueta como las que se usaban en clase de trabajos manuales en el cole. Ahora estaría bien abrazar árboles o algo menos intrusivo del estilo.

El método del diván y las preguntitas habituales («¿Cuál es tu primer recuerdo sobre tu madre? ¿Odias a tu padre? ¿Te has imaginado alguna vez a tu padre y tu madre haciendo el amor?») no dio muy buen resultado. Nunca me ha gustado demasiado bucear en público en mi mierda y mis sueños eróticos son bastante normalitos. Hubo que recurrir a otras armas. Gracias a la hipnosis y la regresión hemos podido localizar lo que Diego ha diagnosticado como el origen de mi neurosis manipuladora, mi obsesión por conseguir que los demás hagan lo que yo quiero. Al parecer es una de las variantes de los efectos de la falta de cariño. Como mis padres no me hacían caso, Augusto siempre por ahí y mi madre sólo pendiente de sus misas, yo necesitaba hacerme notar, sentirme querido por mis compañeros, sentir que tenía un poder sobre ellos. Cogerle gustillo y acabar buscando una profesión que me permitiera desarrollar mis artes fue sólo una consecuencia lógica.

Esta manía por manipular derivó en una actitud cínica y descreída ante la vida que a su vez provocó un bloqueo para asumir responsabilidades, compromisos e implicarme en

ningún tipo de relación. No quería ser yo manipulado a mi vez y esta era mi defensa. Con este panorama, las cosas sólo podían ir a peor con los años; y mezclada con la típica crisis de la mediana edad aquella situación tenía que acabar estallando por narices. Por otro lado, Diego ha trabajado intensamente mis sentimientos de culpabilidad por todas las desgracias que acarreó mi aventura: la muerte de Carmen J. White, de mi vecina italiana, el infarto que casi se lleva al otro barrio a Chema. A pesar de que todo haya sido consecuencia de mis actos uno no puede estar pensando que porque una mariposa bata las alas en España pueda haber un maremoto en Australia. Creo que era algo así y aunque no lo acabe de entender bien, me hizo sentir mucho mejor.

Según él me tengo que concentrar en el lado positivo, en celebrar que estoy vivo y, es cierto, que estoy vivo de milagro. Por pura chiripa. Es increíble pensar que a pesar de que mi pobre padre quiso detener la actuación de Madonna lanzándose desnudo al escenario y de que Luis Javier intentó convencer a la policía para que interviniera, lo que me salvó fue la prensa rosa. De entre todas las patrañas que se inventaron sobre Magnus acabaron dando con un asunto cierto, sus relaciones con la mafia rusa. La Interpol llevaba algún tiempo estudiando los trapicheos de este cabrón con sus ex colegas del KGB pero no encontraban la prueba definitiva que buscaban, ¡hasta que se la proporcionó el programa de Cristina Belamore! Los tíos no tenían ni idea de que Homicidios estaba investigando por su cuenta. Al final resultó que la memoria pen drive que Ana Patricia llevaba colgada al cuello, además de las imágenes del asesinato de Carmen J. White, contenía suficiente información contable como para empapelarles hasta el cogote. El mundo puede ser muy absurdo a veces.

Es una gran cosa estar vivo. Tengo que concentrarme en la alegría de las cosas sencillas de la vida: la sonrisa de un niño, una flor, el olor a tierra mojada después de la lluvia... Lo intento e incluso lo consigo a veces. Todo va bien entonces. Todo va bien si ese momento no me lo arruina el sonido de un móvil. Entonces recuerdo que Romeulsson sigue suelto por ahí, que escapó en helicóptero en las mismas narices de la poli, dejando a Ana Patricia con todo el marrón. La hija de puta esa todavía puede dar gracias de que los jueces no se han creído lo de la conspiración mundial y no la han extraditado a Estados Unidos o algún sitio con menos escrúpulos donde le hubiesen cortado las tetas de forma literal como se merecía. Mis amigos insisten en que la orden de búsqueda y captura internacional de Magnus y la intervención de todas sus empresas difícilmente le van a dejar tiempo para preocuparse por mí pero aún me despierto por las noches acordándome de su puta madre. Siempre suele ser el mismo sueño. Estoy en mi cuarto metido en la cama y entra Magnus montado en un taladro por la ventana, señala un teléfono que lleva en la mano y dice «I am watching you». Será desgraciado. Francamente, prefiero mi anterior sueño recurrente, eso de salir a la calle en bolas creyendo que no me va a ver nadie y encontrarme a todo hijo de vecino, pero Diego dice que hemos dado un gran paso al eliminar esta imagen obsesiva de neurótico extrovertido con ansias de llamar la atención.

Realmente he hecho muchos progresos. Lo de dejar los porros, por ejemplo. Diego dice que lo único que hacían era alejarme de la realidad, desarrollar mi lado paranoico. El

otro día me encontré un libro de papelillos para liar en su consulta, pero no voy a pensar mal como hacía antes. Seguro que se ha aficionado a los *roll ups*, que están muy de moda. Cierto es que él no ha intervenido mucho en este logro. Fue el día que iba en el coche y me paró la policía después de tirar un canuto por la ventanilla. Cuando los dos chavales me enseñaron la toba cuidadosamente metida en una bolsita de plástico como prueba del delito, me dijeron «fumando a su edad, ¡compórtese abuelo!», y ni siquiera me multaron, me di cuenta de que había llegado el momento.

Lo que sí ha supuesto un cambio radical ha sido lo del bebé. Saber que en menos de un mes voy a ser padre ha sido un auténtico terremoto interior. Me ha removido de arriba abajo. Yo, que siempre pensé que había más posibilidades de que aterrizara un platillo volante en la azotea. Además es niña. ¡La leche! Justo lo que quería. No me veía con un cenutrio de dos metros que llega borracho a las tantas y deja sus zapatillas malolientes por cualquier lado. Mi Blanquita seguro que va a ser un amor y se ocupará de su anciano padre cuando esté arrugado e impedido.

Y sobre todo está lo de Blanca. Creo que ha sido lo mejor que he podido hacer. Implicarme en mi relación y comprometerme seriamente es la mejor forma de, como le digo yo a Diego, no acabar como Mazinger Z, de parar esa huida hacia delante que me conducía a mi autodestrucción. Es una mujer estupenda, que siempre me ha querido, siempre fiel, tan espiritual. Sólo ella puede sacarme de mi egoísmo congénito. Ella tiene ilusión para sacar adelante esto y mucho más. Recuerdo la cara de sorpresa e incredulidad que puso cuando le pedí que nos fuéramos a vivir juntos. ¡Cómo lloraba, la pobrecilla! Al final acabé llorando yo también. Debe ser por tantos años de reprimir mis emociones que últimamente tengo la lágrima fácil.

Estos meses de convivencia han sido magníficos. No voy a negar que el principio fue algo difícil. Eran muchos años de ir a mi bola y es lógico que uno críe sus manías.

Además, Gladys y Blanche tardaron bastante poco en tarifar. Mi chica siempre había sido muy pacífica pero Gladys le quiso poner los puntos sobre las íes desde el primer día: esto no se pone acá, las camisetas no se planchan así. El choque de trenes no tardó en llegar. Nunca creí que nada pudiese alterar tanto a Blanca y que llegara a pedirme que eligiera entre las dos. Fue una situación muy angustiosa y por entonces no estaba lo suficientemente repuesto para que me menearan demasiado, pero Gladys se comportó una vez más como una madre.

Recuerdo una por una sus generosas palabras: «Cosas de tres, el diablo las ve. Ahora le toca que le cuide su mujercita. Las viejas no pintamos ya nada en esta casa». Se me partió el corazón pero creo que al final ha sido mejor para ella porque el negocio que ha montado está yendo como un tiro.

Este shock, sumado al trauma de la invasión de mi armario, del baño y la transformación de mi salón de diseño en la réplica de un monasterio tibetano pusieron a dura prueba las virtudes de mi terapia, sí señor. Pero estoy muy orgulloso, fui capaz de dominar mi ira y hoy estoy feliz, completo. Incluso le estoy cogiendo el gustillo a la cocina vegetariana, ya casi no me escapo a comerme a escondidas un buen chuletón como antes y sólo me permito, de vez en cuando, unos frijoles con carne en casa de

Gladys.

Ahora me doy cuenta de que mi vida sólo tiene sentido compartiéndola, sintiendo que hay alguien que siempre está de tu parte, alguien que te está esperando cuando llegas a casa, que le interesan tus cosas. Alguien a quien querer y que te quiera.

Este tratamiento me debe estar causando más efecto del que creía. Nunca pensé que sería capaz de escribir algo así sin una sonrisa sardónica en la boca. «Alguien a quien querer y que te quiera.» No parece tan difícil. Hace un par de años habría potado de puro empalague pero ahora lo siento de verdad.

Curiosamente, lo que más me ha costado ha sido superar el «síndrome de abstinencia por castración del cazador», como me ha dado por llamarlo (a Diego no se le ocurría ningún nombre médico). Yo lo definiría como una cierta sensación de vacío (no es exactamente así pero es difícil de describir) por no pensar en otras mujeres. Diego dice que es una reacción fantasiosa de abstracción de la realidad. Antes, cuando veía una tía buena por la calle, la seguía, empezaba a divagar sobre cómo sería ella de verdad, si estaba soltera o casada, cómo sería estar con ella. Luego normalmente sólo las miraba, pero ¡me alegraban tanto las colas en el banco, los viajes en metro! Cuando estaba aburrido, buscaba entre las caras hasta dar con una tía que pudiese parecer interesante y empezaba a montarme la película. Siempre me ha intrigado saber cómo son otras mujeres, quizá sólo porque no las conozco. Es como cuando vas andando por la calle por la noche y te pones a espiar las ventanas bajas que están iluminadas y sin cortinas. Es divertido ver cómo viven otros. Te quedas allí mirando en la oscuridad, mirando la escena como si fuera la tele, sin ganas de entrar.

Diego me recomendó que viera una película para que reflexionara sobre este problema. Se llama *High Fidelity*. Trata de un tío de treinta y algo (John Cusack) que vive con su novia y ella le deja porque es incapaz de comprometerse. Él empieza a revisar todas sus relaciones pasadas (entre las que estaba la supermaciza de Catherine Zeta Jones) e intenta averiguar por qué habían fallado. Llega a la conclusión de que siempre le había podido el pensar que había una mujer más interesante que la que tenía al lado. Siempre vivía en el pasado o en el futuro, nunca en la relación actual. Probablemente Diego tenga razón y a mí me pasara igual.

El caso es que, desde que me he ido a vivir con Blanca, no sólo me la he cortado metafóricamente sino que he decidido dejar también este jueguito de las fantasías callejeras. No me resultó nada fácil. Al principio, cuando se me pasó la *caraja* hospitalaria después de tantos días en cama, estaba más caliente que una plancha. El reflejo pavloviano se disparaba a la primera falda. Poco a poco aprendí a controlarlo hasta llegar al momento actual en el que cuando veo a una mujer guapa en el autobús sólo pienso «Mira, esa parece mona». No me permito la más mínima paja mental. Respiro profundamente e intento pensar en otra cosa. Tuve algunos problemas en su momento: no se me ocurría en qué pensar. Me di cuenta de que en mi vida anterior pensar en mujeres me consumía mucho tiempo, mucho disco duro. Estaba viendo una peli en la tele y pensaba en la que había visto esa mañana comprando el pan. Estaba en la agencia y pensaba en la ejecutivo junior que había entrado esa mañana. No sé cómo

me daba tiempo a trabajar.

El no pensar ahora en tías me dejaba sin nada con que entretenerme. Hablé con mi amigo Fernando, que cuando consiguió dejar el caballo y salió de la nebulosa en la que había vivido no sabía qué hacer ni qué pensar. Habían sido veinte años en los que su única obsesión era cómo conseguir el siguiente chute. Cuando se encontró que ya no tenía esa misión se quedó completamente perdido. Me recomendó que hiciera como él, que me apuntara a cursos, desde bailar tango a jardinería, para no darle al tarro. Parece que a él no le ha ido mal, ahora tiene dos hijos y hasta un trabajo en una inmobiliaria.

Como es lógico, lo primero que me dijo Diego fue que borrara de mi ordenador cualquier vestigio de mi famoso libro de autoayuda y que le diera una copia para poder analizarlo. Corría el peligro de que me diera por retomarlos y era el mascarón de proa de mi vida anterior, el manual de identidad corporativa de todos los vicios del viejo Rodrigo. La verdad es que me dio vergüenza decirle que sólo había escrito dos folios y me inventé que había perdido el disquete. Por otro lado, también me recomendó que de momento no volviera a trabajar porque mi equilibrio emocional era aún delicado, así que, haciendo caso al bueno de Fernando, me puse a repasar qué cosas me han gustado siempre y nunca he tenido tiempo para dedicarme a ellas. Lo primero que me vino a la cabeza fue la cocina. Me apunté a un curso de cocina para hombres, a otro de cocina étnica y a un tercero de gastronomía vegetariana, por aquello de tener contenta a Blanche.

El primero estaba bien aunque se centraba mucho en preparar platos con las sobras abandonadas en la despensa y a mí hay poca gente que me gane en hacer una cena más que decente con un currusco de pan duro, un huevo, una lata de atún y medio tomate. El problema vino con los otros dos cursos: rodeado de mujeres. Todas alumnas, todas profesoras y ni un tío. Era como asistir a una terapia para alcohólicos anónimos en las bodegas de Vega Sicilia, no había forma de concentrarse. Así que no tuve más remedio que pedir el reembolso de mi guita y conformarme con tomar notas de los programas de Arguiñano en la tele.

Luego me dediqué al francés (en otra época hubiese hecho un chiste fácil pero debo estar madurando). Siempre me había quedado con ganas de ir un poco más lejos que *sur le Pont de Avignon, on y dance, on y dance*, pero al cabo de unas pocas lecciones me di cuenta de cuánta razón tiene la gente que dice que los idiomas hay que aprenderlos antes de los diez. Me sentía el tío más torpe de toda la Alliance Française. Yo ya no estoy para verbos *irreguliers* ni *Becherells* ni cosas de eso, no me da el coco y me parece que hablo con una patata en la boca. No era lo mejor para una autoestima en fase de reconstrucción.

La noche que Blanca me dijo que estaba embarazada me dio tal subidón que no había forma de dormirme. Después de muchas vueltas en la cama, me levanté y me puse a escribirle una carta a mi hijo (hija, como se ha visto más tarde). No sé qué me dio, no había forma de parar. La carta solita se transformó en un cuento y el cuento en un relato de bastantes páginas. Creo que a la niña le hará mucha ilusión dormirse oyendo las historias de «Chofi, la alcachofa sideral» y la verdad es que me quedó bastante divertido. Una alcachofa de otro planeta que aterriza en Mercamadrid y acaba en casa de una niña

a la que, como regalo, le ofrece cumplir sus deseos, darle superpoderes y esas cosas. Es original. Además creo que es bastante educativo el que sólo le dé un deseo por hoja (de la alcachofa) y que cuando se acaban las hojas, se acaben los deseos. Así aprenderá que hay que aprovechar las cosas buenas de la vida, tomarlas como algo realmente valioso y no derrocharlas. Lo que me ha extrañado ha sido la reacción y las interpretaciones de algunos sesudos cuando hemos publicado el libro: que si Chofi en realidad le estaba dando plantas alucinógenas a la niña; que si todo era una alegoría del Cuerpo de Cristo y la comunión... Hay mucha gente por ahí demasiado aficionada a las teorías de la conspiración.

Todavía me pregunto si hice bien en permitir que el primo Pepo mandara el manuscrito a la editorial pero se puso realmente pesado. ¡La paliza que me pudo dar hasta que lo consiguió! Estaba empeñado en que aquello podía ser el nuevo Harry Potter para el segmento de menores de 9 años, él siempre tan puntilloso en términos demográficos. No se puede negar que o el tío tiene mucho ojo para el *business* o los americanos le han enseñado mucho. Yo mismo alucino cuando veo que lleva tantas semanas en el número uno de los libros más vendidos y que Pixar está interesada en los derechos para el cine. Y más acojonado me quedé el otro día cuando Pepo me enseñó la cifra que está dispuesta a pagar McDonald's para lanzar el nuevo McChofi. Parece que finalmente han encontrado la fórmula para que los niños coman verduras: una hamburguesa que sabe a carne pero está toda ella hecha de alcachofa. Blanca está entusiasmada con la idea, le parece que puede ser una de las más grandes contribuciones que se han hecho a la salud mundial.

El que no estaba tan contento con todo esto era Diego. Le parecía que, sin querer, había vuelto a lo mismo de antes pero ahora metiendo a los niños desde pequeños en la rueda del consumismo. Sin embargo, hace unos días, cuando le conté las cifras que se barajaban para los derechos del video-juego y del yogur bífidos, se quedó pensativo y me dijo que quizá había gente que no podía escapar a su destino. En cualquier caso, ha quedado en reflexionar sobre el tema y dentro de unos días me dirá algo. De momento me ha recomendado que si me da por escribir, me limite a apuntar mis reflexiones sobre los últimos meses como estoy haciendo ahora muy obedientemente.

Bueno, lo importante es que la vida es bella, que hay gente buena en este mundo y que el amor, como me decían, existe. Ayer tuvimos una buena prueba de que, gracias a Dios, no entiende de edades, nacionalidades ni condiciones sociales. La boda de Chema y Josefina fue un acontecimiento realmente FELIZ con mayúsculas. Fue una ceremonia sencilla, entrañable. Ella estaba preciosa con su traje blanco y él estaba radiante, muy radiante. Mi hermana mantiene que, aprovechando el cuádruple bypass, se ha hecho algún que otro retoque para la ocasión pero yo prefiero no pensar más en esas cosas. También Curra estaba estupenda. Parece mentira que hace sólo unas semanas haya tenido su ¡tercer! hijo, el vestido le sentaba como un guante. Parece feliz con Bosco. La discusión que tuvieron en aquella época les ha sentado bien y los niños estaban monísimos. Últimamente me muero por jugar con ellos. Papá (aún me cuesta llamarle así pero Diego ha dicho que las palabras son muy importantes y que para algo están) iba

hecho un brazo de mar con su chaqué y su chaleco naranja como padrino de la novia. Anda metido en una nueva investigación sobre un poltergeist que ha aparecido en casa del Príncipe y Letizia. Al parecer, se trata del fantasma de un soldado de la guerra civil que perdió un tanque durante la batalla de Madrid y aún lo anda buscando. Le he tomado un poco el pelo a Augusto diciéndole que ya no tiene edad para impresionarse por tratar con los *Royals* pero él está encantado y no para de hablar del tema. Por si fuera poco, su discurso a los postres sobre el mestizaje hispanoamericano y la Virgen de Guadalupe fue el más vitoreado.

El almuerzo posterior al juzgado en el jardín de su casa fue magnífico. El sitio ha quedado precioso después de quitar todas las mierdas que mi padre tenía por ahí tiradas y de llevar el cadáver del dos caballos que adornaba la entrada al desguace. Además, la comida estaba buenísima. Esta cocina his-panodominicana que se han sacado de la manga Gladys y sus hermanas para lanzar su servicio de catering es todo un invento. Además ellas están encantadas cada una con su tarea. Bartolomina en la cocina, República en la administración, Nogales como *maître* de sala y Gladys como comercial. Parece que mi consejo de que trate a los clientes como me trataba a mí les está funcionando: triunfan por todo lo alto y tienen a todas las señoronas de Madrid haciendo cola para ser tratadas como un trapo y que les organicen su próxima fiesta. Es sorprendente pero a la gente le encanta que la maltraten y cuanto más ricos son más les gusta. Al final va a resultar hasta buen negocio el dinerito que invertí en La Negra Feliz.

El padre Estrada estaba un poco contrariado por no haber podido celebrar una boda religiosa porque desde su jubilación no había hecho ninguna, pero tres nulidades ya hubiesen sido demasiado incluso para Chema y se tuvo que conformar con un pequeño sermón a los postres. La comparación entre los novios y distintas parejas famosas del esoterismo mundial con que arrancó descolocó un poco al personal pero luego estuvo bastante inspirado e incluso arrancó alguna lagrimita entre las presentes... Como ando con el grifo algo flojo puede ser que a mí también, ahora que lo pienso. A ver si ahora me van a empezar a gustar las bodas como a las abuelitas.

Fue una gran alegría ver a S. C., al cual no había vuelto a ver desde aquella funesta noche en Benidorm. Me dijo que había querido visitarme después de aquello pero que con toda la publicidad que le habían dado a su salto desde el Gran Kali, le había salido una superoferta para ser monitor y animador de una escuela de parapente en Tarifa. La verdad es que no me acuerdo si me dijo parapente o kite surf. El caso es que le pagan una pasta. El tío iba hecho un duque con su traje negro de Versace. Me contó que ahora sólo llevaba ropa italiana de marca porque se había echado una novia de Milán y no descartaba trasladar sus operaciones al lago de Como. Todo le va tan bien que incluso se había olvidado de su carrera delictiva, a pesar de que también le llovieron los ofrecimientos durante el tiempo que estuvo en el calabozo mientras se aclaraba todo el lío.

El único al que vi más mustio fue a Luis Javier. Le intenté animar pidiéndole que fuera el padrino de mi niña pero ni aun así. Todavía no ha superado lo de Victoria. Me volvió a contar toda la película de los últimos meses y volvió a preguntarme si realmente era tan

grave pedirle a alguien que se casara con él. Yo le expliqué que quizá debería haberlo hablado con ella antes de comprar una casa, amueblarla enterita, reservar fecha para la boda y declararse delante de sus padres. Le insistí que Victoria lleva muchos años de soltería. Él me dijo que él también, con lo que me vi en la penosa obligación de aclararle las diferencias entre una fotografía que lleva siglos entre modelos y viviendo la noche y un tío que está todo el día empollando los grandes casos de Zarraluqui o derecho canónico. Le expliqué que seguro que esto será un ataque de pánico pasajero aunque no sé si, por lo que he hablado con Victoria, es buena idea darle falsas esperanzas. Él siguió con lo de que si realmente es tan feo, que si sudaba demasiado, que si cuando hacíamos viajes con veinte años roncaba mucho. Yo le escuché durante un buen rato recordando que todos tenemos problemas, que necesitamos que nuestros amigos se solidaricen con nosotros y sientan nuestro dolor. Cuando ya no pude más le di la tarjeta de Diego.

La fiesta de esta boda también era un test para ver los progresos de mi terapia. Era la primera vez que nos reuníamos todos desde lo de Magnus y no estaba seguro de lo que podía pasar. Diego se ofreció a acompañarme por si tenía alguna crisis pero me sentí mejor de lo que me había sentido en meses. Ni siquiera me trajo malos recuerdos que nuestros viejos amigos de la orquesta Sabor Latino hicieran un completo repaso de la trayectoria de Madonna en recuerdo a cómo se enamoraron los novios (escalofriante la versión a capella de *La isla bonita* con la que nos regaló Nogales). ¡Ni con la BSO de mi sesión con Ana Patricia se me movió un pelo! ¡Creo que debo estar curado!

Ha sido un día grande. Ver a mis amigos tan contentos (o al menos a casi todos), ver cómo triunfa el amor, ver cómo incluso Blanca y Gladys se reían juntas, me ha hinchado el corazón de alegría. En estos momentos me doy cuenta de lo poco que necesito para tener una vida perfecta. Es una receta muy simple: una mujer buena a mi lado, una hija en camino, unos amigos de verdad, mi padre y mi hermana. Lo metes en la batidora y ya está. La poción de la felicidad. Si encima Chofi sigue poniendo hamburguesas de oro, ¿quién soy yo para rechazar lo que Dios, la suerte o lo que sea pone en mi camino?

La terapia realmente me está ayudando a ver todo con perspectiva, a superar muchos de los miedos que me impedían llevar una existencia plena, a entregarme a los demás y entender que tanto las cosas buenas como las malas son parte de esta vida que es un regalo. Incluso estoy pensando ir a ver a mi madre más a menudo.

Sí, Diego ha hecho un gran trabajo, me ha ayudado a crear mi nuevo yo enseñándome a pensar de forma positiva. Es increíble el poder del pensamiento positivo y de vivir el presente. Me siento fuerte, capaz de comerme el mundo. Sólo espero que cuando me quite las pastillas americanas que me está dando todo siga rodeado de esa maravillosa aura rosada que veo ahora en cada persona. Diego me ha dicho que son muy flojitas y que en realidad sólo tienen un efecto placebo, un mero apoyo psicológico, la visualización del tratamiento. Aunque también es cierto que el día que estaba muy angustiado y me tomé tres de un golpe me parecía que las nubes eran de algodón de azúcar, que podía coger rayos de sol con la mano y que nuestro gato me decía que me quería mucho. ¿Serán efectos secundarios? Bah, seguro que son manías del viejo Rodrigo.

Créditos

Edición en formato digital: octubre de 2012

© Gervasio Posadas, 2006

© Ediciones Siruela, S. A., 2007, 2012

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-15723-06-6

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

www.siruela.com

Índice

Portadilla	2
EL SECRETO DEL GAZPACHO	6
Ajo, sal y pimienta y lo demás es cuento	7
Pregonar vino y vender vinagre	68
Agua del pozo y mujer desnuda mandan al hombre a la sepultura	94
Al pan pan, al vino vino y al gazpacho buen pepino	122
Déjate de tanto refrán y empieza a buscar el pan	170
Al mejor cocinero el tomate se le va entero	198
Epilogo. Úntate con aceite, que si no sanares te pondrá reluciente	205
Créditos	215